TODAS MIS HERIDAS



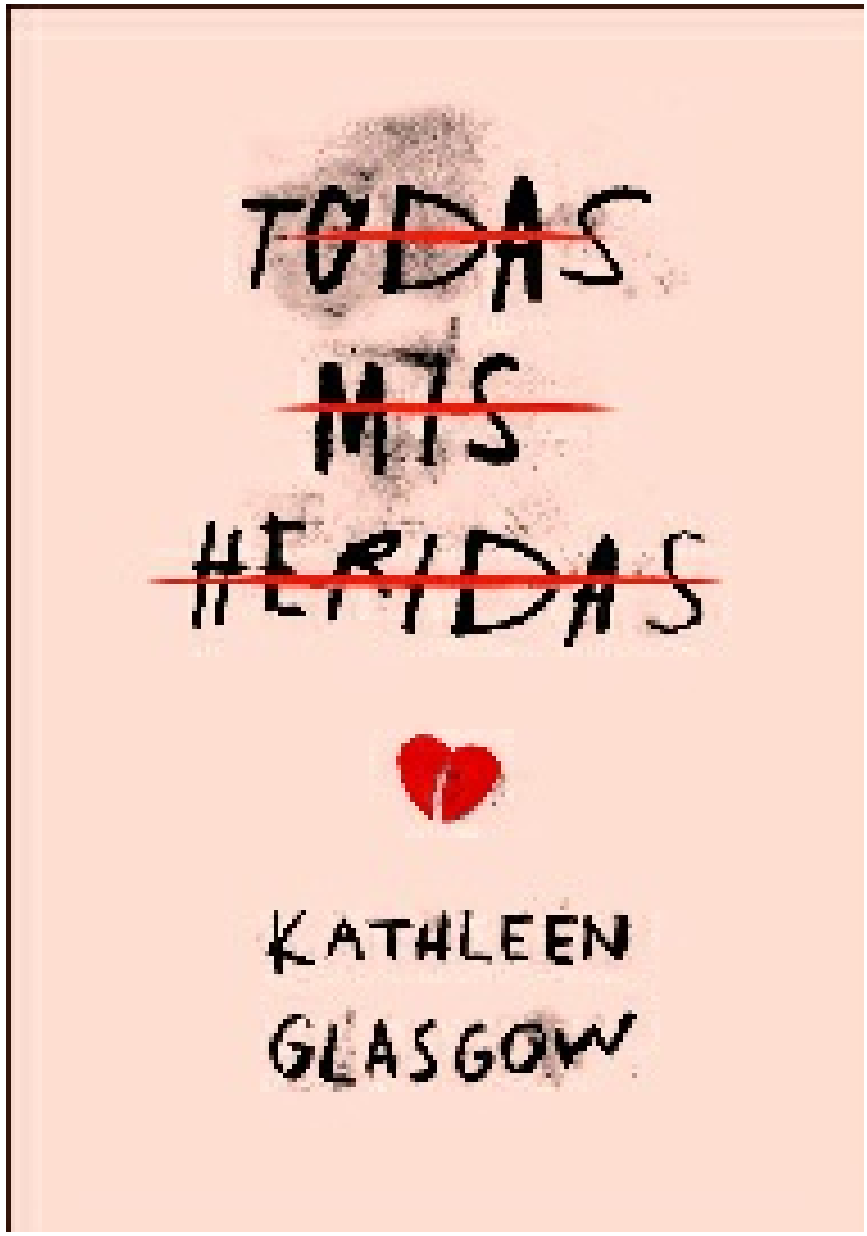
KATHLEEN GLASGOW

Kathleen Glasgow

Todas mis heridas

Traducción de
Diego de los Santos y Ricard Gil Giner





Una historia increíblemente emotiva sobre el significado de crecer y seguir adelante

cuando tu cuerpo es tu mayor enemigo. Un retrato conmovedor de una chica en un mundo que no le debe nada y que, sin embargo, tanto le ha quitado.

Sigue el hashtag **#TodasMisHeridas**

Si quieres saber más sobre ellas. síguenos en:

ellasdemontena

@ellasdemontena

Encontrarás más información de todas nuestras novedades, noticias de nuestros autores, compartirás opiniones con otros lectores y muchas sorpresas más.

Para mi madre, M. E.
y mi hermana, Weasie

UNO

Soy blanca como una cría de foca de Groenlandia. Unos gruesos vendajes me cubren los brazos, que me pesan como cachiporras. También llevo los muslos bien vendados; la gasa blanca sobresale por debajo de los pantalones cortos que la enfermera Ava sacó de la caja de objetos perdidos que hay detrás del puesto de enfermería.

Llegué sin ropa, como una huérfana. Como a una huérfana, me envolvieron en

una sábana y me dejaron sobre el césped a la entrada del Hospital Regions mientras nevaba y caía aguanieve helada y la sangre se filtraba a través de la sábana de flores.

Al guardia de seguridad que me encontró lo envolvía un olor a cigarrillos mentolados y apestaba a café de máquina. En sus orificios nasales había un bosque de pelo blanco rizado.

—Santa madre de Dios, chica, ¿qué te han hecho? —dijo.

Mi madre no acudió a reclamarme.

Sin embargo, recuerdo cómo eran las estrellas esa noche. Parecían sal en el cielo, como si alguien hubiese vaciado un salero sobre una tela muy oscura.

Le encontré sentido a su belleza fortuita. Fue lo último que pensé que vería antes de morir sobre el césped mojado y frío.

Aquí las chicas intentan hacerme hablar. Quieren saber. «¿Cuál es tu historia, vieja gloria?» «Cuéntame, flor de té.» Oigo sus historias a diario en las sesiones de grupo, en la comida, en el taller de manualidades, en el desayuno, en la cena, una y otra vez. No pueden parar de vomitar todas esas palabras, recuerdos negros. Sus historias las están consumiendo por dentro, las están volviendo del revés. No pueden parar

de hablar.

Yo corté el suministro de palabras. No me cabían más en el corazón.

Comparto habitación con Louisa. Louisa es mayor y el pelo le cae por la espalda como un ruidoso océano rojo y dorado. Tiene tanto que no consigue mantenerlo recogido ni con trenzas, ni con moños, ni con gomas. El pelo le huele a fresa; huele mejor que ninguna otra chica que conozco. Podría pasarme la vida respirando su olor.

La primera noche que pasé aquí, cuando se levantó la blusa para

cambiarse de ropa, antes de acostarse, justo antes de que su pelo indomable le cubriese el cuerpo como una capa protectora, las vi. Las vi todas y contuve la respiración.

—No te asustes, pequeña —dijo.

No estaba asustada. Lo que pasa es que nunca había visto a una chica con una piel igual que la mía.

Hasta el último momento está planificado. Nos levantamos a las seis. A las siete menos cuarto ya estamos bebiendo café templado o zumo aguado. Tenemos treinta minutos para untar queso en unos bollos acartonados, o meternos unos huevos paliduchos en la boca, o engullir gachas de avena grumosas. A las siete y cuarto podemos ducharnos en la habitación. No hay puertas en las duchas y no sé de qué

están hechos los espejos del cuarto de baño, pero no son de cristal; cuando te lavas los dientes o te peinas el pelo, la cara se te ve borrosa y perdida. Si quieres afeitarte las piernas, tiene que estar presente una enfermera o un celador, pero como a nadie le apetece hacer eso, nuestras piernas parecen las de unos chicos peludos. A las ocho y media ya estamos en la sesión de grupo y ahí es donde vomitamos historias, derramamos lágrimas y unas chicas gritan y otras gruñen, pero yo me limito a quedarme sentada, y esa horrible chica mayor, Blue, la que tiene los dientes fatal, me dice todos los días: «¿Vas a hablar hoy, Sue la Muda? Hoy me

gustaría oír hablar a Sue la Muda. ¿A ti no, Casper?».

Casper le dice que se calle. Casper nos dice que respiremos, que formemos un acordeón estirando los brazos hacia atrás, muy hacia atrás, y luego volvamos a juntarlos, más, más, más, y luego los abramos, más, más, más. ¿Acaso no nos sentimos mejor cuando respiramos de verdad? Después de la sesión de grupo nos dan las medicinas, luego llega el descanso, luego la comida, luego el taller de manualidades, luego la sesión individual, que es cuando te sientas con tu médico y lloras un poco más, y luego, a las cinco, está la cena, que nunca es caliente, y Blue otra vez: «¿Te gustan los

macarrones con queso, Sue la Muda? ¿Cuándo vas a quitarte esas vendas, Sue?». Luego llega el rato de ocio. Y después, la llamada de teléfono, y vuelta a llorar. A las nueve de la noche, más medicinas y a la cama. Las chicas hacen pis y critican entre susurros el horario, la comida, la sesión de grupo, las medicinas... todo, pero a mí me da igual. Hay comida, una cama, hace calor y yo estoy dentro y a salvo.

No me llamo Sue.

Jen S. se hace muescas: unas cicatrices cortas, como ramitas, le recorren los brazos y las piernas. Lleva unos lustrosos pantalones cortos deportivos; aparte del doctor Dooley, aquí no hay nadie más alto que ella. Va por el pasillo beis botando una pelota de baloncesto invisible y la lanza a una canasta también invisible. Francie es un alfiletero humano. Se clava en la piel agujas de hacer punto, palillos, alfileres,

cualquier cosa que se encuentre. Mira con cara de enfado y escupe en el suelo. Sasha es una chica gorda que no para de llorar: llora en la sesión de grupo, llora en las comidas, llora en su habitación. Nunca se le agota el surtidor. Se limita a hacerse cortes: tiene los brazos llenos de unas líneas rojas apenas visibles. No se hace cortes profundos. Isis se hace quemaduras. Tiene los brazos salpicados de unos bultitos circulares con costra. En la sesión de grupo dijo algo sobre una cuerda y unos primos en un sótano, pero desconecté y subí el volumen de mi música interior. Blue es una tipa extravagante con sus traumas; tiene un poco de todo: un padre

maltratador, los dientes fatal por culpa de la metanfetamina, quemaduras de cigarrillo, cortes de cuchilla. Linda/Katie/Cuddles lleva vestidos de abuela. Sus zapatillas apestan. Es demasiadas personas al mismo tiempo para seguirles la pista a todas; sus cicatrices las tiene todas por dentro, junto a las otras personas que hay en su cabeza. No sé por qué está aquí, pero el caso es que está. En la cena se embadurna la cara con puré de patata. A veces vomita sin motivo aparente. Aunque esté totalmente quieta, se nota que por dentro del cuerpo le están pasando muchas cosas, y eso no es bueno.

Fuera de aquí conocí a gente así; intento no acercarme a ella.

A veces me cuesta respirar en este dichoso lugar; tengo el pecho que parece arena. No entiendo lo que me pasa. Estuve demasiado tiempo fuera y pasé demasiado frío. No entiendo las sábanas limpias, el olor agradable de la colcha ni la comida, mágica y caliente, que me ponen delante en la cafetería. Empiezo a asustarme, tiemblo, me ahogo, y Louisa se me acerca mucho en nuestra habitación mientras yo me acurruco

contra un rincón. Me echa el aliento a la cara y huele a menta. Ahueca la mano contra mi mejilla y hasta eso me hace estremecerme.

—Pequeña, estás con gente que te entiende —me dice.

En la habitación hay demasiado silencio, así que por las noches doy vueltas por los pasillos. Me duelen los pulmones. Me muevo muy despacio.

Hay demasiado silencio por todas partes. Paso un dedo por las paredes. Lo hago durante horas. Sé que están pensando darme pastillas para dormir cuando se me curen las heridas y puedan quitarme el antibiótico, pero yo no quiero. Necesito estar despierta y alerta.

Él podría estar en cualquier parte. Podría estar aquí.

Louisa es como la reina. Esta vez lleva aquí desde no se sabe cuándo.

—Pero ¡si yo fui la primera chica que entró aquí cuando abrieron, joder! —me dice.

Siempre está escribiendo en un cuaderno con la tapa blanca y negra; nunca acude a la sesión de grupo. Casi todas las chicas llevan mallas deportivas y camiseta, en plan descuidado, pero Louisa se arregla

todos los días: se pone leotardos negros, zapatos relucientes de tacón bajo y vestidos glamurosos de los años cuarenta comprados de segunda mano; además, siempre se hace algún peinado espectacular. Tiene maletas llenas de pañuelos, camisones vaporosos, base de maquillaje y pintalabios rojo sangre. Louisa es como una visita que no tiene previsto marcharse.

Me cuenta que canta en un grupo de música.

—Pero los nervios... —dice en voz baja—. Mi problema no me deja.

En la barriga, Louisa tiene quemaduras que forman círculos concéntricos. En la parte de dentro de

los brazos tiene como unos hilos en forma de raíces. En las piernas tiene quemaduras y cicatrices que forman dibujos muy bien hechos. Tiene la espalda llena de tatuajes.

Louisa se está quedando sin sitio.

Casper empieza todas las sesiones de grupo del mismo modo. El ejercicio del acordeón, respirar, estirar el cuello, intentar tocarte los dedos de los pies. Casper es menuda y blanda. Lleva zuecos con unos tacones como de elfo que no hacen ruido. Los otros médicos llevan zapatos acabados en punta que hacen mucho ruido hasta sobre la moqueta. Es muy blanca de piel. Tiene unos ojos enormes, redondos y muy

azules. Casper es una persona de trato fácil.

Nos mira a todas y en su cara se dibuja una sonrisa afable.

—Tenéis que cuidaros —dice—. Aquí estamos todas para ponernos bien, ¿verdad?

O dicho de otro modo: ahora mismo todas estamos hechas una mierda.

Pero eso ya lo sabíamos.

En realidad no se llama Casper. La llaman así por sus ojazos azules y por el poco ruido que hace. Igual que un fantasma, algunas mañanas aparece junto a nuestra cama para hacernos el seguimiento médico y desliza sus dedos calientes unos centímetros por debajo de las vendas para tomarme el pulso. Se le forma una papada adorable cuando mira hacia abajo para verme en la cama. Igual que un fantasma, se me aparece por la

espalda en el pasillo y sonríe cuando me vuelvo sorprendida.

—¿Cómo te encuentras?

En su despacho tiene un acuario enorme con una tortuga gorda y lenta que mueve las aletas sin parar y apenas logra avanzar. Me paso el rato viendo a esa pobre desgraciada; podría pasarme horas, días enteros mirándola. Me parece que tiene una paciencia increíble para una tarea que, a fin de cuentas, no tiene ningún sentido, porque tampoco es que vaya a conseguir salir del puto acuario, ¿no?

Casper se limita a mirarme mientras yo miro a la tortuga.

Casper huele bien. Siempre va limpia y su ropa susurra suavemente. Nunca levanta la voz. Cuando Sasha se pone a sollozar con tanta fuerza que le dan hipidos, Casper le frota la espalda. Rodea a Linda/Katie/Cuddles con los brazos como un portero, o qué sé yo, cuando se escapa una de sus personas malas. La he visto incluso en la habitación de Blue, esos días que Blue recibe una caja enorme de libros de su

madre, manoseándolos y sonriéndole. He visto a Blue derretirse un poco, solo un poco, con la sonrisa de Casper.

Casper debería ser la madre de alguien. Debería ser mi madre.

Nunca estamos a oscuras. Todas las habitaciones tienen luces en las paredes que se encienden con un pitido a las cuatro de la tarde y se apagan con otro pitido a las seis de la mañana. Son pequeñas, pero dan mucha luz. A Louisa no le gusta la luz. Las ventanas están cubiertas por unas cortinas de una tela que pica; todas las noches, antes de acostarnos, Louisa se asegura de cerrarlas para que no se vean los

recuadros amarillos del edificio de oficinas que hay enfrente. También se tapa la cabeza con la sábana, por si acaso.

Esta noche, en cuanto se duerme, aparto las sábanas de una patada y descorro las cortinas. Puede que esté buscando las estrellas de sal. No sé.

Hago pipí en el váter metálico mientras contemplo el bulto silencioso de Louisa bajo las mantas. En este espejo tan raro parece que tengo serpientes en el pelo. Me paso los dedos por la maraña de pelo, que aún huele a tierra y a cemento, a desván y a polvo, y se me revuelven las tripas.

¿Cuánto tiempo llevo aquí? Estoy

despertando de algo. De alguna parte. De un lugar oscuro.

Las bombillas del techo del pasillo parecen largos ríos brillantes. Miro dentro de las habitaciones al pasar. Blue es la única que está despierta, sosteniendo un libro a la altura de la luz que pita para poder leerlo.

Ni puertas, ni lámparas, ni cristal, ni cuchillas; solo comida blanda que se puede comer con cuchara y café apenas templado. Aquí no hay manera de autolesionarse.

Me siento hueca y disonante por dentro. Espero en el puesto de enfermería y tamborileo con los dedos en el mostrador. Llamo a la campanilla.

Tiene un sonido horrible que retumba en el pasillo, sumido en el silencio.

Barbero dobla la esquina; lleva la boca llena de algo crujiente. Frunce el ceño al verme. Barbero es un antiguo luchador, tiene el cuello muy gordo y es de Menominee. Aún desprende un tufillo a ungüento y esparadrapo. Solo le gustan las chicas guapas. Lo sé porque Jen S. es muy guapa, tiene las piernas largas y la nariz pecosa y él siempre le está sonriendo. Solo le sonríe a ella.

Pone los pies sobre la mesa y se mete unas cuantas patatas fritas en la boca.

—Tú —dice mientras unos trocitos con sal le caen revoloteando de los labios hasta aterrizar sobre el uniforme

azul—. ¿Qué coño quieres a estas horas de la noche?

Cojo el bloc de notas adhesivas y un bolígrafo del mostrador y escribo rápidamente. Levanto la nota para que la vea.

«¿CUÁNTO TIEMPO LLEVO AQUÍ?»

Mira la nota adhesiva y niega con la cabeza.

—No. Pregúntamelo.

«NO. DÍMELO», escribo.

—Ni hablar, Sue la Muda. —Barbero arruga la bolsa de patatas y la tira a la papelera—. Vas a tener que abrir esa boquita de mierda y hablarme con tu voz de chica grande.

Barbero piensa que le tengo miedo, pero no es verdad. Solo hay una persona a la que le tengo miedo, y está muy lejos, al otro lado del río, y aquí no puede hacerme nada.

Bueno, creo que no puede hacerme nada.

Otra nota adhesiva.

«DÍMELO, IDIOTA.»

Mientras la levanto, las manos me tiemblan un poco.

Barbero se ríe. Tiene restos de patatas entre los dientes.

De mis ojos saltan chispas. Subo a tope el volumen de mi música interior. Al alejarme del puesto de enfermería noto la piel entumecida. Me gustaría

respirar, como dice Casper, pero no puedo, eso no funciona, al menos a mí, y menos cuando me enfado y empieza a sonar la música. Ya no tengo la piel entumecida, ahora me pica mientras camino y sigo caminando y busco y sigo buscando con la mirada, hasta que la encuentro y me doy media vuelta. Barbero ya no se ríe.

—Mierda —dice, y se agacha.

La silla de plástico rebota en el mostrador del puesto de enfermería. El portalápices lleno de bolígrafos con flores de plástico cae al suelo y los bolígrafos se esparcen por la interminable moqueta beis. La interminable moqueta beis que todo lo

cubre. Aunque no sea una buena idea, porque voy descalza, me pongo a darle patadas al mostrador, pero el dolor me sienta bien, así que sigo haciéndolo. Barbero ya se ha levantado, pero vuelvo a agarrar la silla y él pone las manos al frente.

—Cálmate, zorra loca —dice.

Pero lo dice muy bajito. Como si ahora mismo yo le diese un poco de miedo. No sé por qué, pero eso hace que me enfade aún más.

Justo cuando vuelvo a levantar la silla, aparece el doctor Dooley.

Si Casper se siente decepcionada conmigo, no lo demuestra. Se limita a observar cómo miro a la tortuga y la tortuga sigue a su rollo. Me gustaría ser esa tortuga, sumergida, en silencio, sin nadie alrededor. Qué vida más tranquilla lleva esa tortuga, joder.

—En respuesta a lo que le preguntaste anoche a Bruce: llevas seis días en el Centro Creeley —dice Casper—. Te atendieron en el hospital, estuviste siete

días en observación y luego te trasladaron aquí. ¿Sabes que tienes neumonía atípica? De hecho, la sigues teniendo, pero te curarás con antibióticos.

Agarra un objeto compacto de su escritorio y lo desliza hacia mí. Es uno de esos calendarios de mesa. No sé lo que busco, pero no tardo en encontrarlo, en lo alto de la página.

Abril. Estamos a mediados de abril.

—Te has perdido la Pascua en Creeley. Estabas un poco grogui, pero no te perdiste gran cosa. Como comprenderás, no podemos traer a un conejo gigante para que vaya dando saltos por un pabellón psiquiátrico —

añade, y sonríe—. Perdona, son bromas de terapeuta. Pero sí que organizamos una búsqueda de huevos de Pascua. Lo pasamos mucho mejor en Acción de Gracias: pavo seco, salsa grumosa. Diversión de la buena.

Sé que intenta animarme y hacerme hablar. Vuelvo ligeramente la cabeza hacia ella, pero en cuanto encuentro su mirada, noto que las putas lágrimas me escuecen en los ojos, así que vuelvo a mirar a la tortuga. Es como si estuviera despertándome al tiempo que me sumerjo de nuevo en mi oscuridad.

Casper se inclina hacia delante.

—¿Recuerdas haber estado en el Hospital Regions?

Me acuerdo del guardia de seguridad y del bosque de pelo en sus orificios nasales. Recuerdo las luces que tenía encima, brillantes como soles, el sonido de unos pitidos que no parecían parar nunca. Recuerdo haber querido liarme a patadas cuando me pusieron la mano encima y me quitaron la ropa y las botas. Recuerdo lo que me pesaban los pulmones, como si estuviesen llenos de barro.

Recuerdo haber tenido mucho miedo de que el puto Frank apareciese de pronto y me llevase de vuelta a la casa de los horrores, a la habitación donde lloraban las chicas.

Me recuerdo llorando. Recuerdo

cómo rocié de vómito los zapatos de la enfermera y que ella ni siquiera torció el gesto, ni una sola vez, como si aquello le pasase continuamente, y cómo deseé que mi mirada se disculpase, porque no tenía palabras, y cómo, aun así, su rostro siguió inmutable.

Luego nada. Nada. Hasta Louisa.

—No pasa nada si no te acuerdas. Nuestro subconsciente posee una agilidad espectacular. A veces sabe cuándo desconectarse, es una especie de protección. No sé si me entiendes —dice Casper.

Me gustaría saber cómo decirle que mi subconsciente no funciona, porque nunca se desconectó cuando el puto

Frank me amenazaba o cuando aquel hombre intentó hacerme daño en el paso subterráneo.

El dedo gordo del pie me late bajo la férula y la extraña bota ortopédica que me puso el doctor Dooley. Ahora, cuando camino con el pelo revuelto, los brazos agarrotados, las piernas liadas y cojeando, parezco una flipada.

¿Qué va a ser de mí?

—Creo que necesitas un proyecto —dice Casper.

No es verdad que quiera ser como la tortuga y estar sola. La verdad es que quiero que vuelva Ellis, pero ella ya no podrá volver jamás, jamás. Al menos no como era antes. Es cierto que echo de menos a Mikey y a DannyBoy y que incluso echo de menos a Evan y a Dump, y a veces echo de menos a mi madre, aunque eso me produzca más rabia que tristeza, igual que cuando pienso en Ellis; incluso eso, en realidad, no es

cierto, porque cuando digo «tristeza» lo que realmente quiero decir es «agujero negro en mi interior lleno de clavos y piedras y cristales rotos y palabras que ya no tengo».

Ellis, Ellis.

Y aunque es cierto que mi ropa procede de la caja de objetos perdidos, no es del todo cierto que no tenga nada, porque sí que tengo algo, solo que no me lo dan. Lo vi una vez, cuando en el rato de ocio el doctor Dooley me dijo que dejase de ver la película y fuese al puesto de enfermería. Al llegar, sacó una mochila, mi mochila, de debajo del escritorio. El doctor Dooley es superalto y guapo, de esos guapos que sabes que saben lo

guapos que son y que la vida para ellos es mucho más fácil y por eso son de trato fácil con el resto, con los que no somos guapos. Por eso, cuando dijo: «Dos chicos trajeron esto. ¿Te suena?», me cegó por un momento la blancura de sus dientes y me quedé embelesada con el aspecto aterciopelado de su barba incipiente.

Agarré la mochila y caí de rodillas. Abrí la cremallera y metí rápidamente las manos. Allí estaba. La sostuve contra el pecho, suspirando aliviada pero el doctor Dooley dijo: «No te emociones. La hemos vaciado».

Saqué mi adorado botiquín, el botiquín del ejército que encontré

cuando tenía catorce años y andaba merodeando con Ellis por el mercadillo benéfico de St. Vincent de Paul en la Séptima Oeste. La caja metálica estaba abollada y la cruz roja grande que tenía en la parte delantera estaba rayada y despintada.

Mi adorado botiquín lo tenía todo: la pomada, la gasa, los fragmentos de un frasco roto en una bolsa de terciopelo azul, los cigarrillos, las cerillas y el encendedor, botones, pulseras, dinero, mis fotos envueltas en tela de lino.

La caja no sonó cuando la agité. Rebusqué en la mochila verde, pero también estaba oscura y vacía. No estaban los calcetines ni la ropa interior

que llevaba de muda, ni los rollos de papel higiénico, ni el bote de carrete de fotos lleno de dinero mendigado, ni las pastillas en una bolsa de plástico, ni la manta de lana bien enrollada. No estaba mi cuaderno de dibujo. La bolsa de lápices y carboncillos había desaparecido. Mi cámara Land se había esfumado. Miré al doctor Dooley.

—Hemos tenido que vaciarla por tu seguridad. —Me tendió la mano y hasta la mano la tenía bonita, con sus dedos finos y sus uñas lustrosas. Sin mirarla, me levanté sola, aferrada a mi mochila y a mi adorado botiquín—. Tienes que devolverme la mochila y la caja. Te las guardaremos hasta que te demos el alta.

Extendió el brazo, tiró de la mochila y me quitó de las manos el adorado botiquín. Lo dejó todo detrás del escritorio.

—Pero puedes quedarte con esto.

El doctor Dooley me puso el cuadrado de lino sobre las manos. Dentro, protegidas por la suave tela, están nuestras fotos: Ellis, Mikey, DannyBoy y yo, juntos y perfectos, antes de que todo se fuese a la mierda.

Mientras me alejaba apretando las fotografías contra el pecho, el doctor Dooley gritó:

—Los chicos dijeron que lo sentían.

Seguí caminando, pero en mi interior sentí que me detenía por un segundo.

Cuando Jen S. viene a buscarme la noche después del incidente con el dedo, estoy mirando las fotos: mirándolas ansiosa, que es como me pongo siempre que pienso en Ellis, estudiando atentamente las imágenes en blanco y negro de nosotros cuatro en el cementerio adoptando poses ridículas, como si fuésemos estrellas de rock, con el cigarrillo en la comisura de los labios, el labio leporino de DannyBoy

casi invisible, el acné de Ellis apenas perceptible. DannyBoy siempre decía que la gente se ve mejor en blanco y negro, y tenía razón. Las fotos son pequeñas y cuadradas; la cámara Land era antigua, de los años sesenta o así, el primer tipo de Polaroid. Me la regaló mi abuela. Tenía fuelles y hacía que me sintiese especial. Encontramos película en la tienda de fotos que hay junto al Macalester College. Era un cartucho que se metía en la cámara y luego tomabas la foto, extraías la tira de película por el lateral y se ponía en marcha un pequeño temporizador circular. Cuando emitía un zumbido, despegabas una lámina de la película y ahí estábamos, antiguos y

chulos en blanco y negro, y Ellis guapísima con su melena negra. Y ahí estaba yo, tonta de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho, el jersey lleno de agujeros y el pelo sucio, teñido de rojo y azul en el mundo real, a color, pero de un color poco definido en blanco y negro. ¿Qué otra cosa aparte de repugnante podría parecer alguien al lado de Ellis?

—Qué guay —dice Jen S. estirando el brazo para cogerlas, pero vuelvo a envolver las fotos en la tela de lino y las meto bajo la almohada—. Tía —añade entre dientes—. Vale, como quieras. Vamos, Barbero nos espera en la zona de recreo. Tenemos una sorpresa para ti.

La zona de recreo todavía huele a las palomitas que comimos durante la película que estuvimos viendo: el cuenco vacío descansa sobre una mesa circular. Jen se chupa el dedo y lo pasa por el cuenco para rebañar la sal y los restos de mantequilla. Emite unos gruñiditos de cerdo. Los labios caídos de Barbero se curvan formando una sonrisa.

—Schumacher —dice—, me parto de risa contigo.

Ella se encoge de hombros y se seca el dedo húmedo con el borde de la holgada camiseta verde.

En uno de los cajones «para todo» se pone a buscar su baraja de cartas

favorita. Los cajones de colores están apilados uno encima de otro contra las paredes de color marfil de la sala de recreo. Contienen barajas de cartas, cajas desgastadas de ceras, rotuladores, juegos.

Pegada a una de las paredes hay una hilera de tres ordenadores. Barbero enciende uno y me hace un gesto con los dedos para que me aparte mientras introduce la contraseña.

—Este es el trato, flipada. —Barbero me lanza un folleto. Tengo que agacharme a recogerlo. Empieza a teclear y en la página aparece ALTERNA-APRENDIZAJE. EL SITIO A TU MEDIDA—. La doctora buena

cree que necesitas hacer algo para solucionar tus problemas de autocontrol, que por lo visto no son pocos, así como ese extraño hábito tuyo de no dormir. Parece que ha llegado el momento de que vuelvas a estudiar, tarada.

Miro a Jen S., que sonríe efusivamente mientras baraja las cartas.

—Voy a ser tu profesora —anuncia con una risilla.

Barbero chasquea los dedos delante de mi cara.

—CÉNTRATE. ¡Estoy aquí! Aquí.

Lo fulmino con la mirada.

Barbero cuenta con los dedos.

—Este es el trato: no mires nada que no sea la página del instituto. No

consultes Facebook, ni Twitter, ni tu correo, nada excepto las páginas del instituto. Tu amiga Schumacher se ha ofrecido voluntaria como profesora y corregirá las pruebas y toda esa mierda cuando termines cada lección.

Me mira y le devuelvo la mirada.

—No quieres hacerlo —afirma—. La doctora buena dice que tienes que empezar a medicarte por la noche para conciliar el sueño y creo que no lo quieres hacer. Mejor tenerte aquí que arrastrándote por los pasillos, porque eso sí que es raro de la hostia.

No quiero medicarme, y menos por la noche, porque es cuando más asustada estoy y necesito estar alerta. Los

médicos me atiborraron de pastillas desde los ocho a los trece años. El Ritalín no me iba bien. Me daba contra las paredes y le clavé un lápiz a Alison Jablonsky en un michelín que tenía en la barriga y que parecía una nube. El Adderall hacía que me cagase encima cuando estaba en octavo y mi madre hizo que me quedase en casa el resto del curso. Me dejaba comida en la nevera envuelta en film transparente: esponjosos sándwiches de pastel de carne, apestosas ensaladas de huevo sobre pan mojado. El Zoloft era como tragar aire denso y no poder exhalarlo durante días. Aquí, la mayoría de las chicas van dopadas hasta las cejas y

aceptan sus dosis con irritada resignación.

Me siento en la silla y escribo mi nombre en el casillero donde pone ESCRIBA SU NOMBRE AQUÍ.

—Bien hecho, tarada.

—Por Dios, Bruce —exclama Jen, exasperada—. ¿Faltaste a la escuela de enfermería el día que explicaron cómo había que tratar a los pacientes?

—Sé tratarlos, nena. Cuando quieras probarlo, me lo dices. —Se deja caer en el destartalado sofá marrón y se saca el iPod del bolsillo.

Una de las paredes de la zona de recreo está ocupada por una larga ventana. Han abierto las cortinas. Fuera

está oscuro, son más de las diez. Nuestra ala está en la tercera planta; oigo el zumbido de los coches al pasar bajo la lluvia por la avenida Riverside. Si estudio, Casper estará contenta conmigo. La última vez que estuve en el instituto, me echaron en el penúltimo año. Parece que fue hace siglos.

Miro la pantalla de cerca e intento leer un párrafo, pero lo único que veo son las palabras «cabrona» y «pedazo de puta» garabateadas en la puerta de mi taquilla. Noto el fuerte sabor del agua del váter en la boca, luchando por liberarme, con unas manos que me sujetan el cuello, y oigo risas. Me hormiguean los dedos y noto una presión

en el pecho. Cuando me echaron del instituto, todo fue un caos. Más que antes, si cabe.

Contemplo la sala de recreo. Como un ratoncito nervioso, pienso en quién estará pagando este mordisquito a mi cerebro, pero desecho la idea. Durante años, mi madre trabajó en una cafetería preparando pastel de carne con cebolla y kétchup acompañado de unos montoncitos de puré de patata, pero luego incluso eso acabó. No somos gente de dinero, somos de los que rebuscan monedas en el fondo de las carteras y las mochilas y se alimentan de tallarines con mantequilla cuatro noches por semana. Solo de pensar en cómo

puedo seguir aquí me provoca miedo y ansiedad.

Pienso: «Estoy dentro, calentita, y si puedo hacer esto significa que me puedo quedar». Eso es lo que importa ahora. Debo cumplir las normas para poder quedarme.

Los dedos de Jen agitan y barajan las cartas. El sonido es como el de una desbandada de pájaros que deja un árbol vacío.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Casper.

Todos los días me hace la misma pregunta. Un día a la semana, alguien más me la hace: el doctor Dooley quizá, si está de turno de día, o la doctora de voz áspera y pelo tieso que lleva una espesa capa de rímel. Helen, creo que se llama. No me cae bien; me deja fría por dentro. Un día a la semana, el domingo, nadie nos pregunta cómo nos sentimos y

algunas nos encontramos perdidas. Entonces, Jen S. dice en tono de burla: «¡Siento un montón de cosas! ¡Necesito que alguien escuche cómo me siento!».

Casper espera. Noto que está esperando. Tomo una decisión.

Escribo cómo me siento y empujo el papel por encima de la mesa de Casper. «Mi cuerpo arde continuamente, me quema noche y día. Tengo que cortar el calor negro. Cuando me aseo, me lavo y me arreglo, me siento mejor. Más fresca y tranquila por dentro. Igual que el musgo en lo más profundo del bosque.»

Lo que no escribo es: me siento tan sola en este mundo que lo único que quiero es arrancarme la carne y, solo

con los huesos y los cartílagos, ir directa hacia el río para que se me trague, igual que a mi padre.

Antes de que empeorase, mi padre y yo hacíamos largos trayectos en coche hacia al norte. Aparcábamos y nos adentrábamos por veredas entre fragantes abetos y frondosas píceas, tanto que a veces parecía que era de noche porque había tal cantidad de árboles que no se veía el cielo. Por entonces yo era pequeña, tropezaba mucho con las piedras y aterrizaba en montículos de musgo. El recuerdo de mis dedos sobre el musgo frío y reconfortante siempre me ha acompañado. Mi padre podía caminar

durante horas. «Solo quiero que no haya ruido», decía. Y caminábamos y caminábamos, buscando ese lugar silencioso. El bosque no es tan silencioso como se piensa la gente.

Cuando murió él, mi madre empezó a comportarse como un cangrejo: se lo guardó todo dentro y solo dejó la concha.

Casper acaba de leer y dobla cuidadosamente el papel antes de introducirlo en una carpeta del escritorio.

—Musgo fresco. —Sonríe—. No es una mala sensación. Ojalá pudiésemos llevarte allí sin que te haga daño. ¿Cómo podríamos hacerlo?

Casper siempre tiene folios blancos para mí en el escritorio. Escribo algo y se lo paso. Frunce el ceño. Saca una carpeta del cajón y recorre una página con los dedos.

—No, no veo ningún cuaderno de dibujo en la lista de objetos que había en tu mochila —dice, y me mira.

Emito un sonido apenas audible. Mi cuaderno lo tenía todo, mi pequeño mundo. Dibujos de Ellis, de Mikey, los pequeños cómics que hacía sobre la vida en la calle, sobre mí misma, Evan y Dump.

Noto un hormigueo en los dedos. Necesito dibujar. Necesito enfrascarme en el dibujo con todas mis fuerzas.

Emito otro pequeño sonido.

Casper cierra la carpeta.

—Deja que hable con la señorita Joni. A ver si ella puede hacer algo.

Mi padre era cigarrillos y latas rojas y blancas de cerveza. Era camisetas blancas sucias, una mecedora marrón, ojos azules y mejillas rasposas por la barba y «Ay, Misty» cuando mi madre se enfadaba con él. Era días de no levantarse de esa mecedora, de estar en el suelo a sus pies, llenando papeles de soles, casas, caras de gatos con cera y lápiz y bolígrafo. Era días de no cambiarse esas camisetas, de silencio a

veces y otras veces demasiadas risas, una risa extraña que parecía agrietarlo por dentro hasta que ya no había risa sino llanto, y lágrimas que me caían por la cara mientras trepaba para mecerme con él, adelante y atrás, adelante y atrás, latido, latido, latido mientras la luz cambiaba fuera, mientras el mundo se oscurecía a nuestro alrededor.

—Eres muy callada. Me alegro de que me hayan puesto con una persona callada. Ni te imaginas lo pesado que resulta a veces tener que escuchar a alguien hablando en voz alta todo el día —dice Louisa.

Llevaba tanto rato callada que pensaba que se había dormido.

—A ver... yo te hablo, ¿sabes? En mi cabeza, digo. Te cuento todo tipo de cosas en mi cabeza porque parece que

sabes escuchar. Pero no quiero ocupar tu espacio para pensar. No sé si me entiendes —añade.

Emite un sonido que delata que tiene sueño:

—Mmm. Te contaré mi historia. Eres buena gente, un tesoro.

Buena gente, un tesoro, buena gente, un tesoro: la canción infantil de alguien que se hace cortes.

En las sesiones de grupo, a Casper no le gusta que digamos «corte», ni «cortar», ni «quemar», ni «clavar». Dice que no importa lo que hagas ni cómo lo hagas: da lo mismo. Podrías beber, hacerte tajos, consumir meta, esnifar coca, quemarte, cortarte, clavarte cosas, rajarte, arrancarte las pestañas o follar hasta sangrar, que todo se reduce a lo mismo: autolesionarse. Dice que si alguien nos hace daño o nos hace sentir

mal, o indignas, o sucias, en lugar de actuar racionalmente y ver que esa persona es un gilipollas o un anormal y habría que pegarle un tiro o colgarlo, en lugar de salir cagando leches para apartarnos de ella, interiorizamos el maltrato y empezamos a culparnos y a castigarnos y, cosa rara, una vez que empezamos a cortarnos, o a quemarnos, o a follar porque nos sentimos una basura que no vale nada, nuestro cuerpo empieza a liberar esa mierda que nos hace sentir bien llamada «endorfinas» y experimentamos una euforia de la hostia que hace que el mundo parezca algodón de azúcar de la feria más maravillosa y animada del mundo, solo que con sangre

e infección. Pero lo jodido es que una vez que empiezas a autolesionarte, ya no puedes dejar de ser una tarada, porque tienes todo el cuerpo marcado y chamuscado como un campo de batalla y a nadie le gusta ver eso en una chica, nadie puede amar eso, así que todas nosotras, todas y cada una de nosotras, estamos jodidas por dentro y por fuera. Lavar, enjuagar, repetir la puta operación.

Intento cumplir las normas. Intento ir a donde se supone que debo ir cuando se supone que debo ir y sentarme como una niña buena aunque no diga nada porque tengo la garganta llena de clavos. Intento cumplir las normas, porque si no las cumplo me arriesgo a que me echen FUERA.

He estado pensando en que el doctor Dooley me dijo que dos chicos habían traído mi mochila. Esos chicos me salvaron una vez, supongo que dos. También pienso en que me dijo que lo sentían.

Evan y Dump. ¿Sentían haberme salvado del hombre que se había metido conmigo en el paso subterráneo? ¿Sentían que este invierno hubiese hecho tanto frío en Minnesota y que no

hubiesen podido EVITAR que nos mudásemos los tres a casa del puto Frank? Yo estaba enferma. No podíamos seguir viviendo en la furgoneta. Evan necesitaba drogarse. Dump iba a donde iba Evan. ¿Sentían que yo no quisiera hacer lo que el puto Frank me pedía? (Lo que quería que hiciesen todas las chicas de la casa de los horrores, si es que querían quedarse.) ¿Sentían no haberme dejado morir en el desván de la casa de los horrores?

Sentirsentirsentirsentirsentirsentir.

Corto también esa palabra, pero cada vez vuelve con más fuerza, con más insistencia, con mayor crueldad.

Louisa no asiste a las sesiones de grupo. Louisa se reúne con Casper por las tardes. Louisa recibe llamadas de teléfono por la noche; se acurruca contra la pared en la sala de recreo, se enrolla el cable en los dedos, acariciando delicadamente la moqueta con la punta de sus relucientes zapatos de tacón bajo. Louisa puede moverse a su antojo, no necesita un pase de día. Louisa susurra en la oscuridad:

—Tengo que decirte que no eres como nosotras, ¿sabes? Mira a tu alrededor. Estas sábanas, esta cama, las medicinas, los médicos. Todo lo que hay aquí cuesta dinero. ¿Me escuchas?

La cama cruje cuando se incorpora y se apoya en el codo para mirarme de frente. En la penumbra parece que tiene los ojos hinchados y ojerosos.

—Lo único que te digo es que tienes que prepararte.

Dejo que sus palabras se deslicen sobre mí, suaves y cálidas. Se da media vuelta. Dinero, dinero. No quiero pensar de dónde sale o de dónde no sale.

Solo quiero que vuelva a dormirse para comerme el sándwich de pavo que

tengo escondido bajo la cama.

La puerta se abre con un silbido. Casper entra sigilosamente y se sienta al lado de Sasha, que se revuelve y le sonríe como un perrito. Casper lleva unos pantalones marrones y sus zuecos de elfo. Se sujeta el pelo castaño claro con un pañuelo rojo. Pendientes de luna, mejillas rosadas, es un puto arcoíris.

Me pregunto cómo sería en el instituto. Debió de ser una buena chica, de las que se tapan las tetas con los

libros, van siempre bien peinadas y se muerden los labios durante los exámenes. Seguramente aparecía en el anuario, o participaba en un equipo de matemáticas o en un grupo de debate.

Pero debe de haber algo más, algo bajo esa apariencia lavada que no logramos ver, como una herida oculta, un secreto espinoso o algo así. Si no, ¿por qué coño iba a dedicarse a estar con nosotras?

Reparte folios y rotuladores y nos ponemos tensas. Cuando nos hace escribir, sabemos que la sesión de grupo va a ser dura. Hace que dejemos los bolígrafos y los folios en el suelo para el ejercicio de respiración del acordeón.

No consigo concentrarme. Estoy pendiente del reloj que hay en la pared porque tengo que irme antes de tiempo. Hoy me quitan las vendas y solo de pensarlo noto un cosquilleo en el estómago.

—Me gustaría que escribierais lo que os decís antes de autolesionaros —dice Casper.

Blue suelta un gruñido, se pasa la lengua por la boca y flexiona los pies desnudos. Nunca lleva zapatos. En tres de sus dedos brillan anillos de plata. Desde el otro extremo del círculo parece tan joven como cualquiera de nosotras, pero de cerca, en el comedor o en la sala de recreo, se le marcan unos

surcos en el rabillo del ojo. Llevo mucho tiempo sin dibujar, apenas voy al taller de manualidades, y me cuesta mirar a Blue porque me hace suspirar por mis lápices y carboncillos. Tiene un no sé qué que me gustaría plasmar sobre el papel.

No escribo nada de primeras, me limito a hacer pequeñas líneas con el rotulador rojo y miro a Blue a hurtadillas para hacer un esbozo suave, ligero. Me gusta sostener el rotulador con los dedos, trazar a tientas sus ojos de gato y sus labios carnosos. Me resulta un poco difícil con el papel apretado sobre los muslos, pero es como si mis dedos nunca hubiesen olvidado

qué es lo que hay que hacer. Como si hubiesen estado esperando mi regreso.

La boca de Blue es muy carnosa. Mis labios son finos. Ellis decía: «Tienes que resaltarlos». Me sostenía la barbilla con los dedos y me apretaba la fresca barra de labios contra la boca. Pero nunca funcionaba. Nunca me quedaba bien. No veía a alguien con una boca bonita, sino a alguien con barra de labios en la piel de la cara.

La cabeza me empieza a dar vueltas y más vueltas mientras sigo dibujando a Blue. Están sucediendo cosas en las que no quiero pensar, al menos en este momento. Aparecen palabras como «sentían», «desván», «paso

subterráneo» y «hacerme daño».

Sasha resopla. Francie carraspea.

El bolígrafo escribe «FUERA. SÁCALO. ADIÓS A TODO». Trazo una enorme X roja sobre el dibujo de la cara de Blue, arrugo el papel y lo escondo debajo del muslo.

—Isis. —Casper cruza las manos y espera que Isis lea lo que ha escrito en el folio.

Isis se hurga la nariz, ruborizada.

—Vale —asiente por fin. Habla casi en un susurro—: ¿Cuándo coño vas a aprender? Esto te enseñará. —Cierra los ojos con fuerza.

—Nadie. En blanco. A quién le importa —dice Francie, y rompe el

papel por la mitad.

El cuerpo de Sasha está tan caliente por haber estado llorando que un extraño calor emana de ella y aparto un poco la silla. Noto que Blue me está mirando.

Sasha baja la vista hacia el folio y dice entrecortadamente:

—Gorda. Estúpida. Mierda.

Con la rapidez de un pájaro, Blue se levanta, atraviesa el círculo y agarra de un tirón el papel que tengo debajo del muslo. Me fulmina con la mirada desde el centro del círculo.

Casper la mira sin inmutarse.

—Blue. —Es una advertencia.

Blue abre el papel y lo alisa.

Conforme lo examina, una sonrisa se le dibuja lentamente en la cara.

—¿Soy yo? Está muy bien, Sue la Muda. Me gusta que me hayas tachado. —Le muestra el papel al grupo—. Me ha borrado.

Vuelve a arrugar el papel y lo arroja a mi regazo. Dejo que caiga al suelo. Cuando ya está sentada, le comenta a Casper:

—Yo no podría haberlo expresado mejor. Se parece mucho a lo que se me pasa por la cabeza cuando me autolesiono. Borrarme.

Casper se vuelve hacia Sasha, pero antes de que empiece a hablar, Blue la interrumpe:

—Pero doctora, esto es injusto.

—¿Qué es injusto? —Casper mira atentamente a Blue. Me empieza a arder la cara. Miro el reloj. Solo faltan unos minutos para que me levante y vaya a que me liberen de estos garrotes.

—Ella nunca tiene que decir nada. Todas tenemos que hablar, sacarnos las putas tripas, y ella no tiene que decir una mierda. Puede que para ella no seamos más que un pequeño espectáculo de comedia.

—La terapia de grupo es voluntaria, Blue. Si alguien no quiere hablar, no tiene por qué hacerlo. En el seguimien...

—Diles a todas lo que has escrito en el papel, Sue la Muda —dice Blue—.

¿No? Vale, lo haré yo. Ha escrito «Fuera. Sácalo. Adiós a todo». ¿Qué es lo que hay que cortar, Sue? Mójate, te toca pringarte.

El puto Frank llevaba unos pesados anillos de plata, calaveras de mirada malévola que siempre estaba frotando contra la camisa para dejarlas perfectas y relucientes. Tenía los dedos manchados y chamuscados de usar el encendedor, dedos que me clavaba en el cuello hasta levantarme del suelo del desván. Evan y Dump maullaban como gatitos detrás de él, pero no eran más que niños necesitados de drogas. Fuera hacía un frío que pelaba. Abril había descargado una nieve inesperada que se

había convertido en aguanieve. Era el peor tiempo de todos para estar en la calle: agua helada que te congelaba la cara desnuda y convertía los dedos en agarrotadas carcasas de hueso.

Cuando el puto Frank nos saludó en la puerta debería haber sabido que no me dejaría estar allí de balde. Debería haberme fijado más en las caras de las chicas que estaban sentadas en el raído sofá mientras Evan y Dump me metían en la casa. En mi estupor, con los pulmones como el cemento y la vista borrosa, pensé que estaban colocadas, con los ojos nublados. Ahora sé que tenían la mirada muerta.

«Hazlo», me dijo el puto Frank

aquella noche mientras me apretaba con los dedos hasta dejarme sin respiración. «Hazlo como lo hacen las demás. O te lo haré yo mismo.»

Si eras chica y estabas en la casa de los horrores y querías quedarte en la casa de los horrores, en el piso de abajo había una habitación llena de colchones. Frank metía a las chicas en la habitación. Los hombres iban a la casa, le pagaban a Frank y entraban en la habitación.

FUERA. ADIÓS A TODO. Adiós a mi padre. Adiós a mi madre. Adiós a echar de menos a Ellis. Adiós al hombre del paso subterráneo, adiós al puto Frank, a los hombres del piso de abajo,

a la gente que va por la calle con demasiadas personas dentro, adiós al hambre, a la tristeza y al cansancio, a no ser nadie, a no ser guapa ni querida, adiós a todo de una vez, hazte cada vez más pequeña hasta quedarte en nada.

Eso es lo que se me pasaba por la cabeza en el desván cuando saqué un cristal roto de mi adorado botiquín y empecé a cortarme en trocitos. Llevaba haciéndolo mucho tiempo, desde hacía años, pero aquella vez sería la última. Iría más lejos que Ellis. No la cagaría como Ellis: moriría, no acabaría muerta en vida.

Aquella vez intenté con todas mis fuerzas morir de una puta vez.

Pero aquí estoy.

La música que suena en mi cabeza hace que se me nuble la vista. Apenas veo a Blue, con su cara melosa y sus dientes hechos mierda, pero mientras camino hacia ella, casi puedo saborear cómo será machacarle la cabeza contra el suelo. Siento el cuerpo extrañamente pesado y ligero al mismo tiempo y una pequeña parte de mí se aleja flotando —Casper lo llama «disociación»—, pero sigo avanzando tambaleándome hacia Blue, que se ríe nerviosa.

—No me jodas —me dice, y se pone en pie, alerta.

Jen S. se levanta.

—Por favor, no lo hagas —me

suplica.

En la calle, que era donde yo vivía, lo llamaba «mi sentimiento callejero». Es como si un cable de alta tensión me atravesase todo el cuerpo. Podía apretar los puños y luchar contra dos mujeres mayores que yo por el saco de dormir que alguien había olvidado junto al río. Podía hacer muchas cosas para sobrevivir a la noche después de un día de caminatas interminables.

—Charlie, un altercado más y no podré ayudarte. —La voz de Casper suena clara y serena.

Me paro en seco. Charlie. Charlie Davies. «Charlotte», decía Evan, con los ojos brillantes, borracho, con la

mejilla embadurnada de mi sangre, aquella noche en el desván. «Qué nombre tan bonito.» Me besó en la cabeza una y otra vez. «Por favor, no nos dejes, Charlotte.»

Mi padre me enseñó a saber qué hora era a base de decirme cuánto tiempo faltaba. «La manecilla larga está aquí y la corta, aquí. Cuando la corta esté aquí y la larga aquí, habrá llegado la hora en que mamá vuelve a casa.» Encendía un cigarrillo, satisfecho, y se mecía en la mecedora.

Las manecillas del reloj que hay colgado en la pared me indican que es la hora de ir a quitarme las vendas.

Me tambaleo por culpa de la estúpida

bota ortopédica, que se me engancha en la moqueta, hasta que llego a la puerta. Salgo y cierro de un portazo.

Es uno de los enfermeros de día, Vinnie, quien lo hace con sus manos grandes, agrietadas y meticulosas. En la enfermería hace frío y todo está impoluto. El papel cruje debajo de mí cuando me subo a la camilla. Miro los frascos de cristal llenos de largos bastoncillos de algodón, las botellas de alcohol, los cajones cuidadosamente etiquetados. Vinnie tiene una bandeja plateada preparada con tijeras, pinzas,

grapas y pomadas.

Se detiene antes de empezar a despegarme las compresas de los brazos.

—¿Quieres que venga alguien? La doctora Stinson acabará la sesión de grupo dentro de quince minutos. —Se refiere a Casper.

Me dedica su sonrisa especial, esa en la que abre la boca y te enseña los dientes. Todos están enmarcados en oro, como una fotografía o un cuadro. Me entran unas ganas irresistibles de tocar uno de esos dientes resplandecientes.

Vinnie se echa a reír.

—¿Te gustan mis preciosos dientes? Me costó mucho conseguir esta sonrisa.

Me costó mucho, pero mucho, conseguir esta sonrisa. Tú ya me entiendes. ¿Quieres que venga la doctora o no?

Niego con la cabeza. «No.»

—Vale. Eres una chica dura, Davis.

Con mucho cuidado, desenrolla las gasas de cada brazo. Retira las compresas del brazo izquierdo. Retira las compresas del brazo derecho. Cuando las arroja a la papelera de metal, emiten un ruido húmedo y suave. El corazón se me acelera. Todavía no bajo la vista.

Vinnie se inclina hacia mí para quitarme los puntos con las pinzas. Desprende un olor sedoso y quebradizo a la vez, como a gomina y a café. Miro

las luces del techo tan fijamente que se me forman unas manchas oscuras en los ojos. Hay una mancha en forma de riñón en uno de los paneles, del color de la mantequilla cuando se recalienta en la sartén.

—¿Te hago daño? —pregunta—. Hago lo que puedo, amiga.

Oigo correr el agua. Vinnie se está lavando las manos. Levanto los brazos.

Están blancuzcos y arrugados de llevarlos tanto tiempo vendados. Al girarlos, veo las cicatrices rojas y fibrosas que los recorren desde las muñecas hasta los codos. Las toco cautelosamente. Vinnie canturrea. Es una melodía animada y cantarina.

Para él solo soy un día más, otra chica espantosa.

—¿Todo bien? —Frota una pomada entre las manos y las levanta.

Bajo estas cicatrices nuevas veo las antiguas. Mis cicatrices son como una presa o algo así. El castor coloca nuevas ramas y palos sobre los anteriores.

Le digo que sí con la cabeza. La crema se ha calentado en sus manos y la sensación en la piel es agradable.

La primera vez que me hice cortes, lo mejor fue lo que vino después: limpiar la herida con un algodón, secarla cuidadosamente, inspeccionarla, por aquí y por allá, acunando el brazo de forma protectora sobre el estómago. «Ya

está, ya está.»

Me hago cortes porque no puedo más. Es así de simple. El mundo se convierte en un océano, el océano se me viene encima, el ruido del agua resulta ensordecedor, el agua me inunda el corazón y el miedo se vuelve tan grande como un planeta. Necesito liberarme, necesito hacerme más daño que el que el mundo pueda hacerme y así me consuelo.

«Ya está, ya está.»

—Resulta contradictorio, ¿no? Que haceros daño os haga sentir mejor. Que de algún modo podáis libraros de vuestro dolor causándoos dolor —nos dijo Casper.

El problema es lo que viene después.

Como ahora, lo que está sucediendo ahora. Más cicatrices, más daño. Un círculo vicioso: más cicatrices = más vergüenza = más dolor.

El ruido que hace Vinnie al lavarse las manos en el lavabo me devuelve a la realidad.

Cuando me miro la piel, se me revuelve el estómago.

—Por segunda vez —dice al volverse —, ¿seguro que no quieres que venga alguien?

Niego con la cabeza y me lanza una sábana, me dice que me eche hacia atrás en la camilla y me indica que me quite los pantalones cortos. Lo hago

rápidamente debajo de la sábana, sin respirar, apretándome la sábana sobre la discreta ropa interior. La piel de los muslos se me pone de gallina del frío que hace en la habitación.

Creo que no tengo miedo de Vinnie, pero sigo atentamente el movimiento de sus manos y tengo listo mi sentimiento callejero, por si acaso. Cuando era pequeña y no podía dormir, frotaba la sábana entre el índice y el pulgar. Es lo que hago ahora con la ropa interior, mi suave ropa interior rosa, recién estrenada, que alguien me ha dejado sobre mi estrecha cama con una tarjeta. Había siete pares de bragas, uno para cada día de la semana. No tenían

agujeros, ni manchas, y olían al envoltorio de plástico que las cubría, ni mal, ni a pis, ni a sangre de regla. Cuando pienso en la ropa interior y toco con los dedos el algodón limpio, algo se me remueve por dentro, como cuando una pila de piedras se afloja cuando se retira una de ellas, un gemido, un sentimiento de calma, una exhalación de aire...

—La enfermera... Ava... me... compró... estas... braguitas.

No sé por qué susurro. No sé de dónde ha salido. No sé por qué se han formado estas palabras, no sé por qué precisamente estas. Tengo la voz rasposa de no hablar. Suena como el

croar de una rana. Es una frase larga, la primera en no sé cuántos días, y sé que él anotará diligentemente: «C. Davis ha pronunciado una frase completa mientras le quitaba los vendajes. C. Davis ha dicho que no tenía ropa interior. La paciente no suele hablar voluntariamente; mutismo selectivo».

—Fue un detalle por su parte. ¿Le diste las gracias?

Niego con la cabeza.

Cuando me corté en el desván, llevaba una camiseta, ropa interior, calcetines y botas. Había tanta sangre que Evan y Dump no sabían qué hacer. Me envolvieron en una sábana.

—Deberías darle las gracias.

Llegué a Creeley con ropa y pantuflas de hospital. La enfermera Ava me buscó ropa. La enfermera Ava me compró ropa interior.

Debería darle las gracias.

La gasa y las compresas de los muslos parecen serpentinas teñidas cuando Vinnie las levanta y las lanza por lo alto a la papelera. Tira y corta con las pinzas.

Ocurre lo mismo que con los brazos: no me duele cuando me quita los puntos, pero la piel me escuece y me pica cuando tira de ellos con las pinzas.

Enseguida vuelve a pasar, solo que esta vez me acuerdo de cómo es cortarse, cortarse con saña. La forma en

que debes clavarte el cristal, a fondo, sin pensarlo, romper la piel y luego arrastrar y arrastrar con fuerza para hacer un río en el que poder ahogarte.

Claro que hacer ese río duele. El dolor es agudo y vago al mismo tiempo; unas cortinas se abren y se cierran sobre tus ojos; resoplas como un toro.

Duele, duele, duele de la hostia, pero cuando aparece la sangre todo se vuelve más cálido, más tranquilo.

Vinnie me hace una seña. Estoy respirando demasiado deprisa. Sabe lo que está pasando.

—Ya está. —Me observa atentamente mientras me incorporo. El frágil papel que tengo debajo se rasga.

Escaleras. Las cicatrices que tengo en los muslos parecen peldaños de escalera. Mis dedos tropiezan con ellas al pasarlos desde las rodillas hasta la parte alta de los muslos. Las manos de Vinnie, impregnadas de crema, se ven muy oscuras contra mi palidez. Es agradable. Cuando acaba con los muslos, me indica que me suba los pantalones y me da un tubo de pomada azul y blanco.

—Aplícatela dos veces al día. Esa mierda te va a picar un montón ahora que se ha quedado al aire. Notarás la piel tirante y un cierto picor.

Aprieto el tubo contra el pecho. Sigo notando sus manos en las piernas, la

ternura de sus dedos sobre mi fealdad. Deseo que sus manos vuelvan, quizá envolviéndome esta vez. Quizá simplemente posándose tan suavemente sobre mí que pueda apoyar la cabeza en su cuerpo y estar así durante un rato, aspirando su olor, nada más, latido, latido, latido, como hacía con mi padre. Me entran ganas de llorar.

Me seco la cara, sin prestar atención a mis manos temblorosas. Calor. Mi cuerpo está empezando a calentarse. Estoy asustada. Vinnie carraspea.

—Están todas en el taller de manualidades, ¿quieres que te acompañe?

—Habitación. —Sostengo el cálido

tubo contra mi pecho—. Habitación.

Vinnie parece triste.

—Vale, nena. Vale.

Louisa no está en la habitación. Están todas en el taller de manualidades, inclinadas sobre palos de polo impregnados de pegamento, bolsas de botones e hilos y montones de estrellas adhesivas brillantes.

Tengo unas ganas irrefrenables de llorar y hundo la cabeza en la almohada para que nadie me oiga. Tengo el cuerpo extremadamente dolorido a causa de las heridas. Necesito a Ellis, la Ellis que me curaba los cortes y le robaba vino a

su padre para que pudiésemos llorar juntas en su habitación, bebiendo de la botella y escuchando música, contemplando el sistema solar que proyectaba su lámpara, que giraba y brillaba en el techo. Porque cuando estás sufriendo y alguien te quiere, se supone que va a ayudarte, ¿no? Cuando estás sufriendo y alguien te quiere, te besa con ternura, te apoya la botella en los labios, te acaricia el pelo con los dedos, ¿no? Casper estaría orgullosa de mí por pensar racionalmente.

Estoy en un lugar lleno de chicas que necesitan afecto pero no deseo estar con ninguna de ellas. Quiero la que no puedo tener, la que no volverá nunca.

¿Dónde coloco a estos muertos, a estos vivos, a esta gente que flota por encima de mí como si fuesen fantasmas? Un día, Ellis me dijo: «Eras demasiado joven para perder a tu padre».

Hace poco más de un año, Mikey me gritó por teléfono: «¡Ella nunca se hacía cortes, eso no iba con ella. ¿Por qué lo hizo? Tú estabas allí!». Pero él estaba a muchos kilómetros de allí, a varios estados de distancia, en la universidad, y no sabía lo que había pasado entre Ellis y yo.

Fue la última vez que hablamos: después de aquello, empecé a vivir en la

calle mientras me convertía en un fantasma.

Mi madre está viva, pero ella también es un fantasma. Sus ojos hundidos me miran desde lo lejos y su cuerpo está completamente inmóvil.

Hay demasiada gente que no volverá nunca.

Cuando termino, cuando a mi cuerpo lo invade esa sensación de desgaste y cansancio después de haber llorado tanto tiempo, me levanto y vuelvo tambaleándome al pasillo, iluminado de más, que lleva al puesto de enfermería. Vinnie tenía razón, las cicatrices me pican un montón.

Ardo por fuera y estoy vacía por dentro. Vacía. No puedo cortarme, pero necesito sacarme algo de dentro,

necesito liberarme.

Vinnie me dedica su sonrisa dorada desde detrás del puesto de enfermería. Todos los enfermeros tienen fotografías pinchadas en la pared que hay detrás del mostrador. Niños, montones de niños, rellenitos, delgados, adolescentes con expresión seria, y perros, montones de fotos de perros. Las hijas de Vinnie deben de ser las de los vestidos blancos de volantes y el pelo tan negro como el de su padre.

Me señalo el pelo, esa maraña horrorosa. Solo de olerlo ya me entran ganas de vomitar. Quiero deshacerme de él, de ese último vestigio de mi vida en el exterior.

—Quítamelo —digo con voz ronca.

—No, no —dice Vinnie levantando las manos—. Espera hasta que consigas tu pase de día, chica. Ya saldrás con las otras e irás a la peluquería. No pienso tocarle el pelo a una chica.

Golpeo el mostrador con el puño y me inclino hacia delante.

—Ahora. Tiene que ser ahora.

—Su puta madre —dice entre dientes. Señala bruscamente la enfermería—. Venga, vamos. Pero no llores. Para ese pelo solo hay una solución.

En la cafetería, Isis es la que habla primero, con la pequeña boca abierta mientras se le caen en el plato los macarrones con queso.

—La hostia puta, Chuck. Mírate.

Blue se echa a reír y su risa grave y contagiosa sobresalta a Francie, que está sentada junto a ella y nunca come. Francie sonríe también.

—Te odio, Sue la Muda —dice Blue —. Pero estás muchísimo mejor. Casi

pareces humana.

El propio Vinnie silbó mientras me pasaba la afeitadora por la cabeza y el pelo caía al suelo en gruesos mechones.

—¡Una cara! La chica tiene cara —exclamó.

Me miré en el espejo de la enfermería, un espejo de verdad, uno largo que había detrás de la puerta. Mantuve la vista por encima de los hombros para mirarme únicamente la cara, pero no por mucho tiempo, porque al verme empecé a ponerme triste otra vez.

Las chicas permanecen en silencio cuando empiezo a comer. Jamás pensé que me sentiría rara al mostrar mis

cicatrices a un grupo de chicas que no son más que cicatrices, pero así es. Fijo la vista en el plato.

Cuando acabe de comer iré a rebuscar en objetos perdidos, a ver si encuentro una camiseta de manga larga. Me siento desprotegida y tengo frío. Echo de menos la raída chaqueta mostaza que llevaba antes de irme de casa. Me mantenía cubierta y a salvo. Echo de menos toda mi ropa. No la que llevaba en la calle, sino la de hace tiempo, las camisetas de grupos de rock, los pantalones de cuadros y los gorros de lana.

—Joder, Chuck, ¿qué has utilizado? Has hecho un trabajo de la hostia.

Isis tiene la cara fina y nerviosa de un terrier. Se enrosca en los dedos los rizos enmarañados de las trenzas. Las otras esperan. Desde el fondo de la mesa, Louisa me sonríe ligeramente.

Me encantaba romper tarros. Había que golpearlos fuerte, porque son gruesos. Al contrario que otros cristales, los tarros se rompen en pedazos curvos, de brillantes bordes afilados. Producen cortes amplios y profundos. Los gruesos pedazos de cristal se lavaban fácilmente y podía conservarlos en la bolsita de terciopelo, escondidos en mi adorado botiquín hasta la próxima ocasión.

Solo de pensarlo tiemblo de emoción, como me pasó en la enfermería, lo que

según Casper es inaceptable, un detonante, y veo que algunas de las otras chicas, como la pálida Sasha, con sus ojos azules como el mar, empiezan a fruncir el ceño. Blue y Jen S. esperan, inexpresivas, con el tenedor-cuchara levantado.

Pienso que quiero contárselo, que quiero hablar. Noto un zumbido en el pecho y pienso que puede que tenga algunas palabras, quizá, aunque no sé bien cómo ponerlas en orden ni lo que querrán decir, pero abro la boca.

Desde el otro lado de la mesa, Louisa habla. Su voz es áspera y sensual; era la cantante de un grupo que se llamaba Loveless.

—Cristal. —Louisa recoge sus cosas de la mesa. No es de mucho comer, solo picotea un poco de esto y de aquello y nunca se queda mucho tiempo—. Lo ha hecho con un cristal. El desayuno de los campeones desesperados. —Nos mira y se encoge de hombros, se levanta y va hacia el cubo de basura con el vaso de cartón, el plato y el cubierto de plástico.

En la mesa, el ambiente se tensa en un primer momento, mientras cada una recuerda sus herramientas favoritas. Pero luego se relaja.

Isis sigue comiendo.

—Qué bestia, Chuck.

Fijo la vista en el reluciente montón de macarrones, la fila de judías verdes,

el charco marrón de compota de manzana.

—No me llamo Chuck, Isis. Me llamo Charlie. Charlie Davis.

Ya no tengo la voz ronca. Ahora se oye con total claridad.

—Vaya, parece que alguien tiene voz —dice Jen S.

Blue asiente, mirándome.

—La cosa se pone interesante —dice mientras bebe pensativa un sorbo de café.

—Cambios importantes —me dice Casper con una sonrisa—. Hablas, te has cortado el pelo y te han quitado las vendas. ¿Cómo te sientes?

Me estiro para coger de su escritorio las hojas y el bolígrafo azul.

—No —dice.

La tortuga se ha detenido en el tanque, como si también me esperase. Su cuerpo diminuto se mece en el agua. ¿Le gustará el barquito que hay en el fondo, el que

tiene un agujero lo suficientemente grande como para atravesarlo nadando? ¿Le gustará la piedra a la que puede subirse a descansar? ¿Querrá salir alguna vez?

Me ajusto la sudadera que he encontrado en la caja de objetos perdidos y me cierro aún más la capucha alrededor de la cara.

—Horrible —contesto, con la voz amortiguada y la cara tapada por la capucha—. Horrible. Aún me siento horrible.

No es que no me diese cuenta de que Jean S. desaparecía todas las noches en cuanto Barbero se quedaba dormido en el sofá de la sala de recreo. La verdad es que me avisaba. «Voy al baño», decía, y su larga coleta le caía sobre el hombro al inclinarse a ver lo que estaba haciendo yo en el ordenador. «Tengo el estómago revuelto. Puede que tarde un rato.» O «Voy al pasillo a estirar las piernas. Me agobia estar aquí encerrada.

Pórtate bien». Y se marchaba.

Curiosamente, me estaba gustando esto de las clases. Ya había acabado doce temas, lo que me situaba cerca de la mitad del mítico último curso. Me resultaba gratificante pinchar en ENTREGAR y esperar a que Jen S. volviese para comprobar mi puntuación utilizando la contraseña secreta. Resulta que el instituto es muy fácil una vez que eliminas a los otros alumnos, a los imbéciles de los profesores y toda la mierda que conlleva.

La estoy esperando, y la sigo esperando, y veo a Barbero roncar en el sofá, cuando se me ocurre que quizá no está haciendo exactamente lo que me

dice que hace. Pero antes incluso que pensar en lo que podría estar haciendo, pienso en lo que podría estar haciendo yo mientras ella no está y Barbero está fuera de juego.

Solo tardo unos minutos. Abro una nueva ventana, creo una cuenta de Gmail, me devano los sesos intentando recordar la última dirección de correo suya que conozco, la tecleo, confío en que salga bien y activo el chat. Llevo más de un año sin hablar con él. Puede que esté, puede que no.

Hola, escribo.

Me pellizco la barbilla durante la espera. Siento frío en la cabeza, ahora que no tengo pelo. Me pongo la capucha. Pero tiene que estar ahí, porque aquí no

aparece «Michael está desconectado» ni nada de eso.

Y entonces aparece.

Hostia puta, eres tu de verdad
Si
Stas bien
No. Si. No. Stoy en el lokero.
Ya lo se, tu madre se lo conto a la mia
Llevo ropa mierdosa de objetos perdidos
Estoy en un concierto
D quien?
Firemouth. El garito se llama Flycatcher. Conoces a Firemouth? T gustarian

Mis dedos vacilan sobre el teclado.

Te echo de menos

Nada. El estómago se me encoge ligeramente. Vuelvo a sentir un poco lo que sentía antes: lo mucho que me gustaba Mikey, lo que me sorprendía que a él le gustase Ellis, aunque ella no le correspondiese. Pero Ellis ya no está. Me muerdo el labio.

Vuelvo a mirar a Barbero. Se le ha caído una pierna al suelo.

«Michael está escribiendo»...

Le dire a mi madre q t lleve ropa de T

Su hermana, Tanya. Ya estará licenciada. La casa de Mikey siempre era acogedora. En invierno, su madre preparaba hogazas de pan, gruesas y tiernas, y grandes ollas de sopa

humeante.

El chat dice que «Michael está escribiendo». No ha dicho que me echaba de menos ni nada por el estilo. Respiro hondo, intento acallar la vocecilla gruñona que tengo en la cabeza y que me dice: «Eres sucia y repugnante, idiota. ¿Por qué ibas a gustarle a nadie?».

En mayo subo para un concierto en el Entry d la 7ª con el grupo con el q trabajo ahora. Pasare alli 2 dias. ¿Pueds ponerme en lista de visitas o algo?

Si!

Empiezo a sonreír como una loca. Todo mi cuerpo se ha convertido en

plumas, me siento ligera solo de pensar que voy a ver a Mikey. ¡A Mikey!

«Michael está escribiendo»:

Tngo que irme, esto se acaba y tngo clase mñn. No puedo creer q seas tu. Tienes un nº de tlf?

Me levanto y corro hacia el teléfono que hay en la pared de la sala de recreo, donde está el número escrito en rotulador negro junto con un cartel que reza: NADA DE LLAMADAS DESPUÉS DE LAS 21.00 NADA DE LLAMADAS ANTES DE LAS 18.00. Vuelvo corriendo, repitiendo el número mentalmente, cuando la bota ortopédica se me engancha en una silla de plástico y caigo despatarrada. Barbero se levanta de un salto, más

rápido de lo que lo he visto moverse nunca, y se quita los auriculares. Mira a todas partes.

—¿Dónde está Schumacher? ¿Dónde coño está Schumacher?

Mientras intento levantarme a duras penas, se dedica a leer lo que aparece en el ordenador.

Aprieta una tecla con el dedo y la pantalla se pone negra. Mikey desaparece.

—Vuelve a tu madriguera, conejita. Tengo que salir a cazar a tu amiga.

Barbero y la enfermera Ava han encontrado a Jen S. en el hueco de la escalera de emergencias. Ni tenía el estómago revuelto, ni estaba dando un paseo. Estaba, según me cuenta Louisa por la noche, tirándose al doctor Dooley.

Estoy bajo la sábana. Cuando parpadeo, mis pestañas rozan la tela. Suelto un resoplido.

—Llevan follando desde hace

muuucho tiempo —susurra Louisa—. Me sorprende que no los hayan pillado antes.

En el pasillo hay una actividad frenética: alguien está llamando por teléfono y Jen S. llora en el puesto de enfermería.

—Mal asunto, la verdad —dice Louisa—. A ella la echarán y a él lo despedirán. O puede que no lo despidan, que solo le echen la bronca. No es más que un residente. La cagan constantemente. —Hace una pausa y añade—: Espero que Jen no piense que se seguirán viendo fuera, porque eso no va a pasar.

Me quita la sábana de la cara.

—Tú eres joven y no entiendes de estas cosas. —Todavía no se ha quitado el maquillaje. Tiene el rímel corrido por debajo de los ojos—. La escogió a ella porque es una chica fácil. Somos facilonas, ¿verdad? Joder, una vez yo también pensé que había encontrado al hombre de mi vida.

—Puede que... a él le gustara de verdad —digo tímidamente—. Podría pasar, ¿no? El doctor Dooley es un bombón, no necesita tirarles los tejos a chicas con problemas. Podría liarse con quien quisiera.

Louisa parpadea.

—Los tíos son muy raros, pequeña. Nunca sabes por dónde van a salir. —

Me vuelve a tapar la cara con la sábana y se mete en su cama. Ahora la escucho amortiguada, como si ella también estuviera debajo de las sábanas—. Yo dejé que un tío, que me parecía muy guapo y amable, me hiciese unas fotos. Pues fue y las vendió a una página web de tarados.

¿Está llorando? No estoy segura. Jen S. está sollozando ahí afuera y ahora oigo a Sasha, que empieza a llorar en su habitación. Es como un tenue maullido.

Este sitio es un mundo de chicas sollozando.

Louisa está llorando. Todo el puto pasillo está llorando menos yo, porque me he quedado sin lágrimas. Aparto la

sábana de una patada y salgo de la cama. Tenía a Mikey muy cerca y lo he perdido. Lo he perdido.

—Deberían avisarte al entrar aquí de que esa parte del deseo no te está permitida. Con lo que hemos hecho, nadie nos va a querer. Al menos, no de una manera normal —masculla Louisa.

Su mano serpentea por debajo de la sábana y se mueve a tientas en el aire. Entro en hueco de sus dedos. Lleva las uñas pintadas de azul brillante con pequeñas motas rojas. Un sollozo se le atasca en la garganta.

—Tienes que entenderlo, pequeña. ¿Entiendes cómo va a ser?

Hago lo que la gente dice que hay que

hacer cuando alguien está sufriendo y necesita ayuda, para que se sienta querido. Me siento en el borde de la cama de Louisa, sobre la colcha de Hello Kitty. Es la única que tiene su propia colcha, sus fundas de almohada y una selección de zapatillas de peluche que asoman por debajo de la cama. Le quito lentamente la sábana rosa y blanca de la cara, lo justo para acariciarle el pelo, ese maravilloso desmadre de pelo.

Pienso en Jen S. más tarde, cuando se hace el silencio en el pasillo, cuando ya se la han llevado a su habitación para que recoja sus cosas y espere. Todo este tiempo se ha estado tirando al doctor Dooley. ¿Adónde iban? ¿Utilizaban la enfermería? ¿Extendían papel de ese que se arruga por el suelo? ¿Lo harían en la camilla o siempre en el hueco de la escalera? ¿Hacía frío? ¿De qué hablaban? Los dos son altos y guapos,

de rostro perfecto y sexis. Me los imagino restregándose el uno contra el otro y se me calienta el interior de los muslos. Y entonces me acuerdo de Mikey, con sus suaves rastas rubias que nunca olían mal, sonriéndonos a Ellis y a mí desde la vieja tumbona de su habitación, permitiendo que hiciésemos locuras y pusiéramos la música tan alta como quisiéramos. Nunca estuve con Mikey, pero lo habría intentado, es decir, lo deseaba con todas mis fuerzas, pero él quería a Ellis. Los chicos que iba conociendo olían a vidrio quemado y a rabia. Tenían la piel sucia, tatuajes y acné. Vivían en garajes o en coches. Sabía que esos chicos nunca se iban a

comprometer. No eran sinceros; se esfumaban después de hacerlo en una sucia habitación en un concierto, o en el baño del sótano de alguien durante una fiesta.

Ellis salía con un chico. Tenía los dientes afilados y un abrigo largo y negro y se la tiraba en el sótano de sus padres sobre una mullida moqueta rosa mientras yo los oía desde el otro lado de la habitación, metida en un saco de dormir. Él le regalaba cosas: pulseras de plata, medias vaporosas, muñecas rusas llenas de pastillas azules redondas. Cuando él no la llamaba, ella lloraba hasta quedarse ronca. Cuando ella pronunciaba su nombre, Mikey

miraba hacia otro lado, apretaba los dientes y se le ensombrecía la cara.

Cuando pienso en cuerpos acoplados me siento triste y con ganas de algo. Me doy la vuelta y aprieto la cara contra la almohada. Intento no pensar, olvidar que me pican las cicatrices. Louisa suspira inquieta mientras duerme.

No quiero creer que tiene razón.

La madre de Jen S. está regordeta, tiene las mejillas rellenitas y los labios fruncidos. Su padre es gordito y la cremallera del cortavientos se le tensa sobre la barriga. Los dos están en el pasillo y nos miran con aprensión. Al cabo de un rato, el enfermero Vinnie nos lleva a todas a la sala de recreo y la cierra con llave. No podremos despedirnos de Jen. Las chicas van y vienen por la habitación, sacan cartas y

juegos del cajón y se sientan con Vinnie en la mesa redonda. Blue se queda plantada junto a la ventana. Hoy lleva el pelo, rubio oscuro, recogido en un moño descuidado; en la nuca le brilla ligeramente el tatuaje de una golondrina. Al rato, murmura:

—Ahí va.

Corremos hacia la ventana. En el aparcamiento, el padre de Jen mete dos maletas verdes en el maletero de un Subaru negro. El cielo está cubierto y parece que hace frío. Se sienta en el asiento del conductor y el coche se hunde bajo su peso. Jen se cierne sobre su madre como una pajita flexible. La madre le da una palmada en el brazo y

abre la puerta trasera para dejar que Jen se siente delante, junto a su padre.

En ningún momento levanta la vista hacia donde estamos nosotras.

El coche se pierde entre el tráfico y desaparece en la larga manzana llena de bares y cafeterías, de tiendas de baratijas de Oriente Medio y el sitio ese donde venden veintidós variedades de perritos calientes. Mikey trabajó ahí un verano; la piel le olía a salsa y a chucrut.

El cielo está cargado de nubarrones. Ha habido muchas tormentas últimamente, cosa rara para un mes de abril. La voz de Blue me devuelve a la realidad.

—Pobre Bruce —dice en voz baja mientras señala desde la ventana.

Barbero está en un rincón del aparcamiento. Hoy no lleva bata, sino una sudadera azul claro con capucha, camisa, vaqueros y deportivas blancas, como cualquier tío de la calle.

—¡Oh! —exclamo—. Oh.

A él le gustaba Jen. Se llama Bruce.

Lleva unas gafas pequeñas de montura metálica que no le hacen parecer tan... zafio, sino un tanto... agradable. Blue y yo lo observamos mientras se seca los ojos, se monta en el coche, uno pequeño, naranja y oxidado de tres puertas, y se marcha.

—Pobre, pobre Bruce —murmura

Blue.

Los cuerpos se acoplan. Pero a veces no.

Isis toquetea las fichas del Scrabble. Lleva las uñas más mordidas incluso que las mías. Se pasa la lengua por la comisura de los labios.

—Casi estoy lista, Chuck —dice mientras coge una ficha de la mesa—. Casi.

Jugueteo con mi camiseta teñida y la falda hippy de flores. La madre de Mikey me trajo una caja llena de ropa vieja de Tanya, restos de su etapa

psicodélica: camisetas teñidas habiéndolas anudado previamente y faldas ligeras y susurrantes, sandalias de cáñamo y chales de abuela. Pero también había jerséis y chaquetas viejos, y llevo puesta la mejor, una rebeca azul de rombos con botones plateados en forma de bellota. No pude hablar con la madre de Mikey. Si no están en la lista de visitas, no pueden entrar, y yo no tengo lista de visitas porque me he saltado las normas. De todos modos, no sé quién iba a venir, excepto Mikey, pero eso fue hace semanas. Casper me prometió que lo pondría en la lista. Por lo demás, sé que en esa lista solo hay un nombre: el de mi madre. Pero no espero

que venga, y Casper ni lo menciona.

Cuando suena el teléfono de la sala de recreo, todo el mundo busca a Barbero. El teléfono solo suena aquí arriba cuando la persona que llama consigue una aprobación abajo una vez consultado su nombre en la lista. Las personas que llaman tienen que estar en la lista aprobada por tu médico y únicamente según su criterio.

Aun así, se supone que nosotras no podemos contestar al teléfono.

—Habrá ido al cagadero —dice Blue, encogiéndose de hombros.

El teléfono sigue sonando. Francie le da un codazo a Sasha.

—Cógelo.

—Cógelo tú —contesta Sasha, y sigue jugando al cuatro en raya. A nadie le gusta jugar con ella, porque hace trampas.

Blue se levanta del sofá.

—Panda de magdalenas cagonas —nos dice. Así es como nos llama de vez en cuando: panda de magdalenas. «Podríamos ser tan preciosas... ¡si no pareciésemos unas zombis de mierda!», dijo un día en terapia de grupo, y levantó los brazos. Sus cicatrices la hacían parecer una muñeca de trapo espantosamente recosida.

—Aquí el loquero. ¿Quién llama, por favor? —Se enrolla el cable del teléfono en los dedos.

Deja caer el auricular, que golpea la pared con un ruido seco y se queda colgando, desamparado, del cable blanco.

—Es tu madre, Sue la Muda —dice. Retoma el libro que estaba leyendo y se apretuja de nuevo en el rígido sofá verde.

Dejo de respirar. Isis empuja las fichas y dice algo entre dientes. Francie está entretenida viendo una película.

Mi madre. ¿Para qué me llama? Ni siquiera ha venido a verme.

Camino lentamente hacia el teléfono. Me pego el auricular al oído y me giro hacia la pared para darles la espalda a las chicas. El corazón me late tan rápido

que parece que se me va a salir del pecho, joder.

—¿Mamá? —susurro, esperanzada.

Escucho una voz grave, áspera.

—Nooooo, Charlie. ¡Adivina! —La voz me recorre todo el cuerpo.

Evan.

—¡Me he hecho pasar por tu madre! Su nombre aparecía en algo que llevabas en la mochila. —Hace una pausa, le entra la risa tonta y, de pronto, su voz se torna melosa y aguda—. Buenos días, necesito hablar con mi hija, por favor, la señorita Charlotte Davis.

Me quedo en silencio. No sé si me siento aliviada o decepcionada.

—Tuvimos que llevarnos tu dinero, Charlie. —Tose con flema—. Ya sabes cómo va esto.

Los botes de carretes de fotos vacíos que había en la mochila que Dump y él dejaron en el centro. Los botes en los que guardaba el dinero que saqué pidiendo.

Evan es asmático y las drogas y la calle no le ayudan. Lo he visto hacerse un ovillo y resollar hasta ponerse morado. Se meaba encima del esfuerzo que tenía que hacer para no desmayarse. La asistencia gratuita solo te facilita inhaladores previo reconocimiento médico, pero no te lo hacen si estás colocado y la vida de Evan consiste

básicamente en estar colocado. Es de Atlanta. No sé cómo consiguió llegar hasta aquí.

Me mantengo pegada a la pared para que las chicas no me oigan. La voz de Evan me hace retroceder hasta un lugar oscuro. Intento respirar regularmente para no evadirme del momento, como dice Casper.

—Lo sé —le digo con prudencia—. No pasa nada. Gracias por traerme la mochila.

Vuelve a toser.

—Estabas hecha polvo en el desván, ¿sabes? Pensé que Dump y yo íbamos a cagarnos con toda esa... eh... sangre.

—Ya.

Baja tanto la voz que apenas puedo oírlo.

—¿Fue el puto Frank? ¿Al final... fue a por ti? ¿Lo hiciste por eso?

Araño la pared con las pocas uñas que me quedan. El puto Frank, con sus ojos negros y esos anillos. La casa de los horrores y la puerta roja por la que desaparecían las chicas. Había cajas de cereales azucarados en los estantes, cerveza y refrescos en la nevera y drogas en cajas especiales cerradas con llave. Tenía la piel sucia, pero unos dientes que resplandecían como perlas.

Los hombres que acudían a la casa de los horrores para entrar en la habitación de la puerta roja miraban con avidez,

tenían unos ojos con dientes que te recorrían probándote, saboreándote. Por eso me escondí en el desván tanto tiempo. Como un ratón, intentando no respirar para que nadie me descubriese.

—No, no me hizo nada.

Evan respira, aliviado.

—Ya, vale, eso está bien, sí.

—Evan —digo.

—¿Sí?

—Lo hice en parte por él, ¿sabes? Es como la gota que colmó el vaso. Que lo colmó todo. ¿Entiendes?

Evan se queda callado.

—Sí —contesta al cabo de unos segundos.

Me pregunto desde dónde llama. Evan

el flaco, con los pulmones enfermos y los pantalones raídos, con la cómica chaqueta de pata de gallo.

Le preguntó cómo me ha encontrado.

Me dice que aquí es adonde mandan a todas las chicas taradas.

—Dump y yo conseguimos que nos llevasen a Portland.

La noche que me salvaron en el paso subterráneo, Dump le rompió una botella en la cabeza a aquel tipo. Sucedió a la velocidad del rayo. Vi los ojos aterrorizados de un chico asomando por encima del hombro del tipo, y luego la botella en el aire, brillando bajo las luces amarillentas. Durante días estuve quitándome trocitos de cristal del pelo.

Dump miraba fascinado los cristales que brillaban en la palma de sus manos. Me miró y su sonrisa fue como un corte curvo y profundo. Tenía esquirlas de vidrio manchadas de sangre en la punta de las botas negras.

El hombre que me atacó estaba al final del paso subterráneo, era una masa inmóvil de ropa oscura. Evan me envolvió con su abrigo.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien y tal —dice Evan.

«Menuda puta mierda —dijeron—. Tenemos que salir de aquí cagando leches —dijeron—. Puta loca, no puedes andar sola por ahí», dijeron.

—Para estar como una cabra, eras

muy guay. —Risas y toses.

Me llevaron a rastras hasta una furgoneta y me metieron en la parte de atrás. Le habían quitado los asientos; el suelo estaba húmedo y había agujeros llenos de óxido cubiertos con pedazos de moqueta sucia. Evan y Dump estaban nerviosos, los ojos se les salían de las órbitas y les temblaban las manos. «¡Me cago en la puta! ¿Hemos matado a ese tío?»

Pasé siete meses con ellos.

Evan morirá en la calle, algún día, en alguna parte. He visto lo que es capaz de hacer con tal de colocarse. He visto la tristeza que se refleja en su cara cuando piensa que nadie lo está mirando.

—Bueno, pues también quería decirte, y lo siento mucho y tal, que me llevé tus dibujos. —Evan carraspea—. Ya sabes, el cómic que hiciste. No sé, me gustaba. Es guay verme retratado ahí, como si fuese famoso o yo qué sé. Cada día lo leo un poco.

Mi cuaderno de dibujo. Él tiene mi cuaderno de dibujo. Dump me decía: «Dame algún superpoder guay, como visión de rayos X o algo así, ¿vale? Quiero ver a las tías a través de la ropa».

El corazón me late con fuerza.

—Evan, necesito que me lo devuelvas. ¿Vale, Evan? Por favor.

Tose y se queda callado.

—Intentaré ver si podemos acercarnos, pero no lo sé, nos iremos pronto. Es que me gusta mucho ese cómic. No sé. Cuando me veo ahí siento que existo de verdad.

«Evan», digo, pero solo en mi cabeza.

—Tú sal de ahí y ven a Portland, ¿vale? Vete directa a la zona del río y pregunta por mí. Formamos un buen equipo.

—Claro que sí, Evan.

—Hasta luego, cocodrilo. —Se oye un pitido continuo.

Isis está mordisqueando una nueva ficha. Cruzo las manos sobre el regazo. Estas son mis manos. Han sacado comida de los contenedores, han

peleado por un sitio donde dormir y unas mantas sucias, han tenido una vida distinta a la que llevan aquí, jugando en una habitación calentita, mientras la noche se va alejando de mí, al otro lado de la ventana.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Isis—. Se te habrá hecho raro, ¿no?

Ha deletreado la palabra «bola». Solo ha tardado diez minutos.

Coloco las manos bajo los muslos y dejo caer sobre ellas todo el peso de mi cuerpo. Me gusta sentir la presión en los huesos. Él tiene mi cuaderno, pero yo tengo comida y cama.

—Está estupendamente —le respondo en un tono tranquilo y desenfadado—.

Se va de vacaciones. A Portland.

¿Sabéis qué dijo Casper cuando le conté que me sentía horrible? Dijo: «¿TODO te parece horrible o TÚ te sientes horrible, Charlie? Porque hay una diferencia y quiero que pienses cuál es. Es fundamental para tu curación».

Joder, la cantidad de cosas que te exigen en este sitio.

En terapia de grupo, Casper nos pregunta quiénes son nuestros amigos, si tenemos un círculo cercano y si hay ahí afuera alguna persona con la que podamos hablar, que nos haga sentir seguras.

«¿Quién es el guardián de vuestros secretos?», pregunta.

Bueno, yo al menos sé quién soy. Bueno, no lo sé en realidad, porque solo tengo diecisiete años, pero sé quién soy cuando estoy con otra gente o cuando me miran y me encasillan mentalmente. Si tenéis alguna fotografía de vuestra clase, seguro que podéis encontrarme. No os costará. ¿Quién es la chica que no sonríe? ¿Quién, aunque esté entre dos compañeros, parece estar sola porque los otros dos se han colocado a cierta

distancia? ¿Lleva una ropa un tanto... sosa? ¿Sucia? ¿Holgada? Una especie de ser inexistente. ¿Recordáis cómo se llama? Enseguida localizáis a las chicas que triunfarán en la vida. No hace falta que os las describa. Podéis localizar a las que triunfarán porque son listas. Podéis localizar a las que triunfarán porque son fuertes o atléticas. Y luego estoy yo, esa, esa chica desaliñada (podéis decirlo: pobre) que nunca hace nada a derechas, se sienta sola en la cafetería y dibuja a todas horas, esa a la que empujan por los pasillos y tiene motes, porque así se le ha encasillado, y a veces se enfada y reparte puñetazos porque ¿qué otra cosa puede hacer? Así

que cuando Casper dice: «¿Quién es el guardián de vuestros secretos?», pienso: «Nadie». Nadie hasta que llegó Ellis. Ella era mi única oportunidad y me eligió a mí. No sabéis lo que se siente, seguramente porque estáis acostumbrados a tener amigos. Seguramente tenéis una madre y un padre, o al menos uno de los dos no está muerto, y no os pegan. Nadie se aparta de vosotros en la foto de clase. Así que no sabéis lo que es sentirse solo cada día, cada puto día. Tan solo, que un agujero negro dentro de ti te engulle, hasta que de pronto una persona, una persona realmente bonita, llega al instituto y parece no importarle que todo

el mundo le esté mirando el vestido de terciopelo negro, las medias de red, las grandes botas negras, el pelo morado y revuelto y la boca de un rojo intenso. Llega a la puerta de la cafetería el primer día y ni siquiera se pone en la cola para coger una bandeja, se limita a mirar al puto zoológico que es el segundo turno de comedor y de repente se te acerca caminando con una sonrisa dibujada en su boca roja, con su enorme mochila negra que baja balanceándose hasta la mesa, y saca pajitas de pica-pica y botones de caramelo y te los ofrece a ti, ¡a ti! (el lápiz se queda congelado en el aire sobre el cuaderno de dibujo porque podría tratarse de una

broma, de un plan rebuscado de los matones del instituto, pero no), y dice: «¡Me cago en la leche, eres la única persona normal en este antro! Me muero por colocarme. ¿Quieres venir a colocarte a mi casa cuando salgamos de clase? Cómo me gusta tu pelo. Y tu camiseta. ¿Te la has comprado aquí o por internet? ¿Qué estás dibujando? Joder, es angelical». Así es como ella llamaba a las cosas que le encantaban: angelicales. «Esta hierba es angelical. Charlie, este grupo es angelical.» Es como si en aquel momento el mundo recibiese un baño de oro. Resplandecía. Es decir, seguía siendo una mierda, pero una mierda mejor, no sé si me explico. Y

me descubrió algunos secretos. Supe que bajo aquel espeso maquillaje blanco había una capa de acné y que lloraba por tenerlo. Me enseñó las bolsas de comida basura que tenía en el armario y me mostró cómo vomitaba después de darse un atracón. Me contó que su padre había tenido un lío con su tía y que por eso se habían mudado, y que sus padres estaban «intentando solucionarlo». Y que en realidad no se llamaba Ellis, sino Eleanor, pero que decidió probar algo nuevo cuando se mudó pero que, por favor, no lo dijese delante de su madre, porque su abuela se llamaba Eleanor y había muerto hacía poco y a su madre podría darle un ataque, un síncope, y

hala, Charlie, mira tus brazos. ¿Te lo has hecho tú? Es bonito a su manera. Me asusta un poco, pero es bonito. Ayer conocí a un chico que se llama Mikey en Hymie's, la tienda de discos. ¿Tú vas por allí? Claro que sí, mírate. Nos ha invitado a su casa. ¿Quieres ir? Tiene unos ojos azules angelicales.

Y en su habitación, con las paredes azules y tantos pósteres y el sistema solar en el techo, podía contarle cualquier cosa, y vaya si lo hacía. «Charlie, Charlie, eres preciosa, eres angelical de la hostia.» Me cogía de la mano. Llevaba un pijama blanco de franela con calaveras negras.

Y así conocí a la guardiana de mis

secretos.

Una vez tuve una profesora en cuarto que era agradable con todo el mundo, hasta con los chulos de la clase. Nunca alzaba la voz. Me dejaba a mi aire, nunca me hacía salir al recreo o al gimnasio si no quería ir. Me permitía quedarme en clase dibujando mientras ella corregía exámenes o se asomaba por las grandes ventanas cuadradas. Un día me dijo: «Charlotte, sé que en este momento las cosas no van bien, pero

mejorarán. A veces tardamos en encontrar una amiga especial, pero la encontrarás. Vaya, creo que yo no tuve una amiga buena de verdad hasta el instituto». Señaló el pequeño corazón de oro que llevaba colgando del cuello.

Tenía razón. Vaya si encontré a mi amiga especial. Pero, joder, nadie me dijo que iba a suicidarse.

Todas las noches, Louisa garabatea en uno de sus cuadernos. Cuando acaba, le coloca el capuchón al bolígrafo, cierra el cuaderno y se inclina a un lado de la cama de modo que el pelo le cae como una cascada y le veo la nuca, pálida y sin marcas, levemente cubierta de vello. Mete el cuaderno bajo la cama, me da las buenas noches y se cubre la cara con el cobertor. Esta noche espero a oírla respirar como cuando está dormida y

salgo sigilosamente de la cama para arrodillarme en el suelo.

Echo un vistazo bajo el borde del cobertor. Debajo de la cama tiene montones de cuadernos, todos sus secretos apilados en filas blancas y negras.

Tengo que hacer una rectificación. No quiero que se me malinterprete. He dicho que Ellis se suicidó, pero en realidad no murió. No está enterrada, no puedo visitarla en un cementerio y dejarle unas margaritas sobre un manto de césped cuidado, ni marcar un aniversario en el calendario. Hubo drogas, estaba el chico lobo y se fue alejando de mí a medida que el lobo iba acaparando todo su corazón, así de

avaricioso era. Y cuando el lobo hubo terminado, se lamió las patas y la dejó demacrada, a mi Ellis, a mi amiga rechoncha y resplandeciente, después de llevarse toda su luz. Y supongo que entonces ella intentó ser como yo. Intentó vaciarse, hacerse más pequeña, solo que la cagó. Como bien dijo Mikey, cortarse no era lo suyo. Me imagino su habitación llena de sangre, con ríos de sangre, y a sus padres luchando contracorriente para llegar hasta ella. Pero había demasiada, no sé si me explico. Una persona no puede perder demasiada sangre, no puedes dejar el cerebro sin oxígeno tanto tiempo, porque puedes sufrir anoxia cerebral por shock

hemorrágico, que es lo que vació a mi amiga hasta que de ella solo quedó el cuerpo. Sus padres la mandaron a alguna parte, un lugar como este en el que estoy yo, pero muy, muy lejos, a muchos estados de distancia, y la metieron en un nuevo hogar lleno de sábanas suaves, andares lentos, paseos diarios y babeos. Se acabó eso de teñirse el pelo, se acabó eso de follar, se acabaron las drogas, se acabó el iPod, se acabaron las botas grandes, y las medias de red, y las purgas, y el desamor, se acabó Charlotte para Ellis. Solo días vacíos, de pantalones con velcro y pañales. Y por eso no puedo, no puedo, no puedo hacer lo que se supone que tengo que

hacer: acariciarla, hacer que se sienta mejor, apartarle el pelo de la cara, susurrar losientolosientolosientolosientolosiento.

Si no hago algo, voy a explotar.

Tengo que hablar con Evan, localizar a Mikey, esperar que venga a verme, pensar en Ellis, echarla mucho, mucho, mucho de menos.

Encuentro al resto en el taller de manualidades, encorvadas sobre largas mesas de plástico. La señorita Joni se pasea entre ellas, susurrando en un tono de voz cálido y grave. La señorita Joni lleva turbantes morados y camisas de

leñador. La primera vez que acudí al taller de manualidades y me senté allí sin hacer nada, se limitó a comentar: «Sentarse también está bien, amiga. Quédate ahí sentada todo el tiempo que quieras».

No me senté solo porque no quisiera pegar estrellas brillantes en papeles de colores o combinar colores desvaídos, me senté porque me dolían los brazos. Me dolían los brazos hasta la punta de los dedos y me pesaban mucho por culpa de los vendajes.

Todavía me duelen. Pero hoy, cuando la señorita Joni dice: «La doctora Stinson y yo hemos tenido una pequeña charla», y me pasa un bloc de papel de

dibujo multiusos y una barra de carboncillo a estrenar, la agarro con avidez. Unas pequeñas punzadas de dolor me recorren el antebrazo. Aún tengo las cicatrices tiernas y tirantes, y así estarán por mucho tiempo, pero no me importa. Respiro hondo. Me empleo a fondo. Mis dedos se encargan de todo. Ha pasado mucho tiempo, pero saben lo que tienen que hacer.

La dibujo. Los dibujo. Lleno el papel con Ellis y Mikey, Evan y Dump, incluso DannyBoy. Lleno hasta la última hoja, hasta crear todo un mundo de personas a las que echo de menos.

Cuando levanto la vista, se han ido todas menos la señorita Joni, que ha

encendido las luces. Ha anochecido al otro lado de la ventana. Está bebiendo café en un vaso desechable y deslizando el dedo por la pantalla de su teléfono rosa.

Levanta la vista y sonríe.

—¿Mejor? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Mejor.

Hoy tengo muchas ganas de ver a Casper. Quiero contarle lo del taller de manualidades, lo que he dibujado y lo que significan esos dibujos para mí. Seguro que se va a alegrar. Pero cuando abro la puerta, no está sola. La doctora Helen está con ella.

La tortuga se ha escondido dentro del barco hundido.

Cuando entro en la habitación, la doctora Helen se vuelve hacia mí.

—Ah, Charlotte. Siéntate, por favor —me indica, y da una palmadita en la silla marrón en la que me siento siempre. Miro a Casper, pero su sonrisa no es tan agradable como de costumbre. Parece... más pequeña.

La doctora Helen es mucho mayor que Casper, tiene patas de gallo y un colorete demasiado oscuro para el color de su piel.

—La doctora Stinson y yo hemos estado analizando tus progresos, Charlotte. Me alegra comprobar que has avanzado mucho en tan poco tiempo.

No sé si tengo que contestarle, o sonreírle, o qué, así que no digo nada. Empiezo a pellizcarme los muslos través

de la falda de flores, pero Casper se da cuenta y me reprende con la mirada, así que lo dejo estar.

—Has sufrido mucho, siendo tan joven, así que... —Sorprendentemente, se queda callada, aprieta los dientes y le dice a Casper en un tono cortante—: ¿Es que no piensas ayudarme con esto, Bethany?

Todavía estoy asimilando el nombre de Casper: Bethany, Bethany, Bethany, así que tardo un rato en entender lo que me está diciendo.

—¿Cómo? —pregunto.

—Te van a dar el alta —repite Casper.

Entonces la doctora Helen habla de un

tipo especial de seguimiento psiquiátrico que permitiría que me tratasen en el hospital, de que mi madre tendría que ir a ver a un juez y firmar unos papeles, porque «eras un peligro para ti misma y para los demás», y del seguro, y de mi abuela, en quien no había pensado desde hacía mucho tiempo. Todas estas palabras me retumban en el cerebro y el corazón se me encoge hasta hacerse diminuto y pregunto por mi madre, pero las palabras salen en un balbuceo. Me muerdo la lengua hasta notar un leve y metálico sabor a sangre.

—Tu madre está en paro ahora, por lo que no existe ninguna posibilidad de

cobertura —dice Casper—. Según tengo entendido, parte de tu estancia la ha cubierto tu abuela, pero ya no puede seguir haciéndolo debido a sus problemas de salud y a que tiene que costearse su propia asistencia.

—¿Le ha pasado algo a mi abuela?

—No lo sé —contesta Casper.

—¿Has hablado con mi madre?

Casper asiente con la cabeza.

—¿Te... te dijo algo sobre mí?

Casper mira a la doctora Helen.

—Estamos haciendo todo lo posible para encontrar una solución —responde esta última—. Por cierto, Bethany, ¿cómo va lo de la cama en la casa de Palace?

Como Casper no contesta, la doctora Helen repasa el montón de papeles que tiene sobre el regazo.

—Hay un centro de reinserción social que tal vez tenga sitio para ti, posiblemente el mes que viene. Están especializados en adicción a las drogas, pero eso está incluido en tu cuadro. Tendrás que quedarte con tu madre hasta entonces, dado que no puedes permanecer aquí. Nadie quiere que vuelvas a tu antigua situación, nadie.

«Antigua situación»: es decir, viviendo en la calle. Es decir, rebuscando en los contenedores. Es decir, con frío, enferma, con el puto Frank y los hombres que se follaban a

las chicas.

Miro a la tortuga. Mueve las aletas, como si se encogiese de hombros y me dijese: «¿Qué quieres que haga? Solo soy una dichosa tortuga atrapada en una pecera».

Al otro lado de la ventana, el día se vuelve gris. El puto Frank. Un centro de reinserción. Me echan a la calle.

—Afuera sigue haciendo frío. —Hablo como si fuera una niña pequeña, y eso me enfada aún más.

—Haremos todo lo que podamos, pero ¿no hay ninguna posibilidad de reconciliación a largo plazo con tu madre, ni siquiera con asesoramiento? Ella ha accedido a acogerte hasta que

haya una cama libre en el centro de reinserción. Eso ya implica que está poniendo de su parte —dice la doctora Helen.

Miro a Casper, desesperada. Tiene la mirada más triste que he visto en mucho tiempo.

Niega con la cabeza muy, muy despacio.

—No veo otra opción, Charlotte. Lo siento mucho.

Una vez, mi madre me pegó en la oreja con tanta fuerza que estuve una semana oyendo ruido de trenes. Me levanto y me dirijo hacia la ventana.

—No te vamos a abandonar, Charlotte —dice Casper—. Hemos investigado

todas las opciones posibles, solo que no hay...

—No. —Abro la puerta—. Gracias. Ahora me voy a mi habitación.

Casper me llama, pero no me detengo. Tengo un enjambre de abejas en los oídos. Nuestras habitaciones están en la tercera planta, en el ala Dinnaken. Paso por delante de Louisa, entro en el cuarto de baño y me quedo allí un buen rato. Louisa pronuncia mi nombre.

Luego me meto en la ducha y golpeo la frente contra la pared hasta acabar con todas las abejas.

Cuando Casper entra corriendo, me coge por la cintura y tira de mí para que me detenga. Agarro su hermoso cabello

rubio de pajarito y tiro con tal fuerza que grita y se aparta. Caigo deslizándome al suelo, con la sangre caliente chorreándome hasta la boca.

—

Losientolosientolosientolosientolosiento —digo.

Las finas hebras de su pelo tiemblan en mis manos. Nunca seré guapa, ni normal, como Casper, y en ese momento, al darme cuenta, me sale todo, todo lo que siempre ha querido que le contase.

Digo: «Después de morir mi padre, mi madre se cerró hasta convertirse en algo duro y horrible y dejó de escucharse música en casa. Ya no hubo más caricias, no era más que un

fantasma que se movía y fumaba. Si me interponía en su camino, si llamaban del colegio, si le quitaba dinero del monedero, si me limitaba a ser yo misma, se liaba a gritos. Me estuvo gritando durante años. Cuando se cansó de gritar, empezó a pegarme».

Casper me seca la cara con un trapo mientras hablo. Louisa se retuerce las manos en el umbral. Las chicas se amontonan detrás de ella, empujando e intentando ver algo.

Digo: «Estuvo pegándome durante mucho tiempo». Digo: «Empecé a responder a sus golpes».

Digo: «Por favor, no me hagas volver ahí afuera». Le hablo del hombre del

paso subterráneo, que me rompió un diente y me rompió a mí, y duele hincharme hasta no caber en mí, pero se lo cuento todo, le entrego todas las palabras horribles que guardo en el corazón: sobre Ellis, sobre el puto Frank.

Me quedo callada. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Le he contado demasiado. Dos celadores se abren paso entre la aglomeración de chicas. Hay pequeños puntitos de sangre en las raíces del pelo de Casper, pequeñas marcas rojas entre el pelo rubio. La ayudan a levantarse y ella no me dice nada, solo se aleja renqueando.

UNA CRONOLOGÍA

Nace una chica.

Su padre la quiere. Su madre quiere a su padre.

Su padre está triste.

Su padre fuma y bebe, se mece y llora.

Su padre se tira al río.

Su madre se convierte en un puño.

La chica está sola.

La chica no encaja en el mundo.

A nadie le cae bien la chica.

Ella lo intenta.

Pero solo dice tonterías.

Chica tonta. Chica enfadada.

Los médicos la medican.

Chica vaga. La chica se mete en drogas.

La madre le pega. La chica se encoge.

La chica se queda callada. Callada en casa. Callada en el colegio. Callada como un ratón.

La chica escucha la radio. La chica descubre la música. La chica descubre otro mundo.

La chica se pone los auriculares. El mundo desaparece.

La chica dibuja, no para de dibujar. El mundo desaparece.

La chica encuentra un cuchillo. La chica se hace más y más y más pequeña. El mundo desaparece.

La chica debe de ser mala, por eso se corta. Chica mala. El mundo desaparece.

La chica conoce a otra chica. ¡Una chica guapa! Contemplan los planetas girando en el techo.

Ahorran dinero para irse a París. O a Londres. O a Islandia.

A la chica le gusta mucho un chico, pero él quiere a la chica guapa.

La chica guapa conoce al chico lobo. La hace feliz, pero la infravalora.

La chica guapa siempre está ocupada.

La chica devuelve los golpes a su madre. Las dos son como molinos de viento con las manos. Chica a la calle.

La chica se queda con la chica guapa, pero el chico lobo les proporciona drogas.

Los padres guapos se enfadan. La chica guapa miente y culpa a la chica por lo de las drogas.

Chica a la calle. Chica vuelve a casa.

La chica guapa escribe una y otra vez: «Algo va mal. Duele».

La chica se pone los auriculares. La chica mete el teléfono bajo la almohada.

La chica guapa sangra demasiado.

A la chica se le va la olla, se le va demasiado la olla, tiene el corazón

destrozado y se siente culpable.

La chica le rompe la nariz a su madre.

Chica a la calle.

El mundo desaparece.

Sigo aquí, pero no sé por cuánto tiempo. Me han eximido de las sesiones individuales con Casper. Me están arreglando el papeleo y la fecha del alta. Reciben otra solicitud urgente de plaza por parte de un juez mientras intentan llegar a un acuerdo con mi madre y con el centro de reinserción.

Casper sigue siendo amable conmigo, pero ahora hay algo más entre nosotras, un distanciamiento que me entristece.

Vuelvo a disculparme, pero Casper se limita a negar tristemente con la cabeza.

Todas las mañanas Vinnie examina los puntos que tengo en la frente y chasquea la lengua. Blue me llama Frankenstein en un susurro de película de miedo. Voy a donde se supone que debo ir. Por las noches finjo seguir con mis clases por internet. He intentado escribirle a Mikey cuando Barbero está ocupado o dormitando, pero la única respuesta es un recuadro de chat vacío. Por las noches me quedo mirando a los limpiadores de oficinas somalíes a través de las ventanas del edificio de enfrente y los veo empujar sus carritos llenos de productos de limpieza,

fregonas y paños.

Ahora el cielo es como una postal de ensueño, con las nubes menos cargadas de lluvia y el sol cada día un poco más fuerte. Si fijo la vista aún más lejos desde la ventana, entre los altos edificios plateados, veo el campus interminable de la universidad y, más allá, el curso sinuoso del río que lleva a St. Paul, a la casa de los horrores, a pasar hambre, estar sucia, herida y agotada otra vez, porque no tengo otro sitio adonde ir.

Sasha está haciendo palomitas. Vinnie ha traído unos botecitos de condimentos en polvo: mantequilla, cayena,

parmesano. Ha preparado una bandeja de bizcocho de chocolate en casa y Francie le está ayudando a glasearlo. Suena el teléfono de la habitación. Estoy pasando los canales a toda velocidad, uno por uno, hasta que oigo mi nombre. Vinnie me mira y agita el teléfono.

Oigo una respiración al otro lado.

—¿Diga? —pregunto de forma vacilante.

—¡Charlie, no me pusiste en la lista! —Es Mikey.

Casi se me cae el teléfono. Agarro el auricular con las dos manos para que dejen de temblarme.

—¡Te dije que iría a verte! Se supone que ibas a ponerme en la lista de

visitantes o algo así. Solo estaré aquí un día más. He venido para el concierto de esta noche, pero nos vamos mañana por la mañana.

—¡Claro que te puse en la lista! —Se me agolpan las ideas en la cabeza. ¿Se olvidaría Casper? ¿O lo quitaron porque me iba?—. ¿Dónde estás? Te necesito. Van a...

—Cuelga, Charlie. ¿Hay alguna ventana? ¡Estoy en el aparcamiento de enfrente!

Cuelgo y corro hacia la ventana y pego la cara al cristal. Una mancha naranja llama mi atención. Está plantado en el aparcamiento, agitando un cono de tráfico naranja. Lo suelta en cuanto me

ve.

Mikey está igual. Se le ve abierto, preocupado. Y a salvo.

Cae una fina lluvia y las gotas le brillan en las rastas. Parece más corpulento, aunque sigue siendo menudo. Extiende las manos como para decir: «¿Qué ha pasado?».

Siento el frío del cristal en la frente. Vinnie está jugando a ¡Péscalo! con Sasha y Francie en un rincón. Blue está en el sofá, canturreando por lo bajo.

La cara se me llena de lágrimas al verlo bajo la lluvia con la boca abierta y las mejillas coloradas.

—Charlie —dice Vinnie lanzándome una indirecta. Blue se remueve en el

sofá y acude a donde estoy yo en la ventana.

—Un chico. —La respiración de Blue forma un círculo de vaho en el cristal—. Un chico de verdad.

Sasha y Francie tiran las cartas.

La primera vez que Ellis me llevó a su casa en el otoño que estábamos en noveno, cuando solo nos conocíamos desde hacía una semana, no se inmutó al ver que allí, en el sótano, había un chico mayor leyendo cómics con una mano y metiendo la otra en una bolsa de galletas saladas. Llevaba símbolos anarquistas pintados en las zapatillas de deporte con rotuladores permanentes. Miró a Ellis, con la boca llena de galletas, y sonrió.

—Tu madre me ha dejado entrar. ¿Quién es esta?

Llevaba una camiseta de Black Flag. Sin poder reprimirme le solté los primeros versos de la canción más popular del grupo.

Él dejó el cómic y me miró expectante.

Yo seguí cantando a pleno pulmón y asusté a Ellis, que estaba en la barra. Me fulminó con la mirada.

El chico se echó a reír y me respondió uniéndose a mí.

Cantamos juntos el resto de la canción mientras Ellis buscaba algo en la nevera pequeña de sus padres. Se notaba que estaba un poco mosqueada. No le

gustaba ese estilo de música. Le gustaba la música gótica y el rollo siniestro, como Bauhaus o la Velvet Underground. Nadie más en el instituto se sabía la letra de «Nervous Breakdown», de eso estaba segura.

Pero no debería haberse preocupado. Mikey siempre la quiso más que a mí.

—Vaya —dijeron Sasha y Francie al unísono al llegar a la ventana.

Me subo las mangas del jersey y pongo los brazos contra el cristal. ¿Puede ver mis cicatrices desde ahí abajo?

Mikey se tapa la cara con las manos. Recuerdo ese gesto. Lo hacía mucho cuando Ellis y yo hacíamos cosas que lo

superaban. «Chicas —decía con voz cansina—, dejadlo ya.»

Vinnie se coloca junto a Blue.

—Mierda —refunfuña—. Chicas. Malditos chicos y chicas. —Golpetea con fuerza el cristal y Sasha se aparta de un salto.

—¡Fuera! —le grita a Mikey a través del cristal. Luego murmura en voz baja —: No me obligues a avisar a alguien, chaval.

Se vuelve hacia mí.

—¡Tú! ¡Baja los brazos, joder!

—¡Es como en esa peli! —exclama Francie. Estoy esperando a que Mikey se quite las manos de la cara. Lleva la camiseta empapada por la lluvia.

Sasha se echa a llorar.

—A mí nunca ha venido nadie a verme —se lamenta.

—Mierda —repite Vinnie mientras pulsa los botones del busca. Blue apoya los dedos sobre mi hombro.

—Cierra la puta boca. —Francie se está alterando—. A mí tampoco viene a verme nadie, joder. —Se araña la barbilla con las uñas y se hace unas diminutas manchas de sangre.

—Mira —dice Blue en voz baja.

Mikey se ha abierto la bandolera y se pone a garabatear como un poseso con un rotulador en una libreta que apoya sobre las rodillas. La levanta. Entorno los ojos para mirar a través del cristal, a

través de la lluvia.

«NO.»

Tira el papel, que revolotea y cae al suelo mojado, donde se queda aplastado cerca de su zapatilla. Arranca otra página de la libreta.

«TE.»

El enfermero Vinnie golpea la ventana con el busca mientras Sasha gimotea cada vez con más fuerza.

—Cállate —le dice Francie, y le da un pellizco que hace que gimotee aún más.

—Tengo un problema —dice Vinnie por teléfono.

Mikey intenta arrancar la siguiente hoja de papel, que se ha quedado

atascada en el gusanillo. Dos celadores del hospital avanzan sin prisa por el aparcamiento. Le gritan a Mikey, que levanta la vista justo cuando el papel se suelta y lo arrastra el viento. Corre tras él, pero resbala en un charco y cae al suelo. Blue aguanta la respiración. Nos miramos. Le brillan los ojos.

—Espectacular —susurra—. Increíblemente espectacular. —Entrelaza sus dedos con los míos contra el cristal—. Eso es devoción absoluta, Sue la Muda. Lo sabes, ¿no?

Los hombres, que en realidad son universitarios de brazos musculosos y pelo corto que trabajan los fines de semana, agarran a Mikey por los

sobacos y lo levantan. Él opone resistencia y las suelas de las zapatillas le resbalan en el charco. Llora con lágrimas descuidadas y avergonzadas de chico. Los hombres lo sueltan y la expresión de sus caras pasa del enfado a la curiosidad. Resulta extraño verlo, más bien menudo, con las rastas revueltas y la ropa de segunda mano, al lado de los dos celadores, que apenas entran en unos uniformes de un blanco cegador. Tienen casi la misma edad y se encuentran a años luz de distancia.

—¡Seréis capullos! —grita el enfermero Vinnie—. ¡Pedazos de capullos! ¡No lo hagáis, no dejéis que lo haga, joder!

Los celadores se encogen de hombros al mirar a Vinnie, que está hecho una furia tras la ventana de la tercera planta.

Mikey levanta el papel empapado.

«MUERAS.»

«No te mueras.» El rotulador se corre con la lluvia.

Sasha golpea el cristal con la cabeza. Vinnie tira de ella y le da cariñosas palmaditas en los brazos, ya que no se atreve a acercarse más a ella. La enfermera Ava, que abraza a todo el mundo y pasa de las normas, entra en la habitación y deja que Francie se eche sobre ella y amortigüe el llanto contra su camisa blanca. Blue y yo vemos a los universitarios quitarse el agua de los

brazos desnudos y mirar a Mikey desafiantes. Allí, a su lado, Mikey aparenta otra vez diecisiete años. Pero tiene veintiuno y ha venido hasta aquí para verme. Quiero atravesar el cristal, bajar volando hasta el aparcamiento y dejar que me abrace. «Devoción absoluta», ha dicho Blue. Quizá Mikey podría quererme ahora, si pudiésemos estar solos él y yo.

Mi cuerpo se llena de esperanza.

Mikey se seca la cara y vuelve a meter la libreta en la bandolera. Levanta la mano hacia mí.

«Adiós.»

Los chicos lo empujan para que se marche. Él se aleja correteando por la

acera mojada y desaparece.

Todo sucede muy deprisa.

Me quedo mirando el ordenador. Estoy en la página de mis clases por internet, aunque hoy no tengo intención de trabajar. Me voy mañana por la mañana a casa de mi madre. No habrá ninguna cama libre en el centro de reinserción hasta dentro de unas semanas.

Ellis nos torció el gesto a Mikey y a mí después de cantar la canción de

Black Flag. Se dio media vuelta y puso un disco en el plato. Como yo, tenía un tocadiscos y discos de verdad, un montón, no el típico batiburrillo de CD o un iPod o un teléfono atiborrados de música como los demás. En las paredes había álbumes de blues enmarcados y pósteres enormes de la Velvet Underground y de los Doors. Un sofá raído y manchado descansaba contra los paneles de madera que cubrían las paredes, la barra era de ladrillo de mentira, con tres taburetes altos y una nevera que zumbaba sin cesar. El techo del sótano era bajo, y el ambiente era húmedo y mohoso. Me gustaba aquel espacio estrecho y cómodo. Allí se

respiraba naturalidad, al contrario que en el apartamento de mi madre, que ella mantenía oscuro, con ceniceros llenos y revistas por todas partes. Ellis puso tres latas de cerveza sobre la barra.

Me preguntaba por qué me habría elegido a mí como amiga: a mí, con aquel pelo rojo y negro cortado de cualquier manera, mis jerséis llenos de agujeros y mis vaqueros rotos que escondían aquello de lo que Ellis aún no sabía nada. Estaba acostumbrada a caminar pegada a las paredes del instituto, sin hacer caso a las palabras desagradables que habían escrito en mi taquilla, apretando los dientes cuando me empujaban en el baño, pero ella se

las arregló para encontrarme, aquella criatura de vestidos de terciopelo, leotardos de rayas y botas de Frankenstein, con la cara empolvada de blanco y los labios pintados de morado. Aquel chico mayor miraba a Ellis con intensidad; aquello me atrajo y me decepcionó al mismo tiempo.

Ellis dio un trago de oso a la cerveza, se secó la boca y agitó la cabeza de modo que su pelo recién teñido de negro azabache se meció sobre sus mejillas empolvadas.

—Mikey vive en esta misma calle, pero va a uno de esos centros concertados excéntricos y liberales.

La apremiante vitalidad de los

Smiths, ese sonido inteligente y torrencial al que no podía resistirme, a pesar de que a mí lo que me gustaba era la música que me aceleraba el cerebro y me invadía el corazón, arrojó sus primeros versos.

El chico mayor, Mikey, se levantó, tiró el cómic a un lado y agarró las manos de Ellis. Bailaron *pogo* mientras cantaban al unísono. Ellis y Mikey me tendieron las manos; Ellis tenía la cara colorada y parecía mareada.

Aquella tarde, camino de su casa, me había dicho:

—El único modo que tengo de superar un día de mierda es saber que al final del día puedo volver a casa a

emborracharme.

La cerveza me daba vueltas sin parar en el estómago y la música pop se me metía en la piel. El sótano olía a paneles viejos de madera, a palomitas rancias y a alfombra rosa de pelo largo sucia. Nadie me había querido durante años. Durante años me habían empujado, gritado, humillado, y ahora, ahora dos personas maravillosas me habían escogido. A mí.

Dejé que tirasen de mí.

Delante del ordenador, sacudo la cabeza para pensar en otra cosa. A la mierda. ¿Qué pueden hacerme ahora, llegados a este punto? Miro a Barbero, que se encoge de hombros y baja la vista

hacia el iPod. No ha sido el mismo desde que Jen S. se marchó. Entro en el correo y abro el chat con el corazón desbocado.

Por favor, contesta, por favor.

Se oye un pequeño bip y veo «Michael está escribiendo», y luego:

Siento que se me fuera la olla en el hospital. No quiero que acabes como E. Me voy mañana tres semanas de gira. Intentare llamarte al hospital.

El apartamento frío y húmedo de mi madre en Edgcumbe, la primera planta de una casa que se está cayendo, con el

revestimiento roto y una lata en el balcón llena de colillas. No tengo alternativa.

Tengo que arriesgarme.

Mikey, salvame, por favor.

Sueño con moscas, nubes de moscas que se posan sobre mí y me muerden la ropa. Las moscas son los demonios de la gente que vive en la calle. Te pican, caminan sobre tu pestilencia, se alimentan de ti, te hacen enfermar. Me despierto, espantándolas a ciegas.

—Para —dice alguien.

Es Blue, que está arrodillada junto a mi cama y está apartando mis manos para que no la golpeen. El pelo le cae

sobre la cara.

—Oye, tengo que decirte una cosa. Una vez me escapé de casa de mi padre. De todos los lugares posibles, me fui a Indiana. Indiana de los cojones.

Me cuenta que estaba puesta de crack y trabajaba en un supermercado A&P.

—Tenía todo el cuerpo en tensión, solo podía pensar en salir de allí, en volver a mi apartamento de mierda a cortarme y en que me iba a sentir mucho mejor, en que así olvidaría aquel trabajo de mierda.

Trabajaba cada vez más deprisa, intentando colocar todas las cajas de cereales en los estantes, organizadas y con el precio puesto. Sudaba mucho, y

cuando se estaba secando la cara con la bata morada, oyó una risa.

—Era como si el supermercado se estuviese riendo de mí. Las cajas de cereales, la máquina etiquetadora, el puto carro de carga, las luces. Las cosas del supermercado se reían de lo tonta que era. Era como si incluso los objetos inanimados supiesen que era una gilipollas de mierda. —Tiene la cara manchada y los ojos húmedos—. Y entonces, justo entonces, supe que iba a ir a casa a suicidarme. Y aquí estoy.

Oigo respirar a Louisa en la otra cama. Está despierta, escuchando.

Blue me mira con sus ojos azules y respira hondo.

—La moraleja de esta historia, Charlie, es esta: no dejes que los cereales te coman. No es más que una puta caja de cereales, pero se te comerá viva si se lo permites.

—Me incomoda mucho que te lleves el botiquín, incluso estando vacío —dice Casper.

Estoy sentada en el borde de la cama. La mochila, que contiene mi adorado botiquín, descansa a mis pies. Louisa me ha dado una maleta, una cosa cuadrada, rígida y pasada de moda que ella había cubierto con un estarcido de calaveras y rosas. Se encogió de hombros.

—De todos modos, esta será mi

última parada durante un tiempo.

Sonreía levemente y eso me preocupó, pero se limitó a acariciarse las puntas del pelo. Se acercó y me dio un beso muy ligero en la mejilla.

—Ojalá te hubieses quedado más tiempo. Tenía muchas cosas que contarte. Sé que tú las hubieras entendido —susurró.

Me han devuelto todas mis cosas. Están metidas en la maleta: la cámara Land, los calcetines, la bolsa de lápices y carboncillos. La señorita Joni me regaló un cuaderno de dibujo a estrenar, uno superbonito que seguro que compró con su dinero y eso me hizo sentir un poco culpable.

Casper está sentada delante de mí en una silla plegable que ha cogido de la sala de recreo. A los médicos no se les permite sentarse en la cama de los pacientes.

Sus enormes ojos azules me miran con amabilidad. Aún me siento fatal por lo que le hice.

Levanta las manos y dibuja en el aire la forma de mi cuerpo. Cuando sus dedos llegan a mis botas, dice:

—Eres dueña de ti misma, Charlie. Hasta la última partícula. —Hace una pausa—. Sabes lo que va a pasar, ¿verdad?

Trago saliva con dificultad.

—Voy a volver a vivir con mi madre.

Casper me ha dado un trozo de papel con los números del centro de reinserción, un grupo de apoyo, un número de emergencia y su dirección de correo. El papel está en el fondo de la mochila.

—Nada de drogas, nada de alcohol, nada de silencio. Tienes que emplearte a fondo, Charlotte, para superar tus antiguos hábitos. Las cosas de antes, los viejos hábitos son muy cómodos, aun sabiendo que pueden hacernos daño. Vas a enfrentarte a lo desconocido.

Tiro de la mochila hasta colocarla sobre mi regazo y la abrazo. No puedo mirar a Casper. Me concentro en la calidad resbaladiza de la tela de la

mochila. «Mamámamámamá.»

—Musgo fresco —dice Casper con una sonrisa. No le respondo, y ella lo vuelve a intentar—: Pareces una granjera, Charlotte. Una granjera muy trastornada que se está quedando calva.

Bajo la vista hacia el peto de la hermana de Mikey, la camiseta de los Grateful Dead, el gastado abrigo marinero que su madre puso en la caja. Muevo los pies dentro de las botas. He echado de menos mis botas, la sensación de pesadez al llevarlas. Cuando Vinnie me las trajo, me pasé un buen rato abrazándolas.

No hablamos en el pasillo cuando pasamos por delante de la puerta

cerrada de la sala de recreo. Las oigo hablar en voz baja. Igual que pasó con Jen, no les permiten despedirse de mí. Conforme baja el ascensor, el calor que siento en el estómago se convierte en una bola enorme.

Las palabras empiezan a abandonarme. Las puertas se abren.

Ella está en el mostrador con un fajo de papeles y un sobre. Va entera de gris: chaqueta gris con cremallera, vaqueros grises con un agujero en una rodilla, zapatillas grises, gorro de lana gris.

El único color que lleva es el de su pelo.

Sigue siendo como el fuego, de un rojo intenso que lleva recogido en una

coleta floja.

Mi pelo es rubio oscuro, el poco que tengo desde que me corté la mata teñida de negro que traía de la calle y que llevo bajo el gorro de lana roja de la hermana de Mikey.

Mi madre no sonríe, pero no esperaba que lo hiciese. Aunque por un segundo veo algo, una ráfaga de algo que le recorre los ojos.

Y luego desaparece.

Las manos me tiemblan en los bolsillos. Aprieto los puños todo lo que puedo. Llevo casi un año sin verla.

Casper se acerca a mi madre sin más preámbulo.

—Gracias por venir, Misty. —Se

vuelve y tira de mí—. Charlie, ha llegado el momento.

Cuanto más me acerco a ella, más me alejo de mí misma. Me estoy desvaneciendo: ya empieza otra vez, es lo que Casper llama «disociación». Ojalá mi madre me sonriese o me acariciase.

Me mira brevemente con sus ojos verdes claros y serenos y luego se vuelve hacia Casper.

—Me alegro de conocerla por fin. Gracias por todo, por lo que ha hecho por Charlie y por todo lo demás.

—De nada. Charlie, cuídate.

Casper no sonríe ni se muestra preocupada, se limita a tocarme el brazo

y a empujarme levemente antes de volver a los ascensores.

Mi madre echa a andar hacia la puerta del aparcamiento, con la coleta cayéndole flácida sobre la chaqueta.

—¿Vienes? —pregunta sin mirar atrás.

Afuera, el cielo está cubierto de nubes esponjosas. Las zapatillas baratas de mi madre rechinan en la acera.

—Ahora no tengo coche —dice mirando hacia abajo, caminando mientras enciende un cigarrillo. Me pregunto cómo habrá llegado al hospital, si alguien la habrá llevado. Siempre ha odiado el autobús.

Afuera hace calor; le brilla la punta

de la nariz. Sé a ciencia cierta que el abrigo marinero me va a sobrar. Conforme nos acercamos a la esquina, miro hacia atrás y allí están, detrás de la ventana de la tercera planta, congregadas como buenas chicas, observándome. Blue tiene las manos apoyadas en el cristal.

Mi madre dobla la esquina.

Tengo que correr para alcanzarla. Empiezo a decir lo que Casper y yo hemos ensayado. Intento hacer que suene creíble, porque sé cuál es la alternativa.

—Voy a cumplir las normas, mamá. Haré lo que quieras. Buscar trabajo y esas cosas, ¿vale?

Se detiene tan bruscamente que choco

contra su hombro. Soy casi tan alta como ella, que no es gran cosa, porque ambas somos bajitas.

—Toma, aquí están tus cosas, el billete del autobús, el certificado de nacimiento y todo eso —dice mientras me tiende el sobre.

No lo entiendo.

—¿Cómo?

Como no cojo el sobre, me agarra de la mano, me lo da y la cierra con el sobre dentro.

—Más no puedo hacer, Charlotte. Aquí tienes todo lo que necesitas, ¿vale?

—Pensé... pensé que me iba a casa. Contigo.

Mientras fuma, veo lo secas y

agrietadas que tiene las manos. Da una última calada al cigarrillo y lo aplasta con la zapatilla.

La miro a hurtadillas, al pequeño bulto que tiene en el puente de la nariz. La nariz que le rompí con una sartén. La boca le tiembla mientras mira los coches que pasan por la calle. No me va a mirar y yo no puedo mirarla demasiado tiempo.

Se han roto muchas cosas entre las dos. Se me nublan los ojos.

—Tu amigo Mike vino anoche a verme. Sabemos que esto no va a funcionar, tanto si te quedas conmigo como si vas al centro de reinserción para adolescentes. Esto no es para ti,

Charlie. No sé qué es para ti, pero yo no, y estoy segura de que una casa donde te pongan una hora para volver tampoco. La madre de Mike te ha comprado un billete para Arizona. Te quedarás en el apartamento de su hijo. Dice que él cuidará de ti.

Se mete la mano en el bolsillo y saca otro cigarro.

—Te ha dejado una carta. Estarás sola un tiempo, hasta que él vuelva de viaje. Supongo que está de gira con algún grupo, ¿no? Mike es buena gente, Charlotte. Intenta no cagarla.

Así que Mikey hizo algo después de recibir mi mensaje. No voy a vivir con mi madre. Me voy en un puto autobús.

Al puto desierto. Lejos, muy lejos del puto Frank, del puto río, de todo esto.

Me siento tan feliz, tan asustada y tan confusa que no sé qué decir.

Con manos temblorosas, abro lentamente el sobre y rebusco entre el billete de autobús, mi viejo carnet de identidad, mi certificado de nacimiento. Hay una carta doblada, que debe de ser de Mikey, y algo que hace que el corazón me dé un vuelco.

Un fajo de billetes sujetos con una goma y envueltos en papel transparente. Me quedo mirando el dinero y poco a poco me doy cuenta de lo que es.

—¿Cómo es que lo tienes tú?

Mi madre da una fuerte calada al

cigarrillo.

—La madre de Eleanor lo encontró hace tiempo. Van a vender la casa y se mudan al oeste para estar más cerca de ella. Está en Idaho, ya sabes.

París, Londres, Islandia. A cualquier parte. Ellis y yo cortábamos el césped de los jardines de la gente y ayudamos a la señora Hampl, en Sherburne, a limpiar el garaje. Fue un trabajo duro y nos llevó bastante tiempo. Ella era una especie de escritora y tenía un montón de carpetas con recortes de periódicos y viejas revistas. Hicimos de todo para ganar dinero.

—Judy pensó que debías tenerlo tú.

Me lo meto en el bolsillo del abrigo y

me seco rápidamente los ojos. No quiero que me vea llorar.

Algo se me atasca en la garganta: «losientolosientolosientolosientoteechod pero se queda ahí, guardado y en silencio.

—Tengo que irme, Charlotte. Tengo una cita —dice mi madre.

Echa a andar pero de pronto se gira y me envuelve entre sus brazos con tal fuerza que no puedo respirar y veo anillos rojos alrededor de las nubes, y entonces me acerca la boca al oído.

—No creas que esto no me rompe el corazón —susurra.

Entonces se marcha y mi cuerpo empieza a enfriarse cada vez más

mientras me quedo allí plantada, en la esquina de Riverside con la Veintidós, y el vacío del mundo es muy grande y muy pequeño al mismo tiempo. Hay una buena caminata hasta la estación del Greyhound. Ni siquiera sé qué hora es.

Miro el billete. Salida: Minneapolis (Minnesota), Llegada: Tucson (Arizona). Repaso el resto, los nombres de las ciudades en las que pararemos se vuelven borrosos. El desierto. Cuando le pedí a Mikey que me salvara, no dijo nada durante un rato, y al final escribió: «Estoy en ello», y se desconectó.

Voy a ir al desierto. Voy a viajar sola en un autobús que cruzará Dios sabe cuántos estados para estar con Mikey

cuando nunca he estado en ningún sitio en toda mi vida. ¿Y cómo se supone que voy a llegar a la estación de autobuses? ¿Qué hora es? Vuelvo la vista hacia el hospital y me pregunto si debería volver a entrar, pero comprendo que no puedo. Ellos creen que me he ido con mi madre. ¿Y qué voy a hacer cuando llegue allí? ¿Cuánto tardará Mikey en volver? ¿Cuánto tiempo pasaré allí sola?

Las cosas pasan muy deprisa y apenas puedo respirar. Tengo mucho calor con el abrigo.

—¿Necesitas un coche, chica dura?

Me giro y la furgoneta blanca con el logo del hospital está justo a mi lado. Vinnie tira el cigarrillo por la ventana.

—Sube.

En la furgoneta, dice:

—Solo sé que ahora mismo voy de camino al Mall of America a recoger a varias anoréxicas que tienen pase de día, ¿entiendes? No estoy transportando a una menor lejos de su tutora legal a un lugar no revelado —añade, y acelera—. ¿Adónde vamos?

Se lo digo. No volvemos a hablar hasta que llegamos a la estación del Greyhound. Dentro hay algunas personas rodeadas de maletas y cajas, bolsas de papel y bolsas de plástico. Él rebusca en el bolsillo de su abrigo negro y me pone varios billetes en la mano.

—No quiero volver a verte por aquí,

Charlie.

Asiento, con los ojos llenos de lágrimas.

—Toda persona o cosa que se estropea se puede arreglar. Eso es lo que pienso. —Mira de reojo a la estación—. Ahora, entra ahí, amiga, y cuando te montes en el autobús, siéntate en la parte de delante, no atrás. La parte de atrás es territorio chungo. Mejor no te acerques. No aceptes ningún cigarrillo que te ofrezcan, no aceptes bebidas si no son de máquina. Sigue así. Dura. —Se abraza a sí mismo—. Y cuando llegues a tu destino, brillará el sol y los días serán siempre soleados. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Tengo mis

métodos para saber cosas sobre vosotras. Y ahora, vete. —Extiende el brazo por delante de mí y abre la puerta.

Huele a cigarrillos con sabor a fresa y a leche caliente, como las calles y como el hogar.

Aspiro su aroma con fuerza, por si es la última cosa agradable que me encuentro durante días, y salgo de la furgoneta, arrastrando la maleta de Louisa y la mochila.

DOS

El autobús es un monstruo gigante, pesado y lento, cargado de tristeza y aire viciado. En cada pueblo nos caga durante veinte minutos, dos horas, tres, no importa, siempre es igual: una cafetería, una tienda, baños llenos de basura, alcantarillas llenas de basura. Escondo el dinero que me dio Vinnie en el fondo del bolsillo y lo utilizo únicamente para comprar chocolatinas, refrescos, patatas fritas y un sándwich

de ensaladilla rusa con la fecha de caducidad tachada. El sabor del chocolate me provoca una explosión de felicidad.

No hablo con las personas que se sientan a mi lado. Suben oliendo a humo o a suciedad y se bajan en la siguiente parada. En Kansas, el autobús se avería en mitad de la noche en un pueblo donde todavía es Navidad a mediados de mayo: guirnaldas desvaídas en oscuros escaparates, bombillas de colores parpadeando en la ventanilla de una gasolinera. La mujer que se sienta a mi lado hunde la barbilla en el duro caparazón de su abrigo de piel sintética y masculla «Bendito sea Dios» cuando

salimos tambaleándonos del autobús y nos quedamos plantados incómodamente en el aparcamiento de una cafetería clausurada. Los hombres que hay en la parte de atrás del autobús trasladan el trile a un callejón mientras el conductor se pasea y espera a que vengan a ayudarnos. Me siento en un bordillo, apartada del resto, aún acalorada por culpa del abrigo. En el billete pone que atravesaremos seis estados antes de llegar a Arizona y que tardaremos un día, veintiuna horas y cuarenta y cinco minutos. El conductor dice que no sabe cuánto tardará en llegar el autobús de relevo.

Me echo a llorar en los baños y mis

lágrimas templadas se cuelan por el cuello del abrigo mientras contemplo el dinero que Ellis y yo ganamos juntas. Por fin me voy a algún sitio, quizá mejor, pero ella no viene conmigo, y eso duele. Todo me vuelve a doler, un dolor agudo y cortante en una piel plagada de cortes. Intento pensar en Mikey y en lo estupendo que será estar con él, esta vez como algo más que amigos.

Llegamos en plena noche. El conductor grita de forma repentina y alegre: «¡Tuuuuuucsooooooon!», y su grito inunda el autobús y despierta de golpe a varios pasajeros. Me sumo a la fila somnolienta de gente que sale a trompicones del autobús y se sumerge en

el aire cálido y nebuloso.

Hay gente esperando a un par de pasajeros; miro cómo se besan y abrazan. A mí no me espera nadie, así que saco el sobre de Mikey para evitar sentirme sola.

Leí la carta mil veces en el autobús para recordarme que todo estaba pasando de verdad, que me iba de verdad.

> ¡Charlie! Todo va a salir bien, te lo prometo. Lo siento, pero tardaré un tiempo en llegar, así que estarás sola. Tranquila, mi casera es genial, es artista y sabe que vienes. Se llama Ariel y, si necesitas algo,

se lo puedes pedir. Tu madre me dijo que tenía dinero para ti, así que no tendrás problema para conseguir comida. Aquí tienes las indicaciones para llegar a mi casa y un mapa para que sepas dónde comprar comida y demás. CHARLIE: estoy deseando verte.

MIKE

Me acerco el papel a la cara por si hay un resto de olor a Mikey que ralentice los latidos de mi corazón, pero no lo hay. Respiro hondo varias veces para tranquilizarme.

Miro el mapa mientras intento adivinar dónde estoy, adónde se supone que debo ir y lo que significan las

flechas de Mikey. Las calles están desiertas, pero mantengo la cabeza alta.

Evan siempre decía que lo que debes temer no es aquello que no puedes ver, sino lo que tienes justo delante, a la vista.

Atravieso un paso subterráneo apretando los dientes, obligándome a no pensar en aquella noche. El asa de la maleta de Louisa se me clava en la palma de la mano. El abrigo es demasiado grueso para este tiempo. Estoy sudando, pero no quiero entretenerme en quitármelo. Paso por delante de muchos bares y tiendas. El cielo es aquí como una tela densa y oscura con un hilván de estrellas blancas

apenas visible, algo que me gustaría tocar con los dedos.

La nota de Mikey ocupa tres páginas.

> Verás una casa con un montón de pájaros plateados ENORMES en el jardín. 604 Novena Este. Ella vive en el barrio de Pie Allen. Mi casa es la casa de huéspedes morada que hay en la parte de atrás. Usa la bicicleta amarilla y el candado que te ha dejado Ariel. La llave de la puerta está bajo la maceta amarilla.

No me parecen pájaros, pero son luminosos y brillan en la noche con sus imponentes alas extendidas. La casa de

huéspedes está en la parte de atrás. Encuentro la llave bajo la maceta. Hay una bicicleta amarilla, con una cesta de mimbre que parece nueva, atada al poste de un tendedero. Abro la puerta, busco a tientas el interruptor y parpadeo ante el súbito fogonazo de luz. Las paredes de la casa también están pintadas de morado.

No sé qué hacer. ¿Estará la casera en casa? ¿Me habrá oído?

Aquí no hay luces con pitidos. Ni una interminable moqueta beis que todo lo cubre. No hay chicas llorando. No hay habitación secreta.

Estoy sola. Por primera vez en muchos meses, estoy completamente

sola. Ni Evan, ni Dump, ni Casper, ni siquiera la irritante Isis. Por un momento, unas punzadas de pánico me recorren el cuerpo: si algo me pasa antes de que llegue Mikey, ¿quién lo sabrá? ¿Quién se preocupará? Vuelvo brevemente al pasado, a aquellos días aterradores en la calle antes de conocer a Evan y a Dump, cuando andaba siempre con el corazón a mil por hora y las noches duraban años, esperando a que amaneciese, asustándome con cada ruido, intentando encontrar un lugar seguro donde esconderme.

Una cosa es estar sola y otra estar sola de verdad. Son dos cosas totalmente distintas.

Respira, Charlie. Respira como decía Casper. Meto los dedos bajo el abrigo y me pellizco los muslos con la esperanza de que el dolor me devuelva de golpe a la realidad. Poco a poco, el pánico remite.

Mi estómago ruge con fuerza. Dando gracias por tener algo más en lo que centrarme, rebusco en el minifrigorífico que hay en un rincón. Hay botellas de agua y plátanos blandos. Me como un plátano y me bebo una botella de agua a toda velocidad. Hay también dos porciones de pizza en una pequeña caja de cartón. Están tan tiesas y rancias que se quiebran cuando me las meto en la boca, pero no me importa. Me muero de

hambre. Poco a poco, el pánico se va alejando y su lugar lo va ocupando el cansancio.

El barrio es tranquilo. ¿Qué hora será? Hay un baúl enorme en un rincón; lo empujo hasta bloquear la puerta, por si acaso. Tengo el cuerpo dolorido del viaje en autobús y me flojean las piernas. Apago la luz. Estoy cubierta de sudor, pero no me quito el abrigo, porque eso haría que me sintiese vulnerable. Necesito una pequeña armadura protectora, por si acaso.

Me acomodo en el futón, el futón de Mikey, que está en el suelo. Siento cosas que emanan de mí y desaparecen en el silencio que me rodea. No oigo las

muestras de tristeza de varias chicas que viven a lo largo de un pasillo. El puto Frank está lejos, muy lejos, y aquí sus manos no pueden encontrarme. Tengo un poco de dinero en la mochila. Mi cuerpo se vuelve cada vez más ligero.

Y por fin, después de meses y meses luchando contra él, siento cómo el sueño me hunde aún más en el abrigo y en el futón. Entierro la cara en la almohada y aquí es donde por fin encuentro el olor de Mikey, con un toque de canela. Aspiro tan profundamente como puedo y dejo que se me cuele por todas las grietas y me acune hasta alcanzar el sueño.

Cuando despierto, la luz entra por la única ventana de la casa de huéspedes. Miro a mi alrededor, todavía medio dormida, y me quito el abrigo húmedo. Después de casi dos días metida en un autobús, huelo mal.

Tardo un rato en darme cuenta de que la casa de huéspedes no es más que un garaje pequeño y cutre que ha sido reformado: las dos puertas del muro trasero que dan al callejón están soldadas juntas de cualquier manera y sus ventanas cuadradas están tapadas con pequeñas cortinas azules. La cocina no es más que un fregadero fijado a una encimera sobre un viejo armario

metálico.

Hay un ventilador de techo y un aparato de aire acondicionado en una de las paredes. El suelo es de cemento y el baño es un antiguo ropero con un váter y una ducha de plástico.

Salgo de la cama gateando y me dirijo al baño. Hago pis y abro el grifo de la ducha. Sale agua a borbotones y luego, a duras penas, el chorro se queda en un hilo. Cierro el grifo. Todavía no estoy preparada para ducharme, no estoy preparada para mirarme y tocar mis nuevas heridas. Tocarlas haría que todo volviese a ser aún más real. Además, las cicatrices me siguen doliendo. Seguirán estando tiernas durante mucho, mucho

tiempo.

En Creeley, casi todas nos apañábamos lavándonos con una toallita enjabonada «el sobaco, la caca y la raja», como decía Isis, porque si querías darte una ducha tenías que hacerlo delante de una celadora, no fuera a ser que intentases ahogarte con el chorro o algo sí. Nadie quería que la viesen desnuda, así que la mayoría preferíamos la otra opción.

Con el peto puesto y ya fuera del baño, paso las manos por la encimera de la cocina. Es de contrachapado cubierto de pegamento para barnizar. Entre la madera y el pegamento hay postales de ciudades extranjeras. Algunas de ellas

están boca abajo y tienen mensajes garabateados: «A: Nos vemos en la fuente, cielo, a las cuatro, como el año pasado». Esa «A» debe de ser Ariel, la casera de Mikey. Miro las postales, las imágenes, la letra enrevesada. Una pequeña historia va apareciendo poco a poco bajo mis dedos.

Saco el dinero que Ellis y yo ganamos. «Sobrevolaremos el océano», dijo Ellis, girando por la habitación con los brazos extendidos. «Aterrizaremos en Londres, París, Islandia, donde sea.» Todos los lugares aparentemente románticos donde quería vivir. «Tomar un café junto al Sena será de lo más angelical, Charlie, ya lo verás.»

Novecientos treinta y tres dólares y solo una de nosotras escapó con vida. Medio viva.

Me quedo mirándolo durante un rato y luego lo escondo bajo el fregadero, al fondo, detrás de una minicafetera para una sola taza.

Tengo que comprar comida.

El sol brilla tanto cuando salgo al jardín que se me nubla la vista, así que vuelvo a abrir la puerta y rebusco en el cajón de una mesa hasta que encuentro unas gafas de sol pintadas de dorado con motas negras, el tipo de objeto que llevaría una chica y que dejaría olvidado en un

descuido: ¿Mikey tenía novia? ¿De verdad Mikey tiene novia? No quiero pensar en eso ahora.

El mapa que ha dibujado Mikey está lleno de flechas y notas: «Supermercado Circle K, tres manzanas a la derecha; la Cuarta Avenida (2.ª mano, café, bar, comidas, libros) a seis manzanas; la U a siete manzanas». Se me empiezan a calentar la cara y los brazos mientras camino fatigosamente por la acera hacia el Circle K. Resulta extraño pensar que tan solo hace unos días estaba viendo caer aguanieve bajo un cielo gris y que ahora esté aquí, con sol por todas partes y sin chaqueta.

Dentro del Circle K el aire es fresco;

es como estar bajo el agua en una piscina clara y profunda. El tipo que hay tras el mostrador lleva unos enormes tapones negros en los lóbulos de las orejas. Levanta la vista del grueso libro que está leyendo mientras me muevo a trompicones por los pasillos cogiendo botellas, cajas de gasa, protector solar, esparadrapo y tubos de crema. Con el aire acondicionado, el sudor de la frente se me seca enseguida y la deja áspera y pegajosa. Cojo una botella de té helado del refrigerador.

Tengo que volver a llenar mi adorado botiquín, por si acaso. No quiero hacerme daño; pretendo seguir los consejos de Casper, pero necesito estas

cosas.

Por si acaso.

Pago y lo meto todo en la mochila.

Afuera, en la acera, despliego el mapa de Mikey. Hay una tienda de comestibles que se llama Food Conspiracy un poco más arriba, así que echo a andar.

Es una cooperativa de comida ecológica con pinta de ser cara, donde suena un hilo musical muy bajito. No sé bien qué comprar. En todo caso, no he mirado qué tiene Mikey en casa para cocinar. Meto en la cesta de alambre una caja de galletas saladas y un pedazo de queso con pimienta.

La tienda bulle de actividad. Dos

mujeres con pinta de hippies estrujan unas peras. Un tipo alto está echando curry en un táper en el bufé de ensaladas. He metido las manos en contenedores de basura, luego me he metido unos acartonados macarrones con queso con ayuda de una cuchara-tenedor, y ahora estoy de compras.

En la caja, de pronto temo no tener dinero suficiente. Estoy utilizando el dinero de Vinnie. ¿Lo he contado alguna vez? ¿He comprobado los precios de las cosas que he metido en la cesta? He olvidado cuánto cuesta la comida. Me acuerdo de Blue. «No dejes que los cereales te coman.»

Los cereales me están comiendo. Los

cereales me están comiendo viva.

¿Me están mirando todos mientras busco torpemente los billetes que llevo en el bolsillo? Sí, ¿no? Me tiemblan los dedos. Meto a presión la comida en la mochila y no espero a que me den el cambio.

Afuera, el ruido de los coches y la gente se transforma en una motosierra en mis oídos. Cierro los ojos. «No flotes», nos decía Casper cuando nos estresábamos, cuando la presión que teníamos en la cabeza se ponía a luchar contra la presión que había dentro de nuestro cuerpo y empezábamos a disociarnos. «Ni se te ocurra irte flotando. Quédate conmigo.»

Camino demasiado tiempo en la dirección equivocada y acabo en el paso subterráneo. Los coches pasan zumbando.

El cemento apesta a meados. Piso cristales rotos con las botas. Él vuelve a mí.

Los coches proyectan a su paso sucias sobras sobre los muros cubiertos de grafitis. Estaba acurrucada al final del todo, intentando dormir, con la garganta llena de flemas y el cuerpo ardiendo por la fiebre. Todo el tiempo que estuve en la calle lo pasé enferma día sí y día no. Ahora sé que tenía neumonía.

Lo primero que noté fue una mano sobre la pierna.

Intento recordar: ¿qué decía Casper? ¿Qué decía Casper?

«Para. Razona. Respira.»

En el paso subterráneo oscuro, frío y húmedo, me tapo los oídos y cierro los ojos. Aguanto la respiración y dejo que salga el aire poco a poco. El aire rancio y caliente que sueltan los coches me golpea las piernas e intento concentrarme en eso. Poco a poco, el fuego se va, el ruido de la motosierra se aleja y el recuerdo desaparece.

Bajo las manos, doy media vuelta y camino durante manzanas hasta la Cuarta, pasando por delante de todo lo que aparece en el mapa de Mikey: el Dairy Queen, una cafetería donde los

hombres juegan con unas piezas blancas sobre una mesa en la acera, bares, restaurantes, tiendas de segunda mano, una librería feminista. Vuelvo a alejarme demasiado y tengo que dar la vuelta, hasta que llego a la Novena prácticamente corriendo en mi desesperación por llegar a la casa de huéspedes morada.

Arrastro el baúl de Mikey hasta la puerta para que el mundo no se cuele en la habitación.

Tengo que encontrar el modo de acallar la oscuridad que siento en mi interior. Primero, saco la botella de té helado y la vacío de un trago. Encuentro una toalla de mano desvaída en el baño

diminuto de Mikey y me la enrollo alrededor de la mano. Cierro los ojos.

Y entonces golpeo la botella contra el suelo de cemento.

Es como si mil pájaros de posibilidades, todas hermosas, se extendieran sobre el cemento, resplandecientes. Escojo los cristales más largos y gruesos y los envuelvo cuidadosamente en la tela de lino donde tenía las fotos, que he metido en una bolsa de plástico. Mikey tiene una escoba de mano y un recogedor bajo el fregadero. Barro el resto de los cristales y los tiro a la basura.

Saco mi adorado botiquín y lo preparo: meto los rollos de gasa, las

cremas, el esparadrapo, el cristal envuelto en la tela de lino, todo ordenado hasta que encaja perfectamente.

Es todo lo que necesito por el momento. Solo necesito saber que está ahí y que está preparado. Por si acaso. No quiero cortarme. De verdad que no. Esta vez deseo con todas mis fuerzas hacer las cosas mejor.

Pero lo necesito. No sé por qué, pero hace que me sienta más segura, incluso sabiendo que todo es un desastre. Casper me ha dicho que respire, que compre gomas elásticas para colocármelas en las muñecas cada vez que me entre pánico o sienta deseos de

cortarme, y lo haré, lo intentaré, pero nunca dijo, o nunca llegamos a hablar sobre lo que pasará, o pasaría, si todo eso... no funcionaba.

Lo guardo todo bajo unas camisetas en el baúl de Mikey.

Gateo por el suelo y abro los cierres de la maleta de Louisa.

Su contenido me tranquiliza. En ella no había ropa, porque la ropa de la hermana de Mikey cabía de sobra en la mochila. La maleta es para todo lo demás: el cuaderno de dibujo, los lápices y el bloc que me regaló la señorita Joni; las bolsitas de carboncillo, envuelto cuidadosamente en servilletas de papel. Mi cámara Land.

Abro el cuaderno, retiro el papel de uno de los carboncillos y observo con detenimiento el apartamento de Mikey.

Las paredes pintadas de morado, cubiertas de octavillas caseras del grupo y listas de canciones. El futón individual de Mikey con la almohada negra y la jarapa mexicana que utiliza de colcha, en blanco y azul desvaídos. El escritorio desvencijado y la silla de madera. El viejo tocadiscos, los altavoces altos, las estanterías llenas de discos y CD. Cajas de plástico rojas apiladas por las que asoman camisetas, calzoncillos y pantalones de trabajo deshilachados de color azul. Un cepillo de dientes blanco en una lata sobre la encimera de la

cocina. La acumulación circunstancial de la esencia de Mikey.

Empiezo por ahí. Dibujo dónde estoy. Me sitúo en este nuevo comienzo, envuelta en la comodidad de la vida más fácil de otra persona.

Durante dos días, duermo y dibujo, picoteo galletas saladas y queso, y bebo agua hasta que se vacían todas las botellas y tengo que rellenarlas en el fregadero.

Al tercer día, llevo puestos los auriculares de Mikey mientras dibujo. Morrissey me está cantando dulcemente cuando oigo un golpe seco en la puerta. Me quito los auriculares con el corazón a mil por hora y la puerta se abre. ¿Es

Mikey? ¿Ya ha vuelto? Me levanto a toda prisa.

La mujer que hay en el umbral es alta, y apoya sus manos delgadas en las jambas. Tiene el pelo blanco y liso, justo por debajo de las orejas. Yo llevo puesto el peto, pero la camiseta de manga corta me deja los brazos al descubierto, así que los escondo detrás de la espalda. Me decepciona comprobar que no es Mikey; mi corazón recupera su ritmo.

Me mira con los ojos entornados.

—Estoy ciega como un murciélago. He olvidado las gafas en casa. Michael me ha escrito un mensaje, quiere saber si estás bien. Por si no lo has adivinado

ya, soy la dueña de la casa.

Hay un tinte áspero en su voz, un acento que no consigo ubicar. Tiene el tipo de arrugas que la gente define como «marcadas». Un tipo de rostro que resulta hermoso, intimidatorio y un poco repulsivo a la vez. Siempre me pregunto qué aspecto tendrían estas mujeres cuando eran niñas.

Asiento con cautela. Siempre me muestro cautelosa cuando conozco a alguien nuevo, sobre todo si es un adulto. Nunca sabes cómo va a ser en realidad.

—Michael no me dijo que fueras muda. ¿Eres muda? —Los anillos turquesa que lleva en los dedos

repiquetean en el marco de la puerta—. Entonces, ¿estás bien o no?

Vuelvo a asentir, tragando saliva.

—Mentira.

Avanza rápidamente y me agarra por las muñecas. Me gira los brazos de modo que las líneas marcadas quedan a la vista. Instintivamente, me tenso e intento desasirme, pero ella me agarra con más fuerza. Noto la dureza de los callos que tiene en la punta de los dedos.

Emite una especie de gruñido.

—Vaya con las chicas de hoy en día. Me dais una pena de la hostia. Bastante daño nos hace ya el mundo. ¿Para qué intentáis imitarlo, joder?

Respiro con fuerza, completamente histérica.

—¡Suéltame, joder! —Las palabras me rebotan dentro de la cabeza como una bola en una máquina de *pinball* y me salen disparadas por la boca. Me sorprende el sonido de mi propia voz, y a ella también, porque abre las manos y suelta las mías.

Me froto las muñecas y sopeso la posibilidad de escupirle.

—Una chica con carácter. —Su voz suena extrañamente satisfecha—. Eso está bien.

El filo de la puerta me roza el hombro; me imagino estampándosela en las narices. Me alejo de ella para no

hacerlo de verdad. ¿Quién es esta zorra?

—Me llamo Ariel. Toma —dice mientras me presiona en el pecho con un trozo de papel—. Tengo una amiga en la avenida. Regenta una tienda y necesita ayuda. Dile que el viernes la invitaré a tomar unos martinis de manzana.

Cuando ya ha recorrido la mitad del jardín cubierto de maleza, se vuelve y se protege los ojos del sol con la mano.

—Busca trabajo, amiga de Michael. Busca otro sitio donde alojarte. No te quedes aquí más de dos semanas.

Tardo dos horas en armarme de valor para salir. Paso esas dos horas recorriendo el perímetro de la pequeña casa de huéspedes, hablando sola, frotándome los brazos, haciendo ejercicios de respiración. Ir a la tienda a pedir trabajo implica hablar. Implica que tengo que abrir la boca y esperar que de ella salgan las palabras adecuadas. Implica dejar que la gente me inspeccione, que me miren de arriba

abajo con este peto tan estrafalario y la camiseta larga, el pelo raro, todo. ¿No? ¿No es así como va esto de buscar trabajo? Tienes que contarle a la gente de dónde vienes, dónde has trabajado, qué te gusta hacer, toda esa mierda.

Mis repuestas: de ninguna parte, en ninguna parte, cagarla y cortarme.

No va a salir bien.

Pero la otra opción es decirle a la mujer arisca que vive en la casa principal que no he ido a ver a su amiga; puede que hasta me eche antes de que vuelva Mikey. La otra opción es acabar justo donde estaba.

Y me prometí a mí misma hacerlo mejor.

Al final, me obligo a salir de la puta casa corriendo hacia la puerta y cerrándola para no seguir dando vueltas por la habitación.

Encuentro la tienda con más facilidad de lo que pensaba. Se llama Swoon. Cae la tarde y hace mucho calor. A través del escaparate veo a dos chicas que llevan vestidos cortos plateados revoloteando entre los percheros, ordenando las perchas y riéndose. En sus párpados brilla purpurina plateada y llevan la misma melena blanca. En esta tienda trabajan chicas guapas y guais, no chicas con cicatrices y peto. No me darán trabajo aquí.

Exploro la calle de arriba abajo. Un

restaurante italiano, una tienda de segunda mano, una librería, la cooperativa, una cafetería con pinta elegante.

No tengo teléfono. ¿Dónde me llamarán si presento una solicitud? ¿Y las mangas cortas? Las camareras siempre llevan manga corta. ¿Quién me va a contratar con los brazos así? El agujero que tengo en el estómago empieza a hacerse más grande. En pleno ejercicio de respiración, oigo que alguien me pregunta en voz baja:

—¿Te puedo ayudar?

A excepción de Ariel, no he hablado con nadie en cuatro días. Una de las chicas resplandecientes de Swoon está

asomada a la puerta.

—Yo... eh... una amiga... me ha dicho que buscabais personal, pero... —¡Por favor, qué voz! Parezco tan... apocada.

—No te ofendas, pero aquí somos más retro. Tú eres más... *grunge*, ¿sabes? —dice después de examinarme de arriba abajo.

La miro como diciendo: «Sí, ya lo sé», porque no hace falta fingir. A estas chicas y a mí nos separa un puto abismo en cuestiones de aspecto. Cambio de tema.

—Eh... oye, ¿sabes de alguna otra cosa por aquí? ¿Algo más apropiado para mí? Necesito encontrar trabajo.

La chica frunce los labios.

—Pues... creo que ahora mismo casi todo lo que mola está completo. Espera. —Se vuelve y grita hacia la tienda—: ¡Darla! Aquí hay una chica que busca trabajo. ¿Sabes de algo?

La otra chica asoma la cabeza. Me siento desubicada solo de mirarlas, con el pelo de un blanco cegador, los labios y los vestidos a juego.

—Hola —saluda Darla con una sonrisa. Al igual que su amiga, me examina de arriba abajo, pero no de mala manera. Ambas trabajan en una tienda de ropa retro de cierto nivel. Ya lo pillo. Están acostumbradas a clasificar a la gente según su indumentaria.

—Pues mira, prueba en Grit. Es una cafetería que está más arriba, junto al Dairy Queen. Me parece que alguien se despidió ayer. Creo que eres perfecta para el True Grit. Pregunta por Riley.

La otra chica le da un codazo a Darla.

—Riley. Oh, sí. Riley West. —Alarga la palabra como si le supiese a gloria en la boca: Weeeessst.

—No pierdas las bragas, Molly.

Molly me mira y pone los ojos en blanco.

—Es que Riley está bastante bueno.

—Algo así —dice Darla—. En los días buenos. Y de esos no hay muchos. De todas formas, dile que vas de nuestra parte, ¿vale? Y cómprate un gorro,

chica, que se te está poniendo la cara roja.

Entre risas, vuelven a entrar en la tienda sin darme tiempo a preguntarles sobre Riley, sobre lo bueno que está o sobre las bragas que se pierden. Espero que tenga un día bueno, sea lo que sea eso.

Avanzo nerviosa por la calle, mentalizándome de que tengo que volver a hablar. ¿Y si esto no funciona? Me toco la cara. Darla dijo que me estaba poniendo roja. Estupendo: me estoy quemando.

Sin embargo, los vivos colores que me rodean distraen mi atención. Las fachadas de los edificios están cubiertas

de murales: esqueletos danzantes de huesos blandos y flexibles que llevan chisteras negras y beben jarras de vino. Jimi Hendrix y Jim Morrison se asoman a la calle y los Beatles caminan descalzos por un muro. Mire a donde mire, encuentro algo sorprendente y genial.

En los bancos de madera que hay frente al Dairy Queen hay un grupo de punks vestidos de cuero. Despatarrados, mordisquean unos cucuruchos de helado cubiertos de extras. En el grupo solo hay una chica, pero ella no está comiendo, se limita a fumar y a quitarse la mugre de las uñas pintadas de negro. Los chicos me miran al pasar.

En la puerta de al lado hay varios señores sentados a mesas de forja mirando fijamente unos tableros cuadrados que tienen encima unas piedras blancas y negras totalmente redondas. Se mordisquean los dedos y dan sorbos de tazas blancas desportilladas. Detrás de los jugadores, en un escaparate borroso, un neón cegador y ligeramente torcido reza TRUE GRIT. En el anaquel interior que hay al otro lado del escaparate, a través de las letras se ven unos dispensadores de café y varias macetas de helechos. Poco a poco me llega el triste compás de la música que sale por el altavoz colgado en la fachada: es Van Morrison.

La puerta con mosquitera de la cafetería se cierra con estrépito tras un chico delgaducho que lleva un delantal manchado de grasa y salsa roja. Enciende un cigarrillo y pasea la vista por los tableros. Su rostro queda cubierto por una nube de humo.

La música me deja clavada en la acera. Cuando era pequeña, mi padre ponía este disco una y otra vez, sentado en la habitación trasera de la casa de la avenida Hague, con la mecedora crujiendo al moverse adelante y atrás. Era una casa de madera color crema con un pequeño jardín trasero cuadrado y una chimenea medio caída. Al escuchar la música, siento que lo echo tanto de

menos que estoy a punto de llorar.

—Te has quedado ensimismada, ¿no, bonita? —La voz tiene un acento tan fuerte y es tan clara que me saca de golpe de mis pensamientos.

Los hombres de las mesas se ríen por lo bajo. El chico del delantal me mira ladeando la cabeza. Lleva una barba incipiente y tiene arrugas alrededor de los ojos.

La atención que me dedica me pilla por sorpresa. Tiene los ojos muy oscuros y me mira la cara con curiosidad.

Algo cambia en mi interior. Es eléctrico y dorado. Él lo ve, o lo intuye, y en su cara se dibuja una sonrisa

enorme y burlona. Mis mejillas se tiñen de rojo.

—¡No es inglés de verdad! —grita uno de los punks.

—No —contesta un hombre de rostro enjuto que hay en una de las mesas con la cabeza apoyada en la palma de la mano—. Es un gilipollas cien por cien americano, no lo dudes.

—Ah. —El chico del delantal apaga el cigarrillo en la acera. Ahora habla sin acento, de forma relajada y alegre. Aún sonríe—. ¿Te apetece un café? ¿Un expreso? ¿Un bollo? ¿Una enchilada? —Lo pronuncia así: «enchilaaada». Con un movimiento circular del brazo, me invita a entrar en la cafetería.

Camisa de cuadros de botones plateados y el bulto que le hace el encendedor en el bolsillo. Es una persona que se siente totalmente cómoda con su cuerpo. ¿Por qué me presta atención?

—Se le ha comido la lengua el gato, Riley. —La chica punk tiene una sonrisa falsa y edulcorada. Me gusta su pelo rosa.

Están todos muy colocados.

—Nunca había conocido a alguien famoso.

Riley. Riley Weeeeest. El que hace que se le caigan las bragas a Molly, la de Swoon. Ahora lo entiendo, creo. Este debe de ser uno de sus «días buenos».

—Medio famoso —la corrige otro punk, y escupe en el suelo.

—Medio famoso, sí, en el barrio —afirma uno de los jugadores, agitando el dedo.

La chica punk se ríe a carcajadas.

—Medio famoso en su imaginación y en esta calle.

Los punks se ríen a carcajadas. El chico del delantal los fulmina con la mirada de forma afable.

—Riley, tío, tienes una pinta de mierda. Pareces viejo —le dice un punk tremendamente delgado.

Lo miro a hurtadillas. Riley. Puede que no se haya dado cuenta de lo roja que me he puesto. Es verdad, tiene la

cara cansada, demasiado pálida. Mira despectivamente a los punks.

—Tengo veintisiete años, niñatos, y me queda mucho por andar, así que nos os preocupéis por mí. —Se enciende otro cigarrillo, haciendo girar el mechero dorado. Cuando vuelvo a mirarlo a los ojos, una amplia sonrisa se le dibuja de nuevo en la cara.

No sé por qué, pero le devuelvo la sonrisa, con esa sensación eléctrica revoloteándome por dentro.

Y ahora los dos nos sonreímos el uno al otro como tontos. O Riley me está sonriendo como sonreiría a cualquier cosa con tetas y yo soy la única que sonríe como una tonta porque soy

gilipollas.

Porque si él me conociera de verdad, si pudiese verme de verdad, ¿qué pensaría? Una vez, cuando fuimos al desfile del Grand Old Day con la esperanza de encontrar carteras perdidas y cervezas a medio beber, Dump hizo que nos detuviésemos porque quería mirar a un grupo de bailarinas que pasaban con unos pantalones morados de lo más sexi y unas camisetas doradas cubiertas de lentejuelas. Evan se dio cuenta de que yo también las estaba mirando.

—Tú también tienes una pinta excelente, Charlie —dijo al cabo de un rato con una sonrisa—. Debajo de toda

esa mugre y tal.

Yo lo miré sin saber qué decir. Antes, era Ellis la única que se hacía notar, por razones obvias. ¿Y los chicos con los que he estado? No han tenido necesidad de utilizar palabras dulces o flores. Pero lo que dijo Evan... me hizo sentir bien por dentro.

Dump se volvió para mirarnos. Estudió detenidamente mi rostro.

—Sí. Tienes unos ojos muy bonitos. Azules de verdad, como el mar o algo así. No tienes de qué preocuparte.

Ahora es Riley el que me mira ladeando la cabeza.

—¿Qué, Desconocida? ¿Tienes algo que decir?

Sí. Un trabajo. He venido a pedir trabajo.

—Vengo de parte de Darla. De Swoon. Me ha dicho que igual necesitabas a alguien —le suelto.

—Qué bien me conoce Darla. —Sonríe y deja escapar un anillo de humo —. Es verdad que necesito a alguien. Creo que podrías valerme.

Los hombres de las mesas ríen disimuladamente. Noto que vuelvo a sonrojarme.

—Para trabajar. Necesito encontrar trabajo.

—Ah, vale, vale, vale. Era eso. Pues mira, yo aquí solo soy un mandado. La dueña es mi hermana y no vuelve hasta

pasado mañana. Yo no...

—Gil se despidió —dice uno de los jugadores—. ¿Ya no te acuerdas? ¿El incidente?

—Pero ella no quiere lavar platos —contesta Riley en tono burlón.

—Claro que sí —contesto rápidamente—. Sí quiero.

Riley niega con la cabeza.

—Se te dará mejor servir mesas en algún otro sitio.

—No, no me gusta la gente. No quiero darles de comer.

Los hombres se ríen y Riley apaga el cigarrillo, sonriente.

—¡Riley! ¡Riley! ¡Comanda servida! ¿Dónde coño estás? —grita alguien

desde dentro.

—Parece que se me acabó el tiempo, caballeros. —Saluda a los jugadores y luego se vuelve hacia mí—. Muy bien, Desconocida. Vuelve mañana a las seis de la mañana. No te prometo nada.

Me guiña el ojo.

—Así es como se rompen los corazones, ¿sabes? Cuando te crees las promesas.

La puerta verde se cierra de un portazo a su espalda. Me quedo allí pensando (¿o deseando?) que los jugadores, o los punks, o alguien hable conmigo, pero nadie dice nada. Se limitan a volver a lo que estaban haciendo antes de que apareciese yo. Me

pregunto si en Creeley se habrán olvidado todos de mí. Echo a andar hacia casa.

Un trabajo. Lavando platos. Respiro hondo. Ya es algo.

Cuando llego a casa de Mikey, la casa de Ariel está a oscuras, así que decido sentarme un ratito en el jardín trasero. Busco un alargador y lo conecto a la única lámpara que tiene Mikey, la saco a rastras y la pongo en el suelo. Coloco el cuaderno de dibujo y los carboncillos a mi alrededor. Me quito las botas y los calcetines y el olor me hace arrugar la nariz. Debo de llevar como una semana

sin lavarme. No me extraña que todo el mundo me mirase en la cooperativa: apesto. Me huelo las axilas. Voy a tener que ducharme. Pero no ahora. He pasado períodos más largos sin lavarme.

De alguna parte, no muy lejos de allí, me llega el sonido de guitarras y tambores, la ruidosa descarga y el repentino silencio de un grupo de música ensayando.

Escucho con los ojos cerrados y entierro las puntas de los pies en la arena. El bajista se agobia y cambia, inseguro de sus dedos; el batería ha perdido el ritmo. El cantante está frustrado por lo torpes que son todos. La voz se le quiebra cuando intenta

alcanzar las notas más altas, superar el interludio. La banda se detiene súbitamente, el bajo se va apagando poco a poco, el cantante grita «¡un, dos, tres!» y vuelven a tocar de nuevo, intentando encontrarse unos a otros en medio del ruido. Me hace echar aún más de menos a Mikey, porque él siempre nos llevaba a Ellis y a mí a ver a sus amigos ensayar en garajes y sótanos. Resultaba emocionante y auténtico ver a alguien ensayar un acorde una y otra vez, o a una chica aporreando la batería. Ellis siempre se aburría enseguida y sacaba el teléfono, pero a mí ver y escuchar cómo se creaba algo me alimentaba durante días.

Al final, los dedos y las voces se unen, brota la música y la canción que lleva dentro despierta.

Oh, no quiero ser
tu obra de caridad.
Solo quiero que veas
mi cara de verdad.
¿Podrás hacerlo por mí?
Te llevará un par de minutos.
¿Podrás hacerlo por mí?

Las caras que he visto durante el día recorren mi cabeza y se colocan como piezas de dominó: los jugadores, los punks de ojos vidriosos y labios agrietados en los bancos del Dairy

Queen, Riley en la cafetería, con su delantal manchado y su actitud desafiante.

En Creeley, a esta hora de la noche nos reuníamos en la sala de recreo, un murmullo de chicas con iPods y novelas autorizadas. Echo de menos a Louisa. ¿Con quién hablará esta noche, a oscuras en nuestra habitación? ¿Me habrán sustituido ya?

El sonido del carboncillo sobre el papel es como un perro que rasca una puerta con las uñas, metódica e insistentemente.

Recuerdo el rostro de mi padre poco a poco mientras dibujo. La forma de sus ojos grandes y oscuros, su pelo del

color de la arena. Los huesos de los hombros, que le notaba bajo la camiseta cuando me subía a su regazo. Ojalá pudiese recordar el sonido de su voz, pero no puedo.

A veces no me dejaba entrar en la habitación donde se mecía, así que me sentaba fuera con nuestro perro color teja y enterraba la cabeza en su pelo mientras escuchaba a Van Morrison a través de la puerta.

Ojalá pudiese recordar qué le pasó al perro. Un día estaba allí y al siguiente ya no estaba. Igual que mi padre.

En lugar de dientes, le dibujo diminutos botes de pastillas. Me arrepiento enseguida. Resulta raro e

injusto.

Él era humo y desesperación. Tenía unos ojos afables, oscuros y almendrados. Pero cuando lo miraba de cerca, veía algo más, algo que se agitaba al fondo.

Riley, el de la cafetería, tiene los mismos ojos. Solo de pensar en él mi cuerpo se inunda de una calidez que me asusta.

Pero cuando me acuesto, dejo de pensar en Riley: es el olor de Mikey en la almohada y la colcha lo que me consuela, como una promesa, algo bueno y tangible que sucederá pronto. Me pego la colcha como si fuese su cuerpo mientras lleno los pulmones de su olor,

de los efluvios de su piel. Lo aprieto contra mí tanto como puedo. No puedo soltarlo.

Me quedo plantada en la acera de enfrente de la cafetería durante más de diez minutos. Llevo despierta desde las cuatro de la mañana, aunque encontré un pequeño despertador de viaje en el baúl de Mikey y lo puse a las cinco y he estado dibujando y armándome de valor para venir. Son casi las seis de la mañana y la Cuarta Avenida está empezando a despertar, las persianas de los establecimientos se abren y hay

gente colocando mesas en la acera.

El neón de TRUE GRIT está torcido, y la U parpadea.

Cruzo la calle, respirando hondo. Cuando estoy a punto de llamar a la pesada puerta de la cafetería, la mosquitera verde que hay un poco más abajo se abre, la misma por la que Riley apareció ayer.

Y ahí está, fumando. Y sonriendo.

—Desconocida —dice amablemente —. Hoy es el primer día del resto de tu vida. Bienvenida. Pasa.

Una mujer con las puntas teñidas de rosa aparece en una bicicleta azul. Nos mira con curiosidad. Es mayor, corpulenta, y lleva una sudadera raída y

una falda larga con flecos.

—¿Qué pasa, R? ¿Quién es? —Me sonríe amablemente mientras ata la bicicleta al aparcabicis.

—Una lavaplatos temporal, Linus. Oye —dice, y me mira—, aún no sé cómo te llamas, Desconocida.

—Me llamo Charlie —respondo en voz baja—. Charlie Davis.

—Pues encantado de conocerte, Charlie Charlie Davis. Yo soy Riley Riley West —dice, tendiéndome la mano.

Titubeo, pero al final le cojo la mano. Está caliente. No había tocado a nadie amigablemente desde que le acaricié el pelo a Louisa. Una súbita calidez me

recorre el cuerpo y retiro la mano.

—Bueno —dice jovialmente—. Retomemos el tema que nos ocupa, ¿no? Platos sucios, café, obreros desagradecidos y una larga y lenta marcha hacia la muerte.

Linus se echa a reír.

Entramos por la puerta verde, que es la de los empleados, según dice Riley. En la pared hay una máquina de fichar gris con aspecto industrial y varias ranuras abarrotadas de tarjetas. Linus se adelanta y al cabo de unos minutos oigo que muele los granos de café y el aire se llena de un olor intenso, casi dulce, a

café recién hecho.

Riley me enseña a cargar el lavavajillas, qué botones apretar, dónde se apilan las bandejas, dónde enjuagar y almacenar los recipientes para los platos sucios. La zona de cocina y limpieza es húmeda y calurosa, las alfombrillas del suelo están empapadas de agua y tienen restos de comida mojada. El fregadero está lleno de ollas, sartenes y platos con comida incrustada. Riley frunce el ceño.

—Las chicas no limpiaron bien anoche, por lo que veo.

Linus pasa rozándonos para coger algo en la zona donde está la plancha.

—Bienvenida al loquero, chica —me

dice con una sonrisa, y se vuelve hacia el mostrador. Se pone a rebuscar entre los CD.

Riley me arroja un delantal mugriento y empieza a trocear pimientos y cebollas y a echarlos a un recipiente de acero inoxidable. Me meto el delantal por la cabeza e intento anudármelo a la espalda. Es demasiado grande, así que tengo que cruzar las cuerdas por detrás y amarrármelo por delante.

Con el rabillo del ojo, veo que Riley se queda parado mientras espera a ver qué pone Linus. Ella aprieta un botón y ahí está, *Astral Weeks*, triste y lastimero. Él asiente para sí, en un gesto de aprobación, y empieza a poner el pan

sobre la plancha.

Me vuelvo de nuevo hacia el fregadero y miro las pilas de platos y cacharros. Abro el grifo. «Has venido aquí para esto —me digo—. Ya estás aquí. A trabajar.»

Al cabo de una hora o así, Linus abre la puerta principal. No tenemos que esperar mucho antes de que empiece a aparecer la gente en un enjambre de voces y humo de cigarrillos. Algunos me saludan asintiendo con la cabeza, pero la mayoría hablan con Riley y con Linus. No me importa. Nunca me importó escuchar. De todos modos, se me da mejor que hablar.

Paso la mañana metiendo platos en el

lavavajillas y esperando, recogiendo y recolocando cosas en las zonas de cocina y de camareros. Para reponer en la zona de cocina, tengo que pasar por detrás de Riley y levantar los brazos hacia los estantes. La cocina es pequeña y se abre a la zona de los platos. Hay una plancha, una freidora, un horno, una nevera de acero inoxidable de dos puertas, una tabla para cortar y una pequeña isla.

Escuchando a Riley hablar con los camareros, me entero de qué tipo de comida frugal se sirve en True Grit y de quiénes trabajan en la cafetería. Muchos de ellos parecen estar en grupos de música o son estudiantes. El fuerte

zumbido de la máquina de café siempre suena de fondo. Me está entrando sed, pero me da miedo pedir cualquier cosa. ¿Hay que pagar por las bebidas? No he traído dinero. Todo lo que Ellis y yo ganamos era para pagar un sitio donde vivir. Cuando pienso que nadie me está mirando, cojo un vaso y bebo agua del grifo, pero muy pronto me empieza a rugir el estómago y a dolerme tirar a la basura los restos de comida. Se me ocurre ratear algunos bocadillos a medio comer y pienso dónde esconderlos.

Una de las veces en que regreso con más platos y cubiertos, Riley no está cocinando. Me mira fijamente, y la

vergüenza me eriza la piel.

—¿De dónde eres, Desconocida?

—De Minnesota —respondo cautelosamente. Me encojo a su lado para colocar unos platos en el estante que hay por encima de su hombro. Él no me hace sitio, de modo que mi espalda se roza con su pecho.

—Qué interesante. Minnesota. Adivina. Una vez toqué en el 7th Street Entry. ¿Lo conoces?

Niego con la cabeza. Los punks habían dicho que era medio famoso. El 7th Street Entry es un club del centro de Minneapolis en el que tocan buenos grupos. ¿Está... estaba... Riley en un grupo?

—Seguro que te has mudado por un chico, ¿eh? —Sonríe maliciosamente.

—No —le digo con voz irritada. «En realidad, no. O quizá sí. ¿Sí?»—. ¿Y a ti qué te importa?

—Eres un poco rara, ¿lo sabías?

Me quedo callada. La atención que me presta me está poniendo nerviosa. No sé si está siendo agradable de verdad o si intenta provocarme. A veces, con algunas personas no se sabe. Al final, balbuceo:

—Lo que tú digas.

—Puedes hablar conmigo libremente, Desconocida. No muerdo.

—Ahora no. Ni se te ocurra —dice Linus mientras coloca una comanda en la

polea.

Riley le tira un trozo de pan y ella lo esquiva.

A las cuatro y media Riley me dice que ya me puedo ir. Me quito el delantal y lo paso por el lavavajillas, como él me ha enseñado. Estoy sudando con la camiseta de manga larga, así que me remango para refrescarme.

Riley está a punto de pagarme cuando exclama:

—¡Madre mía, mira eso! ¿Qué es?

Miro hacia abajo, horrorizada, y me bajo las mangas rápidamente.

—Nada —mascullo—. Arañazos de gato. —Cojo el dinero y lo meto en el bolsillo del peto.

—Espero que te deshagas de ese gato. Joder, es un gato horrible, Desconocida —susurra. Noto que me mira, pero no lo miro a la cara. Ya está. Estoy despedida. Ahora ya no me dejará trabajar aquí.

—Claro —contesto, aturullada—. Hoy. Ahora mismo, de hecho. —Me dirijo rápidamente hacia la puerta de atrás.

—Vuelve mañana a las seis y habla con Julie. ¡Te recomendaré! —grita.

Agradecida y sorprendida, miro hacia atrás. Puedo volver otro día, lo que significa que quizá después de ese venga otro. Sonrío sin querer, y él parece reírse de mí antes de volverse hacia la plancha.

Estoy cansada y dolorida. La ropa y la piel me huelen a comida húmeda, pero tengo dinero en el bolsillo y más trabajo mañana. Compro una barra de pan y un tarro de mantequilla de cacahuete en la cooperativa Food Conspiracy al otro lado de la calle.

De vuelta en el garaje de Mikey, me tumbo en la cama mientras la luz se va apagando en el exterior, con el cuerpo cubierto de sudor seco, restos de comida y agua jabonosa. Me sienta bien descansar después de pasarme el día de pie levantando recipientes llenos de platos sucios y bandejas. Me como lentamente un bocadillo de mantequilla de cacahuete, y luego otro. El primer día

de trabajo no ha sido tan malo. La gente parecía maja. Riley parece agradable y es bastante guapo. Ya es algo. Cuando me acabo el segundo bocadillo, abro la raquítica ducha y me quito la ropa. El agua está fría y me estremezco. Miro a mi alrededor. No hay champú ni jabón. Me cuido de mirarme demasiado, pero no funciona, y de vez en cuando atisbo las heridas de los muslos. Se me cae el alma los pies.

Soy Frankenstein. Soy la Chica Marcada.

Levanto la cara hacia el chorro y de pronto el agua sale muy caliente y de una vez. Finjo que esta repentina punzada de calor es la que me provoca el llanto.

La puerta mosquitera de Mikey se cierra de un portazo y me despierta. Me incorporo y lentamente me froto la cara.

Después de la ducha me puse solo la camiseta y la ropa interior. Debo de haberme quedado dormida. Busco a gatas mi peto, vuelta para que Ariel no pueda ver las cicatrices que tengo en los muslos. Estoy dolorida de levantar tanto peso. Llevaba meses sin usar tanto los músculos.

Ariel está agachada, hojeando mi cuaderno de dibujo. Emite un sonido parecido al de una abeja hambrienta. Se detiene en el boceto de mi padre. Me muestro muy protectora en lo que a mis dibujos y a mi padre se refiere, así que le quito el cuaderno de un tirón y lo aprieto contra mi pecho. Ella se encoge de hombros y se levanta.

—Frascos de medicinas. Una elección interesante, pero distrae demasiado. En el retrato, los ojos de la persona son los que la explican, son nuestra ventana. Si te centras en los dientes, convirtiéndolos en frascos de pastillas, nos lo pones muy fácil. Nos estás contando el final de la historia.

¿Para qué entretenerse? Es necesario que recorramos todo el rostro, necesitamos tiempo para pensar. ¿Entiendes?

«Recorrer todo el rostro, tiempo para pensar.» Antes de que pueda preguntarle qué es lo que quiere decir, me dice rápidamente:

—Ven. Vamos a desayunar. Me encanta desayunar a la hora de cenar, ¿a ti no? Seguro que estás muerta de hambre.

Me pongo una sudadera con capucha y las botas a toda prisa. No voy a rechazar una cena gratis. Aunque comí antes de ducharme, vuelvo a tener hambre. Supongo que tengo mucho espacio

dentro que rellenar. La boca se me hace agua mientras cruzamos el jardín. Miro hacia arriba. Las estrellas son unos perfectos agujeritos blancos.

Su casa es cómoda y espaciosa. Sobre el suelo de cemento hay pintados enormes círculos azules y negros. Es como pisar burbujas con moratones, está guay, me gusta.

Nunca había estado en una casa con tantos cuadros y me quedo sin aliento. Las paredes color crema del salón de Ariel están totalmente cubiertas de grandes cuadros negruzcos. Algunos tienen franjas inclinadas de luz que quiebran la oscuridad, como la luz que entra por las rendijas de una puerta

cerrada o se cuela a través de las ramas de un viejo y enorme árbol. Algunos solo muestran diferentes tonalidades negras. Algunas pinceladas son tan gruesas que sobresalen del lienzo como si fuesen montañas. Siento deseos de tocarlas, pero temo preguntar si puedo. Mire a donde mire, hay algo que ver, y me encanta.

Ariel me observa desde la puerta de la cocina.

—Puedes tocarlos con cuidado.

Lo hago; pongo cuidadosamente el dedo sobre la diminuta colina de un cuadro especialmente oscuro. Curiosamente, esta frío al tacto y muy firme, es casi como el relieve de una

cicatriz curada.

—¿Qué estás pensando, Charlie? Habla. Yo siempre les digo a mis alumnos que todo lo que sientan cuando se enfrentan a un cuadro es verdadero, porque es verdadero según su experiencia, no la mía —dice Ariel.

—No estoy segura... No sé cómo expresarlo. —Las palabras bullen en mi interior, pero no sé cómo organizarlas. No quiero parecer estúpida. No quiero ser estúpida.

—Inténtalo. Soy todo oídos.

Doy un paso atrás. Los cuadros son muy grandes y negros, exceptuando esos diminutos toques de luz.

—Me recuerdan... me recuerdan a

estar atascada en alguna parte. No sé, como si llevara un lastre, pero esas pequeñas manchas... —Titubeo. Parezco estúpida. Y al ver tanta oscuridad se activa algo en mi interior, porque creo que solo una persona muy triste podría haber hecho estos cuadros. ¿Y qué es lo que habrá puesto a Ariel tan triste?

—Continúa —me pide Ariel en voz baja, tras colocarse a mi espalda.

—Esas pequeñas partes que sobresalen son como si la oscuridad estuviese intentando irse porque ha vuelto a aparecer una pequeña luz, y le está volviendo la espalda a la luz. Es una tontería, lo sé.

—No —responde Ariel

pensativamente—. No es una tontería, no es ninguna tontería. —Se aparta y vuelve a la cocina, y yo la sigo, aliviada de no tener que decir nada más sobre el cuadro, al menos por el momento.

Sobre la mesa de la cocina, de color rojo satinado, hay una bandeja irisada con cerezas cortadas, trozos de piña, cucharadas de huevos revueltos y una carne roja de aspecto suave.

—Es chorizo —dice ella—. Te gustará.

Me siento casi avergonzada de las ganas que tengo de comer algo de verdad, algo cocinado. Calculo cuánta cantidad debo servirme en el plato para no parecer demasiado ansiosa de

repente.

El chorizo no es que pique, pero está muy especiado y tiene una textura rara, como de perrito caliente machacado, que no me acaba de convencer, así que me inclino por los huevos. Llevo mucho tiempo sin disfrutar de una comida de verdad en casa de alguien. Puede que la última vez fuese con Ellis y sus padres, en la mesa sin lijar del comedor, esa que se inclinaba un poco a la derecha.

Los cubiertos están fríos y los platos son recios. Intento comer despacio, aunque lo que me apetece es metérmelo todo en la boca de golpe.

Ariel se introduce en la boca un generoso bocado de huevos y chorizo y

mastica con complacencia.

—¿Dónde está tu familia? ¿Y tu madre?

Hago una montaña de fresas y la corono con un trozo de piña, como si fuese un pequeño sombrero. Me lleno la boca de nuevo para no tener que responder a Ariel.

—Aunque pienses que no le importa, le importa. —Hace girar una fresa entre los dedos. Noto que me está observando —. Michael me dijo que habías perdido a una amiga. A tu mejor amiga. Lo siento mucho. —Me mira detenidamente—. Es terrible.

Lo que dice es tan inesperado como las lágrimas que de pronto me inundan

los ojos. Me sorprende que Mikey le haya hablado de Ellis, pero no sé por qué. Además, me siento extrañamente traicionada por lo que ha hecho. Ellis era... mía.

—No quiero hablar de eso ahora —digo rápidamente, metiéndome fresas y piña en la boca. Parpadeo muy deprisa, con la esperanza de que las lágrimas se queden donde están.

Ariel lame la grasa del chorizo de sus dedos callosos y luego se los limpia con una servilleta tras mojar la punta en el vaso de agua helada.

—Casi todas las chicas de tu edad van al instituto, follan con chicos, engordan, sacan algunas notas buenas,

otras malas. Mienten a su padre y a su madre. Se hacen *piercings* en la barriga. O se tatúan el culo. —Me sonríe—. Pero ese no es tu caso, ¿verdad? Michael dice que no acabaste el instituto, así que no puedes estudiar chicos y follarte libros. —Se ríe de sí misma.

—Sí que acabé —respondo defensivamente con la boca llena—. Bueno, casi. Algo así. Pronto.

Ariel mordisquea la piña. Me mira continuamente, con los ojos agrandados por las gafas. Entonces emite un sonido explosivo con la garganta.

—¡Bum! —Extiende los dedos—. Lo que pasa es que llevas gente dentro. Los

recuerdos y los remordimientos te engullen, engordan alimentados por el tuétano de tu alma y entonces... —La miro atentamente, asombrada por lo extraño de sus palabras. De pronto, su expresión se suaviza—. Y entonces, bum, explotas. ¿Es así como te hiciste eso? —Me señala los brazos, escondidos bajo la sudadera.

Bajo la vista al plato. Bum. Sí.

—¿Cómo vas a llevar esta vida tan dura, Charlotte? —dice, volviendo a sonreír.

El sonido de mi nombre completo hace que levante la vista. Unos polvos rosados cubren las mejillas bronceadas de Ariel y unas minúsculas líneas de

pintalabios se cuelan por las arrugas que tiene sobre la boca. No me puedo imaginar con su edad, ni cómo ha llegado hasta aquí, a esta casa espaciosa, ni qué vida lleva. Bastante me cuesta ya imaginar cómo será el día siguiente. No sé qué decir.

Extiende la mano por encima de la mesa y me acaricia la cicatriz de la frente. Tiene los dedos calientes y por un segundo me relajo, disfruto de la caricia.

—No eres más que una niña —afirma en un susurro—. Qué joven.

Me levanto y me golpeo torpemente contra la mesa. Se estaba acercando demasiado y yo se lo estaba

permitiendo. La comida y su amabilidad me habían dejado adormilada y complaciente. «No bajes la guardia —me advertía Evan—. El zorro tiene muchos disfraces.»

Ella suspira, endereza los hombros y barre las migas de la mesa hasta la palma de su mano. Señala la puerta trasera con la barbilla: es una invitación para que me vaya.

Al salir, mi cadera choca contra el tablero fino de una mesa. Algo brillante asoma por debajo de un revoltijo de sobres y circulares. No dudo en metérmelo en el bolsillo del peto. Ariel se ha llevado algo mío esta noche, así que yo también me llevo algo suyo.

Saco el objeto del bolsillo y lo pongo en el suelo del garaje de Mikey. Es una cruz roja de escayola, un poco más grande que mi mano, que tiene incrustadas gruesas calaveras blancas con las cuencas de los ojos pintadas de negro, las fosas nasales negras y las bocas punteadas en negro. Los lados de la cruz tienen un baño de purpurina roja.

La cruz-calavera es chillona, vulgar y maravillosa y me cubre de un dolor

palpable: a Ellis le habría encantado, habría comprado varias para colgarlas en las paredes azules de su habitación, donde habrían compartido aquel espacio sombrío con pósteres y recortes de Morrissey, Elliott Smith, Georgia O'Keeffe y Edith, la muñeca solitaria.

Encuentro una vieja bufanda de rayas en el baúl de Mikey y con ella envuelvo cuidadosamente la cruz antes de colocarla debajo de la almohada. Me levanto y contemplo el reducido espacio de la casa de Mikey, pensando en lo que me ha dicho Ariel, lo cual me agobia y me hace echar de menos la seguridad del botiquín que guardo en el baúl, así que entro en el baño diminuto y me mezo

adelante y atrás en el inodoro durante un rato. Casper dijo que los movimientos repetitivos, como mecerse, o incluso saltar en el mismo sitio, pueden ayudarnos a calmar los nervios.

Cuando me levanto agobiada y no puedo centrarme en una sola cosa, cuando todo el horror me golpea de repente, soy como los tornados de los dibujos animados, de esos grises y peludos que succionan todo lo que encuentran a su paso: un cartero desprevenido, una vaca, un perro, una boca de incendio. Cuando me convierto en tornado, recojo todo lo malo que he hecho, a cada persona a la que he fastidiado una y otra vez, cada corte que

me he hecho, todo, todo. Convertida en tornado, giro y giro, me hago cada vez más grande y voy llenándome de gente.

Tengo que tener cuidado. Agobiarme, sentirme inútil, quedarme atrapada en un tornado de remordimiento y de vacío es un detonante.

Casper me dijo: «No puedes hacer varias cosas a la vez. Fíjate una meta. Visualízala. Cuando acabes de hacer una cosa, empieza con otra». Me dijo que empezase poco a poco.

Me digo: «Has salido de Creeley, no sé muy bien cómo. Te has montado en un autobús. Has venido al desierto. Has comprado comida. No te has autolesionado en esta nueva casa. Has

encontrado trabajo».

Repito las frases hasta que el tornado deja de girar. Cuando llegue Mikey, todo será un poco mejor.

—Un sitio donde vivir —digo en voz alta.

Tengo dinero. Puedo buscar casa. Esto es lo que me digo en una especie de mantra mientras me acomodo en el futón de Mikey y me quedo dormida.

A la mañana siguiente, Linus me está esperando en la puerta de la cafetería, recogiéndose el pelo con una goma. Saca el labio inferior.

—¿No habrás visto a Riley por casualidad?

Al ver que niego con la cabeza, frunce el ceño.

—Mierda. Vale. Vamos.

Abre la puerta de la cafetería, aprieta algunos botones en la alarma de

seguridad y cuelga sus cosas en un perchero.

—Julie se ha retrasado en Sedona. Puede que llegue tarde. No pasa nada. Es un poco dejada, no utiliza el reloj, como los demás. Mientras tanto, puedes ayudarme a preparar las cosas. Me han dicho que Peter Lee y Tanner cerraron ayer el Tap Room, así que tampoco serán puntuales, joder. Es un bar del centro. Eres un poco joven para conocerlo.

Coge unos delantales de encima del lavavajillas, tuerce el gesto al ver que están húmedos, y me lanza uno.

—Supongo que Riley no te contó todo lo que debe saber un empleado nuevo,

así que aquí va lo importante: puedes beber café normal, todo el que quieras, y casi cualquier tipo de expreso que te apetezca dentro de lo razonable, a menos que parezca que estás bebiendo demasiado, y en ese caso Julie empezará a cobrarte. Se supone que debes pagar la comida, pero en este caso también eso es discutible. Por ejemplo, ¿y si preparamos una comanda equivocada? ¿Entiendes lo que quiero decir? Las pausas para fumar se hacen afuera aunque a veces puedes fumar en la cafetería. —Sonríe y señala un oscuro pasillo más allá de la plancha y la zona de limpieza lleno de fregonas, escobas y cubos—. Pero que no te vea Julie. Su

oficina está ahí y odia el olor del tabaco. —Se interrumpe y luego continúa—: Y luego está Riley. Riley tiene todo tipo de normas y Riley incumple todo tipo de normas, pero Julie se lo permite porque él es su hermano y su idea del amor es un puto desastre. Y en lo que a ti respecta, eso significa... que a veces fuma ahí detrás mientras cocina cuando ella no está. Y a veces bebe también ahí detrás, y como tú estás ahí detrás y yo normalmente estoy aquí, te corresponde vigilarlo y avisarme cuando parezca que todo se va a la mierda, no sé si me entiendes.

Me mira con detenimiento.

—¿Estamos?

Asiento con la cabeza.

—Muy bien, manos a la obra. Primero prepararemos el café.

Me lleva hasta donde están la máquina de café, los dispensadores que contienen cinco variedades diferentes y la empañada vitrina de pasteles y pastas que da a la zona de mesas.

—Pero antes que nada —dice— hay que poner música.

Echa un vistazo a las pilas de cintas y CD que hay sobre el mostrador. Dentro del armario de abajo hay más CD amontonados entre tacos verdes de comandas, cajas de lápices y bolígrafos, papel para la caja registradora y una botella de Jim Beam, que hace que Linus

suspire con fuerza. La pone a un lado de la vitrina, fuera de la vista, y luego me mira.

—Escogemos según de qué humor estemos. Luego podemos escoger según los clientes, a menos que no nos guste. Esta mañana, nos sentimos muy... —Hace una pausa—. Tristes. En mi vida he dejado muchas cosas sin decir. Estoy segura de que eres demasiado joven para entenderlo, ¿no? —Me guiña un ojo —. Va a ser Van Morrison. *T. B. Sheets*. ¿Lo conoces? Estoy pasando una fase muy de Van Morrison.

Asiento, aunque me pongo algo tensa por mi padre. Pero cuando el lugar se llena con su Da da dat dat da da da da,

empiezo a relajarme un poco.

La música me resulta conocida y me relaja, e intento pensar en que quizá suena porque mi padre está aquí conmigo, de forma un tanto peculiar.

Repasa los granos de aspecto grasiento que hay en los tarros transparentes: KONA, FRANCÉS, GUATEMALTECO, ETÍOPE, BLUE MOUNTAIN, KENIANO. El té está holgadamente colocado en estantes extraíbles de madera. Al otro lado del enorme escaparate que se abre a la Cuarta Avenida hay otros locales que están abriendo, están limpiando ventanas, colocando expositores en las aceras, sacando las mesas. Empieza un nuevo día para toda la avenida, y me doy

cuenta de que eso me incluye a mí. Tengo un trabajo. Es algo asqueroso, pero es mío. Formo parte de algo. He logrado ascender al menos un peldaño en la escalera. Ojalá Casper estuviera aquí. Seguramente chocaría mi mano con la suya o haría cualquier otra cosa ridícula. Pero estoy tan orgullosa de mí misma que seguramente no me importaría.

Un cuerpo aparece frente al escaparate del True Grit y tapa la luz.

Linus me aparta de un codazo, y le señala el reloj a un hombre con la cara sucia que hay en la acera: se da diez toquecitos en la muñeca, lo cual debe de significar que el hombre debe esperar

diez minutos. Él asiente y el ala de su sombrero de paja se mantiene firme sobre sus ojos. Se apoya en el aparcabicis, saca el periódico que lleva bajo el brazo y entabla una intrincada conversación consigo mismo.

Linus sigue moliendo café y levanta la voz por encima del sonido de los granos al triturarse.

—Es el hombre de la cagada de los quince minutos. Viene todos los días a la hora de abrir. Trae un periódico y un cubo. Caga durante quince minutos y luego le dejamos llevarse en el cubo los restos de café. —Señala un cubo de plástico vacío de cuatro litros.

Me quedo mirándola. Tengo que gritar

por encima del ruido del molinillo.

—¿De verdad? ¿Es verdad que viene a cagar? ¿Quince minutos?

—De verdad —contesta asintiendo con la cabeza—. Y te va a tocar, como lavaplatos, entrar ahí cuando haya acabado y comprobarlo. Asegúrate de que todo está limpio. —Me guiña el ojo —. Pero la verdad es que utiliza los restos de café para el jardín que tiene en la Sexta y no veas lo bonito que lo tiene, el muy cabrón. Los putos girasoles me llegan por los ojos y los tomates son del tamaño de mis tetas.

Me río sin pensar, a enormes carcajadas, y rápidamente me tapo la boca.

—¡No pasa nada! Puedes reírte. Soy la hostia de graciosa, ¿eh? —dice, y me empuja con el codo. Me quito la mano de la boca.

Le devuelvo la sonrisa.

—Así está mejor. Me gusta. —Llena un tarro de agua y me pasa el filtro de los granos de Etiopía. Agacha la cabeza hasta que nuestros ojos están a la misma altura. Tiene una sombra de vello oscuro entre las cejas.

—Tranquila, a Julie le vas a encantar. Le encanta la gente que ha sufrido y tú apestas a eso. No te ofendas. Curiosamente eso es bueno en un lugar como este. Aquí todos estamos hechos polvo.

Llena dos tazas de café del dispensador y me pasa una.

—Y ahora, deja entrar al hombre de la cagada de los quince minutos.

A las ocho y media, la cara de Linus está roja como un tomate y corre perjurando desde la terraza de la cafetería hasta la zona de la plancha, cortando bollos y arrojándolos al estante de la tostadora. Los camareros llegan tarde y Riley sigue sin aparecer. Se suponía que iba a llegar a las seis para preparar las cosas del desayuno: la salsa picante en los botes, las patatas fritas en la sartén. Linus ya me ha pedido que me encargue de las

patatas y luego ha puesto el grito en el cielo cuando he olvidado darles la vuelta a intervalos regulares.

—Tienes que ir a buscarlo —dice finalmente, y luego se mete en la boca un tenedor cargado de revuelto de tofu. Al verla, me ruge el estómago. Olvidé comer algo esta mañana antes de salir de casa.

—No tiene teléfono y no puedo salir ni cerrar la cafetería. Joder, Julie me va a matar.

Garabatea una dirección y varias indicaciones en un pedazo de papel. Me dice que reclute a uno de los jugadores de go con cara de pan para que sirva las mesas mientras ella cocina.

—Dile que tiene café gratis para el resto del día.

Una vez fuera, miro las indicaciones que me ha dado. Es en el centro, no demasiado lejos, creo que cerca del paso subterráneo. Le quito el candado a la bici y salgo.

Vive a la vuelta de la esquina de un banco de plasma en un bungalow azul turquesa detrás de varios álamos, en una calle de casitas de colores y coches viejos con pegatinas. En el porche, paso al lado de un cenicero lleno de colillas y una única botella de cerveza junto a una silla de jardín cargada de libros sobados.

Nadie contesta cuando llamo y veo

que la mosquitera no está cerrada. Cuando empujo la puerta, solo un poco, cede. Lo llamo en voz baja.

—¿Hola? ¿Hay alguien? Llegas tarde al trabajo.

No hay respuesta. Dudo unos segundos, asomada a la puerta. No quiero encontrármelo desnudo en la cama con una chica, pero no quiero volver con Linus sin haberlo intentado. Además, siento curiosidad sobre lo que Riley pueda estar haciendo exactamente. Sobre cómo es la vida de una persona que cantaba en un grupo y ahora sirve comidas.

Empujo la puerta hasta abrirla por completo y entro después de apartar un

par de zapatillas Converse de un negro desvaído. La habitación principal está llena de libros, apilados en el suelo y hacinados en una estantería de roble con puertas de cristal que va desde el suelo hasta el techo. Al fondo hay un sofá hundido de terciopelo de color burdeos bajo una ventana abierta sin cortinas.

Entro en la cocina y en la pared hay un calendario que me llama la atención. En él aparecen voluptuosas modelos de los años cuarenta con el cabello iluminado por el sol, largas piernas y los pechos apretados contra la tela del traje de baño. Está en la página del noviembre pasado.

Hoy es el último día de mayo. En los

últimos cuarenta y cinco días he intentado suicidarme, me han metido en un psiquiátrico, he cruzado el país en autobús, he conseguido un trabajo de lavaplatos en una destartalada cafetería y ahora estoy merodeando por la casa de un tipo raro que al parecer tiene problemas con la bebida. Un tipo raro muy guapo, pero un tipo raro al fin y al cabo.

Ni siquiera Ellis podría hacer que todo eso pareciese angelical.

Avanzo por un pasillo oscuro y lentamente abro una puerta. Un cuarto de baño diminuto pintado de blanco. Bañera con patas y ducha. Espejo sucio en el armario de las medicinas. Postal

enmarcada con una fotografía de Bob Dylan delante de un Studebaker que lleva escrito debajo «Woodstock, 1968». Examino melancólicamente la postal. A mi padre le encantaba escuchar *Nashville Skyline*. Me contó que Bob había tenido un terrible accidente de moto y había dejado de beber y de fumar y que por eso su voz sonaba depurada y profunda en el disco. «Dios está volviendo a Dylan.» Eso fue lo que me dijo mi padre.

La otra puerta tiene una rendija abierta. Vacilo antes de llamar. Con el corazón a mil por hora, llamo con suavidad y la empujo lentamente con los ojos casi cerrados, por si acaso.

Está tumbado boca arriba sobre la cama con la misma ropa de ayer: la camiseta blanca manchada de comida y los holgados pantalones marrones. Tiene las manos detrás de la cabeza y los ojos cerrados. Usa una colcha doblada como almohada. Hay ropa amontonada en una silla acolchada de piel. En el suelo, junto a la cama, hay un cenicero lleno y dos paquetes de cigarrillos vacíos arrugados. La habitación huele a humo acumulado y a sudor.

Con el corazón acelerado, respiro hondo y digo su nombre. No contesta. ¿Estará muerto? Me acerco fijándome en su pecho, intentando ver si sube y baja aunque sea un poco.

—Riley.

Emite un extraño olor. No es alcohol, ni sudor, ni humo. Es algo más. Me inclino y aspiro.

De pronto, abre los ojos de golpe y se incorpora.

Antes de que pueda retroceder de un salto, me coge por la muñeca y tira de mí hasta colocarme entre sus piernas y me atrapa entre las rodillas. Me deja sin respiración. Me da un subidón de adrenalina.

En mi cabeza aparecen y desaparecen imágenes de la horrible cara del puto Frank. Noto en la oreja el aliento caliente de Riley. Forcejeo, pero me sujeta con fuerza, aunque le grito que me

suelte.

Su voz suena grave y un poco ronca.

—¿Quién eres, Desconocida? Te has colado en mi casa. ¿Me vas a robar?

—Vete a la mierda. —Intento por todos los medios que no me entre el pánico, mantenerme en mi sitio, no flotar. No entiendo por qué hace esto. Parecía muy agradable. Muevo el codo e intento golpearle en el estómago, pero me sujeta tan fuerte por las muñecas que la piel me empieza a arder y no consigo moverme.

—Suéltame, joder. —Resuello.

Su respiración se arremolina en mi mejilla y en el cuello y ahora el puto Frank se ha ido y es el hombre del paso

subterráneo el que vuelve a mí, un oscuro recuerdo de terror que reactiva mi sentimiento callejero, algo que creía haber dejado atrás.

—¡No! —grito.

Uso toda mi fuerza para girar las caderas, consigo hacer palanca y le piso el pie tan fuerte como puedo. Riley grita, abre las manos y me libera. Gateo hasta la puerta abierta, a una distancia prudencial. Él se agarra el pie desnudo con un gesto de dolor. Me froto las muñecas doloridas sin dejar de mirarlo.

—Joder, solo estaba bromeando —me gruñe—. ¿Creías que iba a hacerte algo, o qué?

—Gilipollas. —Estoy tragando aire,

intentando que baje lo suficiente como para detener el tornado que se está formando en mi cuerpo—. Eres lo peor. No ha tenido gracia. ¿Por qué iba a parecer gracioso? Mueve el culo y ve a trabajar.

Sigo tragando aire, solo que ahora también me entra hipo y las lágrimas me caen por la cara, justo lo último que quiero que suceda.

—Joder, cariño —dice Riley, poniéndose serio de pronto—. Lo siento.

Me limpio la cara enfadada. Me cago en la puta. Mierda de gente. Estoy llorando delante de él.

Riley me mira fijamente y sus ojeras son como medias lunas negras. Lo que

sea que ha provocado esas manchas oscuras no ha sido únicamente alcohol, de eso estoy segura.

—Lo siento. Lo siento de verdad. Soy imbécil, de verdad. No llores. No quería hacerte llorar. —Su voz suena distinta ahora, más suave.

Nos miramos y veo que algo recorre su rostro, muy suavemente, una especie de tristeza, algo que ve en mí que me hace que desee llorar con más fuerza, porque ahora sabe que algo me ha pasado y que agarrarme de esa forma no ha estado bien.

Parece avergonzado.

—Linus... Linus dice que salgas pitando a trabajar. —Me doy media

vuelta y salgo corriendo de la habitación. Salgo de la casa dando un portazo y me alejo en bici tan rápido como puedo.

En el trayecto de vuelta a la cafetería, atravieso el paso subterráneo de la Cuarta Avenida, y en algún momento en esa repentina ráfaga de oscuridad que sustituye la cegadora luz del sol de esta ciudad se me ocurre que él sabía que Linus no podía ir a su casa. Sabía que yo estaría trabajando en la cafetería y que sería yo quien iría.

No estaba durmiendo. Me estaba esperando. Pensaba que era buena persona y ahora me recuerdo a mí misma: «La gente no es buena, la gente

no es buena, deberías saberlo ya».

Detengo la bicicleta. Podría volver, volver a casa de Mikey, cerrar la puerta, atrancarla con el baúl y rescatar mi botiquín. No volver al Grit. No tener que verlo más. No tener que enfrentarme a esto.

Pero entonces perdería lo poco que he ganado. Respiro hondo y cierro los ojos. Me acuerdo de Blue. ¿Es eso lo que pasó con las cajas de cereales?

Un coche me pita y me saca de mis pensamientos. Sin darme tiempo a razonar, pedaleo de nuevo hacia la cafetería.

En la terraza del True Grit las mesas están llenas, los jugadores de go gruñen

ante sus tazas vacías y la gente se abanica con la carta. El murmullo de los clientes sube de tono cuando entro a toda prisa por la puerta de servicio y corro a ponerme el delantal.

Linus arroja la espátula y perjura al verme llegar sola.

—Mierda. Lo sabía. Normalmente está borracho, pero cuando llega tan tarde, así de tarde, significa que se ha estado poniendo. Lo sabía.

Antes de que pueda preguntarle en qué consiste ponerse, un hombre con tatuajes en el cuello irrumpe a través de la puerta doble y grita: «¡Comanda!», y deja de un manotazo la hoja verde en el mostrador frente a Linus. Corre a la

terraza para cobrarle a la gente mientras Linus va hacia la plancha para servir huevos en los platos y tostar bollos. Me vuelvo hacia el lavavajillas con el rostro acalorado. En mi cabeza resuena lo que Linus ha dicho sobre lo de ponerse.

Antes de caer de cara en el arroyo rocoso de Mears Park y estar a punto de ahogarse, DannyBoy había empezado a merodear por la calle Rice en busca de un hombre de rostro delgado que llevaba una chaqueta negra de vinilo con ribetes morados. Lo que sea que DannyBoy tomó, primero le puso la cara gris, le contrajo el estómago y luego lo convirtió en un niño pequeño.

Pero teniendo en cuenta el extraño olor de Riley y la fuerza con la que me agarró, no se había tomado lo mismo que DannyBoy. DannyBoy se transformó en calor y suspiros. No sé qué tomó Riley anoche, pero lo convirtió en una mala persona.

El ajetreo del desayuno ha llegado a su fin y estoy hasta arriba de platos y tazas de café cuando la puerta mosquitera se abre. Echo un vistazo y veo que Riley entra arrastrando los pies por delante de una mujer corpulenta vestida como una especie de tipi femenino con una tela suelta de color marrón. La mujer mira a su alrededor y reprende con un gesto a Linus, que está detrás de la plancha y se apresura a ponerse un delantal para

taparse la camiseta sucia. Riley se ha duchado: tiene el pelo menos apelmazado y la ropa que lleva, que vuelve a consistir en una camiseta blanca y unos pantalones marrones, parecen una camiseta blanca y unos pantalones marrones más limpios.

Me lanza una mirada burlona, con cierto brillo en los ojos.

—Bueno —dice en tono jovial—, parece que vas a tener una entrevista de trabajo.

Lo dice como si no hubiera pasado nada. Todavía tengo restos de marcas rojas en las muñecas justo por donde él me ha agarrado con más fuerza.

La mujer me señala el largo pasillo

con una inclinación de cabeza y la sigo sin quitarme el delantal mojado. A mitad de camino, me vuelvo hacia Riley, que viene dando zancadas detrás de mí.

—Das asco —digo entre dientes.

—No es la primera vez que me lo dicen, cielo.

La mujer se deja caer en una silla giratoria tras un escritorio lleno de montañas de papeles, recetas, carpetas, vasos llenos de lápices y bolígrafos y un cuenco lleno de piedras azules. Apoya la cabeza sobre la mesa.

—Estoy agotada.

En la pared grisácea que tiene detrás, hay un retrato enmarcado de un equipo femenino de béisbol, con las caras

quemadas y los cabellos rubios por el sol bajo unas gorras verdes. Observo el oscuro mapa de pecas que la mujer tiene en la cara. Es fácil localizarla en la foto, en el extremo derecho, con el bate sobre el hombro y los muslos tensando las costuras del pantalón corto. Da palmaditas en la mesa en busca de algo. Parece confundida, pero de una forma rara y graciosa.

Riley se ha repantigado en el sofá y tiene los ojos cerrados.

No sé qué hacer, así que me quedo junto a la puerta, con la espalda contra la pared.

—No has traído café —le dice a Riley.

—No me has dicho que lo traiga.

—Vale, pues ve a buscarlo.

Levanta la cabeza en mi dirección.

—Soy Julie. Julie Baxter. ¿Cómo te llamas? —Vuelve a dejar caer la cabeza sobre la mesa y gime.

Me pregunto por qué ella y Riley no comparten apellido. ¿Estará casada?

—¿Riley? ¿Por qué no me traes el café? —La voz de Julie queda amortiguada por la mesa.

Riley se levanta arrastrándose del sofá. Se detiene a mi lado.

—¿Te apetece un café?

Niego con la cabeza. Sigo enfadada y sobrecogida por lo que ha hecho. Tiene el rostro cansado, pero se le ve nervioso

y camina hacia la puerta de un modo extraño. Espero a que haya salido para volverme hacia Julie.

—Me llamo Charlie —digo en voz baja.

Julie se ha sentado y parece no haberme oído.

—Vaya —dice a media voz—, qué curioso.

Mira hacia el techo con la boca ligeramente abierta y luego añade, mirándome directamente a los ojos:

—Un Riley normal jamás te hubiese preguntado si querías café. Un Riley normal te lo habría traído directamente, probablemente algo extravagante como un café moca con extra de nata montada

y trocitos de fresa. Porque el Riley normal tiene que flirtear con todo el género femenino. Joven, mayor, ni una cosa ni la otra, gorda, delgada, regular. No importa. Te hubiese traído su precioso regalo y tú te habrías azorado y reído y él se habría asegurado otra aliada. Aunque, a decir verdad, no pareces de las que se azoran.

Hace una pausa y se cruza de brazos.

—No necesariamente una conquista, pero sin duda una aliada. Necesita mucho cariño, aunque parezca rechazarlo. Muy interesante. Algo ha pasado entre vosotros. —Hace girar un lápiz entre las manos—. Lo sé. Tengo mucha intuición.

Recorre mi rostro a toda velocidad con sus ojos marrones, pero me mantengo impasible. No le voy a contar lo que ha pasado. Puede que no me contrate. Me limitaré a intentar mantenerme alejada de él.

Abre la boca para decir algo más, pero Riley ha vuelto con dos tazas de café. Ella le mira del mismo modo inquisitivo e intenso con que me ha mirado a mí.

—¿Qué? —dice él, enfadado—. ¿Por qué me miras así?

—Intuición. Tendré que desarrollar mi tesis más adelante. —Rodea la taza con las manos—. ¡Bien! Pues... ¡Charlie! ¿Ves? Te estaba escuchando. Seguro que

pensabas que no. Tienes una cicatriz en la frente que parece dolorosa y llevas peto en el desierto, dos cosas que me sorprenden por ser interesantes y tristes a la vez. —Da un trago largo a su café —. ¿Por qué estás aquí?

Miro a Riley sin querer, pero él se limita a encogerse de brazos, vuelve a acomodarse en el sofá y se coloca la taza sobre el pecho.

—¿Por dinero? —digo, con los dedos flexionados tras la espalda.

—No, ¿por qué estás aquí? —Julie cierra los ojos un momento, como si estuviese muy molesta.

—¿Te refieres a la Tierra o algo así?

—Solo a Arizona. Otro día

hablaremos del planeta, esa conversación es mucho más compleja. —Me mira entornando los ojos mientras bebe.

—Porque me he mudado. Desde Minnesota.

¿Qué más se supone que debo decir?

—Seguramente por un chico. —Riley se echa a reír.

—Cállate —lo interrumpo—. ¿Por qué estás tan empeñado en eso? Ni siquiera es verdad.

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —pregunta Julie.

Y sin poder evitarlo, porque la mañana ha sido una puta mierda que ahora incluye también esta peculiar

entrevista de trabajo, suelto:

—Intenté suicidarme, ¿vale? La cagué, y aquí estoy. Estoy muerta de hambre, joder, y necesito dinero. Necesito un estúpido trabajo. —Justo después de hablar, deseo desesperadamente recoger mis palabras y volver a metérmelas en la boca. Estará pensando que soy una pirada. Instintivamente, busco las mangas de la camiseta para asegurarme de que están lo suficientemente bajadas.

Percibo la mirada fija de Riley, pero eso es todo lo que puedo hacer para no devolvérsela.

De repente, se levanta del sofá y sale de la oficina.

Julie bizquea varias veces, como si intentara quitarse una mota inesperada de los ojos. El estómago me da un vuelco. Me va a decir que me vaya. Ahora sí que no me va a contratar. Empiezo a desatarme el delantal.

Pero no; me mira ladeando la cabeza. Tiene la mirada amable y triste.

—Llevas muchas cosas aquí dentro, ¿verdad? —Como un pájaro, su mano se agita delante del pecho, cerca del corazón.

Asiente y toca el cuenco de piedras azules que hay sobre la mesa.

—Sí, esto es lo que hago. Me gusta hablar con la gente. Me permite valorarla mejor que sabiendo si han

fregado platos alguna vez, o servido mesas, o pasado una fregona, o lo que han estudiado. —Me mira directamente a los ojos, con una expresión sincera en su cara plagada de pecas, con una mirada clara—. Ven aquí —dice.

Doy un paso al frente y ella me coge las manos entre las suyas. Sus ojos son pequeños estanques de calidez. Las manos de Julie son seguras y suaves, como las de una madre. Tap, tap, tap. Su piel huele a aceite de lavanda.

Cierra los ojos.

—Ahora sí que te siento de verdad.

Cuando abre los ojos, me suelta las manos, coge algo de uno de los cuencos, presiona una piedra contra la palma de

mi mano y la cubre con los dedos. La piedra desprende un calor curioso.

—Lapislázuli —dice—. ¿Sabías que tienen una capacidad de curación increíblemente grande? Su poder consiste en abrir un camino profundo a través de la confusión y el caos emocional. A mí me ayuda a resolver algunos marrones a veces. ¿Te interesan las piedras?

—No sé nada sobre ellas —contesto. Mi voz parece insignificante. ¿Cómo puede tener tanta fuerza una piedra tan pequeña? La cubro con los dedos—. ¿Le rezas o algo así? —Hablar con las piedras. Blue se pondría las botas con esto.

—Si quieres —dice Julie sonriendo —. O puedes limitarte a sostenerla, cerrar los ojos, sentir su energía y confiar en que la energía de la piedra te sentirá a ti.

Escribe algo en un bloc de notas.

—El conocimiento de las piedras es algo hermoso. Deberías reflexionar sobre el tema. Mañana traeré áloe vera para esa cicatriz que tienes en la cabeza. Quédate la piedra. Es tuya.

Me pasa unos formularios deslizándolos sobre la mesa.

—Toma. Los tienes que rellenar para el tema de los impuestos y la nómina. Tráemelos mañana con tu carnet y te daremos de alta. Legalizaremos tu

situación.

Cojo los impresos, los pliego y me los meto en el bolsillo del peto.

Me pasa un trozo de papel donde ha anotado días y horas. Cuatro días por semana, de las siete de la mañana a las tres de la tarde.

—Ese es tu horario, Charlie. Aunque mi hermano pueda llegar a ser un gilipollas, es mi hermano. Él se cae, yo lo recojo, él me aparta de un empujón, se cae, yo lo recojo, etcétera, etcétera.

Suena el teléfono y ella se vuelve para cogerlo.

Me quedo allí plantada durante un segundo y entonces comprendo que es la señal que esperaba para marcharme.

Avanzo lentamente por el pasillo con la piedra todavía en la mano. Cuando veo a Riley en la zona de los platos, pasando un trapo por la barra, rápidamente miro para otro lado y me meto la piedra en el bolsillo.

Me pongo a sacar tazas de café de los barreños y tiro a la basura las servilletas empapadas y las cucharillas dobladas. Riley se me acerca, coge una taza y la inclina para que vea lo que hay dentro.

—Será mejor que estas las pongas en remojo. ¿Ves las manchas de café? Ponlas en remojo una vez por semana, más o menos, con un par de tapones de lejía en agua caliente. Llena uno de los

fregaderos o un cubo para encurtidos vacío. Cuando te des cuenta. A Julie le gustan limpias.

Asiento con la cabeza sin mirarlo.

—Soy mala persona —susurra Riley —. Pero eso ya lo sabes.

Como no digo nada, me presiona con un dedo en la manga, justo por encima de la muñeca, y se me acerca aún más.

—No hacía falta que me mintieses diciéndome que te lo había hecho un gato. ¡Como si yo no supiera lo que es cagarla!

—¡Riley! —grita el tipo de los tatuajes desde la barra—. ¡Cuenta lo de cuando le vomitaste a Adam Levine en los zapatos!

—Ah, esa sí que es buena —dice Linus riéndose con fuerza, como un caballo de dibujos animados. Me vuelvo y me guiña un ojo.

Riley enciende un cigarrillo y se traga el humo para luego soltarlo por la nariz mientras vuelve a la zona de los platos.

—Bueno, bueno. Vomitar no es algo raro en el rock'n'roll. En realidad, es algo fundamental. No fui el primero y seguro que no seré el último en vomitarle encima al señor Levine. Pero te recuerdo que no fue solo en los zapatos, sino que la totalidad del señor Levine fue el objetivo insospechado de mi repentina grosería digestiva. La historia empieza así...

Vuelvo a los platos mientras escucho a Riley contar su historia, siguiendo la cadencia de su voz, áspera a fuerza de fumar, pero también pienso en lo que ha dicho: «¡Como si yo no supiera lo que es cagarla!».

Aunque no lo hago queriendo, sus palabras me afectan. Debería haberme hecho una camiseta con sus palabras, joder, porque también es el lema de mi vida. Eso significa que, a pesar de lo mal que se ha portado conmigo esta mañana, y lo amable que está siendo ahora, y lo graciosa que es su historia, él y yo estamos más cerca el uno del otro de lo que quiero reconocer.

Me pongo colorada. Meto una mano

en el bolsillo, agarro la piedra y deseo con todas mis fuerzas que me diga que deje de pensar lo que estoy pensando, pero la piedra guarda silencio.

Después del trabajo, cojo parte de la pasta que me dio Riley y me compro una bolsa de patatas fritas y un té helado en la cooperativa. Tengo tanta hambre que las ataco inmediatamente y me pongo morada mientras miro los anuncios de SE ALQUILA en el tablón de anuncios.

La cosa no pinta nada bien. Se me cae el alma a los pies. Casi todos piden la primera y la última mensualidad y un mes de fianza. Incluso para un piso de una habitación que cuesta seiscientos dólares, ya tienes que pagar mil

ochocientos dólares por adelantado, más los gastos. ¿Cómo pago los gastos? ¿También tengo que pagarlos por adelantado? Hago las cuentas de cabeza: con lo que me van a pagar en True Grit, apenas me quedará nada para pagar ningún alquiler, no hablemos ya de los extras, como la comida, el gas o la electricidad.

Recorro el centro pedaleando durante un rato hasta que encuentro la biblioteca. Primero voy al cuarto de baño y espero a que salga una mujer, luego saco de la mochila una de las botellas de agua vacías de Mikey y la lleno de jabón de manos con olor a limón del dispensador. Puedo usarlo para ducharme, pero voy a

tener que encontrar un cepillo de dientes y dentífrico. Me lío un buen trozo de papel higiénico alrededor de la mano y lo meto en la mochila. En casa de Mikey ya no queda ningún rollo.

En el piso de abajo, me entero de que tienes que registrarte para usar los ordenadores públicos, y además te limitan el tiempo. El bibliotecario joven me mira con recelo mientras escribo mi nombre en la hoja de registro, pero supongo que será por la cicatriz de la frente, porque sé que no huelo mal y, además, llevo los brazos tapados.

Me siento delante del ordenador y saco la hoja de papel que me dio Casper. Su dirección de correo

electrónico está impresa, pero junto a ella escribió a mano con buena letra «Charlie, por favor no dudes en ponerte en contacto conmigo. Pienso en ti». Si hasta firmó con su nombre de verdad: «Bethany». No conozco la información sobre el centro de reinserción y el grupo de apoyo, porque eso era para Minnesota, y ahora estoy lejos de allí.

Inicio sesión en la cuenta de correo que me creé en Creeley durante mis estudios de ALTERNA-APRENDIZAJE. La verdad es que no sé qué decir, así que empiezo a teclear.

Hola: No estoy donde piensas que estoy y lo siento mucho. Con mi madre la cosa no iba a salir bien, y ella lo sabía. Mi amigo

Mikey vive en Tucson, que es donde estoy ahora. Tengo algo de dinero y estoy viviendo en casa de Mikey. No es gran cosa, pero al menos no estoy en la calle. También he encontrado trabajo lavando platos. Supongo que no sirvo para otra cosa. He estado dibujando mucho en mi cuaderno. Creo que no tengo miedo, aunque a lo mejor sí. Qué raro. Todo es muy raro. Por ejemplo, no sé vivir normalmente. Me las apañé para vivir en la calle y tal, pero eso era diferente a la vida normal: en realidad todo se limitaba a sobrevivir. Todo el tema de suministros, del alquiler o de los «meses de fianza» me suena a chino, y ni siquiera sé qué comida comprar. Apenas he hablado con nadie, pero ya me he cansado de hablar. Saluda a todo el mundo y dile a Louisa que la echo de menos.

Charlie

Cuando estoy a punto de desconectarme, veo otro mensaje, perdido entre avisos del centro educativo por internet preguntándome cuándo retomaré las clases y de algún nigeriano pidiéndome dinero.

El asunto es «Panda de magdalenas». Me da un vuelco el corazón. Dudo durante un segundo y luego lo abro.

Hola, hermanita: Sasha se puso a cotillear por la mesa de Doc Fantasma y encontró tu historial. Había algunos correos de esa escuela por internet donde te habías matriculado... y encontró tu dirección de correo ahí. Doc Fantasma tiene una CARPETA entera sobre ti. Menudo drama. Nunca dijiste nada sobre

una casa donde pasaban cosas sexuales raras. ¿Estás con tu madre? ¿Cómo va ESO? Muy mal que Doc Fantasma se dejase fuera tu historial, pero ¿cómo coño estás? Francie se fue: un buen día no volvió de permiso. Louisa sigue igual que siempre, escribiendo, escribiendo blablablá. ¿Cómo es la vida fuera, Charlie? A mí aún me queda mucho tiempo, nena, he perdido la esperanza. ¡Dame algo de esperanza! Isis se largará dentro de tres semanas y está CAGADA de miedo. Chao, Magdalena, contesta pronto.

Blue

El sonido del temporizador me hace dar un respingo y soltar el ratón. Una mujer enorme con los brazos rollizos me quita de la silla de un empujón y apenas me da tiempo a cerrar la sesión.

Salgo de la biblioteca a la plaza. Está empezando a caer el sol y en el cielo aparecen bonitos tonos de rosa y lila.

¿Por qué quería localizarme Blue? Si ni siquiera le caía bien en Creeley. Al menos, no lo parecía.

Quiero que ese mundo siga escondido. Quiero que ese mundo siga a dos mil quinientos kilómetros de aquí. Quiero empezar de cero.

Me fijo en tres tipos mugrientos que están en el césped de fuera de la biblioteca. Están liando cigarrillos, apoyados en sus mochilas oscuras. Aprieto los dientes. No quiero hablar con ellos, pero voy a hacerlo, porque tendrán la información que necesito.

Dos de ellos sueltan un gruñido cuando les pregunto dónde está el banco de alimentos, pero el tercero señala calle abajo y me dice el nombre del sitio.

—Sí, pero no podrás entrar, chica —dice uno de los otros hombres—. Tienes que hacer cola para la hora de la comida casi desde el amanecer, joder. Además, últimamente está lleno de bebés con sus madres. No puedes comerte un plato de comida que podría ser para un bebé, chica.

Les doy las gracias y le quito el candado a la bici. Mientras vuelvo a casa, engancho una manta de cuadros húmeda de una valla. Alguien la habrá

dejado fuera para que se seque. Lo siguiente que tengo en la lista de tareas pendientes para empezar de cero es encontrar casa. La manta me vendrá bien.

A la mañana siguiente, me levanto antes de que amanezca, dibujo en la penumbra y me como un trozo de pan con mantequilla de cacahuete. Dibujo a Ellis, lo que recuerdo de ella. Le gustaba que le hablase mientras se daba un baño, con su piel mojada y brillante. Me encantaba su piel, su suavidad, rotunda y libre de cicatrices.

Riley llega puntual al trabajo, pero tiene una pinta horrible, con la cara

lívida y ojeras. Recupera un poco el color después de tomarse una cerveza de la nevera. Finjo que no lo veo, pero creo que él sabe que yo lo sé. Básicamente, me limito a quedarme callada y él hace lo mismo. Tengo la sensación de que a su alrededor tienes que andar de puntillas.

Después del trabajo, vuelvo al centro en bici. Encuentro el albergue y la cocina; aquellos hombres tenían razón. Colas y más colas de mujeres con cara de resignación y niños de mirada nerviosa están acampados bajo unas lonas para esconderse del sol, esperando a que abra la cocina para comer. En la parte de atrás del edificio

hay contenedores de ropa y artículos del hogar bajo una larga tienda gris. Una trabajadora del albergue lee una revista mientras yo revuelvo en los contenedores y cojo unos platos y unas tazas manchadas de café, algunos utensilios y un cuenco rosa desportillado. Encuentro un barreño lleno de bolsas de compresas y cajas de tampones. La trabajadora del albergue me entrega dos rollos de papel higiénico y me dice que ese es el límite. Me da una bolsita con un cepillo de dientes, hilo dental, dos condones, un tubo de dentífrico, una octavilla con indicaciones para llegar a un banco de alimentos que parece estar a kilómetros

de distancia, y un montón de folletos sobre enfermedades de transmisión sexual y vales para comida. Le doy las gracias y ella sonríe ligeramente. No me siento rara por tener que acudir aquí. Evan decía que estos sitios eran regalos del cielo. Es lo que son. Me llevo mis escasos suministros a casa de Mikey y dibujo hasta que se hace totalmente de noche.

Pasan de las diez cuando cojo la bici para ir a la Cuarta Avenida y entro por el callejón que hay detrás de la Food Conspiracy. Llevo pensando en esto desde la primera vez que pisé la cooperativa: que sería el lugar ideal para encontrar frutas y verduras en el

contenedor. Sigo siendo contraria a gastarme el dinero que ganamos Ellis y yo. Si me lo gasto, debería ser para tener un sitio donde vivir, y el dinero que gano en el Grit no es gran cosa. El estómago está empezando a dolerme de tantos sándwiches de mantequilla de cacahuete. Necesito otra cosa.

Me doy prisa: lleno la mochila de manzanas golpeadas, melocotones dañados y apio pocho. Mientras la estoy cerrando, veo a alguien en la otra punta del callejón, mirándome y balanceándose ligeramente.

En el albergue mangué un tenedor para protegerme y me lo metí en el bolsillo. Lo rodeo con los dedos

mientras miro la figura que se bambolea por el callejón. Entonces respiro y aflojo los dedos.

Riley le da una calada al cigarrillo. Antes de poder evitarlo, se me escapan las palabras, que avanzan vacilantes hacia él por el callejón.

—Riley —digo—. Eh. Hola.

Quiero que me hable, pero se limita a darle una calada al cigarrillo y sigue andando.

—Adiós —grito, pero no mira atrás.

Espero que saque el tema a la mañana siguiente en el trabajo, pero ni lo menciona. De hecho, no dice gran cosa en todo el día.

Pero cuando voy a fichar a la salida,

aparece con una bolsa marrón. Tiene ojeras.

—Si tienes hambre, pide. No quiero volver a verte en callejones oscuros, Desconocida. ¿Vale?

Se vuelve a la cocina sin esperar respuesta.

En mi momento de descanso me siento afuera, junto a los jugadores de go, y caigo en la cuenta de que el tipo de vivienda a la que podría optar, el tipo de vivienda que a duras penas podría permitirme, no es el tipo de vivienda que se anuncia en algo como el *Tucson Weekly*, ni siquiera en el tablón de anuncios de la Food Conspiracy. Certificado fiscal, primera y última mensualidad, un mes de fianza...

—Joder, si no has vivido antes en Tucson y nunca has tenido ningún suministro a tu nombre, tienes que pagar doscientos cuarenta dólares solo para que te conecten el gas. Lo llaman «fianza» —dice amablemente uno de los jugadores de go que mira por encima del hombro y ve que estoy consultando los anuncios.

—Setenta y cinco dólares para dar de alta la luz —añade otro jugador.

Todos empiezan a quejarse de los alquileres y de la economía. Me pregunto dónde viven y a qué se dedican, porque no parecen tener trabajo. Vienen aquí a diario, se pasan aquí el día, beben café, comen bollos y

se vuelven a casa. Eso sí, dejan las tazas de café llenas de cigarrillos. Para que lo limpie yo, claro.

Evan.

A Evan le gustaba pasearse por bares y restaurantes con terraza y se llevaba las colillas de los ceniceros. Nos llevaba por las calles más estrechas de St. Paul, donde la gente miraba con apatía por la ventana de unos edificios de apartamentos altos, o tirados dentro de porches acristalados. Si conseguíamos reunir el dinero, a veces podíamos encontrar una habitación para los tres durante una semana o así en alguna casa cutre, donde nos parapetábamos detrás de una puerta

maltrecha para protegernos de los drogatas que aparecían por allí en busca de pasta a altas horas de la noche. Era agradable estar en una habitación, en lugar de estar apiñados en un callejón, o intentando encontrar un buen sitio junto al río con los demás.

En la casa que encuentre para vivir no me cobrarán alquiler, ni primera ni última mensualidad. Ni siquiera vendrá anunciada en el periódico. Dejo el *Weekly* tirado en una silla y vuelvo al trabajo.

Cuando termino el turno, regreso en bici al barrio de Riley y voy unas manzanas más allá, a donde las aceras se estrechan y se agrietan y las casas se

pegan las unas a las otras. Al igual que en St. Paul, en este barrio la gente sigue sin hacer nada, pero lo hace en porches de destartalados edificios de apartamentos, o apoyada en postes de teléfonos, porque aquí hace más calor. Sigo pedaleando hasta que encuentro un cartel garabateado, pegado con celo a la valla metálica que hay frente a un edificio blanco desconchado: SE ALQUILA HABITACIÓN, RAZÓN DENTRO, IA. La puerta principal del edificio está abierta de par en par. Dos casas más allá hay una tienda donde se puede comprar alcohol sin bajar del coche.

Dentro, un hombre mayor abre la puerta de la planta baja donde está el

letrero de IA, OFICINA. La habitación que tiene detrás está a oscuras. El hombre parpadea como si la luz le hiciera daño en los ojos.

—¿Eres del Plan Ocho? Da igual. Solo quería saberlo antes de nada.

—No sé qué es eso —contesto.

Se encoge de hombros y se saca un manojo de llaves del bolsillo. Avanzamos por la apelmazada alfombra roja del vestíbulo hasta llegar a la escalera, que tiene toda la pinta de crujir al pisarla. Hay puertas a ambos lados del pasillo de la planta baja, casi todas con desconchones.

Unos trozos de cinta adhesiva azul mantienen pegados unos fragmentos de

yeso que se han desprendido de las paredes de la escalera. El anciano se detiene para apoyarse en la barandilla. Vacilo y le toco el codo con los dedos para ayudarle. Tiene la piel blanquecina, seca y agrietada.

—Dieciséis escalones —musita—. Seguro que no sabes cuántos años tengo.

Tiene arrugas alrededor de los ojos, teñidos de rosa. En la nariz tiene pelos y puntos negros. Mi abuela siempre se cuidaba mucho: iba a la peluquería cada semana y olía a cremas y a canela. Ojalá me hubiese acordado de preguntarle a mi madre por ella, de preguntarle qué le había pasado para que dejase de funcionar el seguro para Creeley.

Este hombre está decrépito y no se conserva nada bien. Al reírse, deja a la vista una boca húmeda y casi sin dientes.

—¡Yo tampoco!

Se detiene en la primera planta.

—Pareces muy joven para un sitio como este, pero yo no hago preguntas. Muchas de las personas que viven aquí tienen problemas. Solo les pido que no traigan más, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza mientras me lleva hasta una puerta a la que le han rellenado las grietas con yeso y han pintado con un tono horrible de marrón encima de un tono decididamente raro de naranja. He vivido en algunos sitios

muy cutres con mi madre, donde los ratones se comían la madera y se colaban en los armarios. He vivido en la calle, con lluvia y nieve. He vivido en la casa de los horrores. Este sitio, con sus paredes mierdosas y rotas, su pintura de caca y este hombre superviejo están a mitad de camino entre ambas cosas. Para lo que estoy acostumbrada, no es el cielo, pero tampoco es el infierno.

La habitación no es mucho más grande que un dormitorio de matrimonio, con una habitación adicional a un lado. Cuando me asomo a echar un vistazo descubro que esa habitación es en realidad una combinación de cocina y cuarto de baño, con una nevera rosa

abollada y un fregadero con pinta de viejo a un lado y un retrete y una diminuta bañera con patas de león en la otra. No hay cocina de gas, y la bañera es la más pequeña que he visto en mi vida. Cuando me meto y me siento, las rodillas casi me presionan el pecho. Es rara, pero me gusta.

—El edificio es antiguo. De 1918, creo —dice el viejo encogiéndose de hombros—. En aquella época, las bañeras eran todo un lujo. La gente les ponía un tablero encima para cenar. ¡Esa era la mesa! Al final del pasillo hay un cuarto de baño común para los hombres. Intento dejar las habitaciones con retrete para las mujeres.

En lugar de «tablero», dice *taglero*: «La gente les ponía un *taglero* encima para cenar».

El techo es un laberinto de papel despegado y salpicaduras rojas y amarillas. Miro al hombre.

Se frota la barbilla, pensativo.

—Bueno, eso fue el viejo Roger. A veces le daban convulsiones cuando bebía y se peleaba con la mostaza y el kétchup. Hay que ver lo que le gustaban las salchichas al bueno de Roger. Tengo una escalera que puedes utilizar para limpiarlo. Como la habitación no la he limpiado, descuéntale veinte pavos al alquiler del primer mes. En la primera planta hay un tipo que me hacía las

chapuzas, pero ya no quiere hacerlo. —Hace una pausa—. Yo lo llamo Maestro, porque ese era su trabajo, supongo. Siempre está hablando de algo. Supongo que uno no puede librarse de lo que ha sido antes. Se te queda pegado.

En la calle, a la gente mayor a veces la llamaban así: no por su nombre, sino por aquello a lo que se había dedicado antes de acabar en la calle. «El tipo del dinero», «la señora de la panadería», «el tío de la pizza». Si eras una chica, eras simplemente eso: Chica. Me pregunto cómo me llamarán aquí, si volveré a ser simplemente «Chica».

Me pregunto cómo habrá ido a parar el Maestro a este lugar tan destartalado.

El viejo mira hacia la habitación principal. Durante unos segundos parece perplejo.

—Ah —exclama—. No hay cama. Se la llevaron cuando falleció Roger. Descuenta otros diez del alquiler de cada mes. Bueno, en realidad no era más que un colchón.

En la habitación principal hay una lámpara con una pantalla de aspecto dudoso, una sencilla mesa plegable y un sillón verde. Me ve mirar y sonríe.

—Parcialmente amueblada —dice—. En los trescientos ochenta y cinco mensuales van incluidos los gastos, pero si te traes un televisor y quieres ver tele por cable, tendrás que hacer tú la

instalación y pagarlo de tu bolsillo, aunque un par de señores de la planta baja han encontrado una solución de extranjis. Y no, no tengo wifi de ese.

»Casi todos pagan mes a mes, ¿sabes?, y un par pagan por semanas, si quieren. Eso sí, necesito una fianza, esa es la única norma que pongo, aunque vayas a quedarte poco tiempo y no parezca que vas a dar problemas. Nunca se sabe cuándo van a provocarte desperfectos, ¿verdad? Serán doscientos dólares, pero te los devolveré si cuando te vayas la habitación está en buen estado.

Hace una pausa y me mira muy serio.

—En la tienda de bebidas hacen un

poco de ruido, no sé si te molesta. No soy quisquilloso, pero ya te digo: trae los problemas que ya tengas, ni uno más.

En la habitación de enfrente se oyen risas enlatadas procedentes de un televisor. En el pasillo alguien canta en voz baja en español.

No sé cómo hacerlo. No sé si este es un buen sitio, o un mal sitio, ni qué debería preguntar. Lo único que sé es que este sitio es el único que puedo pagar ahora mismo, y que el hombre parece majo, y que no me pide dinero solo por optar al alquiler, ni un certificado fiscal, ni nada por el estilo. He estado en sitios peores, y estoy asustada, pero lo miro y asiento con la

cabeza. No sé qué decir y me tiemblan las manos. No quiero pensar en lo que podría pasar si esto resulta ser un lugar horrible.

Se agacha para espantar una mosca que se le ha posado en la pernera de los pantalones. Lleva sandalias y tiene los dedos torcidos y sucios.

—Me llamo Leonard. Si me dices cómo te llamas, podremos comenzar esta bonita amistad —dice mientras estira el brazo para ayudarme a salir de la bañera.

Le cojo la mano. Es sorprendentemente suave. No puedo evitar sonreír. Me relajo un poco. Parece amable y honrado.

—Charlie —contesto—. Me llamo Charlie Davis.

Cuando vuelvo al apartamento de Mikey, hay un CD apoyado contra la puerta mosquitera, con un sobre pegado a la tapa. Alguien ha escrito «Mike» con tinta morada y la «e» final acabada en una serie de coquetas flores moradas. No tengo tiempo para ponerme a pensar en qué significa esto, así que lo dejo junto a la puerta. Le escribo una nota a Mikey con mi nueva dirección.

No tardo en recoger mis cosas.

Envuelvo los platos del albergue en la manta de cuadros que robé de la valla, los meto en la maleta de Louisa y guardo mi ropa en la mochila. Encuentro un trozo de cuerda y lo arrastro todo fuera, ato la maleta de Louisa a la parte de atrás de la bici amarilla y me echo la mochila a la espalda.

Por las ventanas de la casa principal se oye una ópera. Me detengo brevemente, aguzo el oído y me pregunto si debería despedirme de Ariel, o darle las gracias, o yo qué sé, pero no hago nada de todo eso. Salgo por la puerta del jardín y no miro atrás. Es otra de las cosas que nunca he aprendido: a despedirme.

El trayecto hasta el edificio blanco es lento y duro. La maleta no para de moverse detrás de mí en la bici mientras intento mantener el equilibrio y seguir pedaleando. Me preocupa un poco dejar la bici fuera, aunque la enganche con el candado, pero la dejo. Que sea lo que Dios quiera.

Subo todas mis pertenencias arrastrándolas por la destartalada escalera. Al llegar al rellano, me detengo. Me seco el sudor de la frente y me quedo plantada ante la habitación durante unos cinco minutos, esperando a que alguien me abra, cuando de pronto caigo en la cuenta de que puedo abrir yo. Porque tengo llave. La miro, fría y

plateada, en mi mano.

Enciendo el interruptor de la habitación, pero no pasa nada. En la penumbra veo que no hay bombilla, sino únicamente un agujero negro y vacío. Tiro de la mochila y de la maleta de Louisa para meterlas en la habitación, cierro la puerta y echo la cadena de seguridad.

Tiro del cordón de la lámpara de pie; nada. Cuando desenrosco la bombilla, veo la mancha de haberse fundido. La cocina solo está a unos pasos de la puerta. La bombilla pequeña que hay encima del fregadero sí que funciona, aunque tengo que ponerme de puntillas para alcanzar el cordón, que resulta ser

un cordón de zapato sucio.

Me estoy quedando sin luz natural. De la calle llega el uiii-ooo, uiii-ooo insistente y amortiguado de los coches que tocan la campana de entrada a la tienda de bebidas.

Me he acabado el pan y el bote de mantequilla de cacahuete y solo me queda un melocotón golpeado del contenedor de la cooperativa. Me suenan las tripas, pero no quiero salir esta noche. La luz amarilla se cuela por la ventana, procedente de la farola que hay en la calle. Ahueco las manos y bebo agua mohosa del grifo de la cocina mientras me planteo qué hacer. Decido que Leonard es mi mejor baza.

Quito la cadena y abro la puerta. El pasillo está vacío. Huele a humo de cigarrillo. Hay tres puertas en mi lado y tres en la pared de enfrente, además de la puerta del cuarto de baño, que está en el extremo del pasillo. Esa puerta está cerrada, aunque se oyen algunos gruñidos. Cierro mi puerta, bajo rápidamente por la escalera y doy gracias al comprobar que la luz del pasillo sí funciona.

Leonard me presta un martillo y un clavo. Le ofrezco una moneda de veinticinco centavos por una bombilla y la acepta sonriendo. De nuevo en mi habitación, enrosco la bombilla.

Con ayuda del martillo introduzco el

clavo en la pared y cuelgo la cruz de calaveras con purpurina de Ariel encima de la bañera.

Empujo la silla verde hasta pegarla a la puerta, me aseguro de que está cerrada con llave y me tumbo en el suelo con la cabeza apoyada en la mochila. Cuento para mis adentros: tenía novecientos treinta y tres dólares del dinero que habíamos ganado Ellis y yo. Le pagué a Leonard un total de quinientos noventa y cinco dólares por el alquiler y la fianza, así que me quedan trescientos treinta y ocho dólares. Me dio miedo y me puso triste soltar tanto dinero de una vez, desprenderme de nuestro sueño.

Pero ahora tengo habitación propia, por fin. No estoy en un callejón, ni en un paso subterráneo, ni en una furgoneta fría con goteras, ni en una habitación roja en una casa horrible. Estoy aquí.

No estoy triste. De momento, no estoy asustada. Ahora mismo me siento... bueno, podría decirse que me siento como si hubiera triunfado.

Me felicito y me pongo a escuchar el sonido de la vida más allá de esta mugrienta habitación, los gritos de la calle, las voces amortiguadas de las otras habitaciones, los televisores, el crepitar de las radios, el estruendo de una sirena a varias manzanas, mientras pienso: «Mi habitación. Mi habitación».

A primera hora de la mañana me despierta un ruido de botas al otro lado de la puerta. Una y otra vez, la puerta que hay al fondo del pasillo se abre, se cierra, y luego se oye el típico sonido de alguien meando, o suspirando, y luego tirando de la cadena, y luego más botas. Somnolienta, me froto los ojos. La mano se me queda arenosa y salada.

La bañera no tiene grifo de ducha. Me desvisto mientras corre el agua. Miro a

cualquier sitio con tal de no mirarme el cuerpo: las hebillas del peto, las manchas de la camiseta azul. No me siento cómoda quedándome ahí plantada mientras se llena la bañera, así que me meto dentro y me siento. Siento una oleada de agradecimiento por el agua caliente. Utilizo el jabón de manos con olor a limón de la biblioteca para lavarme el pelo, y luego cierro los ojos y me echo agua en los muslos, en la barriga, en los pechos y en la cara. Al final, cuando ya me siento limpia, me tumbo sobre la espalda, meto la cabeza bajo el agua y disfruto del silencio.

Cuando estoy a punto de salir de la bañera, caigo en la cuenta de que no

tengo toalla. Otra cosa más que añadir a la lista de cosas que necesito.

Intento escurrirme el agua del cuerpo con las manos. El pelo no es un problema, porque sigo llevándolo corto. Elijo una camiseta limpia de manga larga de la pila de ropa de Tanya y luego me pongo el peto. Casi se me olvida cerrar la puerta con llave al salir para ir al trabajo. Mi puerta.

La noche siguiente estoy dormitando en el suelo, después de salir del trabajo, utilizando la mochila de almohada, cuando oigo unos golpes suaves en el pasillo. Al principio, pienso que es un televisor de alguna de las otras habitaciones. Cuando comprendo que no, que es alguien llamando a mi puerta, me levanto y agarro el tenedor doblado de la mochila, por si acaso. Con cautela, aparto la silla verde. Abro la puerta

ligeramente, pero dejo la cadena puesta, y me asomo.

Alguien rubio y con rastas me sonríe de oreja a oreja e introduce la cara por la rendija. El tenedor hace un ruido metálico al caer al suelo. El corazón se me acelera.

—Charlie Davis —canta Mikey en voz baja—. Eres tú. Mírate.

Abro la puerta de par en par con la cara ya húmeda.

—Mikey —susurro, y pego la cara contra su cuerpo—. Has venido. Por fin has venido.

Me abraza con tanta fuerza que nos caemos al suelo, riendo y llorando. Es un alivio que me abracen, sentir unos

brazos envolviéndome todo el cuerpo, unos brazos que me aprietan la barriga, otro par de piernas acomodándose a las mías, una cara apretada contra mi cuello, absorbiendo mi calor y mis lágrimas. La voz de Mikey suena suave en mi oído: «Venga, vamos, tranquila» mientras noto sus labios secos en mi sien. Me frota la espalda y se mece contra mí. Me roza la cabeza con la barbilla y su barba incipiente se engancha en las púas pinchosas de mi pelo. «Te he echado de menos», le confieso, y él contesta: «Y yo a ti». «Culpa mía», digo yo. «No. Eso nunca», responde. «No le contesté», replico. Los mensajes de texto de Ellis habían

llegado lentamente, uno tras otro: «Duele. No me dijiste que dolía así. Demasiado». Al ver a Mikey, lo rememoro todo. Llevaba casi tres meses sin verla. Miré la pantalla amarilla y puse el móvil boca abajo sobre la cama, utilizando toda la rabia que sentía hacia ella para armarme de valor, y cuando me desperté a la mañana siguiente, mi madre estaba en el umbral, pronunciando mi nombre con un tono de voz muy raro mientras le temblaba la boca.

Envuelta en el cuerpo de Mikey, en el suelo, sobre la manta de cuadros robada, pienso en esas fotos que hacen dentro de las olas, esas en las que los surfistas con

trajes ajustados se deslizan sobre la tabla por el túnel de agua, con los ojos totalmente abiertos. Pienso que deben de sentirse protegidos dentro de ese rizo de agua, con el mundo silenciado de repente, aunque solo sea durante unos cuantos minutos. Ahora mismo me siento así en mi pequeña y lúgubre habitación: todo lo que he hecho y he fingido ser durante el último año, en las últimas semanas, se lo lleva la corriente, que me limpia, me arrastra y me saca brillo para el próximo mundo.

—Venga, desembucha. Cuenta. ¿Qué te dijeron ahí dentro? ¿Tiene... bueno...

tiene nombre eso que te pasa? Lo de cortarte.

Mikey me mira fijamente. ¿Cuándo se volvió tan guapo? Bajo la vista y miro el plato. Estamos en un local llamado Gentle Ben's, compartiendo una hamburguesa con queso azul y patatas con pimienta.

Su pregunta me pone nerviosa. ¿Hasta dónde debería contarle? Al fin y al cabo, ¿qué tiene de repulsivo el comportamiento psicótico de cortarse? Me como una patata frita y respiro hondo.

—Se llama ANS. Autolesiones no suicidas.

Se limpia los labios y bebe un sorbo

de su Coca-Cola. Le brillan los ojos.

—¿Y qué se supone que significa eso? ¿Ellis... también lo tenía?

—Significa que me autolesiono, pero que no quiero morirme. —Le doy un bocado a la hamburguesa. La comida cocinada sabe estupendamente. También he pedido una limonada. Le doy un trago y saboreo el dulzor que me llena la boca antes de volver a hablar, porque Casper me decía que tenía que hablar. Me obligo a hablar, muy despacio—: No es fácil de explicar. También tengo otras cosas. Trastorno del control de impulsos. TEPT.

Frunce el ceño.

—¿Trastorno por estrés

postraumático? ¿Eso no es lo que les pasa a los excombatientes?

Mastico la hamburguesa con cuidado. No lo hago deliberadamente, pero mi respuesta sale en un susurro.

—Pasa por muchas cosas.

A Mikey nunca le conté lo que le pasó a mi padre. Supongo que dio por hecho que mis padres estaban divorciados, porque los padres de casi todo el mundo estaban divorciados. No supo que mi madre me pegaba hasta justo antes de irse.

Tampoco supo que me hacía cortes, ni que Ellis tenía problemas alimenticios. Sabíamos guardarnos los secretos la una a la otra.

—Joder, Charlie. Lo siento mucho —dice, y aparta el plato—. ¿Sabes qué? Una vez volví de permiso e intenté buscarte. Con DannyBoy. Pero no te encontramos.

Tiene la cara más delgada, más dura, en cierto modo. Más adulta. Pega las rodillas al cuerpo y apoya las zapatillas de deporte en el borde de la silla de plástico.

Pues claro que me buscaría. De nosotros cuatro —Ellis, Charlie, Mikey y DannyBoy—, Mikey era el más responsable, el que mejor hablaba. Era capaz de hablar con unos policías en Lowertown para sacarnos de un lío. Era capaz de solucionar un problema con

unos padres cuando alguien volvía tarde a casa o el aliento le olía a alcohol. Podía interponer su cuerpo menudo y fibroso entre el de DannyBoy, más flojo y carnoso, y el cuerpo duro de un punk irascible con las manos del tamaño de jamones.

Mikey carraspea.

—Ya no bebo, Charlie, ni me meto nada. Ahora soy totalmente legal. Pensaba que debías saberlo. Solo quiero dejarlo claro.

—Vale —contesto muy despacio, más o menos agradecida. Yo tampoco debo hacer nada de eso, y si Mikey está limpio, todo será mucho más fácil—. Yo tampoco puedo beber ni nada de eso. Mi

doctora no quiere que lo haga. En el hospital me fue bien. No me fue mal. Me sentía más segura, por lo menos.

Mikey parece aliviado. Contento.

—Me alegro —dice—. Me parece genial que no bebas nada. Para mí, cuando volví aquí, fue como... Estaba muy cansado de toda esa mierda. Solo quería empezar de cero. Quiero decir... ¿Te das cuenta de todo el tiempo que perdimos? Nos pasábamos el tiempo colocados.

—Lo sé. Pero a veces era divertido —respondo sonriendo.

—Ya, pero a veces tienes que dejar atrás algunas cosas si quieres avanzar. ¿Sabías que DannyBoy también está

limpio?

—Será broma, ¿no? Recuerdo que a DannyBoy le iba cada vez peor, y que se pasaba horas recorriendo la calle Rice en busca del tipo de la chaqueta de vinilo negra con ribetes morados, y que cuando lo encontraba se volvía blando, como un bebé, y se tiraba en el césped del parque Mears, junto al estanque, mientras el sol le iluminaba la cara relajada.

—En serio. Hablé con su madre cuando volví en Navidad. Se pasó seis meses en un centro de rehabilitación en el norte, cerca de Boundary Waters, en mitad del bosque, donde tenían que cortarse la leña ellos mismos para

calentarse y criar gallinas para tener huevos y comérselas. Una locura, pero el tío lo consiguió. Lleva un año limpio. Ahora trabaja con gente mayor; los cuida, o yo qué sé. Les da de comer y tal. En Duluth.

Intento imaginarme al torpe DannyBoy dándole de comer gachas a una persona mayor, o cambiándole el pañal, pero no lo consigo. Solo puedo imaginármelo colocado, o triste, o pegándole a alguien en el callejón, después de un concierto.

—Se puede, Charlie. ¿Lo ves? Si quieres, puedes cambiar cosas en tu vida.

Asiento con reservas, porque no estoy segura de si es posible, ni siquiera de si

es algo de lo que yo soy capaz, ya que parece que siempre la estoy cagando. Mikey sonríe, se saca dinero del bolsillo y lo mete debajo del plato. Me apena que lo haga. Me resultaba cada vez más fácil hablar con él aquí, nuestras palabras fluían como el agua.

—Bueno —dice muy despacio—, no me gusta el sitio donde vives, pero lo primero es lo primero. Tenemos que encontrarte algo donde puedas dormir. No tengo coche, así que tendrá que ser a pie. ¿Te apetece patear un poco? No te vendría mal patear un poco.

—¡Eh! —exclamo, y me pongo un poco colorada al darme cuenta de que ha estado fijándose en mi cuerpo, lo cual

me asusta y me da esperanzas al mismo tiempo. Me remuevo en la silla. ¿Pensará que ahora estoy demasiado gorda?

—No nos dejaban hacer ejercicio. Y en la dieta había demasiado almidón.

—Era broma —dice sonriendo—. Te sienta muy bien haber engordado un poco. Antes estabas esquelética.

Nos levantamos. Él se estira y la sudadera verde le deja a la vista la barriga, bronceada y sedosa y con el ombligo perforado por un anillo plateado. Siento el impulso de apoyar la mano en el hueso marcado de su cadera desnuda, notar el calor que desprende la piel de esa zona. Siento que vuelvo a

ponerme colorada. Ojalá supiese a ciencia cierta si él está pensando lo mismo sobre mí.

De pronto, me dan ganas de preguntarle por el CD que había en su umbral, por el sobre escrito con tinta morada. Ya se me había olvidado la posibilidad de que Mikey pudiese tener novia. Estoy a punto de preguntárselo cuando se me acerca aún más.

—Enséñamelas —me pide en voz baja.

Sé perfectamente a qué se refiere. Me estremezco, preocupada por lo que pueda decir, pero me subo lentamente una manga del jersey y luego la otra. Ya casi es de noche; las luces blancas que

cuelgan sobre el patio son tan borrosas como la nieve que dejé atrás en Minnesota. Mikey respira hondo; su cálida exhalación me cubre la cara. Se le empiezan a saltar las lágrimas al fijar la vista en mis heridas. Me bajo las mangas.

—Se acabó —digo, quitándole importancia. Soy muy consciente de lo cerca que estamos y de que sus labios no están lejos de los míos.

¿Qué diría si le confesase que tengo más cicatrices en las piernas?

Mikey se frota los ojos con el pulpejo de las manos.

—Todo se hizo demasiado grande —afirmo.

Él no contesta.

Casper decía: «Tienes que hablar, Charlotte. No puedes quedarte callada».

—Es como te decía —añado, obligándome a hablar—. Como si todo hubiese empezado a pesarme demasiado. Ya no podía sostener tanto peso.

«Echaba muchísimo de menos a Ellis, estaba muy enfadada con ella y fue todo culpa mía. Y Mikey, había una casa, una casa horrible.»

Pero eso me lo guardo dentro.

Mikey niega con la cabeza. Nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Vale. Pues intentemos que la cosa siga siendo pequeña, ¿eh? Primero una

cosa y luego la otra.

—Pequeña —pronuncio la palabra con cautela—. Pequeña. —Me gusta cómo suena. Tan solo lo que pueda sostener en las dos manos al mismo tiempo. Pequeña.

Le alquilamos una camioneta a Rollin, su amigo gordinflón que vive en la avenida Euclid. Por toda la zona universitaria hay escritorios, mesas y colchones tirados en callejones o apilados en montones tambaleantes en las aceras de edificios de apartamentos y residencias de estudiantes.

—Es una buena época —dice Mikey

—. Todo el mundo se va en cuanto empiezan las vacaciones de verano y tiran cosas que están en perfecto estado.

Encontramos una papelera de aluminio de los Wildcats, un ventilador, una tostadora pintada con lunares blancos y negros, una jarra para el agua y una mesa baja. Luego, mientras avanzamos muy despacio por un callejón, vemos un futón de matrimonio metido entre una mesa baja de cristal y una pila de pósteres enmarcados de Hooters. Mikey le busca quemaduras de cigarrillo. Intento bromear con él, y le digo que no me importa demasiado, teniendo en cuenta que antes dormía en un paso subterráneo, pero eso solo le

provoca una mueca.

Va corriendo a su apartamento en busca de cuerda para atar el futón enrollado. El futón huele a humo y cerveza. Estoy frotándome los ojos, cansada, cuando oigo el ruido de alguien que se acerca arrastrando los pies.

Es Riley, que lleva una bolsa de tela en una mano y un cigarrillo en la otra. Es casi medianoche, pero él lleva puestas las gafas de sol. Mira el futón y las otras cosas que hay cargadas en la camioneta.

—Ah —dice con voz pastosa, como si le costase hablar—. Una época excelente para el mobiliario urbano.

La luz de la farola le da a su cara un tono cetrino, amarillento.

Se pone las gafas de sol en lo alto de la cabeza.

—¿Qué te dije de lo de pasearte por callejones?

Tira el cigarrillo a la calzada, saca una cerveza de la bolsa de tela, le quita la anilla con la hebilla del cinturón y me la ofrece.

Se encoge de hombros y le da un trago cuando niego con la cabeza. Una luz cálida le parpadea en los ojos. Sonríe... y una llama en mi interior, un diminuto soplido, como el de un piloto al encenderse, me calienta la cara. Avanza hacia mí y se me pega tanto que noto su aliento con olor a cerveza en mis labios.

—Yo también lo he sentido —susurra.

El crujido de la grava nos separa: Mikey viene correteando por el callejón con una cuerda colgándole de la mano. Me pellizco los muslos a través de los bolsillos para evitar que se me desboque el corazón.

Mikey se detiene cuando llega a nuestro lado y nos mira, primero a uno y luego al otro.

—Hola —dice jadeando—. Riley. ¿Qué tal?

—Michael —contesta Riley, y le da un trago a la cerveza—. Bien. ¿Qué tal la gira con Cat Foley?

—Increíblemente alucinante —responde Mikey resoplando pesadamente mientras rodea el futón y

tensa la cuerda—. En el este tuvimos un montón de público. DeVito estaba que se salía en el concierto de Boston. Oye, te presento a mi amiga Charlie. Charlie, este es Riley.

—Somos viejos amigos, Michael.

Mikey mira a Riley, luego me mira a mí y vuelve a mirar a Riley, confundido.

—Pero ¿qué dices?

—Trabajo en el True Grit —digo a regañadientes—. Lavando platos. Empecé hace una semana.

Riley asiente con la cabeza.

—Se le da muy bien blanquear las tazas de café, eso hay que reconocerlo. Y vosotros dos... ¿de qué os conocéis?

Hay un brillo en su mirada que no me

gusta. Aunque esté borracho, veo girar los engranajes, sé que está acordándose de nuestra conversación sobre mis razones para haberme mudado. Piensa que Mikey es el chico por el que me mudé aquí.

—Podría decirse que nos criamos juntos en Minnesota —comenta Mikey. Rodea el futón y tensa la cuerda.

Suspiro. Agárrate, que vienen curvas.

Riley me mira.

—Qué interesante. Charlie no me lo contó. —Le brillan los ojos y esboza una sonrisa maliciosa—. Hacéis muy buena pa... Quiero decir, que parecéis muy buenos amigos.

Lo fulmino con la mirada.

Mikey no se da cuenta de las indirectas de Riley, ocupado como está tirando de la cuerda para hacer un nudo.

—Oye, Charlie, ¿sabías que Riley estaba en un grupo? ¿Te acuerdas de la canción «Obra de caridad»?

A Riley le cambia de pronto la expresión de la cara.

—No sigas por ahí —dice en un tono de voz agudo—. No hace falta reabrir antiguas heridas.

Le doy vueltas al título de la canción hasta que me acuerdo de la noche que me senté a dibujar en el jardín de Mikey. Poco a poco voy recordando la letra.

—Sí —contesto—. Además, la otra noche oí a un grupo tocándola.

Mikey asiente con la cabeza.

—Sí, claro, por aquí la versiona todo el mundo. Riley no solía ser el cantante principal, pero en esa canción sí.

Mikey se echa a reír al ver que Riley parece molesto.

Claro que me acuerdo. Fue una canción famosa hace cuatro o cinco años. Me vienen a la cabeza imágenes borrosas: un vídeo de cuatro tíos con el pelo alborotado, zapatillas de deporte negras, camisetas cutres por debajo de camisas de manga corta de cuadros, cantando una canción desde la caja de una camioneta mientras esta circulaba por el desierto. Había primeros planos de lagartos y chicas bailando swing las

unas con las otras, vestidas con pantalones vaqueros cortos y levantando polvo. Todos los chicos tenían la misma pinta, pero el cantante tenía una voz increíble, con un deje agudo y romántico que de repente caía en el dolor más profundo.

Miro a Riley y se me enciende una bombilla. El cantante del vídeo, lacónico sobre la caja de la camioneta, mirando fijamente al objetivo mientras dos modelos perfectas con camisetas de espalda descubierta se apoyaban contra él y le acariciaban las mejillas con la nariz, mientras él cantaba «Solo quiero que veas mi cara de verdad»... Un poco colocada, holgazaneando en la cama de

Ellis en plena noche, pasando de un canal a otro, ella dejó un momento el vídeo, gruñó: «Ese está buenorro» y pasó a otro canal.

—Tú —digo, casi con regocijo—. Eras tú.

Riley levanta una mano.

—Aquí ya no tengo nada más que hacer, chicos —contesta, y saca otra cerveza de la bolsa de tela—. Nos vemos, Michael. Desconocida, no te olvides de tu sueño reparador. Esos platos no van a lavarse solos.

Lo miramos mientras se aleja pesadamente.

—Ese tipo es un músico de primera, un compositor alucinante, pero es un

capullo mayúsculo —dice Mikey—. Menudo talento echado a perder.

Niega con la cabeza mientras vemos cómo el callejón se traga poco a poco y suavemente el cuerpo de Riley.

Para subir el futón los dieciséis escalones necesitamos la ayuda de uno de los borrachos del porche; cuando acabamos, Mikey parece satisfecho y contento. Se limpia el polvo de las manos en los pantalones.

—Charlie —dice en voz baja.

Su mirada es amable y me muevo hacia él. Me he sentido muy bien y muy segura al estar con él después de tanto

tiempo. He estado abrazándolo durante más de dos semanas, respirando su olor en su almohada, esperando a que volviese. Ya me conoce; a lo mejor no le importan mis cicatrices.

Le apoyo la mano en el cinturón, sin que apenas se note, y contengo la respiración. No va a ser verdad lo que dijo Louisa, me digo a mí misma. Eso de que nadie normal nos querría nunca. No va a ser verdad.

Se ríe, pero no me mira a los ojos, sino que me abraza y me habla con la boca pegada a mi pelo.

—Tengo que irme, Charlie. Son casi las dos y mañana trabajo en Magpies. Pero todo va a ir bien, ¿vale? Voy a

ayudarte. Lo sabes, ¿no? Tengo muchas cosas que hacer con el grupo, el curro y tal, pero ya estoy aquí. Estoy aquí. Es guay que ya hayas encontrado trabajo. Es un buen comienzo.

Escucho los latidos de su corazón por debajo de la camisa, con una sensación de decepción retumbándome en el pecho.

—Vale, Mikey.

Ojalá se quedase. Me pregunto qué habrá querido decir con eso de «y tal», y si tiene algo que ver con el sobre y el CD. Se despide con un gesto de la mano.

La puerta se cierra a su espalda. Empujo el sillón que huele a vino seco y a gato desconsolado y lo pego a la

puerta. Los trastos que hemos encontrado están amontonados por toda la habitación, esas cosas estúpidas con las que se supone que tienes que llenar la casa. Los habitantes del edificio se mueven en silencio esta noche, abren grifos para que corra el agua y susurran al teléfono.

En la calle ha bajado la temperatura, así que cierro la ventana que hay sobre el fregadero, me envuelvo en la manta de cuadros y saco el cuaderno de dibujo y la bolsa de lápices y carboncillos. Visualizo un dibujo en la página en blanco; vuelvo a reproducir a cámara lenta lo que ha sucedido esta noche.

Otra vez el soplido. Ese calor

eléctrico vuelve a recorrerme el cuerpo mientras unos fragmentos de la cara de Riley se van formando bajo mis dedos: son los comienzos de una persona sobre el papel.

He reconocido el balanceo de Riley mientras se alejaba por el callejón. No era solo el alcohol. Era lo que sucedía cuando en lugar de pasarte un poco te pasabas demasiado. Ese balanceo es lo que se apodera de ti cuando empiezas a vaciarte y no te importa lo suficiente para volver a llenarte y sustituir lo que has perdido.

A veces me parece que yo también camino así.

Miro el dibujo. Su cara está más

desmejorada que la cara del vídeo de hace unos años. Ahora parece más cansado que buenorro. Algo ha desaparecido. Y también hay algo incisivo que no consigo fijar.

Sea lo que sea, independientemente de lo que le haya sucedido, no quiero formar parte de eso, por mucho que mi cuerpo se vuelva loco cuando él se me acerca. Paso la página. Me pongo a dibujar campos de rastas, intrincadas marañas de pelo, y la cara amable y el corazón abierto del rostro de Mikey.

A la mañana siguiente, Riley no menciona el hecho de habernos visto a Mikey y a mí en el callejón. Debía de estar tan ciego, o haberse puesto después tan ciego, que no se acuerda. O le da igual. Con él, cualquiera sabe. Habla un montón con Linus y los camareros, pero no conmigo, aunque me pasa medio sándwich de queso a la hora de comer.

Al salir de trabajar, me dirijo a la

biblioteca. Todos los ordenadores están pillados, así que me instalo en la planta de arriba, en la sección de arte. A Ellis le parecía raro que me gustase mirar cuadros antiguos, como Rubens y sus mujeres rechonchas con el pelo suave y las mejillas coloradas. También me gusta Frida Kahlo, porque parece supercabreada y utiliza colores furiosos. Hay un millón de historias en sus cuadros. Aunque Evan decía que mis cómics le hacían sentir bien, y famoso, a mí me parecen estúpidos, tonterías sobre unos pringados que han acabado en la calle, siempre colocados, bailando con capas negras y creyéndose superhéroes.

Esta clase de arte parece importante.

Está en los libros. Es duradero. Tengo que aprender, quiero aprender a hacer algo maravilloso. Quiero que mis dibujos sean maravillosos.

Antes de irme, consigo ocupar uno de los ordenadores. Tengo un correo de Casper.

Querida Charlie,

Me temía que pudiera pasar algo como lo que ha pasado. No confiaba del todo en la capacidad de tu madre para ayudarte. Me alegro de que estés bien y de que tengas a un amigo para cuidar de ti. Espero que estés siguiendo las normas que te dije, y espero que estés buscando ayuda. Seguro que puedes optar a alguna terapia gratuita, o a algún grupo al que puedas unirte. Tal vez tu amigo pueda ayudarte a buscar

algo. Quiero que te sientas segura, Charlie. A veces podemos confiarnos demasiado cuando todo parece que nos va bien y tal vez no reconozcamos las señales de peligro que podrían desbaratar nuestra mejoría. Tómatelo todo con calma, Charlie: primero una cosa y luego la siguiente, ¿vale? Tu primera prioridad eres TÚ.

Me parece estupendo que hayas encontrado trabajo. Un trabajo puede hacerte ganar seguridad en ti misma. ¡Muy bien!

Me preguntas por Louisa. Ojalá pudiese contarte algo sobre Louisa, Charlie, pero no puedo. Está la confidencialidad médico-paciente y «el blablablá de los cojones», como dice Blue. Sigue así de bien, espero tener noticias tuyas muy pronto.

P.D.: Por cierto, conozco todos los apodos con los que me llamáis, como

«Casper» y «Doc Fantasma». Que lo sepas, como os gusta decir a vosotras.

Estoy empezando a contestar cuando se me acaba el tiempo. Me prometo volver al día siguiente después de salir del trabajo para escribirle un correo. Creo que también debería escribirle a Blue. Sé lo sola que se puede sentir una en Creeley. Me siento fatal por no haber contestado a su correo la última vez que estuve en la biblioteca.

Cuando llego a casa, hay una nota de Mikey metida por debajo de la puerta. «Nos vemos en Magpies a las 9. Hoy me han pringado para un turno doble. Te llevaré a una fiesta después, ¿vale? Hasta luego.»

Pliego la nota con cuidado mientras se me acelera el corazón al pensar en volver a ver a Mikey. Una fiesta. ¿En plan cita? ¿Algo así? No estoy segura. Utilizo un montón de jabón en la bañera, elijo una camiseta limpia. Me cuelo en el cuarto de baño que hay al final del pasillo, hago una mueca por el olor a pis que hay en el váter y al ver la papelera desbordada, y me miro la cara en el espejo sucio y rajado.

«Una pinta excelente debajo de toda esa mugre y tal», había dicho Evan en el desfile.

Ahora no tengo la cara cubierta de mugre. La tengo sonrosada por el sol y limpia, con unas cuantas pecas en la

nariz. Sigue impresionándome ver mi pelo con su color real después de tantos años de tinte. ¿Quién es esta persona? ¿En qué se está convirtiendo?

Parpadeo ante mi reflejo. Podría ser una chica, una chica de verdad. Con Mikey, podría ser una posibilidad.

Sí, ¿no?

Se oye la fiesta a una manzana de distancia, la pesada vibración de batería, bajo y risas. Hay un montón de gente en la acera, dando vueltas por la calle. En el exterior de la casa hay un sombrero de vaquero de terciopelo azul encima de un cactus bajito y rechoncho.

Antes de salir al jardín, Mikey se queda parado de repente y pone una cara larga.

—Ay, madre —dice, mirándome—.

Se me había olvidado por completo. Lo del alcohol. A mí no me importa, pero ¿y a ti? Quiero estar seguro de que te sientes cómoda.

Respiro hondo.

—Tranquilo —contesto—. No pasa nada. Quiero ir. Estoy bien —añado, sonriente—. Te lo juro.

Sin embargo, dentro de la casa hay una pequeña parte de mí que se pregunta si de verdad estoy lista.

—¡Joder! —exclama al ver el mogollón de gente bailando y pululando —. Tengo muchas ganas de oír a ese grupo. ¿Estás segura?

—Sí. Tranqui.

—Vale. —Se muerde el labio y se

pone colorado—. Hay otra cosa que debería haberte contado, pero...

Lo interrumpe un tío que suda a mares al acercarse corriendo y gritarle algo ininteligible al oído. Mikey me hace el gesto de «dame un segundo» con el dedo y sigue al tipo hasta donde el grupo está tocando. Se agacha detrás de unos amplificadores. Dejo de verlo y me arrastra una multitud de gente vestida con varias combinaciones de zapatillas de deporte, botas militares, vestidos retro, *piercings*, camisetas y sombreros *pork pie*. Todos parecen mucho mayores que yo.

Lo que veo del grupo es una maraña de cables y amplificadores, vaqueros

rotos, gafas de pasta y camisas de cuadros empapadas de sudor. La música es fuerte y desenfadada, y el cantante tiene un tono áspero y suelta gritos muy agudos. Se echa un vaso de cerveza a la cara, enciende un cigarrillo, se lo tira al público y vuelve a encorvarse sobre el micro para cantar sobre coyotes, chicas, cerveza y la experiencia de ser un basurero. El público baila y sostiene vasos rojos sobre sus cabezas.

Cierro los ojos momentáneamente, dejo que me envuelva la música y siento la suave presión de la gente contra el cuerpo. Es algo que echaba de menos: estar en una fiesta o en un concierto, ser parte de la gente, ser parte de algo.

Echo de menos las naves industriales y los sótanos. Echo de menos a los cantantes gritones y los dedos ensangrentados y hechos trizas de los bajistas. Echo de menos estar al pie del escenario en los conciertos más duros. A Ellis no le gustaba, pero me acompañaba de todos modos y se quedaba entre el público mientras yo me tiraba, y me tiraban, al pie del escenario. Allí nadie se preocupaba por ti. Nadie te preguntaba cómo te llamabas. Ocupabas tu sitio, te movías, te zarandeaban, dabas vueltas, te golpeaban, y cuando salías a tropezones, los moratones y los cortes te parecían hermosos.

Noto renacer un impulso prometedor: si avanzase medio metro, podría unirme a los cuerpos ondulantes, podría entregarme a la sensación de una piel entrando en contacto con otra, de un hueso chocando contra otro.

Pero cuando abro los ojos compruebo que no me he movido del sitio y Mikey ya no está detrás del amplificador.

—Hola, Desconocida.

Al oír su voz me recorre un escalofrío. Riley. Me vuelvo, él sonríe y se me acerca. No me había dado cuenta de que tiene una fina cicatriz bajo la mandíbula, junto a la oreja. Es blanca, lisa y perfecta.

Normalmente lo tengo detrás en la

cocina, compartiendo sus ocurrencias con los camareros, y solo lo tengo bastante cerca cuando he de colocar los platos en su sitio, y entonces intento no mirarlo, porque me quema la piel.

Pero aquí fuera, visto de cerca bajo las luces blancas que hay colgadas de los árboles, veo que tiene la piel rojiza y la cara ligeramente picada bajo la barba incipiente que le cubre las mejillas. La camiseta marrón le queda un poco holgada, como si en el pasado hubiera estado más fuerte, pero no hubiese cambiado de vestuario.

También caigo en la cuenta de que, si me inclinase hacia él, mi cabeza encajaría bajo su barbilla.

No es una buena idea, así que me aparto de él y me rodeo el cuerpo con los brazos. Por guapo que sea, es un desastre, y no necesito un desastre en mi vida ahora mismo.

—¿Qué, Desconocida? ¿Te gusta nuestro hermoso, caluroso y seco estado? ¿Y nuestros ciudadanos... creativos y llenos de energía? —pregunta haciendo un gesto con la cerveza a la multitud de asistentes a la fiesta.

Riley me mira fijamente y veo que su mirada no es hiriente, sino casi agradable, aunque un poco triste, y lo más raro es que casi parece... interesado en mi respuesta, algo a lo que no estoy

acostumbrada. Estoy confundida por lo que siento por Mikey.

De pronto, me pregunto si el desastre que tengo delante también piensa que yo soy un desastre, pero no se molesta en absoluto.

Me sonrojo y agacho la cabeza para que no sepa lo que estoy pensando por la cara que pongo. Estoy a punto de contestarle cuando aparece Mikey con dos vasos de plástico llenos de agua y una rubia alta a su lado. Es una de esas chicas a las que Ellis hubiese llamado, con envidia, «esbelta»: delgada, con camiseta de tirantes y falda hippy de flores y dos llamativas trenzas cayéndole sobre el pecho. Lleva no una,

sino dos pulseras tobilleras.

Me quedo lívida.

Es justo la clase de persona que podría escribir con tinta morada.

Riley se echa a reír. La rubia se arrodilla para limpiar con el dobladillo de la falda el agua que se le ha caído a Mikey en las zapatillas.

—Eso sí que parece un problema —me susurra Riley al oído—. ¿Sabías que Michael tenía una amiguita? Ojo con Bunny. A los chicos nos chiflan las pulseras tobilleras —añade. Y, antes de alejarse, dice en voz alta—: Disfruta de la noche, Desconocida. Parece que va a ser interesante. Estoy deseando que me lo cuentes todo en el Grit el lunes.

La chica llamada Bunny se levanta y veo que es mucho más alta que yo. Si hasta es más alta que Mikey. Tiene una piel impoluta, con unas mejillas sonrosadas que parecen desbordantes de vida; no como las mías, tristes y llenas de manchas. Sonríe con gracia.

—¡Charlie! ¡Soy Bunny! Madre mía, ¿estabas hablando con Riley West? ¿A que es el mejor? ¡Es superdivertido, y también es un músico alucinante! Me alegro de conocerte por fin. ¿Cómo estás? Mike me dijo que habías pasado una mala racha. ¿Estás bien? —pregunta con la cara preocupada, pero enseguida se anima—. ¡Seguro que podrás contarme un montón de historias sobre

las exnovias de Mike! —exclama mientras se pellizca el brazo juguetonamente.

Mikey se pone rojo como un tomate. Cuando Bunny se vuelve hacia el grupo de música, Mikey susurra en un tono de voz tan bajo que apenas puedo oírlo:

—Era lo que intentaba contarte antes.

Me pasé dos semanas respirando el olor de Mikey, pensando que él me salvaría, pensando en lo que eso implicaba. Tenía una esperanza, una esperanza diminuta, un rayo de esperanza...

Tonta. Tonta del culo. Me muerdo los labios y veo que Bunny se gira y se apoya en él, apoya la espalda contra el

pecho de Mikey y su cabeza en la de él.

—Charlie —dice Mikey.

Echo a correr. Hay tanta gente que puedo perderme. Siempre puedo perderme. Sé hacerlo. Me abro paso hasta el fondo del público, donde sirven la bebida. Pienso en Casper, en sus normas, y...

Qué fácil, ¿no? Coger un vaso, abrir el grifo y bebérmelo de un trago. Atizar el fuego que me quema por dentro.

Solo soy una chica de mierda que lleva un peto y una camiseta donde pone DIRTY JERSEY. Con una cara de Frankenstein y un cuerpo de Frankenstein, ¿a quién le importa lo que haga? ¿Quién se va a dar cuenta? ¿Quién

va a saber si me bebo una o dos copas? ¿O tres o cuatro? Casper no me dijo qué tenía que hacer si alguien que me gustaba de verdad, alguien bueno a quien amar, alguien que era la persona perfecta para mí, alguien que entendía lo que me pasaba, resultaba no tener las mismas ideas sobre mí.

Alguien que se olvidaba de mí al alejarse y seguía adelante con su vida.

La noche se está despegando, se está abriendo, y la cerveza corre por mis venas. A través de los huecos entre la gente veo cómo la besa, suavemente, mientras con una mano le acaricia con cuidado un mechón de pelo, enroscándoselo en los dedos. Me bebo

una, luego otra, y otra más, como si fuera agua, agua, agua.

Noto que se abre una fisura en mi interior y no es agradable. A pesar de toda la gente que hay aquí, estoy completamente sola. Suelto el vaso de plástico y echo a correr.

Oigo que Mikey me llama a gritos, pero no me detengo. Los bares del centro están empezando a cerrar; la gente, abatida y despeinada, vuelve a la calle y avanza tambaleándose hacia mí, pero se apartan cuando me abro paso a empujones.

Vuelve a gritar mi nombre y enseguida noto su mano tirando de mi brazo.

—¡Para! Para, Charlie.

—Vuelve. Vuelve con tu novia —le espeto.

Voy haciendo eses por culpa de la cerveza. Hace tanto tiempo que no bebo que los ojos se me empiezan a nublar. Me pregunto si Mikey notará que he bebido.

Suspira con fuerza y aprieta los dientes.

—Bunny y yo llevamos un tiempo saliendo juntos. Sí, debería habértelo dicho antes, pero, la verdad, ¿cuál es el problema?

Echo a andar a toda prisa, pero él me sigue.

—No pienso dejar que te vayas andando sola, Charlie —masculla. No

miro atrás, pero oigo que me sigue por el crujido de sus zapatillas sobre la acera.

Hay tres hombres tirados en los escalones de acceso a mi edificio, con el pecho desnudo brillante por el sudor. Se pasan una bolsa de papel, entornan los ojos para mirarnos y saludan educadamente con la cabeza.

Tropiezo al subir los dieciséis escalones hasta el primer piso y casi me rompo un diente. Suelto un taco y vuelvo a levantarme.

—Joder. ¿Estás bien, Charlie? —pregunta Mikey.

Pero yo no me detengo. La luz de la escalera está apagada; pruebo a meter la

llave en la cerradura varias veces hasta que al final lo consigo. Intento cerrarle la puerta en las narices a Mikey, pero la empuja suavemente y entra en la habitación.

—Vamos, Charlie —dice por fin.

Paso de él. Me temo que, si digo algo, acabaré llorando. Me desato los cordones de las botas y las coloco lo más ordenadamente que puedo en un rincón. Enciendo la lámpara de pie. Practico, igual que hacía cuando mi madre tenía uno de sus ataques de furia, hacer las cosas de la manera más ordenada que puedo. Ordeno los cuadernos de dibujo sobre la mesa baja. Meto los bolígrafos y los lápices en el

tarro de cristal. La manta de cuadros parece que echa llamas cuando la dejo suavemente sobre el futón. Ha sido un error, un error muy grave, beber tanta cerveza, porque algo se me ha soltado por dentro. He abierto una grieta en una pared que no sabía que sería tan importante y ahora quiero mi adorado botiquín. Quiero que Mikey se vaya. Necesito mi adorado botiquín.

El rugido del mar, el remolino del tornado. Se me está tragando.

Mikey suspira.

—¿Vas a volver a hacer lo mismo que hiciste con Ellis y aquel tío? Vamos, Charlie. Has madurado.

Me revuelvo. Me pitan los oídos.

Cuando Ellis empezó con aquel chico, él ocupó mi lugar junto a ella con la suavidad de un movimiento de ajedrez, y a mí me empujó hasta el borde del tablero. Estaba muy enfadada y dolida.

No pensaba que Mikey también me empujaría hasta el borde de su tablero.

—¿Dónde está el problema, Charlie? —me pregunta con la voz cansada y pastosa—. Dime algo. Te estás comportando de una forma muy rara, como si estuvieras celo...

Se calla de repente y se queda boquiabierto. Sigue plantado delante de la puerta. Vuelvo la cabeza y la piel se me tiñe con el arrebol de la vergüenza.

—Vete —susurro. Noto que se me van

a saltar las lágrimas.

—Madre mía. ¿Pensabas... que... tú... y yo...? —Resopla con fuerza y se tapa la cara—. Mierda, mierda, mierda —musita desde detrás de las manos. Sus palabras me llegan amortiguadas.

—Vete, por favor. Estoy bien. No pasa nada. Estoy bien. Vete —farfullo mirando a la pared, a cualquier sitio con tal de no mirarlo a él. Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula. Estoy muerta de vergüenza.

Pero él no. Lo que hace es aún peor, porque es Mikey, porque es amable.

Se me acerca y me rodea con los brazos.

—Lo siento, Charlie. Si he hecho algo

que te haya dado falsas esperanzas, no ha sido intencionado. Lo último que quiero es hacerte daño.

Pero eso solo empeora las cosas, porque me está abrazando, porque me siento arropada dentro del capullo que forman sus brazos, porque cuando ladea la cabeza para mirarme y noto su aliento caliente en la cara, y su mirada triste, y está tan cerca de mí, le doy un beso.

Y durante un segundo, durante una fugaz milésima de segundo, él también me besa.

Y luego me aparta.

Y se limpia la boca.

Porque claro, ¿qué otra cosa podía hacer sino limpiarse la boca?

—No, Charlie —dice—. No puedo. No quiero.

Cierro los ojos con tanta fuerza que veo nubes rojas latiéndome dentro de los párpados.

—Sal de aquí cagando leches, haz el favor.

Cuando los abro, se ha ido y ha cerrado la puerta. Apago la lámpara, porque ahora necesito oscuridad.

Aún siento la presión de su boca contra la mía, el nanosegundo de calor que me ha dado. Pero eso no impide que me inunde la vergüenza. Las palabras «qué tonta soy» me retumban por todo el cuerpo. Como decía Louisa, «nadie normal nos querrá nunca».

Ya me he saltado una de las normas de Casper: he bebido. Y quiero saltarme otra, pero en realidad no quiero, noquieronoquieronoquiero, así que saco mi adorado botiquín de debajo de una pila de ropa y lo tapo con la manta de cuadros, y luego lo tapo con un montón de camisetas, y con mis botas, y luego lo guardo en la maleta de Louisa y lo meto todo a presión bajo la bañera con patas, donde no pueda verlo.

Practico los putos ejercicios de respiración todo el tiempo que puedo, hasta que casi acabo resollando, y luego cojo el cuaderno de dibujo, porque los dibujos son mis palabras, son las cosas que no puedo decir, y me vacío sobre las

páginas con una historia sobre una chica que pensaba que le gustaba a un chico, y que tal vez este podría salvarla de sí misma, pero al final había quedado como una tonta, una tonta de remate, porque es una tarada de los cojones, pero si lograba sobrevivir a la noche, habría otra oportunidad, un nuevo día.

Quizá, quizá, quizá.

Los dedos empiezan a dolerme en cuanto amanece. Suelto por fin el carboncillo cuando los primeros colores entran por la ventana, blandos y dorados. Me bebo un vaso de agua y oigo a la gente usando el cuarto de baño del final del pasillo y a Leonard arrastrando los pies hasta llegar al porche para beberse el café en su taza rosa.

La cabeza me va a explotar por culpa de la cerveza. Me duelen los ojos y

tengo un aliento horrible. Doy gracias por no tener que volver al True Grit hasta dentro de dos días. Me quito la ropa, me desplomo sobre el futón y me sumo en un sueño profundo.

Cuando despierto, ya es por la tarde y en mi habitación hace un calor sofocante. He sobrevivido a la noche, pero sigo nerviosa y tensa. Quiero hablar con alguien, pero la única persona a la que conozco es Mikey, y es probable que haya echado a perder mi relación con él. Decido ir a la biblioteca y mandarle un correo a Casper. A lo mejor debería contarle que he fracasado bebiendo y

lanzándome a los brazos de Mikey.

En la calle ya hace un calor agobiante, pero no quiero dejar de ponerme el peto porque con él me siento más cómoda y protegida. Vuelvo a entrar en mi edificio y llamo a la puerta de Leonard. Me deja unas tijeras sin preguntarme nada. Subo la escalera y corto un peto a la altura de las rodillas. Así podría estar más fresca, pero seguiría teniendo los muslos cubiertos.

Para cuando llego a la biblioteca estoy sudando a mares. Todo el mundo parece fresco, a pesar del calor. A lo mejor acabo por acostumbrarme. Hay un termómetro en la fachada de la biblioteca. Treinta y seis grados y ni una

sola nube a la vista.

Me conecto. Primero le contesto a Blue, porque sé que ella sabrá perfectamente cómo me siento.

Querida Blue,

Soy mi peor desastre. Cometí una tontería con alguien. Solo quería sentirme bien. Mi propio cuerpo es mi peor enemigo. Pide, pide y pide, y cuando no consigue lo que pide, llora y llora y yo lo castigo. ¿Cómo puedes vivir asustada de ti misma? ¿Qué va a ser de nosotras, Blue?

Espero como una tonta, como si fuera a contestar inmediatamente. Está claro que no puede: tendrá que esperar a que le llegue su turno en el ordenador y quién sabe cuándo pasará eso. Pero el

simple hecho de escribirlo me alivia un poco.

Luego le escribo a Casper, porque debería contarle lo que he hecho. Le cuento que me bebí tres cervezas, que intenté besar a Mikey, y de hecho besé a Mikey, pero que a él no le gustó. Pero también le cuento que no me hice ningún corte, aunque el hecho de no cortarme me dejó agotada.

Le doy a «Enviar». Me quedo un rato sentada ante el ordenador, mirando a la gente que hay en la biblioteca. Cuanto más rato paso sentada, viendo cómo eligen libros, susurran al teléfono y se quedan dormidos en los sillones, más sola me siento, más abrumada por

dentro. Todos parecen arreglárselas para seguir viviendo menos yo. ¿Cuándo van a mejorar las cosas?

Mikey me está esperando en los escalones de entrada a mi edificio cuando vuelvo, con una bolsa de comestibles a su lado en el escalón superior. Me entra el pánico e intento pasar junto a él sin pararme, pero se quita los auriculares de los oídos y me agarra de la mano.

—Hola, Charlie —dice—. No sigas con esta mierda, ¿vale? Siéntate.

Me dejo caer pesadamente, evitando mirarlo a la cara e intentando bloquear su olor, la cercanía.

Un poco más abajo, la cola que hay en

el exterior del banco de plasma se mueve como una serpiente lenta. Me limpio el sudor de la frente con timidez. Seguro que Bunny no suda nunca.

—Mira lo que te he traído. —Mikey abre la parte de arriba de la bolsa de comestibles para que vea lo que hay dentro: una barra de pan, un tarro de mantequilla de cacahuete, una manzana y una naranja. Suspiro. Estoy harta de la mantequilla de cacahuete.

Saco la manzana y froto su superficie brillante con los pulgares.

—Gracias —digo en voz baja.

Mikey carraspea.

—Lo que pasó no puede volver a pasar. No estuvo... bien. Lo de besarnos.

Noto un pinchazo y algo que se me tensa en el pecho.

—Me devolviste el beso, ¿sabes? Antes de... rechazarme —replico, enfadada.

—Y tú bebiste. El aliento te olía a cerveza. Me lo habías prometido.

—Lo siento —susurro sin levantar la vista de la acera.

—¿Es lo único que has bebido desde que llegaste?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí. ¡Que sí!

Mikey suspira.

—Charlie, ¿sabes por qué decidí venir a la universidad aquí, tan lejos?

Ellis y tú erais agotadoras. Los jueguecitos que os traíais entre vosotras y conmigo... esa mierda acabó cansándome. ¿No os disteis cuenta? Es probable que no. Solo pensabais en vosotras mismas.

—Fuiste al hospital. Me dijiste que no querías que muriese. Pensé que... — Se me quiebra la voz. Apoyo la cabeza en las rodillas para borrarlo del mapa. Quiero echarme a llorar otra vez. «¿Pensaste? ¿Pensaste? ¿Qué fue lo que pensaste? ¿Que le gustarías a Mikey, tonta del bote?»

—¡Pues claro que no quiero que mueras! Nunca he querido que murieses. Eres mi amiga. Pero no quería decir que

tú... y yo...

Mikey se queda callado.

—Así están las cosas, Charlie —dice al cabo de unos segundos—. Estoy aquí, pero estoy con alguien. He avanzado. Algo cambió cuando me vine a vivir aquí. He pasado página. Me fijé objetivos. Quiero ayudarte a que te pongas bien, y lo haré, pero solo puedo ayudarte si quieres que te ayude.

Levanto la vista y parpadeo cuando me da la luz del sol. Mikey me mira de frente.

—¿Vale? —pregunta, y me agarra de la mano—. ¿Estamos bien?

¿Qué otra cosa puedo decir?

—Bien —contesto—. Estamos bien.

Se pone en pie, muy profesional, y tira de mí para que me levante. La manzana se me cae del regazo. Como es tan buena persona, baja corriendo hasta la acera para cogerla.

He quedado con Mikey en una galería de arte en el centro cuando él salga de trabajar. Me ha dibujado un mapa para llegar a un sitio que no está lejos de mi edificio. Al principio, me planteo no ir: me sentiré incómoda, y seguramente Bunny también estará, pero al final decido ir. Solo tengo un amigo aquí, y es él, y puede que en algún momento no me sienta tan mal en su presencia. Casper seguramente estaría orgullosa de mí por

eso. Me pongo otro peto y una camiseta de manga larga y me meto la llave y la piedra de lapislázuli en el bolsillo.

La galería está en pleno centro, que es más bien pequeño, no muy lejos de donde me bajé del Greyhound, en la segunda planta de un edificio rosa metido a presión entre un bar y una cafetería llamada el Grill. La galería es estrecha y está llena de gente; crujen las tablas del suelo y huele a vino tinto y a quesos exóticos. Hay un montón de gente mayor vestida de negro con joyas de plata y el pelo limpio de peluquería. Me alegro de llevar la sudadera por encima del peto; aquí me siento un poco incómoda y fuera de lugar. Me siento

bien sabiendo que puedo esconderme debajo, que puedo subirme la capucha si es necesario. Veo a Mikey hablando con Ariel en un rincón. Respiro aliviada: parece que Bunny no está por ninguna parte. Me hacen un gesto con la mano para que me acerque.

Bajo la vista y miro las joyas brillantes que cubren las elegantes sandalias de Ariel, resplandecientes en comparación con mis botas mugrientas. ¿Alguna vez llevó Ariel ropa basta para esconder su cuerpo? Es como si no pudiera estar más alejada de esa imagen. Seguramente nació siendo atractiva.

Ariel le da un sorbo al vino.

—¡Charlie! ¡Has venido!

—Hola, Charlie. Me alegro de que hayas venido —añade Mikey. Me da un puñetazo cariñoso en el hombro y yo le contesto con una sonrisa—. Todo esto es alucinante, ¿no te parece? —Se aleja un poco para mirar los cuadros con más detenimiento.

Ariel se inclina hacia mí, con complicidad, como si fuéramos las mejores amigas del mundo.

—¿Qué te parece, Charlie? Mi amigo Antonio les echó muchas horas.

Miro con cautela a mi alrededor. A mí me parecen triángulos y cuadrados, nada más, pintados con colores primarios. Me encojo de hombros.

—Son muy brillantes.

Intento imaginarme qué sentiría exponiendo mis dibujos en un sitio como este, o en cualquier parte, la verdad. Pero ¿quién acudiría a ver un puñado de dibujos y cómics sobre unos pringados? ¿O incluso los bocetos que he estado haciendo por las noches, en la soledad de mi habitación, de Mikey, Riley y mi padre?

—Pintura para barcos —dice Ariel mientras coge otra copa de vino de la mesa del bufet. Hay unos trocitos de pan con forma de mano. Mordisqueo uno—. Brilla, ¿a que sí? Me alegro mucho de que ya no queme sus cuadros. Era muy malo para los pulmones, pero a él le parecía necesario. Lo hacía hace años,

cuando él y yo no éramos más que unos cachorros retozones en el desierto, fumábamos hierba hasta caer redondos y nos tirábamos a cualquiera que nos sonriese.

Se me atraganta un poco la mano de pan.

—Pero en aquella época él estaba en una fase Kiefer —prosigue, examinándose los anillos de los dedos —. Todos tenemos nuestras fases Kiefer en las que queremos autodestruirnos para crear. Para ver si eso también es hermoso.

Señala hacia el otro extremo de la sala, a un hombre muy atractivo con el pelo lacio y moreno recogido en una

coleta. Va descalzo y lleva un brillante traje gris y algo que parece un collar turquesa increíblemente pesado.

—Es él, Tony Padilla. Le van a quitar todos estos cuadros de las manos. ¿Y tú? ¿Cómo van tus dibujos? A veces me pongo a pensar en tu dibujo. En el del hombre con las pastillas en lugar de dientes.

—Mi padre —digo sin poder evitarlo. Me pellizco el muslo. Tonta.

Ariel me mira y su cara se ablanda un poco. Me pregunto qué estará pensando.

—Ya —contesta, y le da un sorbo al vino—. Pues era muy bueno. Estaba mal enfocado, claro, pero era bueno. Se nota que te falta confianza en el trazo.

Necesitas recibir clases. Este mes de julio doy un taller en mi estudio. Dibujo y retratos. Algo en plan actividad del fin de semana para jubilados. Sirve para pagar las facturas, y a mí me encantan. A diferencia de casi todos los alumnos de mis clases en la universidad, ellos lo intentan. Quieren hacerlo. No dan por sentado que el arte les pertenece.

—No tengo... quiero decir, que ahora tengo trabajo, aunque solo sea lavando platos. No tengo dinero. Lo siento.

—Ya sé que no tienes dinero. En su día, yo también fui una pintora muerta de hambre. Puedes asistir a las clases. Luego puedes ayudarme a limpiar el estudio. ¿Qué te parece? —Toma un

trago de vino y echa un vistazo a la gente que ha acudido a la exposición. Sus ojos se mueven con rapidez, se posan sobre una persona, descansan y luego buscan a otra, como un pájaro buscando la rama perfecta.

—Charlie, creo que tienes talento. De verdad que sí. Pero no creo que llegues lejos si no te examinas y no te estudias a ti misma. Si no te conviertes en tu tema de estudio. Eso es lo más exquisito de la juventud: se te permite el lujo de la vanidad, de la autoexploración. ¡Hazlo! No te avergüences.

No entiendo la mitad de lo que me dice, y sé que probablemente debería darle las gracias, pero lo único que se

me ocurre decirle atropelladamente es:

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? Si ni siquiera me conoces.

—Porque a fin de cuentas, Charlotte, el mundo funciona gracias a la amabilidad. No queda más remedio; si no, no podríamos soportarnos. A lo mejor ahora no piensas así, pero ya verás cuando seas mayor —contesta en un tono de voz muy intenso. Le da un largo sorbo al vino y me mira a los ojos —. Además, te conozco. Te conozco, Charlie.

Por un momento me parece ver una horrible nube de tristeza cubriéndole los ojos.

Pero Mikey llega dando un traspié,

emocionado y sin aliento, y la cara de Ariel recupera su calma y su tersura.

—Ojalá tuviese un montón de dinero —dice Mikey—. Me compraría uno de estos. Son la hostia.

—Tal vez ese grupo al que siempre estás llevando de acá para allá se haga famoso algún día, Michael, y puedas comprarte todos los cuadros que quieras —responde Ariel, y se echa a reír—. A Charlie no le gustan estos cuadros.

—¡No es verdad! —me apresuro a decir, un poco avergonzada—. Es solo que... me gusta encontrarme una historia, supongo. Me gustan las caras, o la gente haciendo cosas. En estos parece que pintan con colores para... pintar con

colores. —Hablar así me pone nerviosa. Nadie me ha hablado en serio sobre arte antes, y me pregunto si estaré diciendo alguna tontería.

Ariel me mira fijamente.

—Los colores por sí solos también pueden contar una historia, Charlie. Solo que de otro tipo. Ven a mis clases. Le daré la información a Mikey. Me alegro de verte, Charlie. Mikey, tienes que pagarme el alquiler, cielo. —Me apoya una mano en el brazo, saluda a alguien que está en la otra punta de la sala y se aleja entre la gente.

Mikey arquea las cejas.

—¡Hala, Charlie, qué guay! ¿Ariel quiere enseñarte? Eso es genial. Ariel

Levertoff es una personalidad, ¿sabes? —Me sonríe de oreja a oreja y le devuelvo la sonrisa, agradecida por estar de buenas con él, aunque me duela un poco estar tan cerca de él. Tomo nota mentalmente de buscar información sobre «Kiefer» y «Ariel Levertoff» la próxima vez que vaya a la biblioteca.

Mikey sostiene dos diminutas manos de pan y hacemos como que luchamos. Me da igual que haya gente en la galería mirándonos como si fuésemos dos niñatos tontos, o que cuando se vaya esta noche será para volver con Bunny, probablemente, para pasar la noche con ella. A Ariel le gustan mis dibujos, le caigo bien, o eso creo, y Mikey está

conmigo. Después de acompañarme a casa, cuando leo la nota pegada en la puerta de mi piso, aún me siento más ligera, aunque un poco rara: «Ven a despertarme. Mañana a las cinco y media. Te prometo que esta vez no te morderé. R».

Sujeto la nota en la mano mientras noto un hormigueo de calor en la piel.

Me dejé el reloj de Mikey en su casa de huéspedes cuando me mudé. He estado confiando en el ruido que hacían los otros inquilinos de mi edificio para despertarme a tiempo cada mañana, pero, de pronto, no quiero arriesgarme a llegar tarde o a no tener tiempo suficiente para hablar con Riley mañana,

cuando estemos él y yo a solas.

Riley ha venido y me ha encontrado.

Mientras bajo la escalera para ver si Leonard tiene un reloj de sobra, estoy en una pequeña burbuja de calidez, igual que la que tenía con Ellis, un lugar en el que pensaba que no volvería a estar.

Cuando a la mañana siguiente Riley no me abre la puerta, no lo dudo y entro por mi propio pie. En la habitación principal veo una guitarra acústica hecha polvo y una grabadora de casete de cuatro pistas en el suelo, rodeada por fajos de hojas arrancadas de algún cuaderno. Ayer no estaban ahí.

Está en la cama en la misma posición de la última vez: tiene las manos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas a la

altura de los tobillos. Junto a la cama hay un par de botellas vacías en el suelo. Abre los ojos lentamente. Tarda unos minutos en verme plantada en el umbral de su habitación, pero entonces sonríe abiertamente. El gesto es tan repentino y sorprendente que no puedo evitar sonreír yo también.

—Hola —dice, somnoliento. Me mira de un modo extraño, pero cómodo, que hace que me dé un vuelco el corazón. Una mirada que parece decir que el hecho de que yo esté en el umbral de su habitación a las cinco y media de la mañana es lo más normal del mundo. Espero que no alcance a ver la calidez que se me extiende por las mejillas.

—No me costó mucho encontrar tu casa. Me limité a preguntar por la chica de la bici amarilla y, ¡zas!, ahí estabas. Bueno, en realidad no estabas. Me gustó conocer a tus vecinos. Son buenos tipos.

—Deberías levantarte. Tienes una pinta horrible. ¿Eso que tienes en el pelo es ceniza?

Joder, qué tío.

Se pone de costado y me mira medio dormido, pero sonriente.

—Oye, hablando de buenos tipos. ¿Cómo te fue la otra noche con tu amigo Michael y su amiga... Bunny?

Frunzo los labios, pero no estoy cabreada de verdad. A la mirada que me ha dirigido antes aún le dura su efecto

mágico. Parece muy contento.

—Pues no fue de ninguna manera. Y ahora, levanta. No podemos llegar tarde. Yo, al menos, no quiero llegar tarde.

—Vaya —contesta mientras se incorpora—. Pues Michael se lo pierde. —Suelta un gemido, como si algo le doliese.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto con recelo. No quiero acercarme demasiado, y menos después de lo que pasó la última vez—. Tienes una pinta de mierda.

—Qué manera tan dulce de decírmelo, Desconocida. No, no necesito ayuda. Estaré como nuevo cuando me dé una ducha con agua

hirviendo.

Me aparto del umbral para dejarlo pasar. Entra en el cuarto de baño. En cuanto oigo el agua correr, me cuelo en la cocina y registro la nevera, con un agujero en el estómago, buscando algo que comer, y también para distraerme, porque por imbécil que sea, sigue siendo un imbécil que antes era muy guapo y, además, en este momento está desnudo.

Un cartón de huevos, un paquete de tortillas, un tarro de salsa verde. Un trozo de queso amarillo y otro trozo de queso fresco. Encuentro un cuchillo en un cajón y me apresuro a cortar un trozo de queso amarillo y me lo meto en la

boca. Envuelvo el resto con cuidado y lo devuelvo a su sitio en la nevera. Una botella de Chardonnay a medio beber en el estante de la puerta junto a un bote de mermelada con costra. Tres naranjas. Pelo una rápidamente, me como unos cuantos gajos dulces y meto el resto en la mochila. Es una cocina abierta y cuadrada, sencilla y extrañamente limpia y despejada. A lo mejor Riley come casi siempre en el True Grit. Hay una tetera sobre los fogones, algo totalmente inesperado.

Debajo del fregadero me encuentro su alijo de botellas. Me pregunto dónde guardará su otro alijo, ese al que se refería Linus. A través de la ventana de

atrás veo una maciza construcción de madera en el jardín, rodeada de cactus gordos.

Oigo el ruido de pies descalzos en el suelo de madera. Riley se queda plantado a mi lado, ante la ventana, y salpica gotas de agua al secarse el pelo con una toalla.

—Es mi estudio de grabación. Lo construí con parte del dinero que saqué con el segundo, y último, disco de Long Home en el que participé. Está bastante destartalado, y dentro no tengo nada especial, pero funciona. Bueno, o funcionaba —dice, y se pasa las manos por el pelo.

—¿Cómo es que ya no estás en ningún

grupo? —pregunto—. A ver... erais bastante famosos, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Es la típica historia de los grupos de rock: un chico se une a un grupo, el grupo se hace famoso, o casi famoso. Prácticamente famoso. Lo bastante famoso, al menos, así que los egos crecieron, el dinero cayó flotando del cielo, hubo excesos, se crearon demonios o, en mi caso, simplemente salieron a la superficie después de haber estado cuidadosamente ocultos. Y lo que un día se alzó alto y poderoso, cayó de nuevo a la Tierra con una fuerza de la hostia. Fin.

—Pero... ¿sigues tocando? —pregunto

mientras él se queda mirando el estudio como ausente.

—Claro. A veces. —Carraspea y se seca por última vez el pelo con la toalla —. Pero ¿sabes lo que se me da estupendamente bien? Decepcionar a la gente. Supongo que uno tiene que explotar el talento con el que nace.

Tira la toalla sobre la encimera.

—En marcha, Desconocida. No queremos que Linus se enfade.

Caminamos en silencio y yo empujo la bicicleta.

«Decepcionar a la gente», ha dicho. A mí siempre se me ha dado bien decepcionar a la gente, como a mi madre y a mis profesores. Pasado un tiempo, se

te quitan las ganas de volver a intentarlo. Entiendo perfectamente a Riley.

Aún no son las seis de la mañana y el ambiente ya está caldeado. Me ato la sudadera a la cintura.

—¿Es que aquí nunca deja de hacer calor? —pregunto. Riley se echa a reír.

—Joder. Aún no has visto nada, chica. Espera a que llegue julio. Hay casi cincuenta grados en la calle, joder.

Cruzamos la oscuridad del paso subterráneo en silencio y, pasado un rato, el hecho de no hablar resulta cómodo. Bueno, me gustaría preguntarle más cosas sobre música, y lo que pasó, pero no hablar también está guay.

Además, en parte aún estoy nerviosa; no quiero que se enfade.

A media manzana del True Grit, se para y enciende un cigarrillo. Las manos le tiemblan un montón, pero no digo nada.

—Pasa tú primero, ¿vale? Yo entraré dentro de unos minutos —dice, y suelta humo por la nariz—. No deberíamos entrar juntos.

Me gustaría preguntarle por qué, pero me callo. Me limito a seguir avanzando y ato la bici a un poste.

—¡Hola! —me suelta Linus con entusiasmo cuando entro. Riley llega unos minutos después y va directo a por el café. Cuando vuelve a la zona donde

están los platos, lleva dos tazas y me ofrece una.

Ayudo a Linus con los dispensadores y la máquina de café y luego me pongo con la zona de los platos. La persona que se ocupó de los platos anoche dejó algunos con comida seca amontonados en el fregadero, y encima puso tazas manchadas, coladores de té, y las pequeñas y delicadas cucharas para el café. Me dedico a rascar comida y tirarla a la basura y a poner en remojo los platos y las tazas en el fregadero.

Linus vuelve de la parte delantera del local con la cara lívida.

—R, Bianca está en la barra. Quiere su dinero —dice, y baja la voz—.

¿Tenemos... su dinero? ¿Dónde coño está Julie?

Riley se queda inmóvil.

—Eh... sí. Voy a hacerle un cheque. Ahora vuelvo.

Linus se muerde el labio mientras Riley sale corriendo por el pasillo hacia la oficina. Las puertas de la cocina se abren de par en par. Una mujer de curvas prominentes con un vestido morado holgado mira a su alrededor, suspicaz.

—Riley ha ido a hacerte un cheque —dice Linus.

La mujer me mira malhumoradamente.

—No quiero tener que suplicar cada vez mi dinero, Linus —le espeta—. Si

queréis que os suministre género, me pagáis, y me pagáis a tiempo. Julie tiene que organizarse.

—Lo sé, Bianca. Ahora mismo las cosas están regular. Unos días el negocio va fatal y al día siguiente funciona a pleno rendimiento. Estamos en ello —contesta Linus retorciendo un trapo.

Riley vuelve corriendo por el pasillo. Al ver a Bianca, se da una palmada en la frente.

—¡Lady B! Te juro que ha sido culpa mía. Ayer mi hermana me pidió que llevase dinero a la panadería y se me olvidó. Disculpa.

Bianca coge el cheque y se queda

mirándolo.

—¿Un cheque, Riley? ¿Es válido? Si me lo devuelven, se acabó. Tenéis que organizaros, joder.

—Es válido, Lady B.

La mujer hace una mueca y sale por la puerta de la cocina.

Linus fulmina a Riley con la mirada.

—¿Otra vez, R? ¿Otra vez?

—No es lo que parece, Linus. Haz el favor de volver al trabajo, ¿quieres?

Linus, muy ofendida, sale de la cocina. Riley pasa a mi lado sin decirme nada.

Me quedo escuchando el turbio borboteo de la freidora, el zumbido de la plancha y el ruido del agua en el

lavavajillas; ¿qué está pasando? ¿Qué ha pasado con el dinero que Riley tenía para esa mujer? ¿Qué habrá querido decir Linus con eso de «otra vez»?

De pronto, oigo el inconfundible sonido de alguien atragantándose y vomitando. Me doy media vuelta.

Riley se lleva una mano a la boca. Está inclinado sobre el cubo de la basura, junto a la plancha, y de la barbilla le gotea algo líquido.

Le paso un trapo rápidamente y me tapo la nariz. Huele que apesta.

Se limpia la barbilla y el cuello, tira el trapo a la basura y abre la puerta de la nevera, que le tapa la cara. Cuando la cierra, está bebiendo de una lata de

cerveza. Vuelve a guardarla y respira agitadamente. Su rostro recobra el color y se le extiende por las mejillas como un río rosado.

En la calle había gente mayor, hombres y mujeres, que se comportaban así. Que bebían, bebían y bebían tanto que tenían el cuerpo cubierto de la peste a vino rancio, cerveza y vómito. A la mañana siguiente, lo único que hacía que dejasen de temblarles las manos y de vomitar bilis o la comida del comedor social era más alcohol. El delírium trémens, lo llamaba Evan. «Si lo tienes, estás bien jodido», decía negando con la cabeza.

El dedo que Riley se lleva a los

labios tiene cortecitos rojos que se ha hecho con el cuchillo de cocina. Ahora comprendo que era porque le temblaban mucho las manos.

—Chist —dice moviendo los labios sin articular palabra, y empuja ligeramente el cubo de basura hacia mí. Miro a Linus, que está sacándole la cuenta a alguien en la caja registradora. Me dijo que si pasaba algo así, se lo contase.

Riley me dirige una mirada suplicante. No sé qué hacer.

Y entonces recuerdo los mensajes de Ellis. «Duele. No me dijiste que dolía así. Demasiado.» Se me revuelve el estómago de vergüenza. No la ayudé y la

perdí.

Rápidamente, saco la bolsa del cubo de basura, la ato y la llevo al contenedor. Al fin y al cabo, si tengo trabajo es gracias a él.

Luego, cuando acabo el turno y estoy a punto de salir por la puerta mosquitera, Riley aparece con una bolsa de papel marrón.

—Me he equivocado en un pedido. *Bon appétit*.

Vacilo antes de coger la bolsa; sé que si la cojo, estoy aceptando guardar una especie de secreto, y aún no estoy segura de querer hacerlo.

Pero el hambre que me atenaza el estómago me ayuda a decidirme. Estoy

harta de comer pan duro y mantequilla de cacahuete. En cuanto llego a casa, ataco la comida: un bollo con pimiento verde, revuelto de tofu y queso suizo, además de una galleta de avena con pasas rota envuelta en papel de horno.

La biblioteca está prácticamente vacía, así que tengo tiempo de sobra para utilizar el ordenador. Casper por fin me ha escrito un mensaje.

Querida Charlie, siento mucho haber tardado tanto en contestar a tu último mensaje y no sabes cuánto lamento que tengas ansiedad. Sin embargo, tengo que hablar claro: legalmente, ya no soy tu doctora, así que tengo que tener mucho cuidado con lo que te aconsejo o te digo.

Además, estoy ayudando a otras, así que a veces es posible que no pueda contestarte tan rápido como te gustaría. Espero que puedas entenderlo. Te he buscado algunos recursos en Tucson que quizá puedan ayudarte. Los encontrarás al final del mensaje.

Charlie, lo más importante es que te mantengas activa y alerta constantemente. Por ejemplo, con lo de no beber, norma que no has seguido. ¿Has bebido algo más desde que me escribiste tu último correo? ¿Tienes alguien con quien hablar, como tu amigo? Es muy, muy importante que cada día sigas los pasos necesarios para no beber y estar a salvo. Va a ser un camino difícil, Charlie, y el trabajo más difícil te corresponde a ti. De niña te dieron muy pocos recursos emocionales y tu vida, hasta ahora, ha consistido en ocultar tus sentimientos hasta que cobran tanta fuerza

que ya no puedes controlarlos. Practica la respiración, da paseos, dibuja. Pórtate bien contigo misma.

Dra. Stinson

«Es posible que no pueda contestarte tan rápido como te gustaría.» Miro su lista de recursos: Alateen, un grupo de terapia para supervivientes del suicidio, un centro de acogida para mujeres. ¿Alateen? Pienso en estar sentada entre otras chicas hablando de alcoholismo. De lo que pasa si bebes.

Y entonces pienso: seguramente yo soy lo que pasa si pierdes el control. Una chica que acaba en la calle, sin casa, etcétera. No quiero sentarme en un grupo donde yo represento todo lo que

las demás intentan no ser. Busco el grupo de supervivientes en internet: hay un montón de fotos de gente triste sentada en círculo sobre el césped. Ni siquiera me molesto en buscar el centro de acogida, porque ahora tengo un sitio donde vivir, aunque no sea el mejor del mundo.

Empiezo a contestar, pero luego borro el mensaje. ¿Qué puedo decirle? ¿Sigo quejándome de haberla cagado con Mikey? Seguramente me diría que me buscase otro amigo. Me diría que acudiese a uno de esos grupos. Frustrada, pincho en un mensaje de Blue. Es de hace una semana.

SUE LA MUDA DONDE ESTAS? Te exo de

menos, mi niña. Sobre tu ultimo correo: si, somos nuestras peores enemigas. Pero no tendria que ser asi. Ultimamente he estado prestando muxa atencion en terapia de grupo y algunas de las cosas que dice DOCFANTASMA no estan mal, sobre todo ahora que... Me largo!!!!! Aun no se cuando. He estado portandome bien, tomandome las medicinas y pensando en irme con Isis a KANSAS. A lo mejor vamos a hacerte una visita!! Has sido una buena chica? PORFA dime algo. Todas las que conocias aqui ya se han largado menos Louisa y yo. Te dire una cosa: esa chica NO va nada bien. Algo le pasa.

Blue

Me quedo mirando el mensaje. Nunca vendría a verme; lo que pasa es que a Blue le gusta pincharme, ¿no? Miro la

lista de mensajes de Blue en mi cuenta de correo. Para ser alguien que al principio se portó tan mal conmigo en Creeley, ahora parece que le caigo bien. De pronto pienso, con tristeza, que ella también podría sentirse muy sola. No sé cómo gestionar el hecho de que ahora me dé pena Blue.

Búscate un amigo. ¿Qué pierdo por contestarle a Blue? Es la única que ahora mismo podría entender qué se siente viviendo así.

Blue: Haces bien prestándole atención a Casper. ¿Qué otra cosa puedes hacer? El desierto es un asco de calor: si vienes, tráete las camisetas de espalda descubierta, las gafas de sol y un montón

de filtro solar porque cada día es como si te quemase la piel. No sé muy bien qué estoy haciendo aquí, pero aquí estoy, así que supongo que aquí estoy. Tengo trabajo de lavaplatos y no está tan mal. ¿Qué le pasa a Louisa? Dile que la echo de menos antes de irte, ¿vale? A lo mejor podrías darle mi dirección de correo. No he sido una buena chica, he sido todo lo mala que he podido.

Charlie

Unos días después, por encima del estruendo del lavavajillas oigo que Riley grita:

—Dicen que tu novio se a va a trabajar de *roadie* para el grupo ese en una buena gira por la Costa Oeste. ¡Vas a estar muy sola los próximos meses!

Bajo la palanca de la máquina.

—¿Cómo dices?

Soplo para quitarme el vapor de delante de la cara. El refrigerador de la

cocina se ha roto y en la calle hace un calor apocalíptico, y eso quiere decir que hace aún más calor junto al lavavajillas, la freidora y la plancha. Riley dice que hace un calor inusual para estar en junio. Hemos puesto ventiladores y Riley ha enganchado otro ventilador a la pared, pero tiene la cara cubierta de sudor y llena de manchas rojas junto a la nariz y en el nacimiento del pelo. Tiene una lata de cerveza sudorosa escondida bajo la barra y se está fumando un cigarrillo; la ceniza cae al suelo y él la barre con la bota.

Hace como que se atraganta con un sorbo de cerveza.

—Huy. ¿He descubierto algún pastel

que aún no tenía que descubrir? Me parece que Michael ha caído en desgracia.

Parpadeo.

—¿Mikey?

—Michael. Es un hombre. Llámalo por su nombre de hombre, chica.

Me pregunto si se llevará a Bunny. Me pregunto si se lo habrá contado a Bunny.

«Prácticamente acabo de llegar y ya se va», pienso mientras meto con aire taciturno los vasos de plástico en agua con jabón.

Pero entonces recuerdo lo que dijo Mikey: «No va a ser como antes», y pienso: «De todos modos, no importa».

Mi único amigo, y ya se ha ido.

Riley retira un bloque de patatas con cebolla de la plancha y hace girar la espátula en la mano. Deja apoyado el cigarrillo en el borde de la lata de cerveza. Julie estará fuera una semana. «En Ouray —me había dicho Linus por la mañana—. Aprendiendo cosas sobre sus *doshas*.» Parece que desde que su hermana se ha ido Riley tiene aún menos cuidado que de costumbre con lo de beber en el trabajo.

Riley se termina el cigarrillo y lo mete en la lata. Se levanta y tira la lata a la basura lanzándola por encima de mi cabeza.

—Y deja de llevar esas camisetas de

manga larga, Charlie. Me da calor solo de verte con eso puesto. Cómprate alguna camiseta de manga corta, joder.

No le contesto. Me limito a tirar algo de comida encima de la lata de cerveza en la basura.

Toco con los dedos el fajo de dinero que llevo en el bolsillo del peto mientras recorro los pasillos de la tienda de material de bellas artes que hay cerca de la cafetería. Barritas de carboncillo de sauce, las suaves cerdas de los pinceles para acuarela. Aprieto los montones de rollos de papel de dibujo, noto los dientes levantados bajo las tapas cubiertas de plástico.

Elegantes pinturas de Winsor & Newton en prístinos botes, alineados en filas perfectas: LAGO ESCARLATA, GRANZA PÚRPURA, AMARILLO LIMÓN. Tienen cuadernos con plantilla de cómic ya hecha; se acabó eso de usar una regla y un lápiz afilado, como hice yo con el mío. Veo un montón de mochilas de tela en bandolera, pantalones militares caídos y pañuelos vaporosos en el cuello de las chicas de la tienda. Todos los chicos parecen mecánicos de coche con sandalias y perillas desaliñadas. Me pregunto si algunos asistirán a las clases de Ariel en la universidad. Su taller comienza el próximo mes. Aún no he decidido si quiero ir. «Herramientas de

bellas artes», llamaba Linus a una mesa llena de chicos con los pantalones manchados de pintura y gafas de pasta. Llevaban las mochilas llenas y unas carpetas negras enormes pegadas con cinta adhesiva. Bebían una taza tras otra de té y café. Dejaban un montoncito de centavos como propina y cigarrillos liados a mano, y a veces una servilleta con el boceto de uno de los camareros. Compruebo los precios de los carboncillos, el grafito y el papel. Tengo que comprar jabón, papel higiénico, tampones y ropa interior. Las suelas de las botas se me están desgastando; ya noto los bultos en la acera al andar y en la calle hace muchísimo calor, así que a

lo mejor debería comprarme unas zapatillas de deporte u otro tipo de calzado más fresco y ligero. Tengo que pagarle el alquiler a Leonard, pero no sé cuándo recibiré un cheque de Julie. «¿Dónde voy a ingresar el cheque, si no tengo ninguna cuenta bancaria?», pienso. Intento sumar varias cifras mentalmente, pero la operación me resulta complicada y pierdo la cuenta. Pierdo también el hilo de mis pensamientos. En la tienda todo el mundo parece saber exactamente lo que necesita, pero yo salgo de allí con las manos vacías.

Mikey baja la vista y se queda mirando su plato de tiras de boniato frito y judías verdes con vinagre.

—Sí —dice—. Estaré fuera unos tres meses. Es verano, así que no perderé clases. Es una oportunidad de oro para el grupo. Y yo soy su representante, ¿sabes? En realidad, soy una mezcla de representante y conductor de furgoneta. Bueno, no me pagan ni nada que se le parezca, pero a lo mejor de aquí sale

algo importante. Un disco, a lo mejor. Todo esto es superpositivo.

Empuja el plato hacia mí.

—Estarás bien, ¿verdad? —pregunta, y me mira como queriendo decir «Necesito que estés bien».

Las tiras de boniato frito que he amontonado parecen una pequeña cabaña de madera. Se oye un zumbido en el ambiente; algunas de las luces colgantes de la terraza del restaurante se están estropeando e iluminan menos de la cuenta.

Cuento mentalmente: tres meses. Junio, julio y agosto.

—Es mucho tiempo. —Coge una tira de boniato frito de la cabaña y esta se

derrumba. La sal le brilla en los labios —. Un amigo va a subarrendar mi casa.

No puedo evitar pensar que cuando se vaya, volveré a estar sola.

—¿Vas a asistir a las clases de Ariel? Te sentaría bien. También podrías conocer a más gente.

Empujo la comida por el plato.

—Me dijo que todos serían mayores.

—Solo lo decía de broma. Yo la ayudé el verano pasado. No eran todos mayores. Además, pienso que si quiere ayudarte, deberías dejarla, ¿sabes? A ella también podría servirle de ayuda.

Suelto el tenedor; de pronto, estoy cabreada.

—¿De ayuda, a ella? ¿En qué podría

ayudarla yo a ella? Mírame.

Mikey frunce el ceño.

—No seas así. Quiero decir que... —Hace una pausa y toma aire—. Su hijo murió hace un par de años, antes de que me mudase a la casa de huéspedes. De una sobredosis. Creo... no conozco todos los detalles, pero no había tenido noticias suyas desde mucho antes de que sucediese. Siempre está hablándome de ti. Creo que su deseo de ayudarte... puede que la haga sentir más esperanzada. Ha pasado una larga temporada en el infierno.

Contengo la respiración. El hijo de Ariel murió de sobredosis. Y yo que pensaba que Ariel había tenido una vida

perfecta y bonita, llena de arte y cosas interesantes.

Ya sé lo que quiso decir en la galería, por qué dijo «Te conozco» y por qué una nube le ensombreció el semblante.

El hecho de saberlo me llena de una extraña pesadumbre. ¿Por eso me había presionado tanto para que me buscase casa, trabajo y asistiese a sus clases? ¿Para asegurarse de que no... me pasaba como a su hijo y no desaparecía yo también?

Pienso en los cuadros de su casa. Tan, tan oscuros, con solo una poca luz, pero con la luz dándole la espalda a la oscuridad.

—Sus cuadros —digo muy despacio

—. Unos muy oscuros de su casa. Cuando los vi, pensé que solo podría haberlos pintado una persona triste.

Mikey asiente con la cabeza.

—No ha pintado nada desde entonces. Todos esos los pintó rápidamente, justo después de que él muriese, y luego lo dejó. Cero. Nada. —Y añade con cautela—: Bunny también está por aquí, por si necesitas lo que sea. Tampoco te haría ningún daño conocerla.

La mención de «Bunny» es como si me clavase un cuchillo. Hago trizas la servilleta, reúno un montoncito con los trocitos manchados y los soplo para que se dispersen como si fueran nieve. Mikey sonríe. «Michael» sonríe.

—En serio. Es una tía muy guay. No hace falta que seas tan antipática, ¿vale?

Me pongo colorada.

—¿Antipática? Pero ¿qué coño...?

—Bueno, Charlie, es que... en fin, ya sabes. Bueno, no eres la persona más extrovertida, ¿eh? Siempre has sido... distante. Ahora eres más o menos... no sé... —contesta Mikey tartamudeando, y suspira—. Bueno, le caerías bien a mucha gente, pero ni siquiera les das la oportunidad. Ahora mismo tienes la oportunidad de cambiar algunas cosas, de hacer los amigos correctos.

—¿Hacer los amigos correctos? Pero ¿de qué estás hablando, «Michael»?

¿Hacer los amigos correctos? Tengo

la impresión de que nuestra conversación se ha vuelto muy rara de repente.

—Charlie —prosigue en un tono de voz más calmado—. Mira, Bunny dice que te ha visto por la calle con Riley West. Sabes que ella trabaja en Caruso's, ¿no? Enfrente del Grit. Os ha visto a los dos llegando juntos al Grit por la mañana.

Retuerzo una patata entre los labios con la lengua y la agito mientras le hablo. Estoy enfadada y asustada porque sé que se va, y quiero ser desagradable con él.

—¿Qué está pasando, Charlie?

—¡Y a ti qué más te da!

Me quita la patata de la boca y la estrella contra el plato, cual diminuto puré de entrañas de patata.

—Riley West era un tío con un talento alucinante, pero ahora es un despojo alucinante. No sigas por ahí. Tiene un buen... historial. No deberías dejar que te destroce cuando deberías estar trabajando en tu propia recuperación. A eso me refiero con lo de hacer los amigos correctos.

—Me dio trabajo. Un puto trabajo lavando platos. —Aparto el plato, enfadada—. No es capaz de levantarse por las mañanas, joder, así que voy a despertarlo. Tranquilo, «Michael», solo soy su despertador. A ver, ¿quién va a

querer follar conmigo, si estoy llena de cicatrices? Tú no, ¿verdad? Te limpiaste la boca cuando nos besamos.

Mikey se pone colorado.

—Sabías a cerveza, por eso me limpié la boca. No bebo, y sabías a cerveza. Además, tengo novia.

No puedo parar, todo me sale a borbotones.

—¿Y qué clase de conversación debería tener con mi potencial pretendiente, «Michael», cuando me pregunte qué he hecho durante el último año? ¿Debería contarle que me lo pasé comiendo comida rancia? ¿O ayudando a mis amigos a robar a la gente en el parque? ¿Lo sabías, «Michael»? Tú te

largaste y yo perdí a Ellis. Estaba sola e hice lo que tenía que hacer. Y ahora parezco una tarada. Y me siento como una tarada. Creo que no hace falta que te preocupes por mis citas.

Tiene la cara como un tomate.

—Lo siento, Charlie. No es... Tú contrólate, ¿vale? El objetivo es avanzar, no retroceder, ¿vale? No quiero que te hagan daño. Más daño. —Estira el brazo y me coge de la mano. Intento apartarla, pero él la agarra con fuerza—. No te pasa nada, Charlie. Nada. ¿Es que no lo ves?

Pero es mentira, ¿no? Porque me pasan muchas cosas, eso está claro. Me gustaría que Mikey dijese: «Te pasan

muchas cosas, pero no importa».

Agarro con una mano la piedra del bolsillo mientras Mikey me agarra la otra. Lo que quiero decirle es: «Te fuiste una vez y mira lo que pasó, y ahora te vas otra vez, y yo tengo miedo, porque no sé estar con gente, pero tampoco sé estar sola, y pensaba que aquí no iba a estar sola de nuevo».

¿Cómo es posible que me duela más de lo que me ha dolido en el último año?

—Te echaré de menos, Mikey. Estaré bien. Te lo prometo —me limito a decir.

Cuando llego a casa, espero hasta que se hace de noche y cojo la bicicleta para ir

a casa de Ariel. No ato la bici, solo la dejo apoyada contra un poste, porque no pienso quedarme. Su casa está a oscuras, aunque veo una luz blanquecina procedente del jardín, donde tiene colgados algunos hilos de luz. Subo los escalones rápidamente y dejo la bolsita marrón apoyada en la puerta mosquitera. Dentro está la cruz roja con purpurina y una nota donde pone «Lo siento».

En el turno no hay mucho trabajo. Linus y Tanner, el camarero de los tatuajes en el cuello, están hablando de versiones de canciones. Tanner es un tipo bajo y fornido con el pelo corto y morado que cuando se ríe parece que está ladrando.

Tengo unos mechones de pelo húmedo pegados a la frente. «Antipática.» Así me llamó Mikey. Cada día, cuando vengo a lavar platos los escucho a todos mientras bromean, se dan golpecitos con

el codo, se ríen, gritan, hablan de gilipolleces y fuman. Los he pillado mirándome de reojo y con curiosidad. Ellis siempre llevaba la voz cantante cuando conocíamos a alguien en una fiesta o en la calle; yo era su cómplice silenciosa. «Qué callada eres, joder», me soltó un chico una vez en un Dunkin' Donuts a la mañana siguiente de una fiesta larga y confusa. Ellis nos había arrastrado a todos hasta allí y había comprado una docena de dónuts con mermelada y unos vasos de café abrasador. El chico tenía la cara blanca y llena de granos. «¿Qué coño te pasa? ¿Es que estás hecha de piedra, o qué?» Su amigo y él se echaron a reír. La

mermelada dulce me cayó en la boca como un manchurrón. Estiré el brazo, cogí otro dónut y le aplasté la masa arenosa contra la cara sorprendida. Su amigo no paraba de reírse mientras el otro farfullaba con indignación y se llevaba la mano a la cara llena de azúcar. Ellis miró desde el mostrador, donde estaba tonteando con el de la caja, y suspiró. «¡Hora de irnos!», me gritó, y echamos a correr.

Me he estado fijando en Mikey. Antes me fijaba en la gente de la clase. Y en la gente de Creeley. Aquí también me he estado fijando en la gente y parece que para algunos hacer amigos es como encontrar una camiseta o una gorra: solo

tienes que saber de qué color la quieres, ver si te queda bien, y llevártela a casa con la esperanza de que a todo el mundo le guste cómo te queda. Pero para mí nunca ha sido así. Desde que era pequeña nunca me he integrado: me enfadaba en el colegio y se metían conmigo. Cuando eso sucedía, ya era una mercancía dañada. No tenía ninguna oportunidad de integrarme hasta que llegó Ellis, pero tampoco nos relacionábamos mucho con los demás. Si consigo decir algo, digo lo que no debo. Siempre me he visto como una intrusión, como una gigantesca mancha de algo malo. Mi madre siempre estaba diciéndome que me callase, que no

molestase. «¿No ves que no le interesa a nadie, Charlotte?», decía.

A Ellis sí le interesaba. Y gracias a ella conocí a Mikey, y a DannyBoy.

Cojo aire. «Antipática.» No soy antipática. Solo que no pienso que le interese a nadie.

Quiero ser interesante. Y aunque Ellis no está aquí conmigo, quizá aún pueda ayudarme a integrarme.

—Eh —digo, tal vez en un tono de voz demasiado alto. Tengo la voz ligeramente ronca, así que carraspeo—. A una amiga mía se le ocurrió una idea genial para una versión country de «You're the One That I Want».

Linus y Tanner, el de los tatuajes en el

cuello, me miran y parpadean. La única persona con la que hablo es Riley, y tampoco mucho, y sobre todo cuando vamos andando a trabajar. Ha tenido mucho cuidado conmigo desde el día que vomitó.

Se miran entre sí y luego me miran a mí.

—¿Te refieres a la canción de *Grease*? —pregunta Tanner mientras envuelve cuchillos y tenedores en servilletas de papel con tanta fuerza que parecen salchichas bien prietas.

—Sí —contesto. Tartamudeo un poco y me retuerzo el dobladillo del delantal —. Pe-pensadlo un poco. Añadid... no sé... alguien rasgueando la guitarra

lentamente, solo la guitarra y el cantante, y ese momento del estribillo en el que todos cantan «Oh, oh, oh».

Me pongo colorada, pierdo de vista lo que estaba intentando decir y por qué me parecía importante. «Cantas con la voz más mierdosa del mundo —decía Ellis entre risas—. No me extraña que te guste la música donde la gente grita.» Abro el grifo del agua caliente y meto la mano rápidamente bajo el chorro para obligarme a volver al presente.

—Dios mío —dice Linus asintiendo con la cabeza, y entorna los ojos—. Sí, ya lo veo. Bueno, es como si pudiera oírlo.

Nadie se ha reído de mí. Respiro

aliviada. No ha estado tan mal. Ha funcionado.

—Podría quedar un *riff* acústico interesante con eso —comenta Tanner, y se pone a cantar bajito, convirtiendo los «Oh, oh, oh» en «Ouh, ouh, ouh», como un lento gruñido felino.

—No, no —dice Riley negando con la cabeza—. No hay manera humana de que esa canción deje de sonar cursi. Ninguna. —Se le traba un poco la lengua y Linus frunce el ceño.

—Riley, es la cuarta esta mañana.

—La quinta, cariño. Creo. —Baja la lata de cerveza para que no la vea—. Será nuestro secreto.

Se pone a mi lado y enjuaga los

cuchillos en el agua caliente, pero se entretiene más de lo necesario. Linus mira a Riley por la espalda como si estuviese intentando decirle que se diese la vuelta. Como este no lo hace, ella echa a andar y la puerta mosquitera da un golpe tras de sí cuando sale de la cafetería.

De los cuchillos mojados que Riley tiene en las manos gotea agua sobre las sucias esterillas del suelo. Al volver junto a la plancha, da un traspié en las esterillas.

Vacilo cuando oigo que abre otra cerveza. Debería salir a la calle y decirle a Linus que esto ya ha llegado demasiado lejos, pero tengo los pies

pegados al suelo mientras oigo que le da un buen trago. ¿Va a cambiar algo? Lo mandará a casa, pero volverá mañana. Como bien dijo Julie, ella siempre lo protegerá. ¿Y si se lo cuento a Linus? ¿Y si soy yo quien se mete en un lío y se queda sin trabajo?

En vez de eso, lo que hago es ayudarlo. Cuando no le responden bien las manos y algunas rebanadas de pan se le caen al suelo, yo las recojo y las tiro, y él empieza de nuevo. Cuando los pedidos llegan más deprisa y Riley se ve un poco abrumado, le ayudo a preparar los platos, frío patatas, sirvo revuelto de tofu y bollos tostados. Hay que ser amable ¿verdad? Fue él quien

me dio este trabajo. No soy antipática.

Esa tarde me da una bolsa de papel marrón con un sándwich de pavo y queso suizo en pan de cebolla, con mostaza y mayonesa, y un trozo de tarta de limón envuelta con cuidado en papel de aluminio. Hay unos diminutos copos de ceniza en el dulce *fondant* amarillo, pero los aparto con el dedo antes de darle un bocado.

En el exterior hace tanto calor, que el sudor me cae por el rostro cuando entro en la biblioteca. Paso un rato secándome en el lavabo. En mi habitación hacía demasiado calor, el edificio estaba lleno de gente metiendo ruido con los ventiladores y los aires acondicionados y escuchando música demasiado fuerte.

En el ordenador, tecleo *Ariel Levertoff* + *artista*. Aparecen una serie de artículos y algunas galerías que

venden sus obras. Desplazo el cursor, sin estar segura de lo que estoy buscando, hasta que veo un artículo titulado «Muerte y desaparición de Ariel Levertoff». Es un artículo largo que pertenece a una revista de arte muy refinada, con toneladas de palabras sesudas y una fotografía en blanco y negro de Ariel y un niño pequeño con el pelo muy oscuro que le cae por encima de los ojos. Están rodeados de cuadros. Él levanta las manos, risueño. Están manchados de pintura. Ariel ríe.

Su hijo murió de una combinación de píldoras y alcohol. Encontraron el cadáver en un callejón de Brooklyn. *Alexander*. Había dejado los estudios,

era bipolar, ella había perdido el contacto e incluso había contratado a un detective, pero no consiguió localizarlo. Había cancelado exposiciones, había dejado de pintar.

Desapareció. Lo encontraron en la calle. Un pequeño agujero empieza a arder en mi interior.

De pronto, pienso en sus cuadros, los diminutos rayos de luz en la oscuridad tormentosa. En la galería dijo que a veces un cuadro que consiste en un simple color también puede contar una historia, aunque sea diferente. ¿En los cuadros que pintó, su hijo es la oscuridad, o acaso es la luz? ¿Cuál de ellas es Ariel? Intento comprenderlo,

pero es difícil, de modo que salgo del artículo. Echo tanto de menos a Ellis que parece que mi corazón sea una caverna enorme y tenebrosa. Cuando Ariel piensa en su hijo, esta sensación debe de multiplicarse por un millón.

¿Estará mi madre pensando frenéticamente en mí? ¿O para ella cada día es solo un día más, un día en el que yo ya no figuro y he dejado de ser un problema? ¿Sintió alivio cuando la avisaron del hospital, aunque no viniera de inmediato? ¿Piensa alguna vez en las veces en que me pegó?

Después de pegarme se enfurecía conmigo todavía más, alzaba la mano como si le quemara, desde lo alto me

perforaba con la mirada. Porque yo intentaba esconderme, sobre todo cuando era pequeña. Así aprendí a hacerme pequeña, revolviéndome bajo una mesa, buscando el resquicio de un armario.

¿Tuvo miedo de que yo lo contara todo, en el hospital? Desvío la vista del ordenador, hacia mi regazo, hacia los dedos que no paran de pellizcar los muslos para evitar perder el control.

Antes de poder evitarlo, ya estoy abriendo el correo y tecleando su dirección, o por lo menos la última que tengo de ella. Escribo: *Estoy bien*.

Mi dedo se cierne sobre «Enviar». Por lo menos querrá saber que estoy

viva, ¿verdad?

Tiene el número de Mikey. Hablaron en Minnesota. Pero todavía no lo ha llamado para saber cómo estoy.

Algunas veces, cuando el puto Frank iba muy colocado, nos decía a los de la casa: «¿Dónde están ahora mamá y papá, eh? ¿Están en la puerta, suplicándoos que volváis a casa?». Con el humo cubriéndole la cara, los ojos quemando como cortinas blancas de carbón. «Ahora solo me tenéis a mí. Soy vuestra puta familia, no lo olvidéis.»

Mi madre no ha llamado a Mikey. Ni a Casper. No ha hecho nada. Mikey está a punto de largarse. Ellis es un fantasma. Evan está en Portland. Borro el correo a

mi madre.

Estoy absolutamente sola.

Mikey se va en plena noche una semana más tarde, a finales de junio. A las dos de la madrugada aparca la furgoneta del grupo en la puerta de mi edificio.

Golpea con los nudillos suavemente la puerta de mi habitación, y me llama por mi nombre. Cuando abro, dice:

—Tenemos que irnos temprano. Es una locura, tenemos el tiempo justo para llegar al primer concierto de mañana.

Está nervioso, excitado. Siento la

energía nerviosa que surge de él.

Coloca un trozo de papel encima de la mesa plegable con su número de móvil, los números de Bunny y de Ariel, y el itinerario de la gira.

—Ya sé que no tienes teléfono, pero tal vez puedas usar el de Leonard o llamar desde el trabajo si tienes alguna urgencia, ¿vale? Y puedes enviarme un correo desde la biblioteca.

Mikey acerca su cabeza a la mía, hasta que nuestras mejillas casi se rozan.

—Creo que esto va a ser algo importante —dice—. Me parece que también hay posibilidades de grabar un disco en la zona norte de California. Eso sería increíble, ¿verdad, C?

Agacho la cabeza, pero él me toma entre sus brazos. Mentalmente, cuento hasta veinte, muy despacio. Él me besa la frente.

—Contrólate y sé fuerte —me susurra al oído.

Me froto la cara con un trapo de cocina limpio, intentando eliminar el vapor y el calor de la cocina. Las gotas de sudor van cayendo por mi barbilla al agua caliente que se acumula en el fregadero. Riley se acerca por el pasillo desde el despacho, sosteniendo una carpeta de documentos. Me ve y frunce el ceño. Hoy parece que está mejor. Son casi las once y todavía no ha abierto ninguna cerveza.

—No me jodas, por favor —dice—. ¿Qué te tengo dicho sobre las camisas? Aquí hace mucho calor, cariño. No necesito que te mueras de un ataque al corazón.

—No tengo ninguna camiseta.

Me entretengo colocando platos en la bandeja.

—Bueno, pues cuando termines el turno baja hasta Goodwill y cómprate un par. —Coloca la carpeta de facturas sobre la tabla de cortar—. Por lo menos súbete las mangas. Hazlo por mí.

Introduzco la bandeja en la máquina, cierro la puerta y cojo un montón de cubiertos mojados del fregadero para no tener que mirarlo.

La voz de Riley suena firme:

—Súbete las mangas, Desconocida.

Ahora está muy cerca de mí. Noto su olor a través del vapor de los platos, una mezcla de sudor y picante, café y humo. Permanezco inmóvil.

Riley mira hacia el mostrador, donde Linus está absorta limpiando la vitrina de pasteles. Me separa los dedos hasta que todos los cubiertos vuelven a caer al agua del fregadero. Lentamente, me sube una manga de mi camisa, al principio solo un poco, y luego hasta el codo. Me gira el antebrazo.

Más que verlo, noto cómo inspira y espira con profundidad. Me concentro en los restos sucios de comida que

flotan en el fregadero, pedazos empapados de carne y pan, hilos de huevos revueltos, pero el corazón se me acelera.

Sin embargo, está sucediendo algo mientras me toca, algo que me confunde: una corrriente de electricidad recorre mi piel.

Me baja la manga. Comprueba el otro brazo. Tiene los dedos cálidos y suaves.

—Has visitado lugares oscuros, Desconocida. —Se mete la carpeta bajo el brazo y saca el paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa. Le gusta sentarse a fumar con los hombres que juegan al go—. Recuerdo que dijiste que habías intentado suicidarte, pero eso es

pura aniquilación.

Lo miro fijamente. Tiene los ojos oscuros y cansados. Él también sabe lo que es la aniquilación, lo que me hace avergonzarme un poco menos de los brazos, creo.

Se coloca un cigarrillo en la comisura de los labios.

—Pero tú has recorrido tu propio camino. Ahora eres una chica mayor. Desde esa mierda ya no hay vuelta atrás, ¿sabes? Cómprate unas malditas camisetas de manga corta y que le den por culo al mundo, ¿sabes?

Cuando está a punto de llegar a la puerta de tela metálica, se vuelve y me entrega un sobre.

—Casi me olvidaba. Tu primer cheque. Por fin, estás oficialmente contratada, basta de monedas en el bolsillo. Lamento que Julies haya tardado tanto en tramitarlo. No te lo gastes todo en un sitio.

La puerta se cierra tras él, de golpe.

Después de la hora del almuerzo, abro el sobre y mi corazón se encoge casi de inmediato. La cantidad es menor a la que esperaba, porque no contaba con los impuestos. Miro fijamente la cantidad que han retenido y la cantidad que queda, que a duras penas servirá para cubrir el alquiler. Y entonces, ¿cómo voy a comprar lo que necesite hasta el próximo cheque? Casi era mejor

cuando me pagaba al contado. Tanner me ve contemplando el cheque y asiente con gravedad.

—Es una puta mierda, ¿verdad? Yo estoy hasta el culo de préstamos para la escuela, pero no puedo pillarme un segundo empleo porque no tendría tiempo para estudiar. —Agacha la cabeza en dirección a Linus, que está llamando por teléfono desde el mostrador—. Ella trabaja turnos dobles continuamente y todavía tiene que vender sangre y mierdas de esas para enviar dinero a sus hijos. ¿No podrías pedir ayuda a tus padres?

Envuelve con destreza unos cubiertos en las servilletas.

Doblo el cheque sin responderle. Tanner se suena la nariz.

—Aquí casi todo el mundo estudia y va tirando con préstamos o dinero de los padres, excepto Temple. No la conoces. Trabaja por la noche. Tiene cuatro empleos. Además de este, lleva a una anciana en el coche a comprar comida, trabaja en una cabina en un sex shop y da clases de español a un niño.

—Yo ya he tenido bastante suerte al encontrar este trabajo —digo con suavidad.

Tanner se encoje de hombros.

—Supongo que hay que hacer lo que sea para salir adelante. Tener un compañero de piso es una ayuda, aunque

eso también puede ser una mierda. Por lo menos me dan propinas.

Se coloca los cubiertos envueltos en servilletas bajo el brazo y con el pie abre la puerta que da a la cafetería.

Al cabo de un instante, vuelve a asomar la cabeza.

—Habla con Linus. Seguramente podrá cobrar ese cheque miserable que te han dado. Adivino que no tienes cuenta corriente. Si llevas el cheque al banco, se quedarán un pico para ellos.

Tardo un buen rato en llegar a casa en bici, intentando aplacar el pánico que crece en mi interior al pensar en el dinero, el alquiler y todo lo que tengo que comprar. Linus me cambió el cheque por dinero en efectivo. Esta noche tendré que pagar a Leonard. Para sentirme algo mejor, decido visitar una casa que me gusta porque han usado somieres como enrejados para un jardín. Los cuerpos curvos de las judías verdes

se entrelazan con los muelles. Más allá del enrejado, las cabezas gigantes de los girasoles penden sobre el cosmos y los cactus. Adoquines pintados con colores vivos serpentean por el jardín, un camino entre las flores resplandecientes, los cactus, los tapacubos centelleantes suspendidos de los álamos como si fueran campanas gigantescas. Los peces naranjas se mecen sobre la superficie brumosa de un estanque redondo. Todo el exterior de la pequeña casa ha sido pintado con murales compuestos por nubes arremolinadas de color, rayos, coyotes que aúllan, tortugas perezosas. A veces, cuando paso por delante caminando, veo a una mujer que retoca

la pintura, con el pelo espeso y gris recogido a la altura del cuello. Trabaja con cuidado, apenas moviendo las brochas, con un cigarrillo balanceándose en un cenicero a sus pies. Una vez, se volvió y me sonrió, mostrándome los dientes blancos en el calor del día, con la explosión brillante del mural detrás de ella, pero yo pasé de largo con rapidez, avergonzada. Me gusta esta casa, y me gusta pensar en ella, y en esa extraña mujer, el jardín silvestre pero ordenado, y quiero saber cómo se llega hasta ahí, a poseer una pequeña mota en la Tierra, una casita que poder pintar por dentro y por fuera, un patio trasero que llenar y moldear,

cómo se consigue sentirse cómodo con el aire que te rodea.

En la cocina tenemos un mal día: Riley me ha pedido un favor y su petición flota en el aire entre los dos, y a cada segundo se vuelve más y más pesada.

Riley me mira fijamente, esperando a que le responda.

Los dedos de Riley tienen el color del café aguado. ¿Cuántos cigarrillos ha fumado hoy? Nos han devuelto algunos pedidos: bagels quemados por un lado, al revuelto de tofu le faltan las

cebolletas, las patatas caseras están duras como un ladrillo. Dos platos rotos, al golpear los lados blancos mellados contra una mesa de la cocina de acero inoxidable.

Dice que lo necesita para pasar el turno. Dice que la casa tiene una puerta negra y una camioneta azul aparcada delante. La máquina de café se queja, unas nubes de vapor ensucian el rostro de Linus. Tanner está limpiando las mesas de delante. Julie está en su despacho.

—Tienes un descanso.

Da una calada al cigarrillo. Tiene los ojos enrojecidos. Esta mañana, cuando fui a buscarlo, ya se había levantado,

estaba sentado en el sofá, fumando, con la mirada perdida y un olor peculiar enganchado a la piel.

—No tengo permiso para salir en horas de trabajo. Reglas de la casa.

Intenta guiñar el ojo, pero más bien parece que se le haya metido algo.

—Por favor. —Tiene un eco ronco en la garganta, igual que Evan cuando necesitaba algo—. De todos modos estás a punto de terminar tu turno. Te pagaré.

Recuerdo a Ellis, tirándome del brazo, con el rostro frenético de necesidad. «Por favor», suplicaba. «Si llama mi madre, dile que estoy en el lavabo. Le he dicho que me quedaba a

dormir aquí. Por favor, Charlie. Necesito estar con él. Me ayudarás, ¿verdad, Charlie?»

Él también me recuerda a Evan, cuando necesitaba un chute o cualquier cosa decía «para detener al puto abismo que amenaza con devorarme la puta alma», y yo me armaba de valor, y me lavaba en cualquier lavabo, lo justo para que mi cara no estuviera demasiado sucia, y me plantaba en un rincón a unas cuantas manzanas de Mears Park en St. Paul, justo después de oscurecer, esperando a que apareciera un hombre, y guiarlo hasta el parque, donde Evan y Dump me estaban esperando.

Pero Ellis necesitaba a aquel chico, y

yo la necesitaba a ella. Y Evan me había ayudado, me había salvado, y yo lo ayudaba a él. Y ahora Riley me pide ayuda. Y ha dicho que me pagaría. Necesito ese dinero extra.

Casper dijo que sería fácil caer en los viejos hábitos, los viejos patrones. Pero ahora Casper está ocupada, a un millón de kilómetros de distancia. La grisura reconfortante de Creeley está a un millón de kilómetros de distancia. Yo me siento a un millón de kilómetros.

Me invade una sensación de atontamiento conocida cuando me quito el delantal y lo dejo sobre el estante de los platos. No le digo nada a Riley. Extiendo la mano para que me dé dinero

y cierro los dedos cuando me lo da. Cuando me lo meto en el bolsillo me doy cuenta de que hoy he olvidado el lapislázuli. Mis dedos buscan durante un minuto pero luego desisten.

Fuera de la cafetería, el calor hace crepitar el vapor de mi piel. Riley no se ha dado cuenta de que me he escondido un cuchillo en el bolsillo.

El hombre que abre la puerta me mira de arriba abajo y luego detrás de mí, a la calle, como si quisiera asegurarse de que estoy sola. Está masticando la punta de un lápiz. Tiene los dientes amarillos. La casa apesta a comida de gato enlatada.

Evan y Dump me enseñaron que el silencio es la mejor arma. Las personas te embaucan con palabras. Dan la vuelta a lo que dices. Te hacen creer que necesitas cosas que no necesitas. Te hacen hablar, para que te relajes, y luego te atacan.

El hombre vuelve a desplomarse en el sofá. Permanezco junto a la puerta. Hay gatos por todas partes: blancos y negros, grises, atigrados...pululando por la casa y maullando a todo volumen. La mesita que el hombre tiene delante está atestada de papeles y tazas, de revistas arrugadas.

—¿Eres la chica de Riley?

El lápiz húmedo que lleva en la boca

se le pega a los dientes.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —Señala a la bola de pelo que se desplaza por la alfombra andrajosa y ríe —: Ja, ja.

La sonrisa se desvanece al comprobar que permanezco en silencio.

Me pregunta lo que tengo.

Pongo el dinero sobre la mesa. «Analiza», diría Evan. «Analiza siempre antes de progresar.» Con el rabillo del ojo, veo un bate de béisbol apoyado contra la pared. Veo platos sucios con tenedores y cuchillos asimismo sucios amontonados sobre el televisor. El televisor está a un metro de distancia. Mi bolsillo está más cerca.

El hombre cuenta el dinero, alarga el brazo y llama seis veces a la puerta.

—Tienes una buena cicatriz en la frente.

Vuelve a tirar el encendedor sobre la mesa, se reclina en el sofá y deja salir el aire. Las volutas de humo ascienden por encima de sus rodillas.

Mantengo la mirada perdida, sin decir palabra. Hablar es lo que crea problemas. Es así como te pillan.

Se abre una puerta en el pasillo. Aparece una mujer, con los ojos adormecidos, descalza, con un top que le llega a la altura del estómago. Va muy despeinada; largos mechones teñidos de rojo y amarillo le caen sobre la cara.

Ella también mira detrás de mí, hacia la puerta, decepcionada. El hombre del sofá le da un repaso.

—Wendy, parece que tu guitarrista ha enviado a una amiguita. ¿Debemos fiarnos de ella?

Esta deja una bolsa marrón sobre la mesa. Me mira de arriba abajo, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Parece bastante inofensiva. Yo también soy amiga de Riley —me dice, con frialdad—. Es un buen amigo.

El hombre le ordena que se vaya, y yo contemplo cómo vuelve a desaparecer por el pasillo. La ceniza del cigarrillo ha crecido. Lentamente, empuja la bolsa a lo largo de la mesa con los dedos

descalzos de los pies, hasta que cae sobre la alfombra. La recojo, sintiendo el cuchillo contra el muslo cuando me agacho.

—Si quieres algo para ti, ya sabes dónde estoy.

No respondo, solo doy media vuelta y me voy. No me detengo ni miro atrás hasta que empujo la puerta del True Grit.

Riley me estira hacia la zona de la plancha, y abre las manos. Se mete la bolsa bajo la camisa. Me susurra que vigile la plancha en su lugar.

De camino al lavabo, me señala la nevera. Cuando la abro, veo mi regalo de agradecimiento: otra voluminosa bolsa de comida. La cojo como un robot,

sin sentimientos, sin expresión, y la meto toda entera en el fondo de la mochila. Riley regresa más despierto, lamiéndose los labios. Me guiña un ojo y vuelve a darle la vuelta a las patatas sobre la plancha.

No sé qué pensar de lo que acabo de hacer, ni por qué lo he hecho. Me he quedado en blanco. Paso el resto del turno como en una nebulosa.

En mi habitación, coloco la silla verde contra la puerta. Pongo la bolsa de comida sobre la mesa y saco el cuchillo del bolsillo. No sé cómo he podido olvidar que lo tenía.

Y entonces, como si nada, toda la insensibilidad que me invadía

desaparece y el corazón empieza a latirme como un pájaro enjaulado y enloquecido. Hacerlo por Riley me ha hecho sentir bien. He hecho algo malo, pero me ha hecho sentir como me sentía algunas veces con Evan y Dump y me ha recordado lo que solíamos hacer: de acuerdo, estaba mal, era inapropiado, pero también había un elemento de peligro que me atraía. ¿Hasta dónde podía llegar antes de perder los papeles? ¿Era posible reconocer el momento en que algo estaba a punto de salir horriblemente mal?

Pero también me doy cuenta de que estoy saltándome las reglas de Casper y de pronto me invade la desesperación.

Me levanto y paseo por la habitación. Intento hacer los ejercicios de respiración, pero solo puedo jadear, no consigo calmarme. Estoy demasiado nerviosa. Mikey me dijo que avanzara y lo único que he hecho, en cambio, ha sido retroceder muchísimo y, oh, mierda, ya llega el tornado.

Mi adorado botiquín sigue a buen recaudo bajo la bañera, escondido dentro de la maleta de Louisa. No lo quiero. Resigo con suavidad mi antebrazo con la hoja del cuchillo, poniéndome a prueba. Me pica la piel y la añoranza me invade; se me humedecen los ojos.

Estoy a punto de sentirme mejor, de

liberarme, aquí mismo, con este cuchillo pequeño y rechoncho. Pero giro los brazos, me obligo a mirar las líneas rojas y crudas que coronan mi piel suave.

Cualquier cosa menos esto.

Dejo que el cuchillo repiquetee contra el fregadero. Ahora me entra el bajón y empiezo a sentirme mal. Hoy he estado demasiado cerca, con Riley y con aquel hombre. Demasiado cerca de lo que solía hacer, y una parte de mí quería comprobar cómo sería volverlo a sentir, pero también quería hacer que los ojos de Riley dejaran de pestañear, quería que dejara de temblar, quería ser una buena persona, cuidarlo, como hacía con

Louisa, como me gustaba hacerlo por Ellis.

Y esa única vez, esa única vez en que necesitaba más ayuda de lo que la había necesitado nunca, yo no la ayudé, y la perdí.

La habitación me ahoga. Abro la puerta de par en par. Podría bajar, pedir a uno de los hombres del porche que fuera con mi dinero a la licorería. Estoy a punto de salir cuando la puerta del otro lado del pasillo se abre y de ella sale una mujer pequeña, con la cara sucia. No sé cómo se llama, solo lleva unos días aquí, pero nos hemos cruzado por el pasillo, y ella siempre se aplasta contra la pared si me acerco demasiado.

Por la noche, habla mucho consigo misma, no para de murmurar.

—Hola —digo, antes de acobardarme —. ¿Tiene aquí algo para beber? Le pagaré.

Saco del bolsillo un billete de cinco.

Tiene unos ojitos que parecen pasas. Lleva una camiseta sin mangas manchada. Unos tatuajes descoloridos le atraviesan el pecho. Sobre todo son nombres, pero no consigo leerlos. Mira mi dinero. Me tiembla la mano. Cuando alarga el brazo para coger el billete, veo que a ella también le tiembla la mano. Vuelve a entrar en su habitación y cierra dando un portazo.

Cuando sale, me pasa una botella de

vino barato y un sacacorchos, y luego echa a andar por el pasillo. Las zapatillas aporrean cada uno de los dieciséis escalones hasta el primer piso.

Ni siquiera espero a comer algo. Descorcho la botella y bebo largos tragos hasta que empiezo a ahogarme un poco, luego tiro el resto por el fregadero incapaz de seguir bebiendo. Me golpea con rapidez, el mareo, la calidez seguida de la pequeña sensación de euforia en el estómago. Es suficiente para calmar la ansiedad. Me encuentro mal, pero he tomado una decisión. Cortarme o beber, y he elegido beber.

En la bolsa que me ha dado Riley, encuentro un pequeño burrito envuelto

en papel de aluminio. Está relleno de pollo, queso en lonchas, chiles y crema agria. Una montañita de patatas fritas crujientes rodea el burrito. Todavía están calientes, sabrosas y grasientas cuando las pruebo. Me lo termino todo, incluso los trocitos húmedos que caen en mi regazo. Saco la servilleta blanca de la bolsa para limpiarme la cara, y de ella cae un billete de veinte dólares. Solo puedo suponer que es un agradecimiento extra de parte de Riley.

Cojo el libro que saqué de la biblioteca a principios de semana. «Dibujar es un estado de ánimo», leo. «Una interacción entre el ojo, la mano, el modelo, la memoria y la percepción.

El método de representación...»

Suspiro, cierro el libro y lo empujo hasta el borde de la mesa. Pienso en la mujer de la casa de los murales, el jardín que parece un castillo. Pronto, Lacey, de la 3C, empezará a llorar en su habitación, como hace todas las noches, con un sonido parecido al hipo. El maestro de escuela del piso de abajo mirará repeticiones de *El precio justo* durante toda la noche, las campanas, los silbidos y el ruido del público se colará por los tablones del suelo. Los hombres de mi piso se tambalearán por el pasillo hasta el lavabo compartido, gruñirán y mearán.

Dibujo como una posesa, pero esta

vez lo hago en la pared junto a mi cama, llenando todo el vacío que me rodea, en una especie de mural propio que me envuelve y me hace sentir segura, hasta que seré incapaz de resistirme al sueño provocado por el vino.

La siguiente vez, el hombre del sofá no tiene tantas ganas de hablar. En esta ocasión, la mujer del pelo rojo y amarillo se entretiene un poco más mientras yo cojo la bolsa y me la meto en el bolsillo, y cuando estoy a punto de irme, me dice: «Dile a Riley que Wendy le manda saludos. Dile a Riley que Wendy lo echa de menos». Esas palabras me provocan una mueca de disgusto. ¿Serán novios? Intento no

pensar en ello.

En la cafetería, le entrego la bolsa y contemplo cómo se apresura hacia el lavabo. Tanner está hojeando un libro ilustrado, con extrañas fotografías. Lo levanta para que lo pueda ver.

—Un ojo fuera de órbita —dice—. Voy a ser técnico de emergencias médicas.

La fotografía muestra el retrato de un hombre con aspecto sorprendido, con el ojo saliéndole de la cuenca, unido por una arteria en zigzag que parece un dibujo de cómic. Es muy desagradable, y al verlo pongo cara de asco.

—Estas cosas pasan —murmura Tanner—. El cuerpo humano es algo

maravilloso en todo su jodido esplendor.

Linus cruza la puerta doble, limpiándose las manos en el delantal. La foto le produce arcadas y Tanner ríe. Alzo la vista y le pillo sonriéndome, pero vuelvo a desviar la mirada hacia los platos blancos, las rebanadas cuadradas de pan de trigo y queso fundido a las que estoy dando la vuelta mientras Riley está en el lavabo.

Linus dice:

—Puedes hablar con nosotros, ¿sabes? No mordemos.

Tanner dice:

—Yo a veces lo hago.

Y se echan a reír, pero comprendo

que no se ríen de mí, de modo que también me río a mi manera. Me siento un poco más cómoda con ellos, hablo un poco más.

Riley vuelve. Me doy cuenta de que evita deliberadamente hablar con Linus, porque de inmediato se pone a trabajar.

Su piel desprende el olor frío del agua. Las mejillas han recuperado el color, los ojos emiten una luz líquida. Silbando, me quita la espátula de los dedos y, con un gesto rápido, le da la vuelta a las montañas de croquetas, prepara un plato, echa aceite a un punto seco de la plancha. Permanece en silencio hasta que Linus y Tanner se dirigen a la barra para comprobar las

cafeteras. Cuando lo hacen, se inclina hacia mí, echándome encima el aliento cálido, y susurra:

—Eres una buena chica.

Empieza a llover muy temprano, mientras voy en bicicleta a casa de Riley a despertarlo para ir a trabajar. La noche ha sido húmeda y he dormido con el ventilador pegado al cuerpo, pero no ha servido de nada. Me he lavado en la bañera con agua fría, pero se me engancha la ropa en cuanto salgo.

A medio trayecto, es como si alguien hubiera corrido una cortina oscura por el cielo y, de pronto, la lluvia más

espesa que he visto o sentido nunca empieza a caer. Es como si de repente hubieran abierto mil grifos en el cielo a la vez. La calle se inunda de inmediato y los coches que pasan me salpican todavía más agua. Estoy a punto de perder el equilibrio cuando un coche acelera junto a un charco y el agua me azota la cara. Es una lluvia cálida y poderosa.

Llego empapada a su casa. Subo corriendo al porche y me quito las botas. Llamo a la puerta, pero no hay respuesta. No quiero llenar el piso de agua, pero entonces pienso: «¿Acaso le va a importar?». De modo que entro en la casa y voy directamente al lavabo.

Las únicas toallas que hay están tiradas en el suelo. Empiezo a secarme, sacudiéndome el agua del pelo.

Riley aparece en la puerta, con el pelo enmarañado. Va descamisado, y me sonrojo.

—Vaya, mira lo que ha metido el gato en la casa. ¿Es tu primer monzón?

—¿Qué?

Estoy temblando, notando el peso del peto, completamente mojado, y la camisa pegada al cuerpo.

—En realidad es lo mejor de Tucson. Los monzones. Tormentas de lluvia absolutamente épicas. Pueden cerrar zonas de la ciudad en cuestión de minutos, inundar las carreteras. Deja que

vaya a echar un vistazo.

Vuelve, silbando.

—Este es bastante violento. Así no podemos salir. Tendremos que esperar a que amaine. Será mejor que te quites la ropa mojada.

Me lo quedo mirando.

—¿Disculpa?

Le brillan los ojos.

—Estás totalmente empapada, Charlie. Tienes que quitarte esa ropa. Pero no tengo lavadora ni secadora. Suelo utilizar las del piso de Julie. Tendrás que quedarte desnuda. —Se echa a reír.

Me envuelvo con la toalla.

—Es broma. Espera un momento.

Me castañean los dientes. Oigo la lluvia que golpea el tejado, los laterales de la casa.

Riley regresa con una camiseta y unos vaqueros.

—Toma —dice, pasándomelos—. Se los olvidó una invitada.

«Una invitada.» ¿Cuándo? ¿Quién? Contemplo las piezas de ropa. Riley cierra la puerta. Me quito la ropa mojada y la cuelgo cuidadosamente sobre la cortina de la ducha. Es raro llevar ropa diferente. Los vaqueros me van un poco anchos en la cintura. Tengo que enrollar la parte superior y luego recogerme la pernera. No me ha traído calcetines, y tengo que caminar

descalza.

Me siento desnuda, con esta camiseta de manga corta. Y tengo frío. Agarro otra toalla y me envuelvo con ella.

La puerta principal está abierta. Riley está sentado en el porche, con las piernas cruzadas, fumando. Me siento a su lado.

—Me encanta este clima —susurra—. Me encanta la lluvia.

Observo la tempestuosa cortina de agua. Es como si a todo le hubieran puesto una malla grisácea y reluciente.

—A mí no —digo—. No me gusta nada. Tampoco me gusta demasiado la nieve.

—Tú y la Madre Naturaleza no os

lleváis bien, ¿verdad?

Pienso en las veces en que Evan, Dump y yo nos quedamos colgados bajo la lluvia, cuando no teníamos ningún lugar adonde ir. Esa sensación de estar plantado bajo la lluvia, pegados los unos a los otros, mojándonos cada vez más, sabiendo que la humedad haría que nos salieran hongos en los pies por culpa de los calcetines sucios y húmedos, que seguramente estaríamos días enfermos, como si nunca más fuéramos a estar secos.

—Viví en la calle durante un tiempo —digo, sorprendiéndome a mí misma—. Antes de venir aquí. No es divertido que se ponga a llover y no tengas ningún

sitio donde refugiarte.

Noto la mirada de Riley sobre mí. Se queda un momento callado y luego dice:

—Lamento oír eso, Charlie. No está bien. No está nada bien.

—No lo estuvo.

Noto que se me forma un nudo en la garganta. Me pellizco el muslo para no echarme a llorar. Me siento bastante bien por habérselo contado a alguien, por habérselo contado a él. De todas las personas que he conocido aquí hasta el momento, nadie mejor que él puede comprender el hecho de cagarla y estar perdido.

Saca el cigarrillo del cenicero y me toca la mano.

—Todavía estás fría.

Me masajea la piel con los dedos y luego se levanta, ofreciéndome la mano.

—Será mejor que entres. ¿Ves esa manta del sofá? Es la mejor, te lo aseguro. Envuélvete con ella y te prepararé un té.

Sonríe.

—¿De acuerdo?

Miro la mano por un instante antes de aceptarla.

—De acuerdo.

Al principio pienso que están llamando a otra puerta, tal vez la de Manny, en el otro extremo del pasillo. Su madre, Karen, a menudo aparece a horas intempestivas, cargada de latas de Coors Light y DVD de *Perdidos*, que ven de principio a fin mientras beben cerveza y comen palomitas de microondas. Karen llama con fuerza e insistencia, porque normalmente, cuando ella termina su turno en el Village Inn y llega en un taxi

a la puerta del edificio, Manny está a punto de caer rendido. La mujer suele ser el último cliente de la licorería de al lado, se presenta cuando ya están echando el candado y bajando la persiana. A través de mi ventana suelo oír cómo se queja y suplica, y les ofrece dinero extra, un dinero que ha ganado trabajando toda la noche, recogiendo billetes húmedos de copas de malta y de debajo de los restos de queso fundido. Esta parte la conozco porque a veces Karen se lo cuenta a Manny, quejándose de que tiene que trabajar en el último turno, que debe tratar con universitarios desagradables y fiesteros borrachos. Manny consuela a su madre y le calienta

una taza de café en el microondas para que pueda volver a empezar de nuevo. Manny y su madre son probablemente las personas más ruidosas del edificio.

Frunzo el ceño y levanto la vista del cuaderno de dibujo. Únicamente Mikey y Leonard, que vino una vez para desembozar el fregadero, han entrado en mi habitación. Estoy sentada y solo llevo bragas y camiseta porque hace mucho calor, a pesar del ventilador que compré en Goodwill. Me pongo el peto.

Se me acelera el corazón cuando abro la puerta y descubro que se trata de Riley. Está apoyado contra el marco de la puerta, con la oscuridad del pasillo esparciéndose detrás de él, y balancea

con una mano una bolsa de plástico.

—Me encanta cómo te sonrojas cuando me ves —dice.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No me molesto en disimular el cabreo en mi voz, aunque no estoy segura de si estoy enfadada con él por el hecho de que se haya dado cuenta y por su mala educación o enfadada conmigo misma por sonrojarme.

—Veo que en casa llevas manga corta —continúa, como si yo no hubiera dicho nada—. ¿Vas a invitarme a pasar?

Los últimos días ha estado callado en el trabajo, extrañamente calmado.

Huelo el aire que le rodea, para hacer tiempo.

—¿Estás borracho?

—Te he comprado un regalo.

La bolsa le cuelga del dedo.

Tengo la boca seca. Le brillan los ojos y parece contento. «Todo será más fácil si no entras en la habitación», pienso. Porque ahora mismo me estoy hundiendo en sus ojos de felicidad, y recuerdo lo amable que fue el día que llovió, y lo bien que me sentó hablar con él en el porche, la calidez de su mano dentro de la mía.

Pero él, con un movimiento rápido, pasa por delante de mí y deja la bolsa de plástico sobre el sillón destartalado.

—¿Siempre estás a oscuras, Desconocida?

Intenta encender la lámpara, que solo emite un clic, clic.

—Se me han fundido las bombillas y con lo que gano no tengo suficiente para comprar otras —digo, irritada—. Con la farola de la calle y el neón de encima de la tienda tengo suficiente.

Se deja caer en el futón, se quita las botas y enlaza las manos detrás de la cabeza.

—Abre los regalos. —Señala al sillón, con los ojos centelleantes—. Ahí están.

En vez de hacerlo, le tiro la bolsa encima. Él se ríe y mete la mano en el interior. Extrae una camiseta de color verde gastado con la palabra M*A*S*H

en la parte frontal.

—Sé que tienes sentido del humor.

Deja la camiseta sobre la cama y retira la bolsa.

—Verás, estaba bebiendo en el Tap Room y creo que se me han caído las llaves de camino a casa. No puedo entrar en mi casa. No puedo romper una ventana, son carísimas. —Hace una pausa—. He buscado por toda la maldita calle, pero está jodidamente oscuro. En la oscuridad no veo nada bien.

Se pone de lado.

Yo me arrodillo y desdoblo la camiseta.

—Es demasiado pequeña —miento.

—Y una mierda —replica—. Te

encanta y te irá perfecta. He tenido tiempo de sobra para calcular tu talla, mirándote la espalda cuatro días a la semana durante semanas interminables.

Hace una nueva pausa.

—No somos tan diferentes, ¿sabes? Te he traído otra cosa.

Hay otras camisetas en la bolsa, y debajo de ellas, noto los bordes planos de una tarjeta. A media luz, acerco la postal a mi rostro. Una mujer pelirroja con manchas rosadas en las mejillas. Tiene el rostro medio escondido en la sombra, y un ojo oscuro y enorme me mira fijamente. *Esposa del artista, 1634*.

—Vi cómo mirabas aquellos libros en

la biblioteca. Hace tiempo. Encontré esta postal en una tienda de baratijas de la calle Veintidós. He pensado que tenéis los mismos ojos: tormentosos, tristes.

Una franja de luz de la farola le atraviesa la mejilla. ¿Me vio en la biblioteca? Se me tensa el estómago.

—¿Qué... qué hacías en la biblioteca? ¿Por qué no me saludaste?

—Me gusta leer. Y ahí estabas tú, mirando unos libros de arte muy grandes, como si nada más tuviera importancia. Parecías feliz.

Coloca un dedo sobre mi muslo y traza pequeños círculos sobre la tela. Círculo, círculo, subiendo, subiendo,

hasta que el dedo llega a la parte superior del peto. Contengo la respiración.

Me muerdo el interior de la mejilla, alegrándome de la oscuridad grisácea que nos rodea, la farola que a duras penas me permite verlo.

Louisa dijo que nadie nos querría de una manera normal, pero sigo siendo una persona, y ansío que me toquen.

—Llevas un millón de historias en tu interior —dice, con suavidad.

Se incorpora. Unas líneas finas se le dibujan en las comisuras de los ojos. Puedo oler los restos del alcohol de alta graduación (¿bourbon?), un olor punzante y profundo que le recubre la

garganta. La corriente eléctrica sigue recorriéndome las piernas y el estómago.

—Soy un cliché andante —dice y me desabrocha los tirantes del peto, haciendo que caigan con un suave chasquido. Me toma por los brazos, los vuelve a un lado y a otro, y con los dedos repasa los ríos y las zanjas de mi piel. Me hundo, y no intento mantenerme a flote porque quiero, deseo, bajar hasta el fondo.

»No voy a hacerte daño —dice, rozándome el cuello con los labios—. Nos gustamos, ¿verdad?

Vuelve a echarme sobre el futón, me quita el peto con facilidad, baja las

manos por mis muslos, poniendo al descubierto las cicatrices como escaleras que tengo ahí. Me frota con los pulgares como si estuviera probando cuerdas de guitarra, lentamente, sin aprensión.

Está sucediendo, y yo me dejo. Una cosa más que se está yendo, una cosa más en la lista de Casper, y pronto, todo lo de Casper habrá desaparecido. Me tapo la cara con las manos y escucho mi aliento que rebota contra las palmas de mis manos.

Y entonces él sube un poco las manos por encima de la camiseta, dejando mi abdomen al descubierto durante un segundo muy breve, y luego las mete por

debajo tan de repente que se me acelera la respiración. Me acaricia el pecho con los pulgares.

Le agarro el rostro con fuerza, ansiosa de sentir sus labios sobre los míos. No me molesta el sabor de su boca, el olor penetrante a tabaco de su pelo, o de su piel. Veo dos colores en el interior de mis párpados: azul y mandarina. Sus manos me amasan la cintura, bajan por las piernas, por el interior de los muslos. Casi no noto el peso de su cuerpo, es ligero, de algún modo encaja con la estructura de mis huesos. Dejo que mis manos se paseen por encima de sus pantalones, y que los dedos sientan el espacio entre la goma y la piel. Pero

él me retira la mano, hunde el rostro en mi cuello, baja los dedos por dentro de mis bragas, entre mis piernas, hasta penetrarme.

«No, no», digo, y Riley se retira. «Quieres que me detenga», y yo repito: «No, no», jadeando, porque no quiero que se detenga pero sí que quiero, y en ese momento tengo un lío tremendo en mi interior. Cuando intento desabrocharle los pantalones, me detiene: «No, solo esto, déjame hacer esto», y comprendo que está muy borracho, demasiado borracho, pero el interior de mis párpados está ardiendo, con explosiones de negro y rojo, y no puedo evitar lo que me está pasando. Me

estremezco y él ríe con suavidad contra mi cuello. Al final del pasillo, los dos oímos a Kate que grita: ¡Jack! ¡Jack!».

Por la mañana, cuando me despierto, veo que está repasando los rostros de las personas de mi cuaderno de dibujo. Sin embargo, no hace ningún comentario, solo me sonríe, una sonrisa que inyecta en mi sangre y me produce dolor. Se tumba encima de mí y dice: «Anoche estaba borracho, pero ahora ya no lo estoy», y al principio me da vergüenza porque estamos a plena luz del día, ya no hay oscuridad, todo mi cuerpo está abierto y expuesto, pero con el tiempo lo voy olvidando.

Nos levantamos y nos vestimos sin hablar. Siento que tengo el cuerpo borroso, el cerebro nublado y confuso. Como si fuéramos una pareja, compramos un café en una cafetería animada, limpia, llena de plantas, en la calle Congress, completamente diferente al True Grit, con sus paredes mugrientas y su vitrina de pasteles manchada de huellas dactilares. Como si fuera mi novio, me compra un mejunje de café con chocolate, crema batida y azúcar en polvo.

Nunca he tenido novio. Estuve con algunos chicos en los garajes, pero aquello no fue nada. Tengo casi dieciocho años, y hasta hoy ningún chico

me había invitado a nada de chocolate.

Revisamos las aceras desde su casa hasta el hotel Congress, donde está el Tap Room, en busca de sus llaves. El vestíbulo del hotel es un lugar reluciente e iluminado por el sol con sofás de cuero y un estilo occidental, casi punk. Un cuadro gigantesco de una rubia preciosa en shorts vaqueros, chasqueando un látigo, preside una de las paredes. Riley me lleva hasta la sala principal del club Congress, junto al vestíbulo: el escenario negro, pequeño y bajo con cortinas rojas y moradas, la barra larga y pasada de moda al fondo de la sala. Se queda mirando el escenario durante un minuto y susurra:

«Una vez hicimos de teloneros de John Doe, aquí», pero no sé quién es. Parece que esté en su propio mundo, y tengo que recordarle que pronto tendremos que estar en el trabajo.

Desde el club, una puerta da al Tap Room, y a través de la puerta veo un bar sencillo y vacío con taburetes altos, una máquina de discos, cuadros del Oeste de toda la vida colgados muy altos en las paredes empapeladas con motivos anticuados, y unos compartimentos simples y de un rojo gastado.

Encontramos las llaves brillando a la luz del sol de primera hora de la mañana, en el lugar más inesperado: la base de una señal de stop. Llevan un

llavero donde pone ISLANDIA.

—Una vez, con el grupo, hicimos escala allí. Es el sitio más bonito que he visto nunca —dice—. ¿Tú has viajado mucho?

Islandia. Ha estado en Islandia. Me pregunto qué le diría Ellis sobre el tema. «París, Londres, Islandia», donde tú quieras.

—Aquí —respondo—. He viajado hasta aquí.

Eso le hace sonreír.

De camino al trabajo, fuma y me ofrece caladas, que yo acepto sin ni siquiera pensarlo. Nos separamos, como de costumbre, a una manzana de distancia; yo entro primero, sonriendo

precavidamente a Linus. Vacío los filtros de la noche anterior y les paso un poco de agua en el fregadero, para devolverlos al mostrador. Se oye el golpe de la puerta, seguida del saludo despreocupado de Riley, que se dirige al teléfono y escucha los mensajes y toma notas para Julie. Enciende la plancha, echa encima una tina de patatas fritas, las rocía con mantequilla y aceite, y las mueve con la espátula. Se prepara un expreso, me trae una taza de café y le pregunta a Linus algo sobre un telar.

Me ato un delantal, y oigo cómo suena la campana cuando los primeros clientes desfilan por la puerta. El lavavajillas desprende vapor, pero no tengo tanto

calor como de costumbre, ni mucho menos, porque voy vestida con una camiseta de manga corta y de color verde gastado con las letras M*A*S*H en la parte delantera.

Al volverme con una pila de platos, veo que Riley da un sorbo a su expreso, mirándome. Me atraviesa de nuevo una corriente eléctrica solo con verlo. Flashes de la noche anterior, su boca y sus manos; todavía noto su aliento sobre mi cuello.

Deposito la pila de platos sobre la encimera antes de que se me caigan. Sonríe.

A lo largo del día, noto miradas disimuladas a mis brazos, susurros entre

los camareros, un silencio interrogativo, miradas severas, cejas arqueadas. Él se esfuerza por conversar conmigo, gastando bromas tontas, incluyéndome en las conversaciones con el personal. Es como si quisiera protegerme con un velo, y yo se lo agradezco.

Lo espero en la oscuridad de mi habitación, limpia, con la piel todavía caliente del baño, pero no viene. Escucho a los hombres que beben en el porche, el sonido lejano y confuso de un grupo que se retira tras tomar unas copas en el club Congress al final de la calle, pero nadie llama a mi puerta. Espero hasta que tengo la sensación de que mi interior va a explotar, hasta que siento una especie de bola de fuego, un calor

que emana por todos mis poros, y luego me visto, subo a la bicicleta amarilla y pedaleo hasta su casa.

Cuando abre la puerta y me ve, descansa el codo sobre una mano, y el humo del cigarrillo se eleva soñoliento por los aires.

—¿Dónde estabas? —me pregunta con una voz ronca y ojos juguetones. Luego me toma de la mano y me hace entrar en la casa.

Por supuesto que vuelve a empezar. Durante un tiempo no me lo pidió y pensé que no tendría que volver a hacerlo, ahora que estamos juntos. Pero me equivoqué. Está claro. He visto películas. Sé que los chicos deben ir a tu casa a recogerte en un coche, llevarte a cenar, comprarte flores y mierdas de esas, y no hacerte esperar y esperar, esperar en tu sórdido apartamento hasta que tu cuerpo ya no lo soporta más, y

subes a la bicicleta y pedaleas hasta su casa, y agradeces incluso que te abra la puerta y sonría y te diga: «He perdido la noción del tiempo». «Ah, eres tú, justo ahora estaba pensando en ti.»

Pero, en cambio, él pregunta:

—¿Podrías ir a buscarme caramelos? Luego podemos ver la televisión o hacer lo que tú ya sabes.

Me llama «mi visitante nocturna». Es como el desierto: muy bello, muy cálido, pero hay aristas por todas partes con las que debes ir con cuidado. Tienes que saber dónde están. POR LO TANTO: sé que todo esto está mal. Pero tal vez, es lo mejor que yo puedo a conseguir. De todos modos, ya es demasiado tarde: he

caído de pleno.

Me reclino contra el asiento de la bici, escuchando, con la bolsa de Wendy en la mano. Cada noche me he detenido en el mismo cruce, la misma señal de stop con el poste mellado, escuchando el sonido de la guitarra de Riley que flota a la deriva calle abajo. Sé que, más tarde, cuando me abra la puerta, encontraré el grabador de cuatro pistas en el suelo con un cuaderno de notas abierto y las páginas sueltas, con las anotaciones

ilegibles de Riley en todas ellas, y un cenicero atestado de colillas aplastadas. Algunas noches, solo se escucha el sonido tierno y cálido de la Gibson Hummingbird; Riley no siempre está cantando. Una vez, en la biblioteca, busqué Long Home en el ordenador. Tiger Dean todavía mantiene activa la página web de la banda. Cliqué canciones como «Stitcher» y «Charity Case», el gran momento solista de Riley. Lo que me cautivó inicialmente fue la voz de Tiger, una mezcla poderosa de personalidad y tono, pero lo que daba sentido a todo eran las letras, lo que me hizo escuchar con más atención, buscando instintivamente ciertas frases y

palabras. Había otra canción en la que Riley cantaba la parte solista, una balada llamada «Cannon», sobre un hombre tan desesperado que su corazón sale del pecho y se aleja rodando y él lo sigue (Y el corazón salió disparado / como un cañón / y rodó hasta el fondo del desfiladero / y aquí permaneceré / vacío en estos días vacíos / hasta que tú vuelvas / y te cases conmigo, nena), y creo que funcionaba precisamente porque no era un cantante nato. Lo que hacía que la canción fuera todavía más triste era que la voz se rompiera en algunas partes, flaqueara en otras y, al final, desapareciera totalmente.

En la calle de Riley, la gente se sienta

en los porches a escucharlo, cerveza o vino en mano, atentos a lo que está tocando. Cuando toca bien, cuando no hay errores, cuando es capaz de terminar una canción de principio a fin, la emoción me atraviesa y me perfora. Las caras de los vecinos se iluminan. Al final, aplauden en silencio, porque nadie quiere que él sepa que lo escuchan, nadie quiere que pare de tocar. Todo el mundo tiene cuidado con él, como si fueran pisando huevos.

Pero siempre deja de tocar cuando me oye encaramarme al porche. Deja la Gibson sobre el sofá, hace crujir los papeles, da un largo sorbo a la cerveza, enciende otro cigarrillo, me quita la

bolsa y desaparece en el lavabo.

Cuando estamos en su casa, juntos, con su estilo de vida relejado por todas partes, los libros viejos y leídos en la recia estantería, los discos ordenados por orden alfabético en estantes por toda la habitación, el sofá cómodo, elegante y destartalado, de terciopelo, los ceniceros descuidadamente llenos, pienso que es un sitio donde me podría quedar: dentro de una vida ya vivida y firmemente establecida.

Al principio, ríen de manera exagerada, están nerviosos y tengo que esperar a que se calmen, dejo que beban un poco más, antes de comenzar.

La luz del sol decae, pero en el porche hay luz suficiente para dibujarlos. Se trata de Héctor, que vive en el 1D, Manny y su madre, Karen. Creo que están acostumbrados a que la gente se los quede mirando, no a que los miren. Ella se remueve en la silla de

metal oxidado, jugando con las uñas. Manny está en el escalón, apoyado contra la barandilla.

—Sí —afirma, por fin—. Puedes hacerlo, ¿verdad, mamá?

En el porche, estudio los pliegues y las líneas de sus rostros y trabajo con rapidez, borroneando, soplando el polvo gris de carboncillo.

—Háblame de tu gran romance —me dice Karen—. Necesito saberlo.

Me limito a decir:

—Mmm. No hay mucho que contar.

Karen sacude la cabeza y sentencia:

—Los hombres pueden llegar a ser muy difíciles.

Manny está tenso, no deja de mirarme

con los ojos marrón oscuro. Bebe cerveza a través de los dientes apretados y me cuenta que su trabajo consiste principalmente en que otras personas no se presenten a sus empleos.

Cada día, Héctor, él y algunos otros del edificio esperan en la sofocante esquina de una calle del centro junto a docenas de hombres mientras van llegando los camiones en busca de trabajadores para regar los jardines de los que viven en lo alto de las colinas de la zona norte, recortar los setos, ayudar a cavar la tierra para construir nuevas piscinas o jacuzzis de baldosas elaboradas.

—Había un sitio —dice Héctor,

arrastrando las palabras, echándose hacia delante, abandonando la pose que tan bien había mantenido hace solo un momento— en el que las baldosas de la piscina representaban el rostro de la mujer del dueño, ¿sabes? Como su foto, bajo el agua. Tendrá que nadar en su propia cara.

Escupe en el porche, mirando a Karen, que frunce el ceño.

Manny dice:

—Hacemos funcionar a esta puta ciudad y quieren echarnos. Para construir una estupidez de muro.

Al terminar, sostienen el bloc con reverencia entre las manos. Están encantados de poder contemplarse

finalmente, como Evan el día que se vio a sí mismo en mi cómic. La felicidad que irradian me llena de vida.

En la cafetería, estoy recogiendo las mesas cuando un hombre chasquea los dedos para llamarme desde el mostrador.

—¿Puedes atenderme, por favor?

Tamborilea con insistencia sobre la barra.

Todo el mundo se ha ido, de modo que le hago el capuchino, vertiendo con cuidado la espuma sedosa sobre el expreso en una taza para llevar.

Normalmente no lo suelo hacer, pero he observado a Linus con atención, e intentarlo es bastante emocionante. El hombre me da el dinero y yo abro la caja para devolverle el cambio, cosa que también es la primera vez que hago aquí. Trabajé un tiempo en el colmado de una amiga de mi madre, por lo que conozco los fundamentos básicos de una caja registradora. La campanilla de la puerta suena cuando el hombre se va.

—¿Qué estás haciendo, Charlie?

Julie acaba de aparecer, con el ceño fruncido. Miro la caja todavía abierta, con los compartimentos para los billetes y las monedas.

—Nada. Ese tipo acaba de comprar

un café.

Señalo a la puerta, pero el hombre ya no está. La cafetería está vacía.

Julie se acerca por detrás y cierra de golpe el cajón, a punto de pillarme los dedos. Me encojo, sorprendida por su enfado.

—¿Dónde están los demás? No deberías estar en la barra.

Aparece Riley y coloca su taza bajo la cafetera, con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Qué pasa, Jules?

La voz de Julie suena forzada y aguda.

—Riley. ¿Te pago por beber café y emborracharte durante tu turno? No. Puedes hacerlo cuando te hayas ido.

Estoy harta de que todos os aprovechéis de mí. Necesito que supervises. Ella no tiene que atender la caja registradora. Hace días que no salen las cuentas.

Presa del pánico, salto:

—Yo no he cogido dinero. No lo haría nunca. —No me gusta notar que la cara se me ha encendido al decirlo. Me hace parecer culpable, pero a Riley no le haría algo semejante. Ni a Julie—. Lo siento. No había nadie, creía que estaba haciendo lo correcto.

—Nadie está diciendo que hayas cogido dinero, Charlie. No está diciendo eso, ¿verdad, Jules?

Riley bebe el café tranquilamente, observando con atención la cara de su

hermana. A mí no me mira.

Julie sacude la cabeza.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué siempre pones en entredicho mi autoridad...?

Se detiene de pronto, como si acabara de pensar en alguna cosa que le preocupa. Se me acerca un poco más, con la cabeza gacha.

—¿Por qué? ¿Por qué...? No sabía que fuera tan... Por el amor de Dios, no puedes estar aquí fuera con esto a la vista.

Agita las manos sobre las cicatrices de mis brazos desnudos, mirándome la piel. Retrocedo, colocando instintivamente los brazos tras la

espalda. Tropiezo contra la vitrina de pasteles.

—Charlie, aquí viene gente que intenta curarse. Las Hermanas, Charlie.

Su voz tiene un deje de desesperación. Nunca la había visto así; no puede ser que solo sea por mí y por lo de los brazos. ¿O sí?

Las Hermanas vienen cada martes y jueves y juntan las mesas, abren los diarios y se ponen a escribir. Lloran en silencio, frotándose la espalda la una a la otra. Beben té de fruta y llevan vestidos sueltos y cosidos a mano. Tienen el pelo liso y comen demasiadas galletas de algarroba y bollos de semillas de amapola. Linus dice que

pertenecían a una secta en la frontera de Arizona con Nuevo México.

—Jules, Jules, ¿te estás escuchando? —dice Riley, endureciendo de pronto la voz. Me pasa la bandeja de platos sucios y me dice que lo termine yo. No me muevo. Estoy petrificada contra la vitrina de pasteles.

Julie se vuelve hacia mí.

—No quiero que vayas en manga corta, ¿de acuerdo, Charlie? Sé que hace calor, arreglaremos el aire acondicionado, pero ver eso es como un detonante, ¿sabes? Tengo que conservar los clientes que tenemos, ¿entiendes? —Se le rompe la voz—. No hay un maldito cliente en todo el maldito local, Riley.

¿Qué ha pasado con la hora punta?

Esconde la cabeza entre las manos. Paso por detrás de ellos mientras Riley le da golpecitos en la espalda, y vuelvo al lavavajillas. Oigo cómo susurran, pero no distingo las palabras. Cuando Riley regresa, no me mira a los ojos.

—Le he dicho que nadie va a mirar nada más que no sea tu cara bonita, pero ahora mismo está en un momento delicado, o sea que tal vez mañana podrías ponerte manga larga. Solo durante un tiempo, ¿vale?

Se me cae el mundo a los pies. Pensaba que tal vez iba a defenderme un poco más. Lo miro. Él evita mis ojos.

Noto náuseas en el estómago.

—Riley —murmuro—. ¿Cuánto dinero falta? ¿A qué se refiere, Riley?

Él hace una mueca, los dedos le tiemblan mientras coloca una cebolla en la tabla de cortar.

—No te preocupes, ¿vale?

—Yo no he cogido dinero. No quiero que piense que lo he cogido.

—Todo irá bien, ¿vale? Yo me ocuparé de todo.

Se vuelve hacia la plancha y empieza a raspar la grasa y a formar con ella grandes montones de color caramelo.

«Te ha traicionado, nena.» Oigo la voz de Evan, insidiosa, en mis oídos. Pero la rechazo, porque no quiero creerlo.

Por la mañana, alguien grita el nombre de Riley y yo me doy la vuelta para mirarlo, el rostro pálido y flácido. Le toco ligeramente el hombro, escuchando el sonido de los pasos que rodean la casa y luego los nudillos que golpean la ventana entreabierta. Riley se lleva un buen susto, los ojos se abren. Noto la palidez grisácea de su cara, la sombra rosácea de los ojos. Cuando por la noche entré en el lavabo estaba tumbado

en el suelo, boca abajo. Al principio me asusté, pero luego me di cuenta de que se había quedado dormido. Tardé un rato en arrastrarlo por el pasillo hasta el dormitorio, y todavía más en subirlo a la cama.

Se lleva el dedo a la boca y me tapa con la sábana. El colchón chirría cuando gatea por encima de la cama hasta la ventana y la abre.

—Ah, hola. Eres tú. —Habla con una voz monótona y cautelosa.

La voz que responde es más divertida.

—Vaya, vaya. Veo que vuelves a las andadas. ¿Quién hay bajo la sábana?

—No es asunto tuyo —responde Riley.

—Vamos, déjame ver. La última a la que echaste me gustaba. Me gustaba tanto que yo también me casé con ella.

Risas ahogadas.

Me da un vuelco el corazón. ¿Riley estuvo casado? Me quedo sin respiración.

—¿Qué quieres?

Riley tose. Está enfadado, lo noto. La luz del sol se filtra a través de la sábana gastada. Me cuesta respirar aquí debajo. Empiezo a preguntarme si Riley se siente avergonzado de mí, si no quiere que su amigo me vea.

—Luis Álvarez tiene cáncer de páncreas.

A Riley, el cuerpo se le pone rígido.

—¿Me estás tomando el pelo? —Respira hondo—. Me dejó el coche hace unas semanas. Solo me dijo que aquel día no se encontraba bien. Que no iría a trabajar.

—No, no es broma. —Las palabras del que habla son ahora un poco más suaves—. Es demasiado tarde, tío. Está ya muy avanzado.

»Pero escucha. Estoy montando un concierto en el Congress para su mujer y sus hijos. Necesitarán dinero. He pensado en el Rialto, pero creo que el Congress es mejor. Pero no podrá ser hasta otoño. Todo el día, para todos los públicos, bebidas alcohólicas con carnet de identidad, tal vez un par de

escenarios al aire libre, también. Probablemente necesitaremos la colaboración de un par de distribuidores locales, pero casi todo el mundo conoce a Luis, no creo que sea tan difícil.

—¡Vaya mierda! —Riley se queda callado un momento—. Es un buen tipo.

—Sí. —Silencio—. ¿Puedo echar un vistazo?

La sábana se agita ligeramente.

—Vete a la mierda. ¿Qué querías decirme, aparte de esto?

—Corre la voz de que estás dando conciertos cada noche para el barrio y que no tocas nada mal. Entonces he pensado: ¿Riley West vuelve a la palestra? Eso serviría para vender

algunas entradas. Sobre todo por la inevitable implosión desde el escenario.

—Vete a tomar por el culo.

—Espera, espera. Lo hacemos por Luis. Nos ayudó mucho, en los viejos tiempos. —Habla en voz baja, casi suplicante—. Puedes hacerlo, Riley. Sé que puedes.

—Tiger —suspira Riley—. Hace casi dos años que no toco en directo.

Permanezco inmóvil, intentando no perderme una palabra.

—Esto es por Luis. Está enfermo, tío. Mucha gente ya ha dicho que sí. Tengo a los Hold-Outs, Slow Thump, Cat Foley, California Windows, Hitler's Niece, Swing Train, Eight-Men-On, y

conseguiré más grupos, te lo prometo.

Hay un silencio. Por fin, Riley dice que sí.

—Buen chico. ¿Has grabado ya algo de lo nuevo? Me muero por escuchar lo que está tramando Riley West.

Riley baja de la cama. Oigo cómo atraviesa la habitación, se pone unos vaqueros y murmura que volverá más tarde.

Lentamente, empiezo a bajar la sábana. Tiger Dean todavía tiene el pelo negro, como en las portadas de los discos, pero ya no lo lleva elaboradamente arremolinado por encima de la frente. Lo lleva corto, bien peinado, más bien escaso. Cuando

busqué a Riley, y a Long Home, en el ordenador de la biblioteca, encontré la página web de Tiger Dean. Ponía que todavía toca en grupos de la ciudad, actúa en fiestas privadas, y también está disponible para hacer diseño gráfico. Había una fotografía suya detrás de un escritorio, con una mano sobre el teclado de un ordenador, y la otra sujetando el mástil de una Stratocaster de color rojo cereza.

—Hola.

Tiger Dean sonríe. No me fío. Me recuerda a aquellos chicos demasiado guais del instituto que siempre se paseaban con indiferencia por el pasillo dando collejas a los bichos raros que

iban pasando. Tiger Dean mete un poco más la cabeza por la ventana. Lleva una chaqueta de pana de color rojo.

Me incorporo y me quito la sábana del todo. Voy vestida con un jersey sucio, todavía mugriento del turno de ayer, y un pantalón de pijama de rayas raído de Riley, enrollado por la cintura. La boca me sabe a colillas de cigarrillo. Después de cargar a Riley hasta la cama, anoche volví al lavabo y me fumé uno de sus cigarrillos, con la pila como cenicero. También me terminé la cerveza casi entera que debía de haber abierto justo antes de desmayarse. La había colocado cuidadosamente junto a la bañera.

—¿Qué estás haciendo con esta chica punk? —grita Tiger a Riley, apoyándose en el marco de la ventana—. ¿Por qué pierdes el tiempo?

Anoche me senté en el retrete, bebiendo y fumando, pensando en cómo acababa de arrastrar a mi novio, que tal vez me considere su novia o tal vez no, hasta la cama, y en cómo le había ido a buscar las drogas, y en que había hecho todas estas cosas por nada, por el tacto de su mano en mi mejilla cuando estaba sobrio. Y entonces terminé la cerveza y volví a la habitación y me acerqué al borde de la cama, probando cada tablón para localizar el crujido que había notado, y luego golpeé fuertemente el

suelo con el talón. Saltó un pedazo de madera, y ahí estaba: el kit de Riley, una pequeña caja de madera de cerezo que contenía todo lo que necesitaba. Todo lo que necesitaba para sustituirme.

Pero no voy a dejar que Tiger Dean lo sepa.

Lo miro fijamente y, poco a poco, levanto el dedo medio.

Sorprendido, frunce el ceño.

—¡Por el amor de Dios! —Desvía la mirada hacia las cicatrices de mis brazos; no hago nada por ocultarlas—. Estáis hechos el uno para el otro —murmura—. Jugando a juegos de locos.

Riley aparece por la puerta con una cerveza, y no puedo evitar una mueca de

disgusto. Si empieza tan pronto, va a ser un día largo y difícil. Le tira un CD por la ventana a Tiger Dean, que lo recoge con facilidad y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta. Riley vuelve a subir a la cama, sujetando la botella entre las rodillas. Mira a Tiger y me mira a mí.

—No lo has podido resistir, ¿eh?

Tiger se toca con desinterés las gafas de sol que lleva en la cabeza; las deja caer y se le acoplan a los ojos.

—Siempre has tenido unos gustos muy interesantes. Solo quería asegurarme de que tu obra sigue conservando la consistencia.

—Adiós.

—Pero esta parece un poco joven.

Algo ordinaria para mi gusto.

—Vete a la mierda —responde.

—¡Uf! —Tiger me mira con el mentón levantado—. Apuesto a que si supieras su verdadero nombre, saldrías de aquí pitando. Es...

Riley cierra la ventana intentando pillar los dedos a Tiger, que ríe.

—Estaremos en contacto, Riley —dice desde el otro lado del cristal, subiéndose las gafas de sol—. Por favor, trata de retrasar la inevitable crisis nerviosa de Riley West hasta el día del concierto. Eso es lo que mantendrá al público en sus asientos, como en los viejos tiempos.

Riley cierra la ventana. Antes de que

se haya aposentado de nuevo en la cama, le suelto:

—¿Casado? —Me pregunto si me va a decir una mentira—. ¿Estuviste casado?

Me mira fijamente, sin pestañear.

—Sí.

—¿En plan, hasta que la muerte os separe, y toda la pesca? ¿Lo de la iglesia y el anillo?

—Pasa continuamente. Un chico encuentra a una chica, se besan, él le compra un anillo, Elvis los casa en Las Vegas en una escala de la gira. Y entonces, bum. Esas mierdas pasan, la chica deja al chico por el cantante solista del grupo. Fin. —Echa un trago

largo de cerveza.

—¿Qué tipo de mierdas?

Riley recorre el cuello de la botella con el dedo. Tiene las uñas sucias.

—Yo. Yo soy la mierda. Toda mi mierda.

—¿Alguna vez... quedas con ella? —Me retumba el corazón. Estoy un poco mareada—. ¿Cómo se llamaba?

Ni siquiera sé por qué lo quiero saber, pero no lo puedo evitar. Es como si el rompecabezas de Riley que había estado haciendo se hubiera descompuesto, y ahora tuviera unas piezas nuevas en las manos.

Una gran sonrisa se le dibuja en la cara.

—¿Estás celosa, Desconocida? Porque no tienes por qué estarlo. No, no quedo nunca con ella. Viven en una casa muy bonita al pie de las montañas. Tienen un niño y todo.

—¿Cómo se llamaba?

—Charlie.

—Dímelo.

—Se llamaba Marisa.

Marisa. Me zumban los oídos. Ma-ri-sa. Un nombre de chica guapa. Rasgos delicados, seguro que sí. Lo veo. Veo a Riley enamorándose de alguien cuyo cuerpo exuda delicadeza.

Cierro los ojos para que no pueda ver las lágrimas que pugnan por salir.

—Vamos, no me vengas con esas. —

Me da un codazo juguetón—. He tenido una vida, Charlie, antes de conocerte. Soy mayor que tú, cariño. He hecho de todo. Incluso me enamoré y me casé. Ahora no debes preocuparte por eso.

Le aparto el codo y me da un ataque de hipo.

—¿Como cambiarte de nombre?

Se echa a reír.

—Sí. ¿No lo sabías? Todos nos cambiamos el nombre para el grupo: West. Tiger pensó que así sería más guay. Ahora utiliza su apellido real.

—¿Y lo de Riley?

—Ah, ese lo he tenido siempre. Desde que era pequeño. Siempre lo hacía todo mal. Mi padre solía decir:

«¿Quién te has creído que eres, viviendo la vida de Riley?». Una estupidez. Pero se me quedó.

—Bueno —digo, lentamente—. ¿Cuál es tu verdadero nombre, entonces?

—Mi verdadero nombre es Riley West porque ese soy yo. —Cierra los ojos y bosteza—. Basta de preguntas, ¿vale? Se ha acabado el examen. Guarda el lápiz y deja el cuaderno azul sobre la mesa, por favor.

Frustrada, digo:

—Puedo preguntárselo a Julie.

Una pieza más en el rompecabezas.

Termina la cerveza, deja la botella en el suelo, junto a la cama.

Me abraza y entierra el rostro bajo mi

camiseta.

—No lo dirá. Nunca lo dirá.

Me lame el ombligo.

—Lo que me gusta de ti, Desconocida, es que no pides demasiado. No pides más de lo que necesitas. ¿Sabes el alivio tremendo que me causa eso, que me dejes ser como soy?

Y luego me distrae tanto, que me olvido de querer preguntarle a Julie cuál es su verdadero nombre, me olvido de su exmujer, e incluso de la caja de debajo de los tablones o de lo poco que necesito.

Agosto empieza a ser insufrible. Cada día pasamos de los treinta y cinco grados, llegando algunas veces a los cuarenta y dos, y el calor me envuelve como una manta de fuego. Por las noches, mi habitación es insoportable, y me quedo en casa de Riley siempre que puedo, esperando cada noche que esté en casa, porque tiene un pequeño aparato de aire acondicionado. Las noches en que no está, duermo a ratos,

acalorada, con el ventilador de suelo pegado al futón.

Riley y yo hemos llegado al trabajo a primera hora de la mañana. Estamos compartiendo quesadillas con huevos estrellados y chile rojo cuando suena el teléfono.

Riley vuelve y me empuja hasta el pasillo oscuro y de suelo grasiento que lleva al despacho de Julie.

—Linus está enferma, no va a venir —dice, cerrando la puerta detrás de él. Me besa apasionadamente, y mete la mano por debajo de mi blusa.

—Riley... —Me siento incómoda.

—Chis. Tanner no llegará hasta las siete y media y Julie está en Scottsdale

en un retiro. Volverá por la tarde.

Se instala en el sofá y alarga el brazo para bajarme los tirantes del peto. Los labios nos queman por el chile.

No quiero hacer esto aquí, no está bien hacerlo en el despacho de Julie, pero él insiste, y termina deprisa. Aliso con la mano el cojín del sofá antes de salir del despacho, para eliminar posibles pruebas.

En cuanto Riley abre la puerta con una mano mientras se mete la camiseta en los pantalones marrones con la otra, se detiene en seco; yo me doy de narices contra su espalda.

Tanner está plantado en el pasillo. La expresión de su rostro es muy extraña,

como si no supiera qué pensar, y en ese momento deduzco que nos ha oído, y me pongo como un tomate de vergüenza.

Tanner entorna los ojos como si lo estuvieran empapando con agua. Susurra:

—Siento mucho lo que está a punto de pasar.

Se aparta.

Detrás de él, de pie junto al lavavajillas, está Julie.

—La última sesión de mi retiro se canceló. Volví a casa anoche —anuncia, con frialdad.

El ambiente es pesado y tenso.

—Lo siento, Julie —dice Riley con tranquilidad, pasando por su lado como

si no hubiera sucedido nada. Yo camino lentamente hacia la zona de los platos, pasando de largo, tan asustada y avergonzada que tengo ganas de vomitar. Mi corazón retumba con tal fuerza que casi no oigo ni mis pensamientos.

Julie mira a Riley, que se ha puesto a salvo en la isla de cortar. Ella mira el plato de quesadillas a medio comer, los dos tenedores. Luego me mira a mí y al pasillo con la puerta del despacho abierta.

—Lavaos las manos los dos, inmediatamente. Ahora no me puedo ocupar de esto. Es la hora punta del desayuno, si es que viene alguien ¡¿Dónde está Linus?! —grita.

—Enferma —responde Tanner.

—Me cago en la hostia.

Julie golpea el mostrador sin decir nada más a nadie.

En el fregadero, Riley se enjabona las manos a mi lado. Asoma la cabeza para mirar el interior de la cafetería antes de besarme rápidamente en la mejilla. Se encoge de hombros, cosa que me hace pensar que todo irá bien.

Hoy sí que hay gente a la hora punta del desayuno, y también del almuerzo. Luego, cuando la cafetería se despeja, ayudo a Tanner a recoger las mesas mientras Julie hace caja. Ha estado toda la mañana detrás de la barra mientras Tanner atendía las mesas, y

prácticamente le ha estampado, toda rígida, los pedidos a Riley sin decir palabra. A mí ni me ha mirado, cosa que me ha dejado hecha polvo.

Cuando Tanner y yo volvemos a la cocina con las bandejas llenas, Julie está gritando tras la puerta cerrada del despacho.

—Mierda, esto va a merecer la pena. —Tanner abre la nevera y saca una lata de PBR de Riley—. No para ti, claro.

—Silencio —le susurro, con el rostro desencajado al comprobar que la voz de Julie está subiendo de volumen—. No tiene ninguna gracia.

Entreoímos fragmentos de la conversación:

—¿Por qué siempre tomas las peores decisiones? ¿Cuánto hace que dura la broma? ¿No has pensado en lo que dijo en este despacho? ¿De verdad crees que tiene dieciocho años, Riley? ¿Tienes idea de lo que significa esto? Significa violación estatutaria.

La idea es tan desagradable que me impacta en la cara como una bofetada. Empiezo a pellizcarme los muslos a través de los bolsillos.

Tanner me mira.

—¿Tienes dieciocho?

Sonríe divertido.

—Sí —susurro—. Pronto. En once días.

Estoy tan avergonzada que creo que

voy a vomitar. Tengo el estómago revuelto.

—¿Creéis que podéis follar en mi despacho? —grita Julie—. ¡Y has dejado un puto condón en mi puta papelera!

Me quedo de piedra. Dios mío. No sé por qué no había pensado lo que había hecho con el condón. Tanner ríe a carcajadas, un ladrido que me perfora el corazón, y esa es la gota que colma el vaso.

Me quito el delantal y lo tiro a la bandeja de los platos, encendiendo el aparato. El sonido repentino del agua ahoga la suciedad de mis oídos. Recojo la mochila y me voy.

Camino con los ojos llorosos por Goodwill, no busco nada en concreto, pero tampoco quiero estar en la calle y no quiero volver a casa todavía. Reviso estantes extraños de componentes electrónicos que desconozco totalmente: cajas de plástico de un azul chillón llenas de cables, dientes de engranaje y fuentes de alimentación. Manoseo las cubetas interminables de elepés hechos polvo de segunda mano. Intento

mantener los ojos abiertos y la respiración constante. Me pellizco los antebrazos. Aunque me deje marcas, Riley no dirá nada, estoy segura de ello. Finalmente, vuelvo a mi habitación para esperarlo.

He olvidado cerrar la puerta con llave. Él llama y no respondo, pero entra igualmente y cruza la habitación hacia la nevera. La abre, aunque no creo que esté buscando nada para comer.

Cierra la puerta y se apoya contra ella, mirándome de arriba abajo.

—Solo comes en el Grit, ¿verdad?

Tiene una bolsa de papel entre las

manos y se la lleva a los labios y bebe. Lo observo y recuerdo el callejón de detrás de la cooperativa Food Conspiracy, tantos meses atrás. Estaba en la misma posición, con los hombros caídos y una bolsa de papel en la mano.

Yo estoy en el suelo, entre la bañera y la pared, el lugar donde llevo varias horas metida, esperando. Es cierto; solo compro comida cuando lo necesito. Cada mañana tengo la esperanza de que Riley se equivoque con algún pedido y me lo ofrezca; un bagel con humus en vez de queso fundido, una tortilla con olivas negras en vez de pimientos verdes. O pillo lo que me da después de un encargo. Nunca salimos a comer. A

veces espero a que se haya quedado dormido y selecciono cosas cuidadosamente de la nevera anárquicamente equipada de su casa: una naranja, una tortita untada de mantequilla, un vaso de leche de olor dudoso.

Cuando no va demasiado colocado, hacemos cosas increíbles en la oscuridad, sobre la cama arrugada, pero no me atrevo a pedirle comida, y a excepción de aquella vez en el porche, nunca le he hablado sobre vivir en la calle y todo lo que implica. Y él nunca me lo ha preguntado, lo que ahora me entristece más que antes. Siempre le estoy preguntando cosas de él, tanto

como me lo permite, pero él nunca me pregunta sobre mí.

Intento que no se me rompa la voz.

—¿Estamos despedidos?

Riley tapa la botella.

—¿A mí? Nunca me despedirá. Aunque me ha asustado un poco, sobre todo cuando me ha reñido por lo del condón. Creo que está furiosa por muchas cosas, no solo porque nosotros follemos en su despacho.

Con un gruñido, se sienta en el suelo a mi lado, estirando las piernas sobre el linóleo rayado.

—Está cabreadísima, Charlie. Lo que no has oído, porque te largaste antes, es que sabía lo nuestro desde hace un

tiempo. Como somos dos tortolitos, llegamos y nos vamos juntos del trabajo, cosa que ella puede ver desde la ventana de encima del restaurante, pero había decidido no decir nada todavía. Ella vive arriba. No sé si lo sabías. Lo dejó pasar. Pero lo de hoy, en su despacho, ha sido demasiado para ella.

—¿Y?

—Y... te va a cambiar al turno de noche. En realidad, lo que ha dicho es «no te la voy a servir en bandeja de plata». —Parece que se divierta—. Ha dicho: «Ella no es una galleta, ni un libro, ni un disco en una estantería. No puedes jugar con ella y luego dejarla en su sitio».

«No puedes jugar con ella y luego dejarla en su sitio.»

—Ha sido muy embarazoso —digo, tajante—. Que nos encontrara así. Yo ni siquiera quería hacerlo. Me obligaste.

Me lanza una mirada penetrante. Se le tensa la voz.

—Yo no te obligué a hacer nada, cariño. Creo que obtuviste tu recompensa.

No, querría decirle, no obtuve nada. Pero me callo, porque en parte fue culpa mía que sucediera. No quería hacerlo, pero se lo permití de todos modos.

Inclina la cabeza hacia un lado. Se fija en algo y se echa hacia delante.

—¿Por qué guardas una maleta

encajada bajo la bañera, Desconocida?

Antes de poder detenerlo, ya ha metido la mano y la ha sacado. Me mira con los ojos brillantes, y su boca empieza a dibujar una sonrisa.

Baja la voz en plan misterioso.

—¿Se trata de esto? ¿En esta maleta mágica se guarda el secreto de mi pequeña forastera?

La abre y revuelve las camisas con sus manazas hasta que encuentra la caja metálica. Piensa que debe de ser algo bueno, porque exclama: «¡Qué guay!». Pero entonces abre la tapa. Como dardos, los ojos recorren los objetos, las cremas, la cinta, las vendas, todo lo que compré el primer día que llegué

aquí, en el colmado. Lo observo con el corazón en un puño.

Tiene algo de malvado, es una pequeña venganza por lo de hoy, por no preguntar nunca por mí. Porque tener que afrontar las piezas de mi rompecabezas, para variar, le va a asustar, le va a poner un poco enfermo.

Dubitativo, Riley coge el rollo de lino y lo desenreda; unos trozos de cristal roto caen al suelo y hacen el habitual sonido como de campanas.

Jadea dos veces, con un ruido extraño, como si alguien le hubiera golpeado en el pecho.

—¿Qué carajo es esto?

Antes de poderlo evitar, lo suelto:

—Soy yo. Es lo que hago. Lo que hacía, mejor dicho. Ya no lo intento hacer más.

Contengo la respiración y espero.

Es como si no me hubiera oído. Enfadado, sostiene la caja en alto y alza la voz:

—¿¡Qué carajo es esto!?

Levanta los trozos de cristal uno por uno, el pequeño contenedor de peróxido de hidrógeno, el tubo de pomada, el rollo de gasa.

—Es lo que utilizo. Para cortarme. Estas son mis cosas.

Riley lo deja caer todo en la caja como si le quemaran los dedos. Le da una patada violenta hasta la otra punta

de la habitación, se levanta y se pone la capucha de la sudadera. Cierro los ojos. Oigo el portazo.

Gateo por el suelo y tomo la caja entre las manos, acercándomela al cuerpo. Lo recojo todo con cuidado, colocando cada objeto en su lugar, porque para mí es un tesoro. En mis dedos, el vidrio tintinea, me pincha, pequeñas promesas que me he esforzado en ignorar. El lino descansa sobre la palma de la mano. Meto la caja en la maleta y la empujo bajo la bañera.

La puerta del apartamento se abre y se cierra con violencia. Camina hasta la pila del lavabo, abre la ventana de arriba y enciende un cigarrillo.

—Cuéntame —exige—. ¿De qué va todo esto? ¿Por qué tienes esa caja? ¿Qué significa?

—¿De dónde coño crees que salían las cicatrices? —Se me rompe la voz—. ¿Creías que... habían salido solas?

Él tartamudea.

—No lo sé... es que... lo mantenía en un plano abstracto. —Exhala el humo por la ventana—. Creía que lo habías superado. No se me ocurrió que guardaras una maldita caja llena de mierda para poder cortarte cuando te apeteciera.

—Tú tienes una caja llena de mierda.

Me ha salido a borbotones, como si fuera agua.

Riley se ha quedado con la boca abierta. Ignoraba que yo lo supiera. Apuesto a que no pensaba que se me ocurriera investigar, ni siquiera adivinarlo.

—¿Eres tú el único en el mundo a quien se le permite ser un colgado? ¿He perdido puntos ante ti, ahora que has visto mis cosas? ¿Me ha hecho más real? ¿Ya no soy una galleta o un pastel o un disco?

El cuerpo se me acelera de un modo peligroso, respiro a bocanadas.

—Basta. —Su voz es una advertencia —. No vayas por ahí. Eso no es... válido.

—Aquí yo soy la única que intenta no

equivocarse, que se esfuerza por mejorar, y tú me tratas como una mierda por ello.

Tengo las palmas de las manos planas sobre el linóleo frío y pegajoso. Huelo el suelo sin fregar, la suciedad de las grietas de la pared, toda la mierda del edificio, y a Riley, también a Riley: el hedor bruñido del alcohol, la nube de humo de tabaco pasado que se le adhiere a la ropa.

Le fui a buscar las drogas. Follé con él en el despacho de su hermana. Le dejo que me vea entera, cada trocito de mí, y ahora estoy aquí en el suelo mugriento, como un perro a sus pies. Como un perro, lo espero por las

noches. Como un perro, ahora, de manera estúpida, solo quiero que me acaricie, que me quiera, que no se vaya, y esto, de pronto me enfurece y me entristece de un modo feroz, y noto una especie de fuego en mi interior.

Le golpeo y le clavo las uñas en las piernas. Él salta sorprendido, se le cae la botella y se rompe en la pila. Me agarra por los brazos, perjurando ante mi resistencia, y por un instante un destello de oscuridad le atraviesa el rostro, levanta el labio; aumenta el agarre de las muñecas. Los dedos se cierran sobre mi piel como si fueran metálicos. Ahora grita, como si fuera mi madre: «¡¿Qué problema tienes?!». Y

entonces levanta las manos en el aire, con los dedos juntos y la palma abierta.

Me asalta un flash de mi madre y su puño alzado. Me alejo de Riley, me encierro en mí misma, me abrazo.

Existe la persona que la gente ve por fuera, la persona interior y luego, mucho más al fondo, hay otra, una persona enterrada, una criatura desnuda y silenciosa, que no está acostumbrada a la luz. Yo la tengo, y ahora, aquí, la veo: la persona escondida de Riley.

Noto un chispazo en la cabeza. Me duelen las muñecas.

—Deja de hacer ese ruido —dice, con brusquedad.

Levanto la mirada; está apagando una

colilla bajo el grifo. El papel ardiente crepita y luego queda en silencio.

—Ibas a pegarme.

Hablo con la voz monótona, lejana.

—Por Dios, esto una locura. Todavía eres una maldita cría. Tengo veintisiete putos años. ¿Qué estoy haciendo? No sé qué coño estoy haciendo.

Su rostro tenso refleja el agotamiento cuando sale por la puerta.

Cuando esta se cierra, apago todas las luces y me enrosco dentro de la bañera, hecha un ovillo. Me imagino en el interior de un huevo, un huevo metálico, impenetrable, cerrado al exterior, cualquier cosa para evitar gatear hasta la caja, arrastrarme hasta la bici,

esperar en la señal de stop de su calle, decir «Lo siento», sin saber por qué, por qué, por qué.

A la tarde siguiente, antes de mi primer turno de noche, me está esperando dentro de la entrada de servicio de la cafetería, sentado en una silla de plástico verde, leyendo el *Tucson Weekly*. Se levanta y me impide que siga avanzando.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —Las dos últimas palabras me las susurra al oído y yo aparto la cabeza del aliento ronco—. Vamos —dice, como si hablara

con un niño caprichoso.

—Estuviste a punto de pegarme —siseo, alejándome de él. Desde el umbral de la puerta, veo los montones de platos apilados en los fregaderos.

—Lo siento —se lamenta—. Por favor. Lo siento. No lo haría nunca, te lo prometo, te lo prometo, Charlie. La situación se descontroló un poco. Por favor. ¿Pensabas que saltaría de alegría cuando viera tu cajita?

Se mete el periódico en el bolsillo de la chaqueta.

Me coge la mano, pero yo la rechazo. Los jugadores de go nos miran con curiosidad, con las tazas de café a medio alzar.

—Por favor, Charlie, lo siento mucho.

Se le suaviza la voz, y me encandila. Noto que me dejo ir. No esperaba encontrar la caja. Cualquiera se hubiera enfadado, supongo. Al ver algo semejante. Pero...

Linus asoma la cabeza por la puerta corredera.

—Charlie, chica, Julie te espera en su despacho.

Suelto la mano de Riley, aliviada, y me alejo de la calidez peligrosa de su cuerpo. El corazón no para de retumbar mientras recorro el pasillo hacia la oficina.

Julie me mira desde la silla giratoria, suspirando con fuerza.

—Esto es difícil, ¿vale? No quiero que pienses que me gusta decir lo que tengo que decir, Charlie.

Se frota las sienes.

—No creas que no me caes bien, porque no es así. Pero conozco a mi hermano mejor que tú, ¿sabes? ¿Lo entiendes? No voy a...

Deja de hablar y desvía la mirada como si estuviera pensando.

—... ¿servirme en bandeja de plata? —termino la frase, mirándola a la cara. Hoy me siento desnuda, como si me hubieran quitado algo del cuerpo. He pasado toda la noche en la bañera, sin dormir, pensando en la sombra que se extendió sobre el rostro de Riley, en el

combate que apareció justo detrás de sus ojos. Por la mañana he mirado mis carboncillos y mis papeles pero no he querido seguir con ellos, y me he ido a la biblioteca. He leído los mensajes (nada de Casper; Mikey está en Seattle; Blue dice que los médicos se están replanteando darle de alta); he robado veinte dólares del monedero de una mujer en el cuarto de baño. El billete estaba metido de una manera rara en el bolsillo frontal. Me estaba lavando las manos, pensando en la estupidez de dejar un monedero en la repisa de la pila con el dinero a la vista. No he tenido que pensarlo demasiado. Robar ha sido algo emocionante.

Julie hace una mueca. Está un poco perdida.

—Riley recibe cosas y no ha tenido que trabajar para conseguirlas. Es un adicto. Es un mentiroso. Es encantador. Y a veces no lo es tanto.

Me mira fijamente.

—A grandes rasgos, aunque no es viejo, ha vivido muchas cosas, y tú no has vivido nada.

Casi me atraganto de la risa.

—Sin ánimo de ofender, tú no sabes nada de mí. En absoluto. No tienes ni idea de lo que he visto y por lo que he pasado.

—¡Oh, Charlie!

Julie descansa la barbilla entre las

manos y me observa durante mucho rato. Estoy incómoda. Su tono triste me irrita. Busco el lapislázuli en el bolsillo, y lo resigo con el dedo.

—Ni en un millón de años podrá funcionar una relación entre un yonqui alcohólico y una chica joven y asustada.

Antes de poder decir nada más, se levanta y rápidamente se hace una coleta.

—De pequeños tuvimos un padre terriblemente violento. Mi hermano se llevó la peor parte. Lo protegeré hasta el día que me muera, por mucho dinero que me robe o por mucho que me rompa el alma. Pero no me hago responsable de los daños colaterales, ¿comprendes?

Eso lo puedo controlar.

»No vuelvas a tener relaciones sexuales en el despacho con mi hermano ni con nadie más, nunca más. Y si por casualidad os coinciden los horarios y estás aquí con él, no quiero ver nada, nada, que pueda dar un indicio del afecto entre vosotros dos. En caso contrario, te despediré.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra. Yo desvío antes la mirada, claro, me tiene en sus manos. Necesito este empleo, y necesito a su hermano. Asiento con la vista fija en el suelo.

—Y ahora ve a hablar con Temple.

Temple Dancer es una chica alta envuelta en una falda estampada con campanas colgando del cinturón, una camiseta de Metallica, y rastas teñidas de rubio recogidas en un moño a cada lado de la cabeza. Cruza los brazos.

—¿En serio? ¿Una chica lavaplatos? ¿Por la noche?

—¿Algún problema?

Estoy enfadada, y las palabras de Julie todavía resuenan en mis oídos.

El rostro de Temple Dancer se relaja y se echa a reír, con un sonido profundo, como si tuviera búhos en la garganta.

—Solo te estaba probando. Es genial. Estoy harta de tíos.

Aparece Julie, que se ha puesto unos

pantalones cómodos y una camiseta sin mangas para ir a la clase de yoga.

—Chicas, que vaya bien. ¡Linus!

Esta sale de detrás de la plancha, la plancha de Riley, con el rostro sudado.

—Bienvenida a las noches, Charlie. Y ya lo sé, ya lo sé, trabajo demasiado, es verdad, incluso por la noche. ¡No salgo jamás!

—Intentemos que todo salga bien esta noche, ¿de acuerdo, chicas? ¡Nada de beber! —suplica Julie.

—Ningún problema, J. —Linus hace girar un trapo de cocina con el dedo.

En cuanto Julie desaparece, dos camareras irrumpen por la puerta de la cocina y se plantan delante de mí.

Temple Dancer se une a ellas. Nunca he estado por la noche en la cafetería, de modo que no las conozco.

—¿Eres tú la que se tiró a Riley en el despacho de Julie? ¡Dios mío!

—¡Por el amor de Dios! ¡Te tiraste a Riley en el despacho de Julie! ¿Qué tal fue?

—Pensaba que se tiraba a una tal Darla, del Swoon. ¿Lo sabe, ella? Porque se va a morir. Es una pánfila.

—Pensaba que estabas con Mike Gustafson. ¿Habéis roto? Erais una pareja estupenda. Una vez os vi comiendo patatas fritas en el Gentle Ben's.

El comentario sobre Mikey me duele

un poco. Los comentarios sobre Riley me horrorizan. ¿Darla del Swoon? ¿Es posible?

Linus ondea el trapo de cocina.

—Ya basta. Se ha terminado oficialmente, no más preguntas ni respuestas. Temple, haz lo que te toca: adiestra a Charlie.

Una de las otras chicas dice:

—Yo soy Frances. Aquí las noches son un infierno. —Se recoge el pelo naranja por detrás de las orejas—. Pero en el buen sentido —puntualiza, antes de salir a la cafetería con su libreta de pedidos verde.

Temple dice amenazadoramente:

—Lo mejor y lo peor de las noches es

cuando hay música en directo. Puede ser una mierda o una pasada. Esta noche, tendremos el placer de contar con...

Pesca una hoja de papel de debajo del mostrador.

—Modern Wolf. Esta noche será una mierda.

Se mete dos dedos en la boca, para indicar que le provocan náuseas.

—Yo me llamo Randy —dice la otra chica. Hace un pequeño paso de baile. Va vestida con una minifalda negra y una camiseta blanca con una diana roja pintada con espray. Los zapatos blancos y negros repiquetean sobre la madera.

Randy entorna los ojos. El pelo rubio y emplumado le golpea las mejillas.

—Modern Wolf son unos lameculos. Esto significa que sobre todo vendrán pajilleros y algunos tipos artísticos que piensan que es rock progresivo, cosa que no es en absoluto. Tocarán fuerte y mal y será un infierno conseguir que se vayan cuando tengamos que cerrar.

Temple está colgando algunas recetas con chinchetas.

—Para ti será un rollo, porque tendrás que limpiar los dos cagaderos y la planta principal al final de la noche.

Randy asiente.

—Y nosotras tendremos que esperar a que termines, porque Julie dice que tenemos que salir todos al mismo tiempo. Pero no podemos ayudarte.

—Porque nadie ayuda a la friegaplatos.

Temple pone cara de payaso triste.

—De modo que cada vez estaremos más enfadadas, mientras te esperamos —dice Randy.

—Cada vez más enfadadas —coincide Temple. Frunce el ceño—. Por Dios, te vas a asar, con esa camisa.

Randy inclina la cabeza.

—Sabemos cosas de ti. Julie nos lo ha contado. Tengo una camiseta de manga corta en la bolsa, si quieres.

Desesperada, porque esta conversación de metralleta me está mareando, digo:

—¿Alguna vez cerráis la boca,

chicas?

Detrás de la plancha, Linus se echa a reír.

Temple sonríe.

—Jamás.

—A mí me parece bien, sabes —me dice Randy, acercándose a mí para que pueda ver el brillo del *piercing* que lleva en la nariz—. De todos modos, Julie casi nunca viene por la noche. Mi prima también se cortaba. Ahora estudia derecho en la universidad. Son cosas que pasan, y hay que tirar para delante, ¿tengo razón?

Tirar para delante. No hay que rendirse. Me estoy hartando de que todo el mundo piense que vivir es tan fácil.

Porque no lo es. En absoluto.

Randy me clava el codo de manera amistosa y yo intento sonreír, solo para ser amable, «No seas insensible», pero empiezo a encontrarme mal, y me pesa el cuerpo. Miro al cielo oscuro por la ventana que da a la calle. Trabajar de noche va a ser muy diferente.

Hacia las ocho y media, los Modern Wolf llegan borrachos y se pasan un rato largo y ruidoso montando el equipo; uno de ellos cae de la tarima y se desmaya. Temple vacía una jarra de agua encima de su cabeza. El grupo tiene unos cuantos amigos que se apalancan en las sillas de madera destartaladas y fuman en el interior aunque está prohibido y

beben enormes cantidades de cerveza que han introducido en bolsas de papel. Pisan tan fuerte con las botas en el suelo de madera que Linus sacude la cabeza en mi dirección y dice:

—Niños imbéciles, ¿eso os parece música?

El grupo me recuerda a aquellos andrajosos que Mikey y DannyBoy solían llevarme a ver en St. Paul: tipos delgados vestidos con vaqueros demasiado anchos, chicos y chicas, con la piel estropeada y el pelo tieso, que maltrataban instrumentos en los sótanos decrépitos de las casas, rasgando cuerdas y aporreando baterías. Yo encontraba excitante que pudieras

entregarte a algo con tanta intensidad solo porque te gustaba y te consumía. No parecía importar que fueras bueno o malo. Solo importaba que lo hicieras.

Modern Wolf cantan: «Mi corazón es una pesadilla política / la bahía de Guantánamo todos los días / me has registrado, atacado y colgado / no me queda nada que decir / ¡no tengo nada que decir!».

Una chica con una blusa de malla y pantalones cortísimos entra tambaleándose por la puerta de la cocina, nos mira a Linus y a mí, mientras la vemos arrojar patatas fritas y cerveza por la boca. Los restos le cubren la boca de inmediato, y susurra... «Qué mal

voy», antes de que Randy la eche a empujones. Limpio el vómito, conteniendo la respiración. Tenían razón, el turno de noche es mucho peor que el de día. De día nadie devuelve, excepto Riley aquel día. Estoy agotada y me duele la cabeza de la música tan fuerte y todavía faltan dos horas para cerrar, y luego tengo que limpiar. Cada vez estoy más deprimida.

A la hora de cerrar, Temple saca una botella grande de Maker's Mark y sirve copas para todos menos para Linus, que pone cara de asco. Temple alza la copa y grita «¡Salud!». Yo dejo la mía al lado del lavavajillas. Aparte de beber algún día en casa de Riley, sobre todo cuando

está durmiendo, y de aquella media botella de vino, no he tomado nada más.

Alguien ha menstruado a lo bestia en la taza del váter de mujeres, y limpiarlo me lleva un tiempo. El lavabo de hombres es todo paredes con grafitis, meados en el suelo y toallas de papel metidas entre las juntas de las baldosas de encima de la pila. Tiro chorro tras chorro de limpiador en la taza, pero sigue conservando un color amarillo desafiante. Al terminar, me queman las manos por culpa de los productos químicos.

Mientras las otras chicas bromean animadamente tras el mostrador y en la parte de atrás, yo ataco las mesas: las

friego y subo las sillas encima para poder pasar la fregona. De noche hay mucho más trabajo. Tengo la cara roja por el esfuerzo y estoy empapada de sudor. Los Modern Wolf todavía se están yendo, el último de ellos deambula amodorrado sin tener muy claro en qué dirección está la puerta. Es viernes; la Cuarta Avenida estará a tope de gente que va a escuchar música a lo largo de la calle, a Plush, O'Malley's, The Hut, con su enorme y reluciente cabeza maorí, hasta llegar al hotel Congress con su marquesina bonita y pasada de moda. Mikey debe de estar llamando a Bunny todas las noches. Tal vez le compra cosas en las estaciones de servicio para

camioneros, cosas idiotas como lápices con fundas peludas.

Me pregunto qué debe de estar haciendo Riley, porque ahora, en una buena noche, estaríamos juntos, tal vez escuchando discos en la sala de estar de su casa, algo tranquilo como a mí me gusta. Me pregunto si estará pensando en mí.

De pronto, mientras paso la fregona por el suelo inclinado de madera, escuchando reír a las otras chicas, viéndolas beber y fumar, me siento realmente sola. Son una pandilla de chicas, unidas y felices, chicas normales haciendo cosas normales. Todas van a salir después, quedarán con amigas y

chicos, tal vez irán de bares. Y yo estoy limpiando mierda y oliendo a comida pasada.

Suena la campana de la puerta principal y el mostrador explota con gritos infantiles: «Hola, Riley, eh, Riley, ¿nos vas a llevar de bares, Riley?». El corazón se me encoge y echa a volar al mismo tiempo cuando responde: «Lo siento mucho, señoritas, solo vengo a buscar a mi chica», y se produce un silencio breve e incómodo hasta que Temple dice: «Ah, claro», porque ella, y todas las demás, lo sé, estaban pensando: «Pero creíamos que solo te la habías tirado».

Ha dicho «mi chica».

El corazón me da un vuelco, pero no quiero que él, ni ellas, lo noten. Observo que todo el mundo me mira desde detrás del mostrador, de modo que los ignoro, y empujo la puerta doble que da a la cocina. Vierto el agua mugrienta y aceitosa en el fregadero, meto el delantal en el lavavajillas. Hay dos pequeñas tazas blancas intactas de Maker's Mark en el mostrador, junto al lavavajillas. Se llaman medias tazas y se usan para los cafés solos. Linus me ha estado enseñando los nombres de las tazas para los cafés. Me encantan porque son perfectas, compactas e inmaculadas.

Cuando por fin me doy la vuelta, las chicas están ahí, sonriéndome con

suficiencia. Riley destaca entre ellas. Ha bebido bastante. Se tambalea ligeramente.

No vamos a escuchar discos. Es cierto que ha dicho «mi chica», pero, ¿se acordará a la mañana siguiente? Miro las medias tazas. ¿Qué importancia tiene que beba yo, ahora? ¿Acaso se daría cuenta?

Una pequeña parte de mí susurra: «¿Acaso hay lugar para mí, en lo que somos? "Una galleta, un libro, un disco en una estantería"».

—Ya casi estoy lista —le anuncio, y vuelvo al fregadero. Me invade una oleada de resignación. Bebo el Maker's Mark y enjuago las tazas. El alcohol me

quema la garganta y el estómago, pero la calidez que se esparce por mis venas anula la sensación. Me limpio la boca y me vuelvo hacia los demás.

—¿Estás listo? —le pregunto a Riley —. Yo ya estoy.

En el exterior, tengo que apartar a la gente para llegar hasta mi bicicleta amarilla. Estoy intentando abrir la cadena cuando alguien grita: «¡Eh, Riley! ¿Esa es tu novia?». Los colegas de los Modern Wolf estallan en una gran carcajada. En ese momento, contemplando el grupo de chicos borrachos y vestidos de negro, con el pelo grasiento y oscuro y las botas con suelas peligrosas, me doy cuenta de que

Mikey se habrá enterado, o se enterará pronto, de lo que he estado haciendo. Y me parece que me da igual. Me siento pesada y abotargada.

Un murmullo recorre la multitud y Riley me quita la bicicleta, se cuelga mi mochila, y se sube al sillín.

—No te enfades —me dice al oído, en voz baja—. He venido para llevarte a casa. Te juro que nunca te haría daño, Charlie, nunca. Tienes que dejar que te lo demuestre.

Me coloca sobre su regazo de modo que miro hacia delante, agarrándole los muslos con las manos y con los pies levantados sobre el manillar de la bici.

Me dice que me agarre o que los dos

moriremos, y así llegamos a su casa.

Creo que las pendientes tienen que ser resbaladizas. No sé por qué. Ni siquiera sé quién inventó la noción estúpida de su existencia. Ni siquiera sé si tiene importancia. ¿A quién le importa? ¿A quién le importa una chica llena de cicatrices que no puede estar sola? ¿A quién le importa una chica llena de cicatrices que friega suelos y va a buscar drogas para su novio? A la chica de las cicatrices le debería importar.

Pero no sabe cómo, y cuando dejas entrar al Maker's Mark, cuando dejas entrar cualquier cosa semejante, como besarse, o el sexo, el alcohol, las drogas, cualquier cosa que llene el tiempo y te haga sentir mejor, aunque sea por un ratito, pues bien, estás acabada. Y a veces, una vez, tal vez dos, empieza a decir que está pensando en tomar clases con una pintora, y luego se detiene, porque un ratoncito le da un golpecito en el cerebro y en el corazón y susurra: «Pero entonces no podrás pasar tanto tiempo con Riley», y las palabras vuelven a convertirse en piedra, no le caben en la garganta, y puede sentir pedacitos de sí misma que desaparecen

en el imaginario de «Riley y yo» y y y...

La pendiente resbaladiza no se acabará jamás, jamás.

Sucede de un modo muy curioso. Como un hilo en una aguja: silencioso y fácilmente deslizable, y luego es como el nudo en la punta que lo detiene todo.

Temple está mirando el móvil, sentada en un taburete detrás del mostrador, mientras yo coloco tazas de café y vasos de plástico en las bandejas. Esta noche el grupo no se ha presentado y ha dejado que Frances y Randy salieran pronto, porque el local estaba

muerto. Linus está en la parte trasera, leyendo un libro.

—¿No salías tú con Mike Gustafson? —pregunta Temple—. ¿O algo así? Os vi un par de veces en el Gentle Ben's.

—No —le digo—. Solo es un amigo. ¿Por qué?

Sacude un par de veces la cabeza y emite un sonido chasqueante de decepción.

—Pillan a todos los buenos, ¿verdad? —Me enseña el móvil—. Mira esto. ¡Esa rata tan cachonda se ha casado en Seattle!

Cuando avanzo hacia ella, tengo la sensación de que me muevo a través del barro. Me agacho para ver la imagen del

teléfono. Facebook, la página de alguien que no conozco, tal vez un miembro de la banda, y ahí está, ahí está él, ahí está ella, y ambos sonríen como locos, les brilla la cara. Él lleva una camisa abotonada y una corbata roja con vaqueros y zapatillas deportivas. Bunny lleva un vestido de flores sin mangas, bonito y sencillo, con una corona de rosas pequeñas y delicadas en el pelo. Las rosas hacen juego con la corbata de Mikey.

Al instante, toda la sangre de mi cuerpo se congela. No sé qué ruido estoy haciendo hasta que Temple empieza a gritar a Linus:

—¡Linus, creo que Charlie va a echar

la papilla! ¡Ven a ayudar!

Tengo arcadas, pero no sale nada. Aguanto la cabeza encima del cubo de la basura, y me invento una excusa.

—Creo que he comido algo en mal estado para almorzar. Tengo que irme. ¿Puedo? —Y Linus me dice que me acompañará, de todos modos estamos a punto de cerrar, pero yo me incorporo como puedo y me alejo de ella, agarro la mochila y salgo de la cafetería, abrumada. Me olvido de coger la bicicleta.

Camino tan rápido que me queman las espinillas y luego comienzo a cojear. Echo a correr en el paso subterráneo y no me detengo hasta que llego a su

puerta y empiezo a aporrearla.

Me avergüenza sentir aún que debo pedir permiso para entrar en esta casa.

Él abre la puerta y me invita a pasar. «Estoy enferma», le digo, con lágrimas en los ojos. «Estoy enferma, muy enferma.» Y entonces, como si alguien me hubiera desenchufado, de pronto me quedo sin energía, y caigo al suelo.

Oigo a Riley cagándose en todo y diciendo dulces «Dios mío», y «cariño», mientras me desata las botas y me quita los calcetines. Me levanta con suavidad, con las manos debajo de mi cuerpo. Estoy mareada. Lo veo borroso.

Riley me lleva a la cama. Al cabo de un rato, las sábanas se han humedecido

por el sudor y él me quita el peto, me coloca en la frente el dorso de la palma de la mano. Pone agua junto a la cama, una palangana pequeña con una bolsa de plástico dentro. Vomito tres veces y él vacía la bolsa cada vez. Me pregunta: «¿Te has metido algo?». Le contesto que no y me vuelvo hacia la pared. «He perdido algo, he perdido algunas cosas», le comento. «No paro de perder cosas. Estoy cansada.»

Riley dice: «Lo siento mucho, cariño». Pero no hace más preguntas. Me dice que cubrirá mis turnos en el True Grit. Da una calada al cigarrillo y sus ojos son oscuros y lisos como las piedras bajo el agua. Durante tres días,

trabaja por las mañanas y cubre mis turnos de friegaplatos por la noche. Me prepara tazas de caldo. Me pone una toallita húmeda en la frente. Cuando duerme detrás de mí, su aliento es como una vela ondulante contra mi cuello. Al cuarto día, me tambaleo y salgo de la cama al oír que llaman a la puerta. Es Wendy, de la casa de las drogas, con el pelo rojo y amarillo aplastado bajo la capucha de la chaqueta, rascándose la mejilla. Entra diciendo: «Tengo que ver a Riley, ¿dónde está? ¿Está por aquí?». Tiene la piel como la superficie de la luna. Al ver que no respondo, ella sonríe. «Es que hace tiempo que no lo vemos. Estamos preocupados.»

«No tienes buen aspecto, chica», observa. «Dile que ha venido Wendy.»

Durante todo el día, Wendy aparece en mis sueños, con las piernas largas y la cara manchada, la voz ronca, sonriente. Cuando Riley vuelve a casa, muy tarde, no va tan colocado que no pueda pegarme a él en la oscuridad, acariciarle con los dedos, hacerle gritar, obligarle a hacerme cosas que no sabe que me hacen daño, todo para borrar a Mikey y a Bunny, a Wendy en la puerta, para borrar el gris que se vuelve negro dentro de mi cuerpo. Ahora mismo somos un desastre.

Me levanto y salgo de la cama de Riley cuatro días después de haber visto a Mikey en Facebook. Camino como una zombi hasta mi apartamento, me cambio de ropa y me voy a la biblioteca.

Ningún mensaje de Casper, nada de Blue.

Hay once correos de Mikey. Los borro todos, sin leerlos.

Puerta, cerrada. Mundo, cambio y corto.

A menudo, cuando ordeno las tazas de café en el estante de detrás del mostrador, echo un vistazo por la ventana para mirar a Riley. Hace horas que ha terminado el turno, pero todavía no se ha ido. Se ha instalado en una mesa al lado de la ventana de la fachada, con un libro grueso entre las manos. El vapor se eleva desde la taza de café que ha colocado en el alféizar. Charla con los jugadores de go de la

mesa de al lado. Felicita a una hippy anciana que pasa por delante de la ventana porque lleva un sombrero de punto muy bonito. En la cafetería no hablamos entre nosotros; obedecemos la regla de Julie. Ahí está, haciendo tiempo hasta que empiece la sesión de micro abierto, en que le permitirán entrar y preparar el escenario para los intérpretes y presentar las actuaciones.

Este es mi primer micro abierto en la cafetería. Cuando Riley entra, la gente de las mesas lo saluda calurosamente y él camina por el local como si fuera el propietario, cosa que en cierta manera es verdad. Desde detrás del mostrador, miro cómo comprueba los

amplificadores y ajusta el micro, cosas que ha hecho un millón de veces en su vida. Se le ve cómodo en el escenario destartalado, y hay un momento, cuando acerca la boca al micrófono y murmura «Probando, probando, probando», en que mi corazón empieza a latir con fuerza ante el modo en que la voz ronca recorre la sala. Canta con suavidad unos versos de «Tangled Up in Blue» de Dylan, y todo el público guarda silencio. Pero entonces se detiene y vuelve al amplificador para ajustar los niveles.

Riley presenta la primera actuación, un poeta de hip hop que ronda por el escenario inclinado, agitando los brazos y moviendo las caderas.

—Es como un puto guepardo ciego de ácido —comenta Temple, con sequedad. El tipo no para de rascarse la barriga y el pecho y dice «puta» tantas veces que una mujer que intenta beber un café con leche y leer el periódico grita: «¡Por favor, cortadlo ya!».

A continuación sale una chica esquelética con un peinado de duende y que lee unos poemas horribles sobre el hambre y la guerra con una voz infantil y delgada. Una mujer mayor con el pelo hasta las rodillas y unos tobillos gruesos que asoman bajo la falda desteñida arrastra sus bongos hasta el escenario; en realidad es bastante buena. Toca con intensidad, moviendo el pelo gris como

si fuera un ventilador. El ritmo de los tambores es tan hipnótico que incluso Linus sale del mostrador para escucharlo.

Riley está sentado en una silla junto al escenario. Salta hacia el micro y pide al público que dé una calurosa bienvenida a un nervioso trompetista adolescente cuya frente reluce bajo los focos brillantes del techo. Riley los atenúa, y deja la cafetería bajo una luz ámbar. Al trompetista le tiemblan las manos; toca una melodía sensual que me hace pensar que él y la señora de los bongos deberían juntarse. Durante el descanso, recojo vasos y copas vacías. La bandeja está casi llena cuando me fijo en Riley,

que ayuda a ajustar el micro a una joven calzada con botas y vestida con una camiseta negra sin mangas. Parece que haya cortado la falda negra con unas tijeras; el dobladillo cuelga de manera desigual. Tiene el pelo negro y en punta y una expresión indiferente. Parece tener mi edad. Repasa la sala con sus ojos oscuros. Llevo la bandeja hasta la zona de los platos y vuelvo a colocarme junto al mostrador. Riley está agachado, susurrando algo al oído de la chica. Ella ríe y aparta un poco la cabeza. Se me para el corazón. ¿Qué ha sido eso?

Temple y Randy me pillan mirando.

—Oh, oh —exclama Randy con suavidad—. Creo que hay alguien que

está celosa.

—No te preocupes, Charlie —me dice Temple, dándome un golpecito en el hombro. Hoy se ha hecho tatuajes de henna en las dos manos, unos dibujos que serpentean alrededor de los nudillos. Las campanas minúsculas que cuelgan de sus orejas tintinean cuando sacude la cabeza—. No hay nada entre ellos. Esa chica lleva tocando aquí desde que tenía unos once años.

Linus sale de su cubículo, secándose las manos con un trapo. Se le ilumina la cara al verla en el escenario.

—¡Oh, tía! Increíble. ¿Has oído a Regan alguna vez? Te va a flipar. A Riley le encanta.

Temple sigue dándome golpecitos en el hombro. Riley nunca me ha hablado de esta chica.

—Damas y caballeros —murmura él ante el micrófono—. Por favor, recibamos de nuevo a la trovadora favorita del True Grit, nuestra propia dama de ojos tristes de las planicies, Regan Connor.

Los aplausos sacuden el local. Luego se van desvaneciendo hasta alcanzar un silencio espeluznante a medida que el público se va habituando a su presencia. Cuando la cafetería calla, ella ataca la guitarra acústica dorada con una determinación inaudita y unos dedos voladores. Erguida como si estuviera

desafiando a una apisonadora, planta las piernas con fuerza sobre el escenario, con una rodilla doblada. Tiene una voz aflautada, rasposa y divina; la controla con tanta maestría que es capaz de pasar de pronto de un susurro a un ladrido tremebundo.

«No puedes juzgarme —canta—, no puedes saber quién soy.»

En este escenario desordenado y pobremente iluminado, se muestra desafiante y exuberante, y sus letras contienen una esperanza cruda y femenina. El público está absorto. Algunas personas cierran los ojos. Vuelvo a mirarla, llena de envidia. Tiene mi edad y rebosa confianza. Le da

igual lo que piense la gente. La voz es amenazadora y sedosa, flota por encima de nuestras cabezas.

Regan está transportando al público: observo cómo, uno por uno, se enamoran de ella.

«No puedes romperme el corazón —grita, furiosa—. No puedes poseer mi alma. Lo que he hecho, lo que tengo, es mío. Lo que he hecho, lo que tengo, es mío.»

Al terminar, el público ruge; hasta el poeta de hip hop grita: «¡Dale, perra!». Riley silba metiéndose dos dedos en la boca; se le iluminan los ojos. Miro a Riley y luego a la chica, y la ansiedad suena como un metal dentro de mí.

Siempre estoy perdiendo cosas.

El almacén está situado en el extremo más alejado del centro de la ciudad, más allá de los edificios brillantes que se elevan y dominan el paisaje urbano. Las camionetas y las bicicletas colapsan el aparcamiento de gravilla. Una señal pintada a mano junto a las puertas dobles principales incluye una lista de estudios de artistas y tres galerías. Contemplo el anuncio del *Tucson Weekly* una vez más.

Linus me acompañó a comprar el portafolios, una carpeta de cuero grande y bonita. He gastado el último dinero de Ellis que me quedaba. Linus silbó cuando saqué los billetes, pero no le dije de dónde había salido el dinero.

Tampoco le he dicho a Riley que iba a venir aquí. Verlo tan feliz con aquella chica del micrófono abierto, oír cómo hablaba de ella y de la voz tan bonita que tenía cuando volvimos a casa andando, y pensar en que no había llegado a ir a la clase de Ariel porque no quería pasar el tiempo alejada de él, me han hecho despertar algo en mi interior, una sensación de rabia y rencor.

Ver a aquella chica, lo segura que

estaba. Es lo que quería. Es lo que yo quería.

Respiro hondo y entro en el edificio.

El vestíbulo polvoriento está abarrotado. Algunas puertas de los estudios están abiertas. En uno de ellos, un hombre pequeño está aplicando repetidas pinceladas de pintura amarilla sobre una tela en blanco. La sala es un desorden de latas de pintura, lienzos enrollados, frascos de líquido turbio, libros. Una mujer en la sala contigua a la suya está doblada sobre una mesa alta, con el rostro pegado al papel en el cual está dibujando. De la parte superior de las estanterías de libros cuelgan zarcillos de cintas. A sus pies, un

altavoz despide música de salsa. Otras puertas están cerradas; tras ellas oigo fuertes golpes, zumbidos, ruidos de molienda. El aire tiene un olor mecánico, plástico y aceitoso a la vez.

La galería del final del pasillo es enorme y está vacía, y mis botas resuenan contra el suelo brillante de madera. No hay ventanas; las paredes son brillantes, blancas y desnudas. Un chico, no mucho mayor que yo, está sentado frente a una mesa larga pegada a una de las paredes. Al acercarme, me doy cuenta de que la mesa es en realidad una puerta vieja clavada a unos caballetes. Teclea sin parar en el ordenador. Va vestido como Beaver

Cleaver, de aquella serie antigua de televisión.

—¿Sí? —se limita a decir. No parece molesto, pero sí ligeramente expeditivo.

Mira mi portafolios.

—¿Tienes algún trabajo que desees someter a nuestra consideración?

—Sí.

—Ah. Esto no nos sirve. Queríamos digital. Ya sabes, imágenes por correo electrónico o en una página web. ¿Tienes a alguien que pueda hacer unas fotos, o puedes hacerlas tú y escanearlas y enviarlas?

Vuelve a teclear, pero sigue mirándome mientras sus dedos bailan.

Yo niego con la cabeza.

—No, pero he pensado...

—No, lo siento. Tienes que seguir las instrucciones de entrega.

Se vuelve hacia la pantalla.

Doy media vuelta, decepcionada, pensando en ir caminando con la bicicleta hasta mi habitación en vez de pedaleando. Me ha costado mucho montar y sujetar el portafolios al mismo tiempo. La mano sudaba de tanto sostener la carpeta contra el muslo que subía y bajaba.

—Vaya, ¡mira a quién tenemos aquí!

El amigo de Ariel, el pintor, lleva un montón de papeles y una bolsa de gimnasio, y casi no puede respirar. Tony Padilla, de la exposición.

—Te conozco. Ariel me habló de ti en mi exposición. La chica vestida de granjera. ¿Te gustó? —Sonríe expectante —. ¿Mi obra?

Trago saliva, pensando en lo que diré. Unos mechones de pelos oscuros y rizados le salen de los orificios de la nariz.

—No demasiado.

Se echa a reír, y deja los documentos y la bolsa.

—No te gustó. ¡Eso está muy bien! No siempre nos gustan las cosas que vemos, ¿verdad? Siempre debemos decirlo. Déjame echar un vistazo, ¿quieres? Veo que eres de la vieja escuela. Echo de menos los días de ir por ahí cargando el

portafolios.

Me lo quita de las manos.

Abre el portafolios en el suelo, y se arrodilla para observarlo. Hoy no va vestido con un traje elegante. Lleva pantalones cortos de color caqui, sandalias con calcetines y una camiseta manchada de sudor con un dibujo de un conejo. Ya no lleva coleta; el pelo le cae sobre los hombros como un abanico negro con franjas plateadas.

—¿Te presentas a la exposición?

—Sí, pero ese chico...

—Es mi becario, Aaron. Esta es mi pequeña galería. Esta vez me gustaría que hubiera obra nueva de artistas jóvenes. Suelen ser interesantes de

muchas maneras distintas, ¿sabes? —Examina un retrato de Manny—. ¿Tienes permiso de los modelos?

—¿Cómo?

—Autorizaciones. Las personas que posen para ti necesitan firmar autorizaciones aceptando que su imagen se exhiba en público. Aaron, imprime unas autorizaciones de muestra. ¿Traes el currículum?

Niego con la cabeza y él ríe.

—No te he tenido en clase, ¿verdad? Aquí hay gente con muchas aptitudes, y también gente rara. Pero me gustan. —Observa los dibujos con atención, se quita las gafas—. Estás dentro. Déjalos aquí. Tengo horas de vídeos y películas

y una instalación del dormitorio de un niño. Y un nudista. Pero ni un solo dibujo. Ni un cuadro. Los chicos de hoy en día... Si no podéis mirarlo, caminar o sentaros encima, no os interesa hacerlo.

Cierra suavemente el portafolios y se lo entrega a Aaron, que me dirige una mirada interrogativa al tiempo que me pasa las autorizaciones.

—Antonio Padilla. Tony.

—Charlie.

Me tiende una mano suave y sin pelo, con unas uñas cuidadas y afiladas y una pulsera de plata que le golpea la muñeca.

—Estas personas son... interesantes.

Tony Padilla me mira con curiosidad.

—Viven en mi edificio.

—No me digas —dice, apoyando la barbilla en una mano—. Tráeme también una tarjeta, Aaron.

Tony suspira.

—Bueno. Tenemos mucho trabajo por delante, con la organización de la exposición. Una cosa que siempre digo a mis alumnos, y que siempre les sorprende, Dios sabe por qué, es que la vida del artista es trabajar y trabajar. Nadie lo va a hacer por ti. No aparece por arte de magia en la página o en la pared de una galería. Requiere paciencia, exige frustración.

Observa las paredes vacías. Ríe ligeramente.

—Requiere masilla, uñas, proyectores, focos, chorradas y días muy largos. Espero que todos los que participan en la reunión arrimen el hombro. Espero que no tengas miedo al trabajo duro, Charlie.

Noto lo ancha que es mi sonrisa. Tan ancha que casi me revienta las mejillas. Cargo agua sucia y bandejas de platos y vasos toda la noche y limpio meados y mierda en los lavabos y ahora mis obras colgarán en las pareces y la gente las podrá ver. Mis obras.

—No —le digo—. No tengo ningún miedo al trabajo.

—Es genial —exclama Linus, aplaudiendo. Hace una pausa—. Apuesto a que Riley estará flipando.

Me afano con el cubo de la fregona, escurriendo el líquido mugriento.

—Sí, está superexcitado.

Mantengo la cabeza gacha, por si llevo la mentira escrita en el rostro.

—Mmm. —Linus se queda en silencio. Raspa lentamente la plancha—. Comprendo. ¿Cómo lo lleva, estos días?

—¿Perdona?

—¿Cuánto está bebiendo? Últimamente su trabajo es un poco más descuidado que de costumbre.

Me pasa un envase de revuelto de tofu y yo lo reviso. Hay ceniza a lo largo de los bordes abombados. Me avergüenzo de él, aunque sé que no debería hacerlo. Y me avergüenzo de mí misma.

Normalmente está durmiendo cuando llego a su casa, si es que está, tumbado en el sofá de terciopelo con un libro en el regazo y un cigarrillo encendido todavía pendiendo de los dedos. Las botellas desaparecen con más rapidez del anaquel de la cocina, y se sustituyen con igual rapidez. Parece que ha dejado

de ensayar para el concierto en beneficio de Luis Álvarez previsto para el verano, la guitarra no sale de su funda, en un rincón. La libreta de letras y las partituras están metidas bajo el sofá. A veces me mira como si no pudiera ubicarme. Suelo entrar, observarlo y fumar sus cigarrillos hasta que siento el pecho ennegrecido y congestionado. En una ocasión, con la mano en la puerta cuando yo me iba a trabajar, me miró y murmuró:

—Echo de menos que estés aquí conmigo por la noche. Es duro estar sin ti.

Y eso me hace sentir bien, pero me entristece, y esas cosas luchan en mi

interior hasta que me entran ganas de enterrar la cabeza en la tierra.

—Charlie, soy una alcohólica vieja y sobria. Hace ya seis años que conozco a Riley y sé de qué va el percal. —Respira hondo—. Está cayendo en picado, y en la caída, los adictos nos llevamos a todos los que podemos por delante. Porque no queremos estar solos cuando aterricemos en la mierda.

Me la quedo mirando. Linus, que siempre está ayudando a la gente, que siempre está alegre, ¿es alcohólica? Ahora que lo pienso, supongo que es por eso por lo que Temple nunca le sirve nada de beber por la noche. Intento imaginármela como Riley, pero no

puedo. Y lo que dice me deja hecha polvo, eso de que él se me lleve por delante. Sujeto con fuerza la fregona, mirando el agua sucia del cubo, como si ahí pudiera encontrar alguna respuesta.

Con tristeza, me dice:

—Escucha, no te conozco demasiado, y no quiero entrometerme, y tampoco quiero juzgar a nadie, pero quedarte con él solo te va a hacer daño. Tengo que decirlo. ¿No lo ves, cariño? En serio, ¿no lo ves?

Dejo la fregona en el cubo y cojo la escoba, haciendo un esfuerzo para no llorar, porque sé que tiene razón, claro que la tiene, pero intento concentrarme en el trabajo, ahuyentar la ansiedad. El

grupo de hoy era una especie de trío de polka-punk que ha tirado confeti, y hay papelitos por todas partes. Las mesas de la zona para sentarse cojean desde hace tanto tiempo, que el periódico de debajo de las patas está raído y grasiento. Tengo que cambiarlo cuanto antes.

—Se pondrá mejor. Lo sé. —Evito los ojos de Linus, y me seco los míos como si se tratara de sudor y no de lágrimas—. Yo puedo ayudarlo. No está bien dejar colgada a la gente.

—Charlie —dice Linus, con aire sombrío—, llevo años recuperándome. Si tuviera un dólar por cada vez que he oído eso, sería una mujer rica, y no trabajaría en una cafetería de medio

pelo.

Esta ciudad es seca y el calor es aplastante. Todo el mundo me dice que me acostumbraré, que me acabará gustando, que en verano refrescará un poco, pero el sol es una bola de fuego gigantesca que no desaparece nunca. El simple acto de ir en bici de mi apartamento a la biblioteca del centro me deja totalmente sudada, con la camisa empapada y el sillín de la bici mojado.

Hay nueve mensajes sin leer de Mikey. Es como si intentara quitármelo de encima, y no sé por qué. No he recibido nada de Blue, pero le escribo de todos modos, solo una palabra. «Hola.» Es como alargar la mano para ver si te salvan de caer de un acantilado, y que no haya nadie para ayudarte.

Pero el último mensaje de Mikey me llama la atención. El asunto es «cumpleaños / un poco más». Clico encima y lo leo.

Seguramente te habrás enterado de lo de la boda con Bunny. Es una locura, ya lo sé. Vamos a estar de gira un poco más, por lo menos hasta noviembre. Voy a pedir permiso en la universidad. Vamos a grabar

ese álbum en el norte de California. Hay un contrato discográfico, Charlie. No quería estar sin Bunny por más tiempo, y el momento parecía ideal. Cuando vuelva, tengo que hablar contigo de algo muy importante. Y oye, no pasa nada porque no me hayas escrito. Lo comprendo. Espero que estés bien. Y, Charlie, feliz cumpleaños.

Me quedo mirando la palabra: «cumpleaños». Luego cierro el correo y salgo de la biblioteca.

Tardo casi cuarenta minutos en encontrar el lugar adecuado con la bicicleta. Tengo que adentrarme por la zona sur de Tucson para dar con lo que busco. Se trata de una panadería pequeña y mísera que huele a gloria

bendita, elijo el bollo más glaseado y relleno de crema que encuentro en el escaparate. Después de estudiar la lista de cafés, pido un café de olla. Tomo asiento en una silla pegajosa junto a la ventana, la dulzura del hojaldre se acumula en mi boca y la bebida cremosa y acaramelada me calienta las manos. Me pregunto qué querrá decirme Mikey, qué es eso tan importante que no puede decirme por correo electrónico. Tal vez Bunny esté embarazada. Tal vez Mikey está a punto para una vida perfecta con hijos y mujer y una banda de rock y todo lo que siempre ha deseado, mientras yo estoy deshidratada y agotada y debería beber agua pero no lo hago, bebo café,

gasto siete dólares y sesenta y ocho centavos para desearme a mí misma el puto cumpleaños feliz del que me había olvidado totalmente.

Cada mañana voy en bici a la galería para ayudar a Tony y a Aaron con los preparativos de la exposición. Los otros artistas son mayores que yo, de veinte y muchos o treinta y tantos. Tony los hace experimentar con la colocación de las piezas mientras se pasea rascándose la barbilla y reflexionando. Ha decidido no enmarcar mis dibujos, sino colocarles un simple paspartú. Tony tenía razón: hay muchas instalaciones, como el

dormitorio de la infancia de una de las artistas, que incluye un juego completo de figuritas de Mi Pequeño Pony y las zapatillas de ballet originales emparejadas con las botas y las medias de rejilla de la adolescencia. Otro ha hecho un montaje de imágenes de vídeo encontradas por casualidad: en una pared se proyecta un bucle interminable de personas y perros que saltan desde trampolines. Tienen un color gastado, como de ensueño; parece que los saltadores atraviesen matorrales de rayos de sol aguados en un cielo de pastel. Un hombre con una mitad del cráneo afeitado y la otra con una gran cresta ha enganchado dieciocho pelotas

de playa en una pirámide y ha pintado palabrotas en cada una de ellas. Una mujer tiene una especie de cuadros, pero no hay pintura sobre la tela. En su lugar, ha pegado pieles de ardilla, plumas de cuervo y mechones de su propio pelo.

Una mujer delgada y de aspecto airado llamada Holly tiene la intención de tumbarse desnuda en el suelo.

—Soy mi propia obra —me explica, escarbándose los dientes con una uña mugrienta—. El simple hecho de tener que enfrentarse a mi presencia será abrumador para la mayoría del público.

No comprendo muy bien cómo funcionará la pieza de la mujer (¿y si alguien la toca?, ¿y si tiene que ir al

lavabo?), pero cuando miro a Tony, él me guiña el ojo y me susurra, después de que ella se haya marchado: «La defensa de la tesis de Holly va a ser espectacular. Por todas las razones equivocadas, pero espectacular de todos modos».

Utilizan palabras y frases como «teoría e identidad actualizada y fragmentación de base». Cuando Holly me vio con las mangas subidas, me dijo, enfadada y seria:

—Tienes que comprender y examinar tus transgresiones contra las normas de la sociedad. —Me sujetó la muñeca—. ¿Comprendes que el acto que has cometido contra ti misma es jodidamente

revolucionario? Esta noche te voy a hacer una lista de lecturas. Tienes mucho que aprender.

Memorizo lo que dicen mientras deambulo por la galería, siguiendo las instrucciones de Tony, moviendo las cosas a un lado y a otro, con las manos metidas en guantes blancos, como Mickey Mouse. Creo, no, estoy segura, de que algunos se burlan de mis dibujos y de mí. Se ríen de los rostros abollados y los dientes estropeados de Héctor y Manny, de la sonrisa esperanzada de Karen. Y al salir, voy a la biblioteca y busco todos los términos y palabras y frases, y me paso el día estudiándolas.

No quiero que piensen que soy

estúpida, pero tampoco quiero ser estúpida, por eso dedico el tiempo a aprender su lenguaje.

Y cuando me miro los brazos, no pienso en la revolución. Pienso en la tristeza y en el dolor, pero no en la revolución.

Sin embargo, la próxima ve que veo a Holly, pienso «gilipollas», y eso me hace sonreír durante el día entero.

Temple me pasa el teléfono.

—Date prisa, ¿vale? —me susurra—. Queremos llegar al Tap antes de que sirvan la última copa.

La miro con envidia; aquí todas las chicas salen juntas después de trabajar y van a bares, a fiestas; pero nunca me invitan a ir con ellas. He intentado hablar más con ellas, pero es un grupo bastante cerrado. En cualquier caso, soy demasiado joven para ir de bares. Solo

Linus parece interesada en mí, de un modo casi maternal, y siempre me pasa platos de patatas y cuencos de lentejas desde el otro lado de la isla de la plancha. Linus no sale con las chicas. A veces me cuenta que va a una reunión después de trabajar.

—La adicción no es de nueve a cinco —dice alegremente—. Puedes sentirte como una mierda las veinticuatro horas, siete días a la semana. En parte, es por esto por lo que hago tantos turnos. Tengo que mantenerme ocupada para ahuyentar a los demonios.

—Charlie. Dulce Charlie.

Es una mujer. Una voz ronca y segura.

Retuerzo el cable del teléfono entre

los dedos.

—¿Quién eres?

—Charlie Davis, hermana del alma, después de todo el tiempo que pasamos juntas, todo ese tiempo compartiendo historias de sangre, ¿no reconoces mi voz?

Se me cae el alma a los pies; el cuerpo entero me empieza a arder.

—Hola, Blue.

TRES

Blue dijo por teléfono que llevaba tres meses fuera viviendo en Madison con su madre. No se llevaban muy bien, así que pensó que sería mejor ir a Kansas a visitar a Isis hasta que las cosas se tranquilizasen un poco. Isis se había ido de Minnesota con un hombre y había acabado en Kansas; ahora estaba en una estación de servicio vendiendo bolsas de cecina y revistas para pajilleros. Isis y Blue estaban sentadas en un bar

apurando unas ginebras con jengibre cuando se acordaron de mí, del lugar ese tan caluroso al que me había ido a vivir, y también de mi madre.

—Llamé a Creeley y hablé con Bruce. Él me dio su nombre. Fue muy considerado, no es de los estrictos con la confidencialidad de los pacientes. Sé que tuvisteis vuestros más y vuestros menos, pero si rascas un poco debajo de toda esa fanfarronería, no es tan mal tío.

Blue llamó por teléfono a mi madre.

—Es muy agradable. Por lo poco que contabas en las sesiones de grupo, pensaba que sería un monstruo. Te sigue la pista a través de tu novio. O de tu no novio, no sé. —Se quedó callada un

momento y al otro lado de la línea oí el chasquido de un encendedor y la voz chillona de Isis ladrándole a alguien para que se callase de una vez—. Él le contó dónde trabajabas, y... bueno, he encontrado también este número. Internet es maravilloso, ¿verdad? Es como una piedra enorme y vieja. Cuando la mueves con el pie, de debajo sale un montón de mierda.

Luego respiró profundamente, como aliviada.

—Te echo de menos —dijo, sorbiéndose los mocos—. Es muy complicado, Charlie. Todo es muy complicado. Necesito un descanso, joder.

Y ahora la estoy esperando en la estación de autobuses, sin hacer caso de las miradas recelosas que me echan algunos hombres con el pelo largo y los dientes amarillentos. Voy dando golpes con la punta de la bota en el suelo. Cuando fui anoche a su casa, Riley no estaba. Tampoco estaba esta mañana cuando me he despertado en su cama: eso me ha preocupado un poco. La temperatura es agradable, ha refrescado, pero sigue haciendo muy buen día. Empieza el mes de noviembre y en Minnesota la gente lleva ya chaquetones y botas, y camina encogida para resguardarse del frío.

Dentro de una hora tengo que estar en

el trabajo. Me compro una Coca-Cola de la máquina y observo el desfile de autobuses grises aparcando en la estación. La Coca-Cola me deja la boca demasiado dulce y pastosa.

Es la última, y al bajar se resbala en el escalón antes de llegar al suelo. Enseguida recupera el equilibrio, el sol la deslumbra y se protege con una mano.

Blue tiene casi treinta años, pero sigue pareciendo una adolescente con sus pantalones anchos con muchos bolsillos y una camiseta de Lady Gaga. Solo ahora, cuando la miro de cerca, veo las marcas que la vida le ha ido dejando en la cara y en las comisuras de los ojos.

Blue deja caer la bolsa de deporte en el suelo y me abraza con fuerza.

—Charlie, mi magdalena favorita. —Da un paso atrás y me mira de arriba abajo—. Joder, Sue la Muda, qué bien se te ve. Cómo te ha crecido el pelo. Dime, cómo se llama. —Se enciende un cigarrillo.

—Los dientes —le digo sorprendida —. Te has arreglado los dientes.

—El Rey de la Madera de Madison ha soltado la pasta. Supongo que debía de sentirse culpable por haberme estado jodiendo todos estos años. Ni de coña te puedes llegar a imaginar el puto daño que me hicieron al ponérmelos. Es igual. —Vuelve a rebuscar dentro del bolso—.

Mierda, se me ha acabado el tabaco. ¿Dónde tienes el coche? ¿Podemos comprar en algún sitio de camino a tu casa?

Los dientes de Blue eran como pequeñas protuberancias romas. La metanfetamina los había recubierto, pulido y dejado tan blandos como si fuesen de plastilina. Ahora lleva una dentadura completa, blanca y reluciente.

Ya no tiene la cara hinchada ni le salen manchas a causa de la medicación, sino que tiene el cutis suave gracias a las cremas faciales y los polvos. Tiene el pelo de un color dorado intenso.

—No tengo coche, pero no vivo lejos, a unas pocas manzanas. Trae, yo te llevo

la bolsa.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Blue mirándome fijamente—. ¿No tienes coche? ¿Con el calor que hace? Estoy que me muero, Charlie. —Se pone unas gafas de sol grandes. Me encojo de hombros.

—¿Por qué no has cogido un avión? —le pregunto—. Seguro que el Rey de la Madera se lo habría podido permitir.

—Huy, no —resopla Blue—. Nada de aviones. Me dan un miedo que me muero. Ni pensarlo. No estamos hechos para volar. Así es como lo veo yo.

Va caminando junto a mí, haciendo ruido con los tacones, con cuidado de no tropezar. Bajo un momento la vista:

sigue llevando anillos en los dedos de los pies. Por alguna extraña razón, eso me reconforta. Le señalo algunas cosas como el hotel Congress y el pequeño cine donde sirven palomitas con cayena y parmesano y echan películas en blanco y negro en las que los actores hablan siempre de forma afectada.

—¿Y dónde vive la estrella de rock esa? ¿Lo podré conocer?

Estamos en la esquina con la Doce; señalo de forma imprecisa la calle que lleva a su casa.

—Ahora no está. —Bueno, eso creo. A lo mejor ha vuelto y está recuperando el sueño perdido.

—¿Lo veremos luego?

—Puede ser —contesto sin comprometerme demasiado. No sé por qué no me hace gracia que Blue conozca a Riley, pero es así. Saludo sin muchas ganas a Héctor y a Leonard, que están en el porche. Héctor se incorpora a ver a Blue y se frota los restos de sudor que tiene en el pecho. Me mira arqueando las cejas.

—Estoy un poco nerviosa, ¿sabes? Necesito privar algo —dice Blue, y le señalo la tienda de licores que hay al lado, aunque pensar en ella bebiendo me asusta y me deja también algo decepcionada. Confiaba en que estaría limpia. Más que yo, en todo caso.

—Señores —saluda con dulzura Blue

y se larga en dirección a la tienda.

Los dedos de Leonard tiemblan mientras carga la pipa, las hebras de tabaco revolotean y le caen encima de los pantalones. Héctor le echa una mano.

—Nada de líos, Charlie. No lo olvides —carraspea Leonard—. No tengo nada en contra de tu amiga, pero no quiero líos.

«Ay, Leonard —pienso—. No sabes los líos en los que estoy metida.»

Blue hojea mis cuadernos y dibujos.

—Hostia puta, Charlie.

Pasa los dedos por encima de los contornos de las caras.

—Es increíble, no sabía que supieses dibujar así de bien. Madre mía. Y mira cómo tienes la pared.

»No hay puerta —dice tras echar un vistazo al lavabo.

—Me gano la vida fregando platos. No me llega para puertas. Al final del

pasillo hay un baño con pestillo, pero lo usan los chicos. No te olvides de coger papel de váter si no eres capaz de superar la vergüenza.

Blue enciende un cigarrillo, mete la mano en la bolsa de papel de la licorería y saca una botella. La abre, pesca unos vasos del fregadero, sirve tres dedos de vodka por vaso y me acerca uno.

—¿Te apuntas? —pregunta levantando el vaso—. Este sitio es una mierda, Charlie. ¿Son todos como esos del porche?

Cojo el vaso y me lo bebo de un trago, como si nada, sin preocuparme de que tengo que empezar a trabajar dentro

de media hora. Ahora todo resulta facilísimo.

—Tenía puestas ciertas esperanzas —digo con delicadeza— en que a lo mejor ya no bebías ni tomabas nada.

Blue frunce los labios.

—Una vez fuera, no tardé mucho en volver. A beber, me refiero. De lo demás, nada... —Se encoge de hombros, pero rehúye mi mirada.

—¿Te has portado... bien? —Mido mis palabras. Blue se ha arrodillado en el suelo y pasa detenidamente las hojas de otro cuaderno. La camisa se le sube un poco. La piel de la espalda tiene un tono pajizo y un aspecto muy suave.

Tuerce el gesto en medio del humo.

—Solo hacía esa mierda cuando me metía. Se me iba la cabeza totalmente. Si no voy ciega, todo eso de cortarme o de quemarme me acojona muchísimo. —Me mira de reojo—. ¿Y tú? ¿Te estás cortando otra vez? —Va recorriéndome las mangas con la mirada.

—No —contesto—. Para nada, es solo que...

¿Qué diría de las salidas intempestivas para ir a pillar? Agacho la mirada.

—¿Estás bien, Charlie? —pregunta Blue, ladeando la cabeza.

«Estoy metida en un lío del que no puedo salir.»

Pero las palabras se me traban en la

garganta. Trago saliva con fuerza y hago que vuelvan para dentro.

Se me queda mirando durante un breve e intenso instante.

—¿Qué tal la estrella de rock? ¿Te trata bien? Algunos tíos, los músicos sobre todo, son especialistas en jodernos la vida.

Me distraigo limpiando el vaso y buscando una camiseta limpia para ir a trabajar.

—No, está bien, todo va bien.

—Es un poco mayor, ¿no?

—Sí. Veintisiete.

Me doy la vuelta para cambiarme la camiseta. Noto los ojos de Blue clavados en la espalda.

—¿Habías tenido novio alguna vez, Charlie?

Me pongo rápidamente la camiseta, la tela me cubre la cara y la boca mientras hablo.

—No, la verdad es que no.

Dice algo entre dientes que no alcanzo a entender.

—¿Cómo dices? —pregunto dándome la vuelta.

—Nada —contesta enseguida, se levanta y apaga el cigarrillo en el fregadero—. No te preocupes. Enséñame dónde están la televisión y el ordenador —me dice en tono alegre— y prometo portarme bien hasta que vuelvas.

Intento sonreír, aunque me pregunto qué es eso que ha dicho y que no he podido oír.

—Ay, Blue —me lamento—. Tengo malas noticias que darte.

Las chicas en el Grit se pasan toda la noche hablando de una urna ardiendo y de algo llamado «el Día de Difuntos». Se trata de un gran desfile que se celebra en la Cuarta Avenida para honrar a los muertos y en él la gente se disfraza, se pintan la cara como si fuesen esqueletos y hacen muchas otras cosas raras.

—Es lo mejor —dice Temple—.

Siempre tenemos muchísimo trabajo y todos los que vienen están encantadísimos de estar vivos y dispuestos a aportar energía positiva. ¡Y los disfraces! Son la hostia.

La cafetería está vacía; no hay nada que hacer. En un momento dado, Julie llama para saber cómo estamos de liados y cuando Temple cuelga, Randy asiente, recoge sus cosas y se va a casa. Durante el día, a Tanner le han dejado marcharse y Julie no ha hecho más que fregar platos. La vitrina de los dulces lleva dos semanas vacía y cubierta de polvo. Bianca ha terminado por cansarse de no cobrar.

Temple está toqueteando la máquina

de café.

—El año pasado me compré unas alas con luces de Navidad, un capullo se me cayó encima y me las arrancó. Un amigo mío también se cayó encima de uno que bailaba con fuego, aquello era una locura.

Al tirar del filtro, este cede de pronto y salpica de restos de café toda la falda azul con volantes, una que me gusta, aunque nunca se lo haya dicho, por las campanillas que lleva en el dobladillo. Temple maldice unas cuantas veces. Me agacho con un trapo para frotar las manchas oscuras que se han quedado en la falda.

Linus sale de donde están las

planchas, limpiándose las manos con una toalla.

—Es el Día de Difuntos, Charlie. *El Día de los Muertos* —reitera en español —. Una cadena humana de veinte mil personas va recorriendo el centro quemando los deseos que les han pedido a los difuntos, joder. Toda esa mierda se queda en el aire, algo tiene que hacer, ¿no? La energía comunitaria y todo ese rollo. Pero claro, el mundo no deja de ser una mierda, ¿verdad, Temple?

—No te pases —replica Temple—. Mis padres siempre nos llevaban. La energía positiva es una fuerza muy poderosa.

—¿En el sitio de donde tú eres tenéis

algo así, Charlie? —pregunta Linus, con la mirada fija en la cafetería vacía. Linus siempre utiliza esa expresión para referirse a Minnesota. «¿En el sitio de donde tú eres tenéis tortillas de trigo? Debes de echar de menos la nieve del sitio de donde tú eres. ¿Vas a volver al sitio de donde tú eres, Charlie?»

—No nos va mucho lo de la muerte —les contesto levantando la vista—. Cuando te mueres, te mueres. Lo que nos gusta es pescar en el hielo, lo demás nos da igual —digo restándole importancia porque no quiero ponerme a pensar en mi padre justo ahora.

Se me quedan mirando.

—Es broma —murmuro.

Temple deja salir el aire del suministrador de vapor.

—Es una alucinada, Charlie. Puede que te mole. Es como una gran celebración artística en honor del espíritu humano.

Froto el último resto de café que hay en la falda de Temple, toqueteo una de las campanillas y hace tilín. El espíritu humano. Mi padre. ¿Dónde se habrá ido su espíritu? ¿Me podrá ver? ¿Y Ellis, esa parte de ella que desapareció? ¿Quedará algo en algún lugar? Pensar en todo eso me asusta un poco.

Creo que Temple se equivoca. No creo que me vaya a molar lo más mínimo la celebración esa.

Blue aparece por el True Grit cuando vamos a cerrar. Se ha puesto unos pantalones cortos, unas zapatillas y una sudadera con capucha. Le brillan los ojos. ¿Cuánto vodka se habrá bebido? Friego con rabia el suelo mientras me pregunto de qué estará hablando con Linus y Temple. ¿Podrán verle las marcas en las pantorrillas aunque lleve los brazos tapados? Empieza a sudarme la frente. Una vez, en clase de gimnasia, una chica echó la puerta abajo y me pilló con la camiseta en la mano y solo el sujetador puesto. Me cambiaba en los lavabos, lejos de las chicas, y siempre

llevaba una camiseta de manga larga debajo de mi camiseta blanca y roja de hacer gimnasia. La chica empezó a reírse y luego se tapó la boca con la mano. A partir de entonces, todas se apartaban ligeramente cuando llegaba a las taquillas y sacaba la ropa de gimnasia. Cuchicheaban con suspicacia mientras yo cogía mis cosas y me volvía a ir a los lavabos. Temple charla amistosamente con Blue. ¿Quién sería Temple en el instituto? ¿De las que cuchicheaban o de las que se escondían? Y Linus, ¿le metería a alguna chica la cabeza en el váter o sería de las que la agachaban e intentaban aguantar hasta que dieran las tres? La gente guarda

muchos secretos. Nadie es exactamente lo que parece.

—Leonard me explicó cómo venir —dice Blue medio atontada mientras caminamos hacia casa—, así que pensé en pasar a verte. Espero que no te hayas enfadado. No quiero invadir tu espacio ni nada de eso.

Estira el cuello mirando las palmeras.

—Este sitio es rarísimo. Toda esta vegetación parece sacada de algún libro del Dr. Seuss, ¿a que sí? —Estamos un rato caminando en silencio. Echa varios vistazos a ambos lados de la Cuarta Avenida y finalmente me acaba preguntando—: ¿Vamos a un bar?

—Tengo dieciocho —respondo

levantando las manos—. Si quieres ir, ve tú sola.

—Vamos a ver si tu estrella del rock está en casa —propone sonriéndome después de pensarlo un poco.

Ya no puedo postergarlo más, así que le digo que vale. Me pregunto si Riley habrá vuelto desde anoche. Espero que sí.

A una manzana de distancia ya lo oímos rasguear la guitarra, la voz subiendo y bajando mientras le da vueltas a algún fragmento de un tema. Me quedo sorprendida; llevaba varias semanas sin tocar. Blue se queda embelesada.

—¿Es él? Joder, mola cantidad.

Nos vamos acercando, él está en el porche, el humo asciende en delicados círculos desde el cenicero que tiene a sus pies.

—Charlie. —Curiosamente, está de buen humor—. Y Charlie viene... con una amiga.

—Blue —se presenta y a continuación estira la mano, le coge el cigarrillo y le da una calada. Ese movimiento me hace sentir mal. Blue logra en un momento estar un millón de veces más cómoda y natural con Riley de lo que yo he estado nunca. No entiendo cómo puede comportarse así. ¿Qué es lo que hace que yo no pueda? ¿Está... tonteando con

él?

—Blue. Es un nombre muy bonito. Me llamo Riley West. —Deja la guitarra apoyada contra la barandilla del porche.

¿Está correspondiendo al tonteo? No sé interpretar sus gestos.

—Gracias —dice Blue—. No es mi verdadero nombre, pero me gusta más que el otro.

—¿Cómo? ¿En serio? —La miro sorprendida y se me olvida la rabia—. ¿Y cuál es entonces tu verdadero nombre?

—Patsy. Patricia —responde Blue tras dar otra calada y soltar lentamente el humo—. ¿Tengo pinta de llamarme Patsy?

Riley se ríe con ganas. Debe de llevar unas cuantas, porque parece contento. Ojalá Blue no estuviese. Si Riley está contento, quiero tenerlo para mí sola. Últimamente, para poder sonreír un poco, le hacen falta tres o cuatro. Hace una pequeña reverencia ante Blue.

—¿Querrán las señoras tomar algo fresco? —pregunta, y se mete dentro de casa.

—Es muy mono —susurra Blue tras soltar una risita nerviosa.

Blue se queda mirando a los otros porches, donde los vecinos de Riley beben vino, sentados en mecedoras de mimbre, y se abanican con periódicos.

—Debe de gustarle tener su público.

Aparte de ti, quiero decir. —Toca suavemente las cuerdas de la guitarra. Le aparto la mano, enfadada con que se tome tantas confianzas con sus cosas. Ella reacciona lanzándome una mirada asesina.

Riley reaparece con unas botellas muy frías. Me acaricia un momento el cuello con la boca y la nariz y me pasa su cerveza. Tras dudar un poco, brindo con los dos.

Blue se bebe la mitad de la suya de dos tragos y se pasa el dorso de la mano por la boca mientras nos va mirando a los dos.

—Sois muy graciosos. —Se ríe nerviosa.

—¿Por qué? —Le doy un sorbo a mi cerveza.

—No sé, porque sí. —Le brilla la cara—. Podéis besaros o lo que queráis. Por mí no os preocupéis. —Siento cómo se me encienden las mejillas.

Riley cruza las piernas y le ofrece un cigarrillo.

—Hay algo aquí que yo no sé, algo relacionado con la forma en que os conocisteis. Pasasteis por algún mal trago, ¿no?

Blue expulsa el humo de la boca y hace unos círculos perfectos.

—Dios, cómo me gustan los cigarrillos sin filtro —susurra—. Me encantan. —Le da otro trago bien largo a

la botella—. Nos conocimos en la clínica de las que se autolesionan. Yo era la más veterana —puntualiza, casi con orgullo—. Después llegó Isis, luego Jen, y luego Charlie. Louisa, sin embargo, llevaba allí desde siempre. Un momento. Oye, ¿estás bien, pasa algo?

Riley no mueve ni un solo músculo de la cara, como si estuviese conteniendo la respiración. Blue vuelve la vista hacia mí.

—Charlie. ¿No le contaste lo de Creeley? —me pregunta mirándome con cautela.

—Charlie se ha mostrado un poco reticente a contarme su historia —dice Riley después de carraspear un poco—.

Pero no pasa nada. Todos tenemos nuestros secretos. —Habla de forma suave. Me coge y me acerca hacia él. Gracias a eso me siento mejor. Aliviada.

—Yo la llamaba Sue la Muda —prosigue Blue—, por lo callada que era. ¿Cómo lo llamaban, Charlie?

Castañeteo un poco los dientes y me planteo si contestar o no.

—Mutismo selectivo —recuerda Blue de repente al tiempo que, con sus piernas suaves y relucientes, se encarama a la barandilla—. En ciertas situaciones cierras la boca y ya no la abres. Yo tengo un poco de todo. Soy como un cruce de distintas rayadas.

—Muy interesante —comenta Riley

—. Los hospitales son interesantes, ¿verdad? Cada persona que conoces es como un pequeño reflejo de ti mismo. Yo también pasé un tiempo allí, así que sé de lo que hablo. Da bastante mal rollo. —Un tic se adueña de las comisuras de sus labios. Me empieza a entrar ansiedad, que hablen de mí y se entiendan con tanta facilidad me hace sentir fuera de lugar. Aprieto los dientes y le lanzo una mirada inquisitiva a Blue.

—Se pasaba el día dibujando. —Blue apaga el cigarrillo—. Una vez se acostumbró a aquello, tenían que sacarla a rastras del taller de manualidades. Era la única a la que le gustaba. Yo, de mierdas de esas artísticas, nada de nada.

—Tiene muchísima gracia para dibujar. —Riley me mira fijamente, sin sonreír—. ¿Sabes lo de la miniexpo que va a montar?

Blue sigue hablando como si no oyese a Riley.

—¡Cómo odiaba aquel sitio! ¡Qué ganas tenía de salir! Nos tenían encerradas como al ganado, nos iban cortando a rodajas el cerebro, ¿a que sí, Charlie?

—¿Y tú qué, Charlie? —Riley se ha terminado su bebida—. ¿Estabas como loca también por salir?

Riley tiene una cara bonita y marcada, y la conozco tan bien que cualquier signo de sufrimiento hace que se me

salten las lágrimas de forma incontrolable.

—No —contesto con suavidad—. A mí me encantaba, joder. No quería irme de allí.

Blue suelta una carcajada.

—Sí, claro. ¿Cómo no te iba a encantar si antes de entrar dormías en una rejilla de esas por donde sale el aire caliente?

—¿Una rejilla? —repite despacio Riley entornando los ojos. Me quedo mirándolo. De pronto me doy cuenta de que no se acuerda de la vez que, sentados en el porche, hace ya tiempo, durante el monzón, le conté que había vivido en la calle. No se acuerda.

Porque se pasa el día ciego. Me invade una tristeza inmensa.

Blue deja de mirar a Riley y me mira a mí. Se queda lívida. Apaga el cigarrillo en la barandilla.

—Lo siento —farfulla.

Riley murmura algo y luego entra y nos saca más bebidas, enciende nuevos cigarrillos, reconduce la velada. Los dos hablan de mí como si yo no estuviese, se meten conmigo y se ríen cuando me pongo colorada. Al final, los vecinos entran en sus casas, las luces se apagan y las calles se quedan en silencio, pero Riley y Blue siguen hablando a voz en grito, intercambiando cigarrillos, soltando risotadas tontas

mientras charlan de música y de política.

Finalmente, recojo las botellas y los desbordados ceniceros, meto la guitarra de Riley en su funda y cojo a Blue por el codo y la levanto del suelo.

—¿Por qué no nos podemos quedar? —se queja—. Aún es muy pronto. Estoy de vacaciones, joder.

Pero me la llevo igualmente, la sostengo para que no pierda el equilibrio mientras recorremos la estrecha escalera que lleva a mi cuarto. Una vez allí, me viene el bajón y me quedo mirando el futón individual que hay doblado junto a la pared. Blue se tambalea hasta el lavabo y se baja los

pantalones vaqueros cortos.

—Con tu permiso —dice. El sonido del pis resuena en la taza del váter.

Se desploma en la cama y agita los pies.

—Que alguien me quite los zapatos, por favor.

Le quito las peligrosas sandalias de cuña alta y las lanzo a un rincón.

—Apaga la luz. Esa lámpara me está matando.

Voy al cuarto de baño y me lavo los dientes a oscuras, me echo agua por la cara, me pongo unos calzoncillos y una camiseta, y antes de dejarme caer junto a ella me quedo un momento mirándola, acurrucada en mi cama. La empujo con

la cadera para que se corra a un lado. De pronto me invade un sentimiento de nostalgia, echo de menos a Ellis y la forma en que nos acurrucábamos las dos juntas en su cama, hablando entre susurros cálidos, el aliento de una en la cara de la otra. Con cuidado, apoyo mi cadera contra Blue. Su piel desprende calor.

Al otro lado del pasillo se oye el murmullo del televisor.

—¿Qué dice la estrella de rock de tus cicatrices, Charlie?

Cierro los ojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Blue, somnolienta—. Vuélvete a casa de tu novio.

—No.

Blue se queda callada un rato.

—Conmigo no tienes de qué preocuparte. Me gusta tontear, me hace sentir bien, pero yo no soy... yo nunca... me gusta montar un poco el número, solo eso, ¿vale, Charlie? —Estira de la manta y se vuelve hacia la pared—. ¿Y sabes una cosa? —dice con voz aún más somnolienta, aunque un poco irritada—. Una novia puede tocar la guitarra de su novio cuando quiera. Te has enfadado conmigo por tocarla y estoy segura de que ni siquiera se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de cogerla, y claro que puedes. No es ningún dios.

Me duele un poco escucharla, que

tenga tanta razón, pero no sé qué contestar, así que me quedo callada. Cuando pienso que se ha dormido, cuando su respiración se vuelve más pesada y yo estoy a punto de dormirme, de pronto murmura:

—Oye. Recuérdame que no se me olvide. Tengo algo para ti. De Louisa.

Por la mañana está pálida como la leche, aunque va dándole animados sorbos al café que le he comprado en la cafetería que hay en esta misma calle. Se da un baño en la pequeña bañera mientras yo friego unas tazas. Ella, al contrario que yo, no es nada tímida;

puedo ver su propia historia mientras echa la espalda hacia atrás y el agua le moja los pechos. Cuando ha terminado, se toma las pastillas, una por una, y deja los frascos alineados en la repisa de la ventana. Recuerdo el correo donde me dijo que estaba tomando mucha medicación.

—Necesito grasas para combatir la resaca. —Se pone la camiseta. Es de manga corta. Las marcas de las quemaduras en los brazos se ven claramente, no están ahí por casualidad —. Lo noto. Y un refresco. Algo en plan Coca-Cola gigante.

Le señalo la camiseta, los brazos.

—¿No te...? Quiero decir... que lo vea

la gente.

—¿Qué coño me importa si lo ven? —dice frunciendo el ceño—. Es lo que hay. Esta soy yo. —Me tira de la camiseta de manga larga—. ¿Te vas a pasar la vida escondida en la penumbra? Es mejor salir y hacerle frente. ¿Sabes lo que me pone de los nervios? Si un tío tiene cicatrices, eso es una muestra de heroísmo y más mierdas. Pero ¿si es una tía? Entonces somos unas raras y unas taradas. Tu novio, por ejemplo. No quiero ponerme desagradable ni nada así, me cae bien, el punto ese de pícaro encantador que tiene le funciona de maravilla, pero tiene problemas, y muy serios. —Hace el gesto de beber—.

¿Por qué no le has contado lo del hospital, ni que viviste en la calle? ¿Él puede tener problemas y tú no? —Mientras habla, su tono se vuelve cada vez más irritado y eso me sorprende.

Siento que estoy a punto de echarme a llorar. Va muy deprisa para mí.

—No sé. —Trago saliva—. Solo quiero pillar algo de comer, ¿vale? ¿Es posible?

Meto la mano en el bolsillo en busca de dinero, pero ella me la quita.

—No. Pago yo. Lo siento. De verdad. No pasa nada.

Se echa el bolso al hombro.

—Pongámonos en marcha. Si no encuentro pronto un refresco, voy a

vomitar.

Blue invita a huevos revueltos, unos burritos rellenos de patatas, carne, queso y pimiento verde y unas bebidas con mucho hielo. Está hambrienta y muy mordaz, comenta en voz baja lo gordo que tiene el culo la camarera, hace chistes guarros sobre el salero y el pimentero, que tienen forma de cactus saguaro. Pide un refresco más y un rollo de canela, y el hielo se le queda pegado al labio superior.

Echamos un vistazo en la extravagante tienda de pelucas que hay en Congress. Se compra unos pendientes con plumas y se prueba unas pelucas muy coloridas. Caminamos sin rumbo por el centro, nos

quedamos maravilladas con la fachada de la catedral de San Agustín, que parece casi crujiente, como si la hubiesen horneado, el delicado y abandonado santuario de los deseos de El Tiradito, con sus esperanzadas *mandas* y sus filas de *veladoras* ya quemadas. Blue se pasa un buen rato mirando a través de los pequeños agujeros del pálido muro medio derruido del santuario, le echa un vistazo a los deseos y los presentes que la gente ha dejado, las velas deshechas, las fotografías rígidas y descoloridas. Meto la mano en uno de los nichos: está vacío. ¿Debería traer una foto de Ellis? Paso los dedos por la suave superficie

de las piedras.

Mientras vamos hacia casa, Blue está muy callada. Respiro el aire de principios de noviembre y contemplo el amplio e infinito cielo azul. En Minnesota todas las hojas se han caído ya y el cielo gris va anticipando el frío y el invierno. Puede que ya haya nevado una o dos veces. Pero aquí todo es un cielo azul y un clima eternamente cálido.

De vuelta a mi cuarto, Blue se sienta en el sillón y se pone a escribir y a navegar con el móvil. Cuando le pregunto en tono distendido cuánto tiempo se va a quedar, la mirada se le nubla.

—Pensaba que te lo había dicho: no

tengo ningún sitio adonde ir, Charlie. Tú aquí tienes mucha suerte. Esto es muy bonito. Mira cómo brilla el sol, es la hostia, incluso en invierno. ¡Ahora mismo hay veintitrés grados!

Agacha la cabeza.

—¿Quieres que me quede, Charlie?

Quiero, pero no quiero, pero quiero, pero no quiero.

—¿Cómo están en Creeley? —pregunto cambiando de tema.

Blue niega con la cabeza.

—No lo sé, la verdad, no mantengo el contacto. Isis se fue después de ti. La puta imbécil de Louisa no saldrá nunca. Se morirá o se pasará la vida allí, lo tengo clarísimo. Joder.

Se levanta del sillón, se lanza sobre su bolsa de deporte y se pone a rebuscar hasta que finalmente encuentra lo que busca. Saca diez cuadernos con tapas de color blanco y negro, atados con una cinta roja.

—Louisa me dijo que te los diese.

Me pesan en las manos. Me acuerdo de Louisa, su pelo rojo y dorado recogido sobre la cabeza, sonriendo cuando le preguntaba qué era lo que estaba siempre escribiendo en esos cuadernos.

«La historia de mi vida, Charlie.»

—¿No vas a echar un vistazo? —se interesa Blue.

—Más tarde, quizá. —Los meto en la

mochila. No parece que Blue haya intentado forzar la cinta, pero de todas maneras no quiero dejarlos aquí. Puede que contengan cosas que Louisa solo quería que leyese yo. Puede que yo no quiera compartir sus palabras con nadie.

Blue se repantiga en el sillón.

—Jean S. me ha enviado un mensaje. Dooley la ha dejado. Ha perdido una beca de baloncesto y ha tenido una recaída, pero sus padres no lo saben, por el momento.

—¿Hablas con alguien? —le pregunto a Blue—. Me refiero a si vas a reuniones o algo así.

Blue le da un trago a la cerveza que ha comprado antes de volver al cuarto.

—No, no me queda nada por decir. ¿Y tú?

—Estuve una temporada escribiéndome correos con Casper, pero hace tiempo que no me contesta.

—Siempre fuiste su favorita. Todas lo sabíamos. La verdad es que me importa una mierda. —Blue se pone en pie de repente y empieza a sacar ropa de la bolsa y a echarla encima del futón.

Cierro lentamente la cremallera de la mochila.

—A Casper le caía bien todo el mundo —contesto intentando parecer imparcial, pero lo que ha dicho me hace sentir culpable. Puede que sí fuese un poco su favorita, su proyecto especial.

—No, no es verdad. Yo nunca le caí bien. ¿Te crees que a mí me escribió algún correo al salir? Qué va.

Me da la espalda mientras se recoge el pelo en un moño. Ahí está la golondrina, rechoncha y azul, observándolo todo desde su nuca.

Para rebajar la tensión, le pregunto qué va a hacer mientras estoy trabajando. Blue se encoge de hombros y se va arrastrando los pies hasta la cocina.

Cuando la veo coger la botella de la repisa de la ventana y enjuagar un vaso quiero decirle que no lo haga. Pero ¿quién soy yo para decirle nada? Estoy igual de perdida que ella.

—Bueno, estaré de aquí para allá. Igual voy y charlo un poco con tus vecinos. —Se vuelve hacia mí y me sonríe, su nueva y perfecta dentadura resplandece como un muro en el interior de su boca.

—Blue, no te pases mucho con eso, ¿vale? —le digo, ya con la mano en la puerta—. Podemos ir a dar una vuelta esta noche, las dos solas. Hace un tiempo muy bueno para pasear de noche. —Le sonrío confiada, pero ella solo hace el gesto de la paz con los dedos y sigue navegando con el móvil.

Cuando vuelvo del trabajo no está en el

piso. Me la encuentro en el salón de Riley. Al doblar la esquina antes de llegar a su casa ya puedo oír las risas. La angustia hace que se me forme un nudo en el estómago cuando, parada a mitad de los escalones del porche, los veo a través de la puerta de tela metálica: los dos en el suelo, rodeados de vasos y de ceniceros llenos de cigarrillos, Blue tocando la Hummingbird mientras él le enseña cómo ha de poner los dedos. Riley farfulla alguna broma y ella se ríe, con la cara sonrojada por toda la atención que le está prestando. Solo de ver sus manos sobre el cuerpo de ella ya me siento mal. Blue me ha dicho que jamás

haría nada con él, pero aun así... De pronto me siento como una mierda: a fin de cuentas, Blue me ha dicho que se sentía muy sola. Así que aquí está, pasando un buen rato con alguien que le hace un poco de caso.

El pelo le cae sobre la mejilla, como un abanico de seda. Blue —Patsy, Patricia— parece muy feliz, y de pronto el nudo en mi estómago se afloja un poco. Después de confesarme que yo era la favorita de Casper y que ella no le gustaba, ¿no se merece ella sentirse así?

Blue me sonríe de oreja a oreja cuando me ve asomarme lentamente por la puerta y se pone a contarme que Riley la ha llevado a tomar unas copas al Tap

Room y luego a cenar al Grill. Por la mañana va a llevarla en coche a ver las vistas.

El estómago me da un vuelco. A mí nunca me ha llevado en coche. Ella parece muy contenta, acaricia con los dedos las cuerdas de la guitarra. Miro a Riley, pero él está concentrado arrancando la etiqueta de su botella de cerveza.

Quizá solo esté prometiéndole cosas que no va a poder cumplir, solo por hacerse el simpático, y luego la defraudará. ¿Con qué coche la va a llevar? ¿Y adónde? ¿Se va a saltar su turno? Empiezo a enfadarme un poco.

Me dejo caer en el sofá de terciopelo

de color bermellón. Riley alza la vista, se percata por fin de mi presencia y se acerca, me levanta un poco el pantalón del peto que llevo puesto y me besa en la rodilla.

—Ah, por cierto, ha venido tu casero. —Blue le da una calada a su cigarrillo —. ¿Lonnie?

—Leonard —contesto sin muchas ganas. Ella se muerde los labios, concentrada en la colocación de los dedos sobre las cuerdas de la Hummingbird. Lleva unas uñas muy bonitas, blancas y bien limadas.

—Quería saber cuánto tiempo me voy a quedar, porque el cuarto es muy pequeño, y a lo mejor te toca pagar algo

extra.

Me quedo pálida de repente. Blue se da cuenta y enseguida niega con la cabeza.

—No te preocupes, Charlie. Yo tengo dinero, y aparte, voy a trabajar para pagar la diferencia —dice sonriendo—. Soy la nueva encargada de mantenimiento del edificio. Aprendí muchas cosas acompañando a mi padre a todas esas obras, ¿sabes? ¿Has visto la escalera? La he arreglado. Podemos ser compañeras de habitación toda la vida. —Sonríe de oreja a oreja y le brillan los ojos.

Parece tan contenta e ilusionada que me acabo ablandando. Tenerla por aquí

está siendo bastante agradable. No es la misma persona que era en Creeley.

Las chicas del True Grit, Temple, Frances y Randy, no paran de hablar de sus compañeras de piso. Podría ser divertido vivir con una chica.

—Sí —respondo, intentando reírme un poco—. Podría estar guay, Blue.

Riley también se ríe, pero se nota que está molesto.

—¡Oye, Blue! Ya está bien. No quiero que mi chica me deje por su mejor amiga. Es lo único que me mantiene un poco sereno. Me la pido para mí. —Me aprieta la rodilla demasiado fuerte.

Blue levanta las cejas con gesto sorprendido. Me busca la mirada pero

yo me pongo de pie y propongo beber algo más. Voy sirviendo más bebidas hasta que acabo tan mareada como ellos.

Si me pongo así de ciega es porque yo quería que Blue hubiese cambiado al salir, quería que fuese mejor para ayudarme a mí a ser más valiente, a ser capaz de mejorar también.

Pero puede que eso solo fuese la teoría.

Más tarde, en su cuarto, con la casa en silencio ahora que Blue se ha dormido en el sofá acurrucada con las manos entre las rodillas, Riley respira contra mi hombro. Su habitación está fresca, las ventanas están abiertas.

Lo tengo detrás de mí, apretándome

contra él, noto su aliento en la nuca.

—Eso que decía tu amiga de vivir contigo no iba en serio, ¿verdad? No sé si me acaba de convencer.

Cierro los ojos, todo me da vueltas. Estoy harta de beber, de ir detrás de él cuando va ciego, limpiándolo todo. De arrastrarlo a la cama. De despertarlo para que vaya a trabajar. ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo?

Me falla la voz, tengo la garganta seca de fumar, pero hago un esfuerzo, me sale un tono enfadado y él se da cuenta; su cuerpo retrocede un poco.

—¿No me vas a dejar que tenga una amiga? ¿Ni siquiera una? —Lo que digo no se entiende bien, me empiezo a poner

nerviosa. No quiero perder los nervios, pero la bola se está haciendo cada vez más grande y el alcohol hace que crezca todavía más deprisa.

—Oye —dice Riley suavemente—. Que yo no...

—¿Sabes lo difícil que es estar siempre pendiente de ti cuando vas todo el día ciego?

Riley guarda silencio.

Hablo más fuerte. Le aparto las manos y me pego a la pared, las ventanas están abiertas encima de mi cabeza. ¿Me oirán los vecinos?

—Nunca me preguntas nada sobre mí. Ni siquiera me has preguntado por las cicatrices. Ni por mis padres. Blue por

lo menos sabe esas cosas, las entiende...

—Oye, cariño, todos tenemos nuestras mierdas, no te he preguntado nada porque...

—No me has preguntado porque te da igual, lo único que te importa es que esté aquí cuando me necesitas.

«Una galleta, o un libro, o un disco en una estantería», como dijo Julie.

Me doy la vuelta. Entre la oscuridad y las vueltas que me da todo, apenas puedo distinguir su rostro. Él también está muy borracho y tiene los ojos hundidos. ¿Llegará a acordarse de todo esto?

—Pues ahí va, Riley, te voy a contar toda mi mierda. Tenía una amiga, intentó

suicidarse y fue por mi culpa. Le rompí la nariz a mi madre y me echó de casa a patadas. Nunca hubo ninguna rejilla de aire caliente, pero te voy a contar lo que hubo: una barra de pan puede durar una semana, pero acabas estreñida.

Las palabras salen a trompicones, las tengo atrapadas en la garganta, como en nubes pegajosas, pero ya no puedo parar.

—Cuando te pido una moneda, me la das porque soy pequeña y parezco triste y estoy sucia y tú piensas ciertas cosas sobre mí porque soy pequeña, triste y sucia. Piensas que a lo mejor me podrías hacer ciertas cosas y que yo te dejaría porque necesito el dinero. Y yo lo sé,

así que cuando digo que vayamos al parque a seguir charlando, por dentro te alegras de venir conmigo, estás emocionado y nervioso.

—No —susurra Riley.

Se tapa la cara con las manos.

—En el parque no te miraré cuando mis amigos salgan de los arbustos y se echen encima de ti. O cuando te pongas a llorar porque te están pegando con cadenas, quitándote el dinero, destrozándote el bonito traje. Yo he cumplido mi parte. Y en todo caso, ¿por qué llevas tanto dinero en la cartera? Eres un puto imbécil, un puto imbécil.

Riley dice que pare, pero no lo hago porque quiero hacerle daño, puede que

un poco o puede que mucho, por la forma en que miraba a Regan, por lo que podría haber pasado con Wendy, o por cómo se ríe con Blue y no me deja ser su amiga, pero sobre todo porque estoy muy cansada.

Estoy muy cansada y borracha y desesperada. Estoy cansada y enfadada conmigo misma. Por haberme hecho cada vez más pequeña con la esperanza de que así él se fijaría más en mí. Pero ¿cómo va a pasar eso si cada vez soy más pequeña?

Me quito de encima las sábanas, lo aparto de en medio y salgo de la cama, sin parar de hablar, ni siquiera mientras me pongo el peto e intento subirme los

tirantes y abrocharlos. No puedo. Me tiemblan las manos. Me ato los dichosos tirantes a la cintura.

—Si pruebas a ir por tu cuenta, un tío te intenta violar en un túnel, y es un tío altísimo y muy fuerte. Te mete las manos debajo de los pantalones, te mete los dedos, el hombro contra la boca para que nadie te oiga gritar. A lo mejor hay dos tíos que te salvan, dos buenas personas. Si vas con un grupo, más te vale recordar las reglas, tienes que recordar quién es el líder; si no, él también intentará hacerte daño.

Me agacho y me acerco a la cara de Riley.

—Viví en una especie de prostíbulo.

Un tío intentó venderme. Así que yo intenté morirme. Esta es mi historia, Riley. ¿Cuándo me cuentas tú la tuya?

Estoy jadeando. Él se tapa la cara con los dos brazos.

—Riley —le digo, con voz ronca—. Riley, tenemos que parar. Tú tienes que parar. No quiero que te mueras, Riley. Por favor, para. No quiero que te mueras. ¿Vas a parar?

Su voz suena más fuerte de lo que me esperaba.

—No.

Salgo tambaleándome de la habitación, estoy a punto de tropezar. Saco a Blue del sofá tirándole de la camisa. Balbucea algo al notar que está

de pie.

—¿Qué coño pasa, Charlie? ¿Qué...? —El pelo le tapa la cara.

La saco fuera y me pongo las botas mientras ella cruza el porche a trompicones y se pone las sandalias.

—¿Qué coño pasa? ¿Habéis discutido o algo por el estilo?

—Quiero irme, nada más. Vámonos. Date prisa, Blue, por favor. —Bajo corriendo los escalones del porche, respirando profundamente. No sé lo que acaba de pasar, estoy mareada y borracha, me pica la piel—. Necesito estar en un sitio seguro. Por favor. Vamos a casa.

—Sí, vale, sí. —Blue se abrocha los

pantalones y baja a buen ritmo la escalera del porche. Aún está medio dormida, y borracha.

«No quiero volver a beber. No quiero volver a beber. No quiero volver a beber. No quiero estar sola.»

Tengo que cogerla mientras caminamos; tiene el cuerpo flojo, como si fuese gelatina.

—Blue, vamos a dejarlo —le digo, delicadamente—. Vamos a dejar todo esto, ¿vale?

—Guay —murmura—. Me parece guay, vale.

—Por favor.

El cielo está moteado de nubes. Me llega el olor del suave champú de Blue

por debajo del alcohol y los cigarrillos. No se me escapa, tampoco, que Riley no nos llamó mientras nos íbamos ni salió corriendo al porche, ni nada.

La bola que llevo dentro también se da cuenta de eso, y lo añade a la lista de cosas.

Por la mañana, mientras sujeto dos tazas de café para llevar de la cafetería de la esquina, con la cabeza a punto de explotar por la resaca, contemplo la pared que da al hueco de la escalera. Blue tenia razón; ha tapado los agujeros y las grietas, las ha alisado. La pared tiene un aspecto suave y magnífico. Blue parece orgullosa.

El vestíbulo del edificio huele a limpio; he encontrado a Blue plantada

con una fregona y un cubo cuando he vuelto con los cafés. El trabajo de la pared lo había hecho el día anterior; ahora está limpiando el pasillo y el vestíbulo para poder comprobar el suelo de madera y ver qué clase de pulimento le conviene. La encontré notablemente fresca después de pasar la noche bebiendo hasta altas horas. No creo que se acuerde de lo de anoche. Estoy segura de que Riley tampoco. He tenido que hacer un gran esfuerzo, al salir a por los cafés, para no ir en la dirección opuesta, doblar la esquina hacia su casa, subir los escalones del porche y...

En la frente le brilla una gota de sudor.

—¿Qué se puede hacer con una carrera de lengua inglesa? —pregunta —. Al parecer, esto.

Se echa a reír y pone una cara divertida.

—Universidad de Wisconsin-Madison —añade rápidamente—. No soy una perdedora total, Charlotte.

—Ya lo sé, Blue. Me parece genial.

—¡Ha llegado el gran día! ¿Estás emocionada? —Coge una taza de café y sorbe el líquido, agradecida—. Hostia, qué dolor de cabeza.

Asiento.

—Sí que lo estoy. —Reflexiono un poco más, alejando a Riley de mis pensamientos—. Estoy muy, muy

emocionada.

—Genial. Así me gusta. ¿Quedamos aquí luego y vamos juntas a la galería?

—Sí, claro. Voy a hacer una siesta antes del trabajo, ¿vale?

Blue me dedica un saludo y yo voy hacia la habitación. Pero tengo un nudo en el estómago. Sigo deprimida por la discusión con Riley, y me pregunto si debe de estar en casa, o si luego vendrá a la exposición. En cierto modo nos sentimos incompletos, y no me gusta.

Trabajo de cinco a siete y luego Temple me dice que ya puedo ir a la exposición. Tanner está atendiendo el mostrador mientras ella se ocupa de la máquina de cafés. La gente se amontona en la cafetería, disfrazados de mil maneras, con los rostros oscuros y macabros. En el exterior, Julie sirve sidra de un cazo gigante.

Tanner ha colocado las cafeteras sobre la cobertura de las pastas, junto a

las tazas para llevar y una caja para el dinero. Temple ha impreso un gran cartel: 1 CAFÉ YAH HONAH, 1 DÓLAR. Linus trabaja en la plancha y Randy enjuaga platos y va pasando la comida.

—Estamos bien —dice Temple—. Ya nos arreglaremos. A por ellos, chica.

Al ser el Día de los Muertos, la avenida es una locura absoluta. Bailarinas del vientre, niños y adultos totalmente vestidos de negro con las caras pintadas de calavera; niños pequeños con las alas doradas y endebles adheridas a la espalda. Gente que lanza fuego por boca, gente que camina con zancos, gaiteros con faldas y caras de calavera. El ruido es

abrumador, cada sonido se ve reforzado por el retumbar de los tambores taiko. La gente sostiene esqueletos gigantes en palos, con sombreros de copa que cuelgan de las calaveras. Una mujer toda de negro lleva la cara pintada con una calavera dorada y los ojos bordeados de negro, como si fueran hoyos. Lleva un paraguas negro con calaveras en miniatura colgando de los bordes. Un grupo de personas vestidas de blanco, con camisones anchos y las caras pintadas como calaveras de azúcar (Temple me lo tuvo que enseñar en su teléfono: la cara se pinta de blanco y luego se añaden los dibujos florales de colores) sujetan una serpiente de papel

maché de seis metros de largo por encima de las cabezas. Policías y coches de policía, gente con máscaras, personas con aspecto de ir colocadas deambulando con toda clase de instrumentos musicales. Localizo a los punks del Dairy Queen apalancados delante del Goodwill, fumando cigarrillos y burlándose de la gente. Ellos también se han emblanquecido la cara y se han ennegrecido los ojos. La chica punk me agarra y me saca la lengua de una boca púrpura.

Me mantengo en la acera de enfrente de la avenida, me fundo entre la gente. El ruido de la multitud, de la música y los diferentes tambores es ensordecedor.

La policía se ha situado en los límites de la procesión, intenta mantener a todo el mundo en el perímetro de la calle, pero es difícil; la gente entra y sale, grita y ríe. Hay mimos y paradas de cuadros y artesanía por todas partes. Los comedores de fuego pasan de largo y suelto un grito cuando una mujer se detiene justo delante de mí y se introduce suavemente la llama dentro de la garganta. La saca, escupe y echa a correr. Me abro camino por el paso subterráneo y escapo hacia el otro lado de la calle, alejándome de la masa de gente y caminando hasta mi apartamento, con el Día de los Muertos acechándome con sus gritos y sus tambores.

Blue no está en la habitación. Pero la ropa está tirada sobre el futón, y el aire está viciado de humo de cigarrillo. Me indigno ante el desorden y la suciedad: ceniceros llenos, vasos manchados de pintura de labios, bolsas arrugadas del colmado de la esquina. Hay trozos de lechuga y tomate esparcidos por la alfombra. Unas nubes de dentífrico escupido cuelgan de los laterales del lavabo. Por un instante me quedo mirando el teléfono último modelo de Blue sobre la mesilla; tiene una grieta en la parte delantera, como si alguien lo hubiera tirado. Tengo una extraña

sensación en el estómago. Blue siempre trata el teléfono con mucho cuidado.

Ahora, al observar el desorden del apartamento, me doy cuenta de que algo va mal, de que ha pasado algo. ¿Dónde está Blue? Tal vez esté en casa de Riley. Tomo aliento e intento que eso tampoco me haga sentir mal. Tal vez Blue ha recibido alguna mala noticia y ha montado en cólera. Dudo entre correr de inmediato a casa de Riley para ver si está, o prepararme para la inauguración. Respiro hondo. Decido que voy a prepararme. Blue se debe de haber enfurecido por cualquier tontería. Me prepararé y luego iré a casa de Riley.

Esta es la primera vez en meses que

me pongo algo diferente a un peto recortado. He encontrado una falda de algodón negra y ancha en el Goodwill y una blusa de campesina de color marrón. Me las pongo, me calzo las sandalias que encontré en el callejón, y me lavo la cara. Ante el pequeño espejo del lavabo, al final del pasillo, el espejo que solo muestra una parte de mi cara, me peino. El pelo casi me tapa las orejas. Intento ponérmelo por detrás y contemplo mis lóbulos múltiples veces perforados.

Supongo que es agradable ver mi color natural después de tanto tiempo, de tantos años tiñéndomelo de rojo o azul o negro. Un rubio profundo, con

franjas de castaño oscuro.

Creo que mi cara tiene mejor aspecto que unos meses atrás; la piel es más clara, hay menos sombras bajo los ojos. Me pregunto si Riley ha pensado alguna vez que soy atractiva, o guapa, porque nunca me lo ha dicho. Pensar en él me hace sentir mal otra vez. Lo de anoche me provoca un nudo en el estómago.

«No», dijo.

Me miro al espejo. «Pase lo que pase», me digo a mí misma, «esta noche no voy a beber».

De nuevo en la habitación, rebuscando en la bolsa de viaje verde de Blue, encuentro un tubo rosado de brillo de labios, y me lo aplico. Me

pinto con su lápiz de ojos, y con los dedos me coloreo con la esperanza de conseguir un aspecto solemne. Solo intento hacer lo que tantas veces vi hacer a Ellis cuando se maquillaba.

Muevo los dedos de los pies dentro de las sandalias, y me siento ligeramente incómoda. La blusa, la falda, el brillo de labios... son demasiadas cosas nuevas a la vez. Me quito las sandalias, me pongo los calcetines negros y las botas. Estoy nerviosa y preparada, pero antes tengo que encontrar a Blue.

La guitarra de Riley está en el porche de su casa, junto al paquete de tabaco y la

cerveza. Dentro, suena música ska a todo volumen. Toda la calle es un jaleo, la gente se reúne en los porches y en los jardines, bebiendo, asando carne y riendo. El ruido de la multitud y de los tambores del Día de los Muertos retruena en el cielo.

Recojo los cigarrillos y las botellas de cerveza y los entro en la casa.

Blue está sentada en el suelo en medio de la sala, dándome la espalda, encorvada en medio de una nube de humo, con unas portadas de disco esparcidas a sus pies.

—Blue —la llamo, pero ella no me escucha por culpa de la música.

Le toco el hombro y se sobresalta, la

ceniza le cae sobre las rodillas desnudas. Da media vuelta y veo que tiene los ojos abiertos como sartenes, con las pupilas dilatadas y saltarinas.

—¿Blue?

Arrugo la nariz al notar el olor de plástico quemado y me doy cuenta de que se trata de Blue: es ella la que huele a plástico quemado. Se limpia la cara, se quita la ceniza de la rodilla y apaga el cigarrillo en el suelo aplastándolo con el puño. Toda la casa huele como si se estuviera quemando; hay algo químico que hace que me lloren los ojos. Tardo un momento hasta que me doy cuenta de lo que está pasando.

Los ojos de Blue se llenan de

lágrimas. Pronuncia mi nombre con un graznido.

—Dios mío. —Retrocedo, me arden las fosas nasales. Me duele el estómago —. ¿Qué coño has hecho? ¿Por qué lo has vuelto a hacer, Blue? Los dientes.

No puedo pensar en nada más. «Tus preciosos dientes.»

La pipa está en el suelo, junto a las rodillas desnudas. Una larga cascada de baba le cuelga de la barbilla.

Algo centellea en sus ojos; un dolor que de pronto se cierne sobre su rostro, tirando de la piel de las mejillas hacia abajo.

«Louisa se ha prendido fuego», dice.

Me pongo a temblar tan fuerte que las

botellas que sostengo entre las manos chocan entre ellas.

Blue me araña las botas con las uñas. Quiere tenerme cerca. La respiración es ronca y entrecortada y sus ojos no dejan de dar vueltas. La alejo de un puntapié, retrocedo. ¿Louisa? ¿Louisa no está? El cuerpo se me enfría, luego arde, después se vuelve insensible.

Los truenos y el océano me invaden los oídos. Louisa. Ellis. Esto no puede estar pasando otra vez. Me tambaleo hacia la cocina, llamando a Riley. Todo irá bien si consigo encontrar a Riley. Riley me abrazará, me protegerá de todo lo malo. Él puede hacerlo, por lo menos de momento. Como hizo cuando estuve

enferma. Puedo contar con él al menos en esto.

Unos puntos negros nadan delante de mis ojos, siento un cosquilleo en la piel; algo se me clava en el interior de la garganta.

Detrás de mí, Blue llora con un gemido delgado y aflautado.

«Losientolosientolosientolosientolosie

Fuego. Louisa se ha prendido fuego. No puedo respirar.

Lo primero que percibo en la cocina es un destello de rojo y amarillo apelmazado, el rostro de Wendy apoyado sobre el hombro de Riley, los dientes puntiagudos de su sonrisa apuntando hacia mí. Él la embiste con

tanta violencia que la cabeza de ella se balancea como si fuera una muñeca. Están follando allí mismo, sobre el mostrador de la cocina, él entierra el rostro en el cuello de ella, las piernas de la chica le enlazan las caderas, con los vaqueros cortos colgando de un dedo del pie.

Wendy, sin poder controlar el hipo, me guiña un ojo.

En la otra habitación, el disco se detiene de pronto, y se oye un chirrido largo y escalofriante cuando Blue arrastra la aguja. Wendy tiene los ojos salidos como si fueran piruletas girando en espiral.

Las botellas de cerveza me resbalan

de los dedos y se rompen.

Ella se echa a reír.

—Vuelve con tus navajas y tus colillas, niña.

Otro hipo.

La cabeza de Riley se tambalea. Se vuelve. No reconozco la cara que lleva puesta. Es una cara diferente, llena de una furia que me asusta hasta tal punto que todo mi cuerpo desaparece en una especie de sueño. No me puedo mover.

Él se agarra los pantalones marrones, se los sube como puede y avanza hacia mí. Estoy petrificada. Me grita, pero yo huyo de mí misma, me estoy disociando, floto lejos de mi propio cuerpo. Igual que con el puto Frank. Como con mi

madre.

Empuja a la chica que soy yo contra la pared. Tras ella, la portada enmarcada del disco Little Crises Everywhere cae al suelo. El cristal se rompe, le corta la parte trasera de las pantorrillas, y se acumula en pedazos a los pies de ambos.

Él grita. ¡No significa nada! ¿No lo ves? ¿No lo pillas? La humedad de su boca cubre las mejillas de la chica. De algún modo, encuentra las manos de ella. Ella le golpea el pecho.

Fuego, fuego por todas partes, en su interior.

«No sé quién pensabas que era, pero esto es lo que hay.» Aplasta la mejilla

de la chica contra la pared. «Fuera de mi casa», le susurra con la voz ronca. «Vuelve al lugar de donde viniste.»

«Fuera.»

La procesión ha llegado al destino final. La urna sigue ardiendo y lanza al aire grandes columnas de humo, deseos y oraciones para los muertos. He vuelto a mí misma en medio de un pandemonio, rodeada de gente que llora a los muertos, con la visión emborronada por la humedad, y la negrura que crece en mi interior. A mi alrededor, ahora las calaveras parece que susurren y rechinen los dientes. Corro y golpeo las

cabezas de los niños por el camino. Una mujer de negro llora en el suelo, con la cara manchada de pintura. Pienso en Louisa mientras la gente se me echa encima, sacándome la lengua. Louisa, que se quedó sin espacio; Ellis, que se metió demasiado hondo. Una imagen de Louisa me viene a la mente, un halo llameante, de cabellos dorados en llamas. Los cánticos me abruman, los tambores y las gaitas inundan mis oídos. En la esquina del hotel Congress veo a Ellis bailando, y me paro en seco, y recibo golpes por todas partes. Intento dar media vuelta, pero ahí está de nuevo, Ellis inclinada sobre la máquina de coser, con la punta de la lengua en la

comisura de la boca. Ellis me susurra y me explica exactamente lo que le hizo cierto chico y cómo se sintió. Me punza el lóbulo con una aguja esterilizada y me pasa una copa de vino para mitigar el dolor. La primera vez que tomamos ácido juntas en una fiesta, pasamos horas mirándonos, riendo mientras contemplábamos cómo nuestros rostros mutaban en colores diferentes. Escuchar a Ellis hacer el amor con un chico en el garaje, oler a petróleo y a disolvente y preguntarme cuánto tiempo más podría durar. Cuando me expulsaron de la escuela mientras Ellis se quedaba atrás y me fui alejando de ella, hasta que el chico lobo y sus padres la obligaron a

cortar conmigo. A Ellis le gustaba hacer el loco, le gustaba romper las reglas, pero también volver a casa, a su cama mullida y a las patatas fritas y el helado y a una madre a quien aún le gustaba acariciarle el pelo y que pensaba que los frecuentes cambios en el color se debían a que era un espíritu libre. Me abro paso entre un atasco de esqueletos, me vuelvo, estoy desorientada. Los lagrimones de Ellis cuando su padre, Jerry, me echó de su casa, dejándome sin un lugar adonde ir, llevaba semanas viviendo con ellos. Las pastillas del suelo no eran mías, eran del chico, pero Ellis no dijo nada. Los mensajes de texto de Ellis después de que él

rompiera con ella. «Demasiado. Algo me duele.» Sí, algo va mal. Ellis y Louisa y Riley y Blue y Evan y mi padre, muerto y ahogado en el largo río, hundiéndose bajo el peso de la tristeza. ¿Se debe a él mi tristeza, o acaso a que le pertenezco? Agujeros. Agujeros humanos. Agito la cabeza entre la multitud, buscando un agujero para salir de todos estos agujeros humanos, este centenar de rostros que elevan a los espíritus para llevarlos a un lugar mejor, que clasifican las almas de los difuntos. Todos llevan cabezas negras con agujeros en los ojos, agujeros en la boca, las fauces estremecedoramente abiertas de la muerte. Tengo demasiadas

personas en mi cabeza. Me agarro a mi cuerpo para sacarlas de allí, para ahuyentar la oscuridad que se esparce dentro de mí.

Me estoy quedando ciega, los fantasmas se me tragan.

Oscura. Mi habitación está oscura. Muy oscura. Toda yo estoy a oscuras.

Me abrí paso entre el gentío del Día de los Muertos y fue como en los viejos tiempos, escondiéndome y haciéndome pequeña en la calle, y encontré un callejón, un contenedor de basuras, y me situé entre el contenedor y la pared de ladrillos de un edificio, con la oscuridad cerniéndose sobre mí.

Y ahora todo está negro, vacío, y alguien ha arrasado mi habitación. La bolsa de viaje verde, el bolso de Blue, su ropa, todo está roto, pisoteado y cortado en pedacitos. Una botella de bourbon medio vacía hace equilibrios sobre la mesita. Alguien ha manchado con pintura de labios la pared donde pinté el mural, y los rostros están ensangrentados. Ha escrito ¡CON AMOR, WENDY!

¿Vinieron juntos aquí después de hacerme salir? ¿Vinieron juntos aquí para destrozar mis cosas, riendo, colocados? ¿Era otra manera de excitarse?

Al sillón le salen las tripas, hay un

cuchillo inocentemente depositado sobre el cojín.

Me quito toda la ropa nueva y me planto en medio del suelo, desnuda.

Nunca te pones bien.

Tomo cuatro tragos de bourbon. Cien abejas zumban en mis oídos. Los pequeños obreros que viven en mi interior afilan las garras, preparan los clavos. Cantan. Bebo un poco más, me pongo a cuatro patas y gateo hasta la maleta de Louisa, que está en la cocina, hago caer el cacharro para la leche que contenía los platos y estos se rompen contra el suelo, mil estrellas blancas, mil piezas de sal. Forcejeo con la maleta, que está encajada bajo la

bañera, hasta que cede.

Un ligero sonido, un grito, surge de mi boca. El cuaderno de dibujo ha desaparecido. Las fotografías y los dibujos antiguos están hechos pedazos. Y mi botiquín, mi adorado botiquín, está abierto, mellado y vacío, con toda la gasa desenrollada por la maleta, y el cristal roto.

¿Por qué hice caso a Casper, a Mikey? ¿Qué pretendía? ¿Pensaba que las cosas serían distintas? Los esfuerzos por estar tranquila. Por respirar. Por dejarlo pasar todo. Menuda mierda.

Doy un puntapié a la maleta y me incorporo. Cierro los ojos, bebo el culo de la botella y la estampo contra la

pared. Estoy a oscuras, a oscuras, totalmente a oscuras. Tengo que acabar con esta absurda esperanza de que podía ponerme bien. Debo recordar lo estúpida que fui, lo jodidamente estúpida...

No sigo. ¿Es así como se sintió Ellis, este momento de incertidumbre? Los mensajes de texto centellean delante de mis ojos.

«Algo duele. Nunca me dijiste que dolería tanto.» Tengo un lago cristalino de cristal de botellas rotas bajo mis pies. Los hundo en el vidrio. Que mi piel se empape del lago de cristal. ¿Cuánto poder tengo? Cuánto poder tengo. Puedo triturarme la cara con el

cristal, borrar mis ojos, comer vidrio y desaparecer por dentro. Ahí, la ventana, mis manos, esa mano, como una pelota, doliente. Esa mano, un puño, dame más, dame más cristal, puedo bebérmelo todo. El vidrio de la ventana rota llueve sobre mí, y siento que estoy en casa.

Hay unos hombres y quiero que acaben con lo suyo y se larguen. Todavía no he terminado. ¿Puedes dejarme en paz hasta que haya terminado? Necesito cortarme pieza por pieza hasta que ya no quede nada.

Ojalá los hombres dejaran de hablar. Ojalá los hombres dejaran de llorar. Me pregunto por qué lloran, los hombres.

La calidez de una toalla húmeda. El frotar de la pomada. El olor a limpio y la presión suave de la gasa medicada, el sonido sibilante de la cinta blanca. Los hombres ya no lloran. Ahora hay una mujer. No es mi madre.

Ojalá pudiera abrir los ojos.

No quiero abrir los ojos.

Vuelvo a oír el sonido del llanto y ahora me doy cuenta de que soy yo la que está llorando.

Ahora suena una voz de mujer y una voz de hombre y la noche avanza con rapidez. Me balanceo, arriba y abajo, surcando el mar, con la oscuridad encima, la oscuridad que me rodea. A oscuras en mi interior.

—Le mataré —dice la mujer.

El hombre ríe, pero sin crueldad.

—¿A quién le sorprende que esto haya pasado?

—A la dichosa adolescente del

asiento de atrás seguro que no. Dios mío, vamos a necesitar un montón de comida para picotear.

El mar tiembla. Las voces se alejan cada vez más y durante mucho tiempo no se oye nada. Luego el mar vuelve a temblar y algo me agarra por la pierna. Quiero chillar, pero no puedo. Tengo la boca llena de piedras mojadas, como antes, justo antes. Antes de Creeley. Las piedras en la boca han regresado.

El hombre afirma:

—Está bastante mal, pero los vendajes tienen buen aspecto. Eso sí, durante unos días va a tener serios

problemas para caminar.

—Capullo, ¿te has acabado los Cheetos? —le recrimina la mujer.

—¿Has oído lo que ha dicho sobre su amiga? —pregunta el hombre—. Como si la amiga fuera un vegetal, o algo parecido.

La mujer responde con la voz triste.

—Tuve que dejar de escuchar.

Dejo de escuchar.

La mujer y el hombre han vuelto a salir. La lluvia salpica el mar. Tengo que ir al lavabo.

Tengo que ir al lavabo. Nadie responde, porque no lo he dicho en voz

alta.

Muevo la mano y un dolor que me resulta familiar me sube por el brazo. En la parte trasera de un coche, rugosidades de cuero falso bajo las uñas, una luz cuadrada y apagada en la tela que cuelga del techo. Me incorporo con los codos y pestañeo. «Tengo que ir al lavabo.» Lo único que veo por la ventanilla es oscuridad, árboles entre las sombras.

Con cautela, me acerco a la puerta del coche, me muerdo el labio para no llorar, y abro la puerta, sintiendo la elongación y el calor de mis brazos rasgados y una quemazón extraña en el estómago. Saco la pierna con gran esfuerzo y me inclino hacia delante para

levantarme. Cuando los dedos de los pies tocan el pavimento, un rayo me atraviesa las suelas.

Me lanzo hacia delante, estampo la boca y la nariz contra la tierra dura. Aúllo, inhalo tierra y noto que me asfixio.

Unas manos ruedan sobre mi cuerpo, me quitan la suciedad y las piedras de los ojos y la boca. Parpadeo.

La cara arrugada y curtida de Linus. La sonrisa monstruosa de Tanner. Las pecas a juego, que te invitan a conectar los puntos, de sus rostros.

Escupo la tierra de la boca. «Tengo que mear.» Muevo las manos, me palpo a mí misma para que entiendan lo que

quiero decir.

Se echan a reír.

—Eso va a ser bastante doloroso —sonríe Tanner.

Linus coloca el cubo debajo de mi cuerpo y me abre las piernas. Tengo el culo sobre parte del asiento trasero. Linus me quita unos pantalones de chándal horrendos. Me observa los muslos y luego me mira sorprendida. Por supuesto. ¿Por qué tendría que saber lo de las cicatrices? Pensaba que solo las tenía en los brazos.

—Chica —dice, pero no añade nada más. Suspira.

Se disculpa por los pantalones; fueron lo primero que sacó de la mochila cuando Tanner y ella entraron en mi habitación, buscándome. Al principio no sabía lo que Héctor y Manny y Leonard estaban haciendo, me cuenta, de modo que se enfureció, los echó a empujones. Linus es una mujer fuerte.

—Entonces vi que estaban llorando —relata Linus—. También estaban borrachos, pero intentaban limpiarte lo mejor que podían con toallas de papel y pañuelos.

Me cuenta que todos se habían vestido para la inauguración, pero que habían vuelto al ver que no me presentaba.

La orina salpica el cubo. Linus espera a que haya terminado, me pasa un trozo de papel y vacía el cubo en un árbol. Tira el cubo al maletero del coche.

—Lo de pisar los vidrios ha sido la guinda del pastel, Charlie. Vas a estar días pagándolo.

Vuelve a subirme los pantalones por las piernas temblorosas, embute el culo y me los ajusta a la cintura. Me ayuda a montar de nuevo en el coche.

—Tu amiga Blue me dijo que tal vez pasarías un tiempo sin decir nada. Debo reconocer que esto es un poco enervante.

Tiene una sonrisa triste y resignada.

—Estamos en un cementerio en Truth

or Consequences, Nuevo México. ¿Sabías que Tanner es mi hermano? Nos hemos detenido para hacer una visita rápida a papá.

Más allá, en la oscuridad, Tanner está pateando una lápida y escupiendo al suelo.

—No nos llevábamos demasiado bien con él.

Se seca la cara, con fuerza, con las palmas de ambas manos y luego llama a Tanner y le dice que es hora de irse.

Tanner me mira de reojo por el espejo retrovisor, con las comisuras de los labios manchadas de sal de patatas

chips.

—Parecía peor de lo que era. —Se lame la sal—. ¿Te acuerdas? Te conté que estoy estudiando para ser técnico de emergencias médicas. Llevaba conmigo el botiquín. Te curé en un momento.

El cielo se despliega por la ventana, negro, puntuado por miles de estrellas blancas como la nieve. Me pregunto qué hora debe de ser. Mis manos tantean mi cuerpo bajo el chándal con el que Linus me ha vestido, repasando las vendas.

Ahora soy Louisa. Ya no queda sitio.

Me siento vacía, pero no de hambre. Intento localizar algo en el vacío, pero no puedo. Me duele la espalda de estar

estirada en el asiento del coche. Me duele todo. Me incorporo, haciendo caso omiso a las punzadas de dolor que me atraviesan el estómago. Tanner se ha quedado dormido. Le cuelga la cabeza contra la ventana subida.

Linus se aclara la garganta, me mira por el retrovisor.

—La camello de Riley, Wendy, te robó el dinero y te destrozó la habitación. Siguió a tu amiga hasta la casa cuando vosotras dos os fuisteis. Le dio una buena tunda. Ese chico delgado del primer piso, el que tiene muchos libros, está cuidando a tu amiga. Riley y Wendy robaron un coche a alguien llamado Luis, compraron más droga

quién sabe dónde, y se dirigieron al casino. Después de vaciar la caja nocturna del True Grit, claro. ¿Sabes? La verdad es que hace meses que roba dinero para pagar todas sus mierdas.

Aferra el volante con los dedos y clava la vista en la carretera oscura.

Pienso en todas las veces que me dio dinero y fui a casa de Wendy en su lugar. En lo preocupada que estaba Julie porque faltaba dinero de la caja. Cierro los ojos. Estoy muy avergonzada.

—Nuestro Riley se coge unas buenas curdas y eso lo mezcla con un montón de otras mierdas. Es una trituradora, pero seguro que ya lo habías adivinado, ¿verdad?

La caja de madera de cerezo de Riley. Las bolsitas diminutas llenas de cristal, el misterioso olor a plástico quemado.

—No llegaron al casino, Charlie. —Linus mordisquea un ganchito—. Riley dio una vuelta de campana con el coche. La golfa tiene múltiples heridas, pero Riley, como no podía ser de otro modo, está bastante bien. Este Riley siempre sale bien parado.

Fuera de la cafetería, ruge un dinosaurio rosa lleno de desconchones que ha perdido los dientes. Durante el trayecto, he visto muchas cosas horteras de este tipo desde la ventanilla del coche:

dinosaurios, robots, cohetes espaciales, marcianos de cabezas protuberantes. ¿Es esto en lo que consiste Nuevo México? ¿En dinosaurios y marcianos de pega? El país de los perdidos.

Veo a Tanner y a Linus por la ventanilla del coche. Están sentados en un puesto. Él mastica una hamburguesa y habla por el móvil. Linus remueve el té y escribe en un cuaderno. Una vez, en la cafetería, me contó que escribe un diario todos los días «para ordenar las cosas en mi cabeza».

Me pregunto si me traerán algo de comer o si Tanner me dará más calmantes. Linus no quiere que lo haga; los oí hablar en voz baja cuando

pensaban que estaba dormida. Pero los quiero; quiero mantenerme informe, flotando a la deriva. No quiero aterrizar todavía.

Aquí el cielo es distinto al de Tucson, de un azul más brillante, casi como de golosina. Las nubes flotan ligeramente suspendidas, como humo exhalado. El coche huele a aperitivos salados y refrescos azucarados. Una mosca recorre lentamente el techo. En esos momento me acuerdo de Riley en la cocina, con el rostro terrible de un desconocido. El dolor se intensifica de nuevo, rugiente y rabioso. Me tapo los ojos con fuerza.

Linus está ahora en el asiento del copiloto, dormida. Otra vez es de noche. El aire cálido del desierto se filtra dentro del coche. Me mojo el dedo y lo meto en la bolsa vacía de patatas fritas, chupo la sal y me acuerdo de Jen S. aquella noche en la sala de recreo, cuando chupó la sal del cuenco de palomitas. Parece que hayan pasado millones de años. El hospital impoluto, una doctora agradable, una cama caliente. Ahora he vuelto a donde estaba: herida y a la deriva.

Cuando se dieron cuenta de que se habían olvidado de darme de comer, el único lugar que pudieron encontrar fue

un 24 horas de Allsup que vendía burritos deshidratados con una pinta sospechosa. Tanner compró una bolsa de patatas fritas y Gatorade, galletas saladas y Coca-Cola.

Tanner aspira con fuerza.

—Dios, me encanta Nuevo México. Si pensabas que Tucson era una parada de monstruos, todavía no has visto nada.

Tamborilea con los dedos en el volante.

—¿Estás mareada? Estamos a mayor altitud. Te sentirás mejor pasados unos días, no dejes de beber Gatorade.

Cuando los recuerdo en la cocina,

intento por todos los medios borrarlos de mi cabeza, pero el cuerpo me arde por dentro y ahí están, empujándose el uno al otro, la boca húmeda de ella sonriéndome con superioridad y Riley volviéndose, muy borracho, y algo más, y gritándome, diciéndome...

Lloro mucho en el asiento de atrás, con el rostro hacia la ventana, mientras Linus y Tanner miran la carretera desde el asiento de delante. No dicen nada, simplemente dejan que me desahogue. Me duermo y me despierto, mi cara se balancea sobre el asiento de vinilo, los pies me palpitan y el dolor va y viene como una ola. Poco a poco voy oyendo una conversación en voz baja

procedente del asiento delantero, como si atravesara un túnel. Las palabras se filtran a mi alrededor: «Centro de tratamiento». «Mensajes.» «Madre.» «Riley.»

Riley. Riley. Hundo la cabeza en el asiento, los sollozos se me vuelven a agolpar en la garganta.

Y arrastrándose lentamente, Ellis entra como un ratón en una casa en la que todos duermen. Cómo se sentía antes de hacerlo. Ese océano de sufrimiento y vergüenza. El océano en que se estaba hundiendo.

Y yo dejé que se hundiera.

Me despierto, vagamente consciente de que el coche se ha detenido. Tanner sale a estirar las piernas. Linus se desabrocha el cinturón de seguridad y me sonríe.

—Arriba, arriba, chica —anuncia jovialmente.

Un señor mayor en pantuflas nos saluda desde un porche de madera al final de un camino de tierra y grava. Hay montones de campanitas de viento colgando del techo del porche, repiqueteando como el cristal en la suave brisa. Hace más frío aquí que en Tucson. Tirito en el asiento de atrás del coche mientras las observo.

El hombre lleva un albornoz verde

azulado y está bebiendo vino. El pelo se le levanta en penachos de algodón. Tanner y Linus atraviesan el camino, lo abrazan con fuerza y regresan al coche a por mí mientras el hombre los sigue a paso lento. Se encorva un poco cuando me sacan, mirándome con la curiosidad de un pájaro.

—Oh, sí —musita—. Oh, sí, ya veo. Madre mía.

La casa está caldeada cuando Tanner y Linus me ayudan a entrar y me acompañan por un pasillo hasta una pequeña habitación con una cama y una ventana. Me fijo en la enorme cruz de madera ornamentada que hay sobre la pared. Me acuerdo de la cruz que le

robé a Ariel. Me alegro de habérsela devuelto, aunque nunca le dijese que había sido yo.

Me acomodan en la cama y me cubren con una colcha de lana azul. Tanner me pone dos pastillas en la lengua y me acerca a la boca un vaso de agua.

A través de la ventana sin cortinas, veo el cielo y sus enormes estrellas blancas. Me paso dos días durmiendo.

Al tercer día, los pies me palpitan menos cuando los apoyo en el suelo. Cojeo por el pasillo, deshidratada y mareada, en busca del baño. Sobre los muros de adobe hay fotos enmarcadas,

retratos en blanco y negro, viejas iglesias de adobe.

En el baño hay cruces de colores vivos y ramos de salvia sujetos con tachuelas. Junto al váter hay esponjosos rollos de papel higiénico apilados en torres. No hay ducha, solo una bañera muy honda. Me siento en el inodoro y toco la gasa que me cubre los brazos y la barriga. Se me ocurre quitármela para mirarme, pero no lo hago. Me quedo un buen rato en el baño, escuchando el silencio, observando a una polilla que revolotea en el alféizar. Nunca imaginé que un baño podría ser tan hermoso. Alguien se ha tomado su tiempo para convertirlo en un lugar relajante y

bonito.

El anciano está sentado a una larga mesa de pino que hay en el salón y sostiene el periódico pegado a la cara. Sobre la mesa hay cuencos de fruta y nueces, una bandeja con una barra de pan y un plato de cremosa mantequilla. Me mira a través de las gafas.

—¿Un café? —Me sirve una taza de una cafetera de émbolo y empuja hacia mí una jarra de leche por encima de la mesa.

—La leche está caliente, si es que tomas leche. Mis nietos están dando de comer al caballo.

Unto un poco de pan con mantequilla. Tengo hambre, el estómago me hace

unos ruidos tremendos. Muerdo el pan: es tan ligero y crujiente que se desmenuza sobre mi sudadera y me deja cubierta de migas. El anciano se ríe.

—Me pasa constantemente. Nunca me he avergonzado de ensuciarme al comer.

Me sacudo las migas. El pan está blando por dentro, húmedo. La casa está en silencio a excepción del ruido que hago al comer y, de vez en cuando, el crujido del periódico del anciano. Poco a poco me doy cuenta de que fuera también está todo en silencio. Un silencio extraño. No hay ruido de coches, ni gente: nada.

—¿Sabías que los cuáqueros creen que el silencio es un medio para

conseguir que la divinidad penetre en tu interior, en tu corazón? —Aparta el periódico y se inclina hacia mí. Sus cejas son como orugas blancas que duermen sobre sus ojos—. Yo nunca he temido al silencio. Hay gente que sí. Necesitan ruido y alboroto. Santa Fe. País del desierto alto. ¿No es hermoso? Llevo cuarenta y dos años en esta casa. Este maravilloso silencio que escuchas (menuda cosa rara acabo de decir), lo convierte en el lugar más divino de la Tierra. Así lo veo yo.

Se acerca y me toma de la mano. Tiene la piel seca y ajada.

—Es un placer tenerte en mi preciosa casa, Charlotte.

Siento en los ojos la presión de unas cálidas lágrimas de agradecimiento.

Se llama Felix y es el abuelo de Linus y Tanner. Linus me guía por la casa, mostrándome los cuadros que hay en las paredes y las esculturas dispuestas tanto en los rincones como en el jardín trasero, una enorme extensión desde la que se dominan unas ondulantes colinas y el establo del caballo. Me lleva a una edificación cavernosa, inundada de la luz que penetra por los tragaluces del techo, donde hay varios lienzos

colgados en las paredes, latas de pintura, cubos de pinceles y abundantes recipientes industriales de aguarrás. Los lienzos están apilados de tres en tres contra algunas de las paredes. En un extremo se encuentra una especie de altillo con una mesa, una vieja máquina de escribir y una modesta silla. Una amplia escalera conduce al altillo. Debajo hay estanterías abarrotadas de libros, la mayoría en la parte superior. Una joven clasifica diapositivas en silencio en una mesa alta de pino situada en una esquina del estudio. Las levanta hacia la luz y las examina antes de colocarlas en diferentes montones.

—Esta es Devvie —dice Linus—. Su

asistente. También vive aquí.

Recorro cojeando el estudio, acariciando suavemente las cosas de Felix, los lápices, los papeles desperdigados, los tarros y los tubos, la enorme cantidad de materiales de desecho: plumas de pájaro, piedras de varios tamaños, viejos huesos de animales, fotografías arrugadas, postales con sinuosa caligrafía y exóticos matasellos, una máscara roja, cajas de cerillas, gruesos libros de arte con cubierta de tela, tarros de pintura y tubos, muchísimos tubos manchados de pintura incrustada. En una mesa hay una serie de acuarelas desparramadas cuyas ligeras pinceladas moradas conforman

flores en forma de cono. En otra mesa solo hay libros, montones de libros, abiertos por diferentes imágenes de cuadros y dibujos con cinco o seis pósits en cada página donde se leen cosas como «El clima de la paleta», «Eco/Respuesta» o «No mientas». El suelo está cubierto de pintura seca; tropiezo con unos zuecos muy gastados.

Vuelvo a mirar los lienzos que hay en las paredes; quiero decir que son puestas de sol, pero no son tan literales. Son algo más profundo, algo que sale del interior, ¿un sentimiento, quizá? «¿A que es hermoso?», me dijo Felix. Los colores conforman algo en su combinación, de eso estoy segura,

enfrentándose los unos a los otros: describen una relación que no consigo explicar con palabras, pero su visión me emociona, me llena, mitiga mi dolor. Contemplo los materiales de Felix y me entran ganas de ponerme a hacer algo en este instante, algo mío. Recuerdo lo que Ariel me dijo en la inauguración sobre los cuadros de pintura de barco de Tony Padilla: «Los colores por sí solos también pueden contar una historia». Los cuadros de Ariel no eran más que una historia bajo una apariencia de luz y oscuridad. Sonrío tímidamente a Linus.

—Delicioso, ¿verdad? —Aplaude, embelesada.

Felix pone la carne en el asador como si todavía estuviese viva. El humo le empaña las gafas y se las limpia con el borde de la camisa. Observo sus dedos nudosos, el grosor de las muñecas y los nudillos. Tiene la piel moteada de restos desvaídos de pintura.

Nos sentamos fuera, alrededor de una larga mesa de madera. Corre aire frío. Tanner me ha prestado un jersey de lana. Linus está cortando un queso blanco y oloroso y Tanner unas rodajas de aguacate. Devvie, la asistente, está en la casa preparando las bebidas y dando de comer al perro lobo, que está ya viejo y renquea. A lo lejos, el caballo relincha

en el establo. Nos llegan extraños sonidos del desierto que se extiende a lo lejos. Gritos y silbidos, susurros y peleas.

Felix planta la carne lustrosa sobre una bandeja, la coloca sobre la mesa y se sacude el regazo con la servilleta. Observa el cielo.

—Seguramente será una de las últimas veces que podremos estar así aquí fuera. —Me mira de soslayo—. En diciembre tenemos nieve. Aquí es el mes más bonito del año.

Me mira por encima de las gafas y bebe un trago largo de vino, suspirando agradecido después de habérselo tragado.

—Tu sufrimiento —dice mientras se sienta a la mesa y se coloca la servilleta sobre el regazo—, y no me refiero a lo que pasó con ese chico, porque esas cosas van y vienen, es una de las dolorosas lecciones que aprendemos. Me parece que tu sufrimiento es de otro tipo. Quizá del tipo del que está en el mundo pero no sabe cómo estar en él. ¿Me explico?

Bebe otro sorbo de vino.

—Todo el mundo atraviesa ese momento, el momento en el que ocurre algo... crucial, que rompe tu verdadero ser en pequeños fragmentos. Y lleva mucho tiempo, no ya unir esos fragmentos, sino recolocarlos de forma

distinta, que no tiene por qué ser necesariamente mejor. Es más un modo de vivir hasta saber con seguridad que un pedazo debe ir aquí y otro allá.

—Eso es demasiada carga para ella, abuelo —comenta Tanner—. No es más que una niña.

Felix se echa a reír.

—Entonces me callo. Olvida lo que te he dicho. No es más que la cháchara de un vejestorio.

Mantengo la cabeza gacha. No quiero llorar en la mesa delante de esta gente, así que me meto en la boca la carne especiada. Deslizo los dedos bajo los muslos para que dejen de temblar y escucho las conversaciones de los

demás. Me siento tan vacía por dentro, tan ávida de algo, que creo que podría comer durante días sin sentirme saciada.

Más tarde, tumbada sobre la cama en el silencio de mi habitación, con la ventana abierta por una rendija al cielo luminoso y sintiendo el aire frío en la cara, pienso en momentos cruciales. ¿Fue mi padre el primero? Estaba allí y luego no estaba, y se suponía que no podía preguntar por él ni llorar, o estar de ninguna manera, en realidad, porque mi madre estaba muy afectada.

Quizá Ellis sea una pieza del rompecabezas, una pieza enorme y trascendentalmente bella que saqué de la caja. No estoy segura de lo que ha sido

Riley. ¿Es quizá también parte del ensamblaje? ¿Sigo aún inacabada?

Estoy incompleta. No sé dónde están mis piezas, cómo unirlas, cómo fijarlas. Ni siquiera sé si puedo hacerlo.

Pasada una semana, la niebla que me cubre se despeja un poco. Todavía duermo mucho y estoy muy cansada, pero ya no duele tanto cuando camino y no parece que vayamos a marcharnos en breve, así que empiezo a investigar la casa de Felix, que tiene una forma intrincada llena de recovecos. Desde la fachada parece pequeña y cuadrada, pero una vez dentro se extiende en varias direcciones a la vez, ocultando su

complejidad entre álamos y cactus cholla con el tallo en forma de pulpo. (Eso dice que son el librito que Linus me ha dado. Lo llevo encima siempre que salgo. Me distrae hacer cosas sencillas, como identificar plantas.)

Hay varios dormitorios, todos con una única cama y sencillas cómodas de madera. A los pies de cada cama hay colchas de lana estampadas. El salón es enorme y el techo está atravesado por unos travesaños de madera oscuros y gruesos, como los huesos de un esqueleto, que Tanner me ha dicho que allí se llaman «vigas», y en una pared hay una enorme chimenea de piedra. Devvie la mantiene encendida en las

noches más frías y es ahí donde me gusta sentarme, cerca del calor.

Hay una habitación solo para libros y otra solo para discos, con un equipo de música y un piano triste en el centro. La cocina está en la parte trasera, dominando las colinas oscuras y ondulantes. El establo, ladera abajo, está protegido por una valla para los coyotes.

Linus dice que el estudio fue construido hace muchos años con el dinero de una cosa que se llama beca Genius. Linda con la parte trasera de la casa, elevándose como un granero sobre las colinas. Por las noches, el coyote aúlla y merodea. Felix me señala los

halcones que vuelan bajo durante el día y se precipitan sobre los álamos trazando oscuros arcos. Linus, Tanner y Felix cocinan juntos: comidas abundantes y suntuosas consistentes en carnes y frutas, pan y queso, y crujientes ensaladas de espinacas con nueces y queso feta especiado.

—¿Sabes? —me dice Felix una mañana, mientras me sirve arándanos con una cuchara durante el desayuno—. No quiero que pienses que soy una vieja mula de carga que trabaja como un esclavo en sus pinturas y dibujos. ¡A veces no hago nada en el estudio! Me limito a sentarme, a escuchar música, a hojear mis libros. Quizá escriba algo

que recuerde, a veces alguna carta.

Se sirve más café en la taza.

—A veces el no hacer nada puede ser trabajo, solo que más liviano. Es importante limitarse a estar de vez en cuando, Charlie.

Mis pies siguen mejorando. Los cortes y las heridas curan bien, aunque siguen estando sensibles. Tanner me quita las vendas del brazo y me deja ver los cortes nuevos, los nuevos ríos. Me toco con vacilación las marcas recientes que tengo en la barriga, pero no las miro.

Dice que no fueron cortes profundos, que no necesité puntos.

—Vamos a pensar que eso es buena

señal. —Tira a la basura los vendajes usados y desenrolla un rollo nuevo de gasa.

Una noche, mientras Felix está abriendo otra botella de vino, Linus me llama para que me acerque a un diminuto ordenador portátil que hay sobre la mesa de la cocina. Han pasado dos semanas y he notado que Linus desaparece todas las noches con el ordenador durante una hora. Tanner me dijo que estaba hablando con sus hijos por Skype.

Entonces solo pude decir: «Ah». No sabía que tenía hijos. O supongo que me lo dijo pero no le presté atención. Avergonzada, me di cuenta de que en realidad nunca le pregunté a Linus nada

de su vida o de sus problemas con la bebida, porque estaba absorbida por Riley.

Linus señala la pantalla. Entorno los ojos. Es un artículo de periódico con una foto de una obra en una pared. La obra es mía. En ella aparecen Manny, Karen, Héctor y Leonard. Tiene fecha de dos días después de la inauguración.

Linus me da golpecitos en la cabeza.

—Mira, tonta. Es una crítica de la exposición. Escucha. —Me lee el artículo, que es bastante bueno, aunque un tanto sarcástico. El escritor utiliza muchas palabras que no entiendo, me pregunto por qué los críticos no se limitan a decir si les gusta algo o no.

Capto algo de lo que Linus está diciendo: «Aparentemente recogido a la deriva entre la nostalgia digital y el tecnicolor hay una serie de retratos a carboncillo... reveladoramente empáticos... rareza clásica...».

—¡Creo que tus dibujos han gustado, Charlie! —Linus me da un codazo en la cadera. Su aliento huele a miel y a té verde. Felix se acerca a Linus agitando el dedo.

—Pincha aquí, pincha ahí —dice. Linus clica y la pantalla se llena con los rostros de Héctor, Karen y Leonard con los ojos tristes y la sonrisa optimista.

—Muy bonito. Una historia muy convincente —se limita a afirmar. Luego

se quita las gafas—. Pero no la sientes.

Sacudo la cabeza, sorprendida. ¿Cómo puede decir que no lo sentía? Me gustaban todos y me esforcé mucho. Ojalá pudiese responderle en voz alta, pero mis palabras siguen enterradas.

—Está todo ahí, querida. Atención a los detalles, hermosos momentos gestuales. —Me mira directamente a los ojos—. Pero no te gusta este tipo de dibujo. O, al menos, tu pasión por él es conflictiva. Necesitas o una cosa u otra. La ambivalencia no es buena compañera del arte.

»Tienes aptitudes, Charlotte —me dice dándome palmaditas en la mejilla —. Ahora tienes que dotarlas de

emoción. —Vuelve caminando hacia la botella de vino—. Tengo una habitación que podrías utilizar —dice—. Devvie te la preparará mañana.

Linus asiente.

—No nos moveremos de aquí durante un tiempo. El True Grit estará cerrado Dios sabe cuánto tiempo. Riley robó un montón de dinero y la plantilla está sin cobrar. Más vale que nos dediquemos a disfrutar.

En mi pequeña y ordenada habitación, me tumbo en la cama nerviosa y dándole vueltas a la cabeza. ¿Qué quería decir Felix con eso de la emoción? Trabajé mucho en esas piezas, hojeé todos los libros de la librería, hice todo lo que decía el manual de dibujo, practiqué y practiqué. ¿No es eso lo que hacen los artistas? Me acuerdo de la exposición de Tony, cuando Ariel me dijo que asistiera a su taller. Ariel dijo que no

llegaría a ninguna parte si no me examinaba a mí misma, si no me convertía en mi propio sujeto. Ahogo una risa. ¿Qué es lo que Felix pretende que haga, que me dibuje a mí misma? Nadie querría ver tal cosa, una chica con la piel rajada y la cara triste.

Presiono el rostro contra la pared. Los oigo en la parte de atrás, escuchando a un cantante conmovedor en el tocadiscos, y sus voces se mezclan con los gritos intermitentes del desierto nocturno. No tengo nada. Ni a Riley ni a Mikey ni a Ellis ni a mis dibujos. Aspiro con fuerza para contener una oleada de llanto. Vuelvo a sentirme muy cansada. Cansada de intentarlo. La nariz me gotea

y los ojos me tiemblan a causa del esfuerzo por retener las lágrimas. Me hago un ovillo, apretando las rodillas contra el pecho. Echo mucho de menos a Riley aunque sepa que eso está mal: su intenso olor a tabaco está incrustado en mi memoria; me duelen las yemas de los dedos cuando imagino la curva aterciopelada de su espalda: el corazón se me dispara.

Me mezo adelante y atrás en la cama. Me viene a la cabeza el baño que hay en el pasillo y la caja de cuchillas de afeitar que hay bajo el lavabo. La cocina y su furtiva promesa de cuchillos. Me estiro y me obligo a tocarme el cuerpo, a contar las cicatrices y las vendas, la

simple acumulación del daño que me he causado.

No puedo hacerme nada más.

Entonces me acuerdo de Louisa, una imagen que surge de repente: ardiendo, sus finos cabellos en llamas, su piel derritiéndose como la mantequilla.

Me incorporo tan deprisa que el esparadrapo se me despega de la barriga. Lo vuelvo a colocar en su sitio, con una mueca de dolor. La mochila está en el armario. Me pongo de rodillas, rebuscando en su interior. Es lo único que Wendy no destrozó.

Los cuadernos de Louisa siguen empaquetados. Les quito la cinta con los dedos.

La primera página del primer cuaderno, con una letra negra y menuda, comienza: «La vida de una chica es la peor de las vidas. La vida de una chica es: naces, sangras, ardes».

Las palabras de Louisa duelen, pero son certeras, resuenan en mi interior. Lo leo todo esa noche, cada uno de los cuadernos. No puedo parar.

Es temprano por la mañana y todavía no he dormido. Las palabras de Louisa todavía se agitan en mi interior. «Cortarse es una valla que construyes alrededor de tu propio cuerpo para mantener fuera a los demás, pero luego pides a gritos que te acaricien y resulta que la valla es de alambre de espino. ¿Qué hacer entonces?» Cuando me obligo a salir de la cama, Linus me dice que Felix va a dejarme trabajar en una

de las habitaciones vacías, la más pequeña. Devvie y Tanner trasladan allí una mesa alta, un taburete y cajas con diversos materiales: cuadernos, lápices, tinta, plumas y pintura. Devvie es una chica de facciones angulosas con cierta inclinación por las camisas de franela y los pantalones de chándal.

La habitación huele a humedad. Fuera relincha el caballo. Tanner lo lleva a dar un paseo todas las mañanas a esta hora. Me siento en el suelo y la suciedad y el polvo se me adhieren a las pantorrillas.

Felix me dijo que hiciese algo que amase. O por lo que sintiese una conflictiva pasión. Ariel dijo que me valiese de mí misma. Louisa me dio la

historia de su vida. «Dos borrachos se juntan y provocan un desastre: yo. Nací con el corazón destrozado.»

Me toco las cicatrices de las piernas, palpo bajo la camisa años de cortes curados y sin curar. Eso es todo lo que ahora soy, esas líneas y quemaduras, los momentos que hay detrás. «Ha nacido una chica.»

En la húmeda habitación, escojo un cuaderno de dibujo con un papel grueso y cremoso y plumas negras. Utilizando una regla, empiezo a dibujar un marco en uno de los papeles para probar el flujo de la pluma negra, su tacto en los dedos. Es como agua sobre el papel, no hace falta presionar como con el

carboncillo. En otro papel, esbozo ligeramente, probándome a mí misma, analizando las imágenes que aparecen.

«Ha nacido una chica.» Empiezo por mí misma: una chica con el pelo grumoso y una chaqueta de punto amarillenta llena de bolas de pelusa en su primer día en un instituto nuevo, con todas las cicatrices ocultas bajo el jersey y los vaqueros. Qué chica tan triste, con la boca bien cerrada, la mirada apremiante, un trasfondo impuesto de rabia y de miedo vibrando en su interior. Observa a los otros chicos, la facilidad con que se relacionan, se ríen, se ajustan los auriculares, susurran. Quiere decir: «Mi

padre está en el río que hay calle abajo», pero no dice nada. Conoce a una chica guapa con el pelo morado y la piel muy blanca. La chica guapa e importante emite un olor dulce y cremoso, a polvos faciales y exceso de lápiz de ojos.

La chica guapa e importante es terriblemente angelical.

Louisa escribió: «Cada aberración de mi piel es una canción. Aprieta tu boca contra mí. Escucharás un montón de cantos».

Dibujo y pierdo la noción del tiempo.

Conforme avanza la historia, el personaje de Charlie va perdiendo ropa, prenda a prenda, y su pálida piel de mujer joven recibe más y más daño

conforme se desarrolla el curso del relato. Me duermo sobre la mesa, apoyada en mis brazos. Me despierto y acabo la historia. No se me da bien hablar, no se me da bien hacer que las palabras pasen del cerebro a la boca y salgan, pero soy buena en esto, en mis dibujos y las palabras que puedo escribir. Soy buena en esto.

Esto es lo que Felix quería decir. Lo que haces debe correr por tus venas, llevándote a alguna parte.

Empiezo a sentir calambre en los dedos y necesito un poco de espacio y de aire. Salgo silenciosamente de la casa. Camino durante mucho rato por el desierto y encuentro una sombra donde

descansar a los pies de un álamo. Coloco en equilibrio sobre las rodillas uno de los cuadernos de Louisa. Aquí afuera, en el desierto, todo es silencio y vacío y plenitud a la vez. Me acurruco en el jersey de Tanner.

Louisa escribió: «La gente debería saber de nosotras. De chicas que escriben en sus cuerpos su dolor».

Leo y releo lentamente su vida. Es difícil y doloroso, pero ella me entregó sus palabras y su historia, cada fragmento de su vida.

Nadie me importuna. Nadie viene a preguntarme qué estoy haciendo. Cuando tengo hambre, voy a la cocina y me preparo un bocadillo, lleno un vaso de

agua, vuelvo a la habitación y sigo dibujando el cómic.

Creo que me lleva tres días, quizá cuatro, no estoy segura, no sé, pero en un momento dado tengo un sentimiento, claro y definitivo, que dice: «Acabado. Has acabado por ahora».

Recojo cuidadosamente los papeles y los pongo en orden, los apilo en la mesa alta, limpio las plumas y tiro las virutas de lápiz a la papelera que hay bajo la ventana.

Todo lo que Casper quería que dijese lo he dibujado.

Tengo una voz. Mi voz tiene un sitio.

Bajo la vista hacia los desaliñados pantalones de chándal que me dejó Linus, con la cintura enrollada tres veces y la camiseta gigante de la Universidad de Nueva York que me prestó Devvie. Pienso en mi peto en la habitación destrozada y llena de sangre, mis camisetas de deporte de manga larga, mis grandes botas negras. Es hora de cambiar. Es hora de volver a hablar.

Me quito la ropa prestada, temblando a causa del aire frío que entra por la ventana. Me envuelvo en una manta gris de lana y salgo de la habitación, deslizándome silenciosamente por la puerta trasera. Me siento un buen rato en las escaleras, en el frío, escuchando

cómo el desierto se despliega a mi alrededor, con sus trinos, sus graznidos y sus aullidos, escuchando a Felix hablar en voz baja dentro de la casa, escuchando a Linus y a Tanner discutiendo por el juego de cartas.

Todo suena a hogar.

Unos días más tarde, cuando llega la hora de marcharse, Felix nos abraza a todos, incluida a mí. Al principio me encojo, pero luego me obligo a relajarme. Me frota la espalda con sus recias manos y me besa en la frente. Linus y Tanner meten las maletas en el coche. Devvie nos ha preparado unos bocadillos y una bolsa con fruta y queso, pero sospecho que Tanner preferirá parar a comprar aperitivos salados.

Me ajusto la pretina de la falda. Es de color verde militar, de algodón, larga hasta por encima de las rodillas. Me costó cuatro dólares en la cadena de tiendas de segunda mano Value-Thrift de Santa Fe. Observo mis zapatillas negras lisas, la camiseta de Santa Fe High School Raiders, de manga corta y color marrón claro, las cicatrices de mis piernas. ¿Qué fue lo que dijo Blue? «¿A quién le importa una mierda?»

Linus me llevó de compras, directamente a la sección de ropa vaquera de una tienda, y empezó a inspeccionar los expositores de pantalones y petos, pensando que era eso lo que yo quería. La dejé allí y me

fui a dar una vuelta por el local. Cuando me encontró, iba cargada de camisetas lisas de algodón y una chaqueta de punto negra con pelo y relucientes botones plateados. Al ver que ella me traía varios petos, negué con la cabeza y le dije: «Eso se acabó».

Me miró sorprendida, sonrió y se los llevó de vuelta a su estante.

—¿Sabías, Charlotte, que hay toda una historia alrededor de la autoflagelación? —me dice Felix.

Lo miro fijamente, insegura del significado de esa palabra, pero creo que lo entiendo.

—Es cierto, querida. —Asiente—. Algunos la utilizaron para acercarse más

a Dios. —Me señala con la barbilla y me dice—: ¿Estás intentando acercarte más a Dios, Charlotte?

—No, joder —respondo, negando con la cabeza. Felix se ríe y me ayuda a entrar en el coche.

Linus arranca y salimos, pero se detiene en la intersección con la carretera, mirando por el retrovisor. Me vuelvo. Felix corre pesadamente por la gravilla, levantando un reguero de polvo con las pantuflas. Se inclina junto a la ventanilla, sin aliento, y me indica que me acerque.

—Sé tú, Charlotte. Sé tú —me susurra al oído.

En Albuquerque, Tanner se traslada al asiento de atrás y se duerme. Linus me ofrece la bolsa de cortezas de cerdo. Me pongo unas cuantas en la palma de la mano.

—Linus —digo en voz baja—, ¿por qué me ayudas? Ni siquiera me conoces y he sido muy egoísta. Nunca te pedí que me hablases de ti. Y lo siento. Eso estuvo muy mal. —Tomo aire. Es lo que quería decir.

Tiene el carrillo lleno de comida, como una ardilla, así que traga.

—Mis hijos se alejaron de mí por culpa de la bebida. Durante todos los años que pasé intentando estar sobria, ellos estuvieron con su padre y no querían verme, con toda la razón. Hice cosas tan horribles que cuando lo pienso todavía me entran ganas de vomitar de la vergüenza.

Se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Vivir sin una madre es bastante duro. Están enfadados. Se van acercando, pero muy despacio. Sin embargo, son buenos chicos, lo que me hace pensar que alguien se mostró

bondadoso con ellos en el camino, pequeños empujones de ayuda y de amor. Así que eso es lo que estoy haciendo, por eso te estoy ayudando. No conozco la historia de tu madre, pero supongo que espera que alguien esté cuidando de ti.

Aplasto las cortezas que tengo en la mano y recojo los trozos con la boca.

—Mi madre no piensa así.

Linus se queda callada durante un buen rato antes de contestar:

—Sí. Lo hace. Si algún día decides tener hijos, me entenderás. Y yo te daré una cachetada con la palma abierta en el trasero.

Es tarde cuando Linus me deja frente al edificio. La calle está silenciosa y la tienda de licores, cerrada. Cerré los ojos cuando pasamos por la Doce. No quería correr el riesgo de asomarme y ver la casa azul turquesa.

El vestíbulo está a media luz, pero lo primero que descubro es que la baranda y el suelo han sido pintados de color melocotón y la puerta de entrada, de un blanco brillante y sinuoso. El pasillo

huele a lilas, a limpio, y las paredes son de color azul claro. Me acerco a la puerta de mi apartamento. Oigo música dentro y el alma se me cae a los pies. Leonard debe de haberlo alquilado. ¿Habrá guardado mis cosas? Puede que las haya metido en cajas en el sótano. Pero ¿dónde está Blue? ¿Y dónde se supone que voy a ir ahora? El corazón me empieza a latir con fuerza. Cuando me vuelvo para marcharme, la puerta se abre unos centímetros.

Los moratones que Blue tiene en la cara están desapareciendo, pero el círculo que le rodea el ojo todavía está hinchado y tiene un color morado amarillento. La sutura le ha dejado las

marcas de unas líneas rojas con pequeños puntos.

Blue respira aliviada.

—Charlie, me alegro mucho de verte. —Abre más la puerta—. ¿Hablas? ¿Estás bien? Pensé que igual volvías para estar tranquila durante un tiempo.

La habitación está limpia como una patena. No se ven ceniceros y hay un sencillo armario de madera para la ropa de Blue. El suelo de linóleo ha sido arrancado y la madera que hay debajo ha sido lijada y pintada de rosa. Al pensar que el linóleo se ha podido manchar de sangre me siento culpable. Blue sea agacha y pasa una mano por la madera.

—Madera de abeto —dice en voz

baja.

El futón rajado ha sido sustituido por una cama de matrimonio cubierta por un mullido y acogedor edredón. Blue ha instalado unos estantes de metal en la cocina y los ha llenado de pilas de tazas y platos rosas, tarros de salsas y mermeladas, latas de comida y galletas. Una estantería más gruesa sostiene un microondas. Alrededor de la bañera cuelga del techo una cortina de ducha con un mapamundi y otra de tela con lirios estampados rodea el baño.

—Me gusta este sitio —confiesa sonriendo tímidamente.

En seis semanas, Blue ha hecho más que yo en los seis meses que llevo aquí

por convertir este apartamento en un hogar.

Sobre la mesa plegable, un trabajo meticuloso: Blue ha estado pegando las hojas rasgadas de mi cuaderno de dibujo y las fotos destrozadas de la cámara Land que me hice con Ellis. Algunos pedazos son diminutos, Wendy fue concienzuda.

—Fue... Fue Jen S. —tartamudea Blue —. Me llamó después de que te fueras a trabajar y me contó lo de Louisa y, por Dios, Charlie, se me fue la cabeza. Busqué a Riley y fuimos a casa de esa chica. Solo quería colocarme, ¿entiendes? Yo no... No sabía que íbamos a meternos eso, pero no pude

controlarme. Por Dios, Charlie, ¿tú sabías algo de esto?

Las pequeñas bolsas con cristales. El olor a plástico la primera mañana que fui a despertarle. Miro a Blue y me echo a llorar. Ella me mira, alarmada.

—¿Qué pasa, Charlie?

Le digo que lo siento, que lo siento mucho, pero le mentí, que compraba drogas para Riley, que todo fue horrible y que me estaba hundiendo, y que no quería volver a estar hundida nunca más.

Blue niega firmemente con la cabeza.

—Estoy fuera, Charlie. He salido. No quiero volver a hacerlo más. Lo prometo. Me gusta estar aquí, esta ciudad es muy agradable. Dios, con este

sol.

Aprieto la frente contra la pared, porque ahora que he vuelto me siento de pronto vacía y agotada otra vez.

—La persona que era en Creeley no era yo en realidad —dice—. A veces, delante de la gente te conviertes en otra cosa, es como si el papel que adoptas te escogiese a ti y no al revés. Permití que eso sucediera cuando llegué aquí. Dejé que se instalara en mí en contra de mi voluntad. Yo no... No soy así, Charlie. Quiero que seamos amigas, creo que podemos ayudarnos mutuamente. Te quiero muchísimo.

A través de la camiseta, siento el calor de su mano en mi espalda.

—No quiero ser Louisa —susurra—, no quiero morir. No quiero ser eso, nunca. Ayúdame a evitarlo y yo te ayudaré.

La creo. Pronuncia mi nombre. Pronuncia el de Louisa una y otra vez. Lloramos así, durante horas, juntas, yo pegada a la pared y Blue pegada a mi espalda. Apoyándonos la una en la otra, como se supone que hay que hacer.

La puerta verde se cierra de un portazo a mi espalda. Todo el mundo se vuelve, todos los ojos me miran. Cuelgo mi mochila en el perchero, me dirijo hacia el lavavajillas, me pongo el delantal, saco la bandeja y empiezo a descargar platos y tazas. Cuando me doy la vuelta todos me están observando: Randy con sus zapatos de silla de montar, y Temple, que se afana con los dispensadores de café haciendo sonar sus tobilleras

plateadas.

Randy deja caer una brazada de tazas en el agua jabonosa, que me salpica el delantal. Me golpea suavemente el hombro.

—Ya era hora, joder —exclama—. Abrimos hace tres días y nos preguntábamos dónde estaba nuestra lavaplatos favorita.

En mi segunda noche de vuelta al trabajo, Julie me hace pasar a la oficina. No miro hacia el sofá, intento no mirar hacia otro sitio que no sea hacia mis manos arrugadas por el agua mientras Julie me cuenta todo lo que en gran parte

conozco. Que Riley y Wendy destrozaron el coche de Luis, que Wendy se rompió tres costillas, se fisuró la clavícula y se perforó el intestino. Que Wendy atacó a Blue en el apartamento cuando esta intentó evitar que destrozara mis cosas.

Julie se gira los anillos en los dedos. Le tiembla la voz.

—Riley salió contusionado y con cargos por conducir bajo la influencia de estupefacientes, por conducir sin licencia, por un presunto robo al llevarse los ingresos de la noche y por la sustracción de un automóvil. —Mete la mano en el cuenco de lapislázuli—. Ha estado en la cárcel y ahora está en el

norte, en un centro de rehabilitación solo para hombres. No es la primera vez que ingresa en rehabilitación, pero seguramente eso es algo que ya habrás intuido. —Hace entrechocar las piedras. Los ojos se le llenan de lágrimas—. He estado pensando mucho, ¿sabes? Quizá todo esto sea en parte por mi culpa, por ayudarle siempre cuando mete la pata. Ya no puede volver a trabajar aquí. No puede. Por imposición legal, hay que joderse. Si quiere librarse de la cárcel, tiene que pasar un año en un programa de rehabilitación laboral y mantenerse limpio. ¿Cómo voy a denunciarlo por robarme el dinero? —Las lágrimas corren por sus mejillas—. A veces,

cuando el mundo se torna horrible, tienes que empezar a plantearte seriamente cuál es tu papel en ese horror. Si en parte se debe a ti misma.

Siento un enorme peso en el interior. Necesito liberarme de esta carga.

—Julie —digo—. Sabía... quiero decir, creo que lo sabía, pero no quería saberlo, que estaba robando de la caja. Y... yo le ayudé. Yo... le compraba las drogas. Y lo siento. Y si me despides, lo entenderé.

—¿Le comprabas la droga? —Julie me reprende con un gesto y se limpia las lágrimas.

Asiento, roja de vergüenza.

—Quería que me amara —lo digo en

voz alta, pero muy bajito.

Julie estira el brazo y me coge la mano.

—El amor es una mierda, Charlie, pero no es eso. No consiste en comprar drogas a alguien. No te mereces esto, cariño. No te lo mereces.

Intento que sus palabras me empapen en lugar de rechazarlas. Me cuesta, pero lo hago.

Sigo hablando, y las palabras salen disparadas de mi boca.

—Linus me ha dicho que el Grit está en un aprieto. Lo estuvimos hablando cuando volvíamos de Nuevo México y he estado pensando, bueno, Linus y yo hemos estado pensando y hablando, y

tenemos algunas ideas sobre cómo recuperar el Grit, si estás interesada en escucharlas.

Julie pestañea y se sorbe los mocos. Coge un bolígrafo y abre una libreta.

—Te escucho —dice—. Dispara, porque estoy que me muero.

Me gusta vivir con Blue. Me gusta tener una amiga, volver a tener una amiga de verdad. Todavía llevo a Ellis conmigo, y siempre será así, pero Blue es buena y amable a su manera.

A veces, cuando llego a casa después de mi turno en el Grit, vamos en autobús a la sesión de cine de medianoche y compramos palomitas amarillas con sal y refrescos fríos con mucho hielo. Me sorprende gratamente que Blue siempre

tenga dinero. Cada vez que le pregunto, se encoge de hombros. «Mi padre se siente culpable —dice—. El dinero es su consuelo.»

—Es extraño —afirma con el rostro en una mezcla entre dolor y pena—, pero no quiero hablar del tema. Puede que un día lo hagamos. ¿Podemos pedir esta vez más mantequilla para las palomitas?

No puedo sentarme a la mesa plegable a llorar o meterme en la bañera a mirar al techo pensando que podía haberlo hecho mejor, que podía haber ayudado más a Riley o haber salido de allí antes o haber salvado a Ellis o haberme convertido en mejor persona,

porque me he dado cuenta de que todo eso está mal: no sirve de nada preguntarme lo que podría haber hecho. Ahora lo sé.

Tengo que esperar a que mis malos sentimientos me abandonen y eso significa mantenerme ocupada, significa trabajar en el Grit, significa pasar tiempo trabajando en mi cómic, releyendo los cuadernos de Louisa, pensando quién podría querer leer su historia y la mía.

Significa ir con Blue a terapia de grupo. Significa sentarse en unas sillas duras que rayan el suelo de cemento en el sótano iluminado en exceso de una iglesia desvencijada, beber café turbio y

escuchar a la gente balbucear sus historias. Significa escucharlas de verdad, pensar en ellas y pensar en mí misma.

Blue y yo buscamos un grupo de terapia de gente como nosotros, que se corta y se quema, que se autolesiona, pero no encontramos ninguno.

—Supongo que tendremos que seguir conversando entre nosotras, ¿no te parece? ¿Quién iba a pensar que esto nos tocaría a nosotras dos, Sue la Muda? —dice Blue.

Echo de menos a Casper, pero ahora entiendo por qué tuvo que dejarme ir. Quizá para ella, en el fondo, yo no era más que otra chica que sufría, pero fue

amable conmigo y también con las demás, porque incluso esa pequeña dosis de afecto, aunque solo fuese por un breve período de tiempo, era algo.

Era algo.

Una noche, Blue viene a casa con un nuevo y reluciente ordenador portátil. Una vez instalado, hace que me abra una cuenta de Facebook. Entre risas, me dice: «Las redes sociales son perfectas para ti. Son ideales para gente a la que no le gusta relacionarse cara a cara con los demás».

No participo mucho, lo que hago sobre todo es mirar las noticias o visitar

la página de Blue. Pero una noche recibo una solicitud de amistad.

Es Evan.

No me asusta ni me pone nerviosa que haya contactado conmigo. Me siento muy agradecida, de hecho, al poder aceptarlo de corazón, porque está vivo y estaba segura de que había muerto.

Lo primero que me envía es una noticia del periódico. El artículo tiene ya unos meses, pero la foto me deja en estado de shock.

Evan escribe: «HAN CAPTURADO AL DEMONIO».

La casa, la casa de los horrores, la han cerrado, y el puto Frank arrestado por trata de menores, por

proporcionarles drogas y alcohol y muchas, muchas cosas más. En la foto se le ve demacrado, ya no es la persona engreída y airada de antes. Parece asustado.

Y entonces Evan dice: «Hablando de otra cosa, llevo noventa y dos días sobrio. ¿Cómo demonios estás tú, Charlotte?».

No puedo dejar de sonreír mientras le contesto.

Los dulces de panadería se agotan a diario. Linus y yo tuvimos la idea de ofrecerlos con descuento en lugar de tirar los sobrantes a la basura. Julie autoriza a Linus a confeccionar un nuevo menú con más ingredientes saludables, con menos cantidad de patatas, grasa y queso. Accede también a que hagamos una tarjeta de fidelización para los cafés. Un día, mientras estoy recogiendo platos y arrastrando la bandeja de mesa

en mesa, levanto la vista y veo una pintada soez en el muro de ladrillo falso de la cafetería. Me quedo mirando las paredes un buen rato, me vuelvo, inspecciono el espacio y la cantidad de luz que entra por las ventanas altas, y estudio la manera de arreglarlo.

Blue viene una noche a ayudarnos a pintar paredes y baños, cargada de latas de pintura, rodillos y pinceles del cobertizo de Leonard. Temple me ayuda a sacar escaleras de la oficina de Julie y a empujar las mesas y las sillas hasta el centro de la cafetería. Randy y Tanner pintan los tableros de las mesas en distintos colores, añadiendo motivos a algunos o lijando y encolando viejas

postales en otros. Blue, Julie y yo pasamos horas aplicando un suave color trigo que aporta luz por la mañana y tiene un aspecto tenue por la noche.

—Pero ahora no hay nada en las paredes —dice Julie—. Se ven muy vacías.

—No por mucho tiempo —le respondo.

Una noche, estoy pintando el mostrador donde Temple hace sus pausas para fumar cuando Ariel entra dubitativa, como si no estuviese segura de estar en el lugar correcto. Abre la boca encantada cuando me ve.

—¡Estás aquí! Qué sorpresa. Estuve en tu exposición, pero no te vi.

—Yo te robé la cruz. Fui yo, y lo siento —le confieso tras inspirar con fuerza.

Ariel baja la cabeza. Me mira con benevolencia.

—Lo sé. Lo entiendo. Gracias por devolvérmela. —Extiende el brazo—. ¿Puedo? —pregunta—. Yo asiento.

Posa suavemente su mano sobre la mía.

—Perdí a mi hijo, así que sé bien lo que es estar... vacío y lleno de sufrimiento al mismo tiempo. Sé que sabes lo que eso significa y no voy a decir nada más al respecto, pero quiero que sepas que me alegro de que estés bien. Estoy muy, muy contenta.

Asiento, intentando no llorar. Me da unas palmaditas en la mano y me pide un expreso doble. Me alivia poder darle la espalda y que no me vea llorar. Se pasea por el local mientras pongo a funcionar la máquina.

—¡Llevaba años sin venir por aquí! —grita por encima del ruido de la cafetera—. Se había puesto muy desagradable. Mi amiga me dijo que me pasara. —Mira detenidamente las paredes. De ellas cuelgan paisajes luminosos y muy elaborados: mujeres trabajando en el campo, intrincados paisajes urbanos, una montaña de color marrón amarillento sobre la que se cierne el sol.

—Dios mío —dice asombrada al tiempo que se acerca aún más a las paredes—. Son bastante buenos. ¿De quién son? —Su voz resuena en la cafetería, renovada y limpia.

—De la cocinera —respondo con orgullo mientras me seco la cara y me vuelvo con su taza—: Linus Sebold.

Linus me pide que le traiga de la oficina de Julie una caja de hojas de comandas para los camareros. Es una tarde de mucho ajetreo: desde que hicimos cambios, la cafetería siempre está llena de gente de más edad, aunque hemos perdido a algunos de los roqueros. Los echo de menos, pero Julie necesita que esto funcione, así que Grit necesita gente que consuma comidas y bebidas en lugar de vomitar en el suelo.

Mientras ando entretenida detrás de la mesa de Julie rebuscando en las cajas, se me aparece, claro como la luz del día, bajo la esquina del teléfono de la oficina.

Es un pedazo de papel con un número de teléfono, su nombre, varios garabatos, círculos y estrellas.

No acabo de ver el papel cuando ya estoy diciendo: «¿Puedo hablar con Riley West?». Siento que subo muy alto, hasta flotar cerca del techo, mientras observo cómo me tiemblan las manos al presionar el auricular contra el oído. Al otro lado se escucha un lento sonido de pasos y un profundo suspiro.

—¿Sí?

¿Podrá oír los latidos de mi corazón a través del cuerpo? ¿Sabe que soy yo por mi mutismo? Las palabras se me atascan en la garganta. ¿Es por eso por lo que lo oigo suspirar de nuevo, por lo que dice «Cariño»?

—Riley.

—No me puedes llamar aquí, ¿vale? Mira, no puedes... —Su voz es comedida, prudente, suave. Apuesto a que intenta no llamar la atención. Me inunda un sentimiento de rabia e intento controlarlo, pero aflora antes de poder hacer nada al respecto. Ha salido antes de que pudiese detenerlo.

—¿Recuerdas siquiera haber estado conmigo, Riley? ¿Te importó alguna vez

lo más mínimo?

La adrenalina me obliga a seguir.

—Quiero decir, ¿no era más que un entretenimiento para ti? ¿Lo era? —Estoy asustada, me siento desatada y perdida, pero cada palabra que sale de mí cobra más fuerza.

Una voz aséptica y automatizada irrumpe en la línea. «El tiempo límite de duración de esta llamada se agotará en cuatro minutos.» Es verdad. Me acuerdo de esto; en Creeley, el teléfono compartido se cortaba al cabo de diez minutos.

—Charlie. —Está llorando con un llanto de niño, como el de una persona cuando no quiere que los demás la

oigan. El sonido de su llanto se cuela en mi interior y me araña el corazón. Él vuelve a pronunciar mi nombre. Me froto la cara húmeda con el dorso de la mano.

—Yo te quería, Riley. —Duele decirlo en voz alta, dejarlo salir de mí como un balón que se infla y se eleva.

—Por favor —dice llorando—, cariño...

Se corta la comunicación.

Abro el cajón de la mesa de Julie: contiene una grapadora, unas tijeras grandes y relucientes, una caja de chinchetas. Toda una lista de bálsamos al alcance de mi mano.

Cuando volvíamos de Santa Fe, Linus

me dijo: «A veces, mi vida es como una serie de intervalos de diez minutos. A veces quisiera darme una medalla por pasar una hora sin beber, pero así es como tiene que ser. Hay que esperar a que se te pase».

Cierro de golpe el cajón. Tengo que obligarme a esperar que pase la tormenta que se ha desatado en mi interior, esperar en intervalos de diez minutos, cinco minutos, lo que sea necesario, siempre, ahora y para siempre.

Me cargo de paquetes de comandas, salgo por la puerta y la cierro a mi espalda con determinación.

Temple ejerce de anfitriona en otra noche de micros abiertos, con menos roqueros y más poetas en esta ocasión, cuando Linus me pasa el teléfono del mostrador. Tengo que agacharme en el suelo para escuchar la voz al otro lado de la línea. Por debajo del mostrador, hay polvo y granos de café y me recuerdo mentalmente que luego tendré que limpiarlo mejor.

—Ah, mi querida Charlotte. —Es la

voz suave y quebradiza de un anciano—. ¿Te gustaría venir a trabajar para mí un tiempo?

Felix Arneson dice:

—Estoy en Nueva York, y Devvie, ya sabes, mi asistente, ha terminado su tesis y se marcha. Estoy desamparado, pero sobreviviré.

—Yo no... ¿Cómo dices? —Me pego más al teléfono, dudando de si he oído bien—. ¿Quieres que trabaje para ti? ¿Yo?

—Necesito alguien a quien no le importe vivir en el desierto, vivir aislado —dice, riendo por lo bajo—. Ya sabes que es un poco aburrido. Vivo cerca de una ciudad maravillosa, pero

allí donde estoy, bueno, ya sabes. ¡Has estado allí! Clasificarías mis diapositivas y ordenarías mis archivos. Muchas cosas, la verdad. Hay que contestar el teléfono y los correos electrónicos. Pedir materiales. Te ofrezco cama y comida y una pequeña cantidad. ¿Qué dices? Creo que te gustaría bastante vivir allí.

No lo pienso mucho. Me duele estar aquí, estoy bien, pero estar aquí me resulta doloroso y quiero vivir en un lugar tranquilo donde el fantasma de Riley no aparezca por todas partes.

Alrededor de la casa de Felix se respiraba tranquilidad.

—Sí —respondo—, quiero trabajar

para ti.

Me va a comprar un billete a Nueva York y nos encontraremos en su hotel. Me promete que cuando no esté en la galería me llevará a visitar museos y librerías. Luego viajaremos juntos de vuelta.

—Me da miedo volar —confiesa en un susurro—. ¿No te parece raro, a mi edad? Después de todo, moriré tarde o temprano, pero me da miedo surcar el cielo de un salto. Estoy dispuesto a hacerte venir hasta aquí únicamente para no tener que volar solo de vuelta.

Le confieso que nunca me he subido a un avión.

—Madre mía —dice—. Pues vaya

par de dos. También tendrás la habitación pequeña para trabajar en tu obra, Linus me ha dicho que estás haciendo una especie de libro y estoy deseando conocer los detalles.

Julie y Linus se plantan firmes delante de mí. Les vuelvo a decir que no.

—Me marcho dentro de cuatro días —insisto—. No quiero ir con vosotras.

—Sé que te parece horrible, Charlie, pero ha trabajado mucho para cuando llegara este momento y creo que es importante apoyarle en su recuperación. A veces, hasta el más gilipollas necesita que le ayuden —dice Linus.

—Se está redimiendo, Charlie. Esto

es un paso. Sinceramente, nunca lo había visto así —añade Julie, cogiéndome ambas manos.

Van a dejar salir a Riley para que actúe en el concierto en beneficio de Luis Álvarez. Irá acompañado y llevará una tobillera de monitoreo. Esta actuación será el único modo de conseguir que la esposa de Luis no presente cargos contra Riley por robar el coche de su marido. Todavía tiene que pasar un año en el programa de rehabilitación laboral. Quiere que vaya al concierto.

Blue deja la taza de café sobre el mostrador del True Grit. Ha estado escuchando en silencio la conversación.

Hace un levísimo movimiento con la barbilla, un sombrío «No permitas que nadie te obligue a hacer nada». He aprendido a reconocer el lenguaje de miradas de Blue, el movimiento de su barbilla, la forma en que abre los ojos, sus gestos de desaprobación. En Creeley solo tenían dos miradas: la de rabia y la de pena. Es como si el estar aquí hubiera abierto a Blue de un modo que yo no he experimentado. Escurro la fregona y el mango se agita en mi mano. ¿Será por la grasa que tengo en los dedos o por otra cosa?

—Vale —digo finalmente—. De acuerdo.

Blue mira mi mochila y la nueva maleta rosa que me ha comprado en Goodwill. Todo está empaquetado. Tuerce la boca ligeramente hacia abajo.

—No puedo creer que te vayas —admite en voz baja.

—Lo sé.

—O sea, creo que es bueno. Será bueno. Pero te voy a echar de menos.

—Yo también te echaré de menos. —Le cojo la mano.

—¿Felix tiene ordenador?

—Sí.

—¿Hablaremos por Skype? ¿Una vez a la semana? —Su mirada es intensa, suplicante.

—Sí, claro que sí.

—¿Y teléfono? ¿Tendrás teléfono?

—No me lo puedo permitir. Él sí tiene, puedo usarlo.

—No dejes de llamarme, llámame y te daré este número, ¿vale? E iré a visitarte. Será divertido. Como una vez al mes o así, ¿vale? —Está angustiada y me aprieta la mano.

—Sí, Blue.

—¿Buscarás un grupo de terapia? Yo voy a empezar a ir con Linus.

—Sí, te lo prometo.

—Vale —conviene finalmente. Se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas.

—Vale —respondo.

—Tenemos que apoyarnos mutuamente, Charlie. No podemos abandonarnos. —Las lágrimas le caen por las mejillas.

—No —respondo, con un nudo en la garganta.

—No somos como los demás.

—No.

—Ahora tú eres mi familia y yo la tuya, ¿entiendes?

Esto último lo dice con la cabeza enterrada en mi pelo, porque me está abrazando fuerte y no quiero que deje de

hacerlo, nunca.

—Sí —le digo—. Sí.

El concierto en beneficio de la familia de Luis Álvarez está lleno a rebosar. La gente está esparcida por toda la calle Congress en los exteriores del hotel Congress, en el centro de Tucson. Han montado varios escenarios para los teloneros y la calle está cortada al tráfico. Un grupo de mariachis pasea entre el gentío. Fuera de las puertas del hotel hay carteles con la foto de Luis. Murió poco después de que Riley le

robara el coche. Tiger Dean habla para la televisión, con el pelo peinado hacia arriba y las gafas de sol sobre la cabeza.

Descubro a Mikey y a Bunny, cogidos de la mano. Él ya no lleva rastas, lleva el pelo cortado en forma de casco dorado alrededor de la cabeza. No lo había visto desde que volví.

Mikey se vuelve y me ve. El estómago se me encoge al ver que me sonríe y se acerca mientras Bunny se queda atrás charlando con alguien. No puedo evitar detectar el brillo del oro en su dedo. Blue se queda a mi lado, en silencio.

—Hola —saluda tímidamente.

—Hola.

—Charlie —dice—, me alegro mucho

de que estés aquí. Me alegro de verte.

—Parece que las cosas han cambiado para ti —le digo, señalándole el dedo.

Mikey asiente.

—Y que lo digas. —Ríe.

Aspiro profundamente.

—Siento la forma en que me he comportado, Mikey. Michael. Lo siento. Debí contestar a tus correos.

—Imaginé que los habías borrado —expone tras exhalar un suspiro—. De todos modos, pensaba ir a verte al Grit en breve. La gira se alargó un par de meses y acabamos grabando ese disco. Parece que las cosas van a empezar a salir.

Se mete la mano en el bolsillo de los

vaqueros y saca una hoja de papel doblado.

—Esto me resulta muy difícil, Charlie, así que deja que lo diga sin más. —Cierra los ojos y luego los abre, me mira de frente, serio, pero sonriente.

El corazón se me acelera un poco, nerviosa por lo que pueda ser.

—¿Qué es? ¿Qué es eso? —Empiezo a desdoblar la hoja.

—La he visto, Charlie. Hicimos una parada en Sandpoint, el sitio donde está, en Idaho. Y la vi.

A mi lado, Blue me aprieta el codo con fuerza y agarra el papel que tengo en la mano temblorosa. Apenas puedo ver porque tengo los ojos inundados de

lágrimas. Apenas puedo respirar. Ella. Es ella.

Ellis. Me tiemblan las manos y el papel se agita.

—Ay, Dios, Charlie. Está bien. Quiero decir, no está bien del todo, pero no está ida. Está ahí. Hay que sentarse con ella un rato y preguntarle cosas muy específicas, pero está ahí, y cuando le dije tu nombre, lo juro por Dios, se le iluminó la cara.

Mikey llora un poco y respira con dificultad. Miro la dirección que hay escrita en el papel, su nombre. Me arde todo el cuerpo, pero en el sentido positivo, a causa de la emoción.

Es como un fuego rebosante de amor.

Ellis, mi Ellis.

—Es increíble, joder —musita Blue —. Increíble.

—Gracias, Mikey —susurro—. Gracias, muchas gracias.

Tiger Dean le dio a Julie entradas gratis y unos pases de *backstage*. Julie, Blue, Linus y yo estamos detrás del escenario, alucinando con la producción, el equipo que se mueve a toda prisa, la energía que emana del público. Los grupos punk salen los primeros, haciendo ruido, sudando y retorciéndose, pero a los más jóvenes les encantan y gritan y bailan *pogo*. Hace un tiempo ideal, fresco y agradable. El cielo colabora con un azul

infinito y hermoso. Tiger Dean actúa con una banda de jóvenes vestidos con idénticos trajes grises y corbatas de cordón. La gente lo adora porque es Tiger Dean, pero como siempre decía Riley, sus letras son un asco.

Regan, la chica que actuó en las sesiones de micros abiertos del Grit, aparece por el lado opuesto del escenario con la misma falda negra raída que llevaba entonces y las mismas botas gastadas. Balbucea su nombre al micrófono y enseguida inicia su actuación. La gente se balancea adelante y atrás entre la multitud, totalmente absorbida por Regan. Al borde del escenario, varios hombres la miran

fijamente y levantan sus móviles para grabarla. Julie le susurra a Linus:

—Son cazatalentos. Riley me ha dicho que envió una demo de Regan a su antiguo representante.

Tiger Dean sale a escena cuando Regan termina de cantar y le rodea los hombros con el brazo. Ella sale del escenario. Tiger se aclara la garganta.

—Amigos, esta noche tenemos un invitado muy especial. Es uno de mis amigos más queridos y más antiguo, y un músico extraordinario. Estoy seguro de que le habéis echado de menos en estos dos últimos años. —Tiger saca un pañuelo de cachemir para secarse la frente—. En este momento está pasando

por un momento difícil y creo que se está recuperando. Al menos, eso espero.

»Porque necesito que me escriba unas canciones —concluye en un susurro burlón. El público se ríe.

Julie se inclina hacia mí.

—Solo le permiten salir para actuar aquí. Tiene que volver en cuanto termine. Tiene una tobillera monitorizada que mide el consumo de alcohol a través del sudor, capaz de detectar el más mínimo sorbo.

Tiger se acerca al micrófono.

—Riley West.

El público empieza a aplaudir, gritar y silbar. La gente se levanta y golpea el suelo con los pies. Mi corazón late

vacilante. Blue desliza su mano en la mía.

Y entonces aparece.

Entra justo por el otro lado, frente a donde nos encontramos, con una camisa de cowboy azul y blanca de manga corta abotonada hasta arriba. Lleva sus viejos pantalones marrones y las zapatillas negras. Me pregunto dónde estarán sus botas marrones favoritas, pero enseguida me llega el brillo plateado de la tobillera que le asoma por debajo de la pernera del pantalón: no entraría en una bota estrecha. Se ha cortado el pelo enmarañado y ahora se le ve bien la cara, que parece más despejada, menos hinchada. Cuando le miro me doy cuenta

de golpe del aspecto tan horrible que tuvo todos esos meses y de que no lo vi, o no quise verlo. Ya no hay un bulto en el bolsillo de la camisa. «Ha dejado de fumar», susurra Julie. Síndrome de abstinencia.

Está terriblemente asustado. Lo sé porque duda un poco antes de salir con la guitarra sobre el hombro. Saluda al público con la mano y entonces detecto algo que nunca había visto en el rostro de Riley West: está completamente ruborizado.

Se humedece los labios delante del micrófono, lo ajusta y bebe del vaso que hay sobre el taburete que tiene al lado. Reacciona, sorprendido.

—Esto sabe a agua. Esto no es propio de mí.

El público se ríe. Alguien grita:

—¡Riley, tío, tienes muy buen aspecto!

Este se hace visera con la mano e inspecciona al público.

—¿Sí? ¿Quieres salir conmigo? Porque a estas alturas nadie va a querer salir conmigo. —Risas. Riley bebe otro sorbo de agua—. Esta es la primera vez que canto en público con un vaso que no contiene nada más que agua.

—Hazlo, Riley.

—Tú puedes, Riley.

Riley toma aire, agarra la guitarra, estira el cuello y mira directamente

hacia donde estamos nosotros. Nuestras miradas se encuentran. Su rostro se ablanda por un instante. Miro hacia otro lado, con el corazón a mil por hora. Cuando vuelvo a mirar, él está de cara al público con una enorme sonrisa, su sonrisa burlona, la misma que me dedicó el primer día que lo vi en la puerta del True Grit mientras de fondo sonaba Van Morrison, los hombres jugaban al go y los punks comían helado en el Dairy Queen.

Se aclara la garganta.

—Mirad, hace poco conocí a una chica que era muy bonita y todo eso, pero estaba un poco triste, ya sabéis cómo pueden llegar a ponerse las

chicas, ¿no? Pero pensé: «Eh, Riley, puede que necesites a una chica triste, será la forma de equilibrar la balanza, quizá si juntas tus problemas con toda su tristeza no podréis evitar ser felices. ¿No os parece?».

Me quedo helada. Está hablando de mí.

El público dice: «Síííííííí».

—Funcionó durante un tiempo. Pero ya me conocéis, la jodí. Olvidé que hace falta, ya sabéis, hablar las cosas. O que quizá debí, ya sabéis, mantenerme sobrio de una puta vez.

Risas.

—Por suerte, ahora tengo mucho tiempo libre para pensar en mi error,

cortesía de los maravillosos correccionales y servicios de rehabilitación del estado de Arizona. Y esta es una canción sobre esa chica.

Empieza a rasguear la guitarra y su cuerpo se va relajando con cada movimiento, cada minuto. Una vez, me dijo: «Hago esto porque hace que me sienta rico. No en el sentido de tener dinero en el bolsillo, sino rico en una especie de dulce pesadumbre».

La canción es lenta, «de esas que arrastran los pies», como a él le gustaba llamar a este tipo de baladas. «El tipo de canciones», me dijo, «que arrastran tristemente los pies y que la mayoría puede memorizar fácilmente y cantar

conmigo».

Clavo los ojos en él, la facilidad con la que mueve los dedos sobre las cuerdas, su rostro cambiado, lo que despierta en mi cuerpo. La absoluta e ineludible tristeza que siento al verle y escucharle cantar una canción sobre mí. Su voz suena distinta sin tabaco y alcohol. Es más intensa, más atractiva. La canción se llama «Quién sabe si fui yo quien la hizo entristecer.» Poco a poco, descubro que trata sobre la noche en que encontró mi botiquín y nos peleamos en la cocina: es una canción sobre nosotros dos.

No hablé con Riley. Jamás expresé mis sentimientos, hasta que fue

demasiado tarde. Simplemente me dejé llevar por él, ya que me sentía muy agradecida de que se hubiese fijado en mí. Y él tampoco me habló, porque estaba borracho todo el tiempo, o pensaba que necesitaba estarlo, y yo nunca dije «¡Basta!».

Esta canción habla, como mi cómic, como los cuadernos de Louisa. Son nuestra forma de comunicarnos.

Esta canción es su losientolosientolosientolosiento para mí.

Cuando termina, Julie tiene el puño en la boca y Linus se está secando los ojos. Blue me aprieta tan fuerte la mano que me duelen los huesos. El público se levanta en un clamor. Riley bebe un

poco más de agua.

—Esperen un momento —dice, y sale del escenario en nuestra dirección.

Cuanto más se acerca, más se inclina, se deforma, se acalla el mundo. Es como si unas nubes se moviesen en mis oídos, pero me mantengo tranquila. Julie exclama: «Oh». Linus dice: «Riley». Blue me suelta la mano y se aparta.

Su olor es distinto ahora, limpio e intenso, a sopa de avena y un poco de loción para después del afeitado. Ya no es el fuerte olor a tabaco, sudor y alcohol. Cuando le miro a los ojos, están llenos de lágrimas.

Abre la boca para decir algo pero luego lo piensa mejor. Me coge la mano

y cierra mis dedos alrededor de algo.

Y ahí está otra vez: esa pequeña descarga de electricidad, ese hilo de corriente que va de él hasta mí, de mí hasta él.

Cuando abro los ojos, está de vuelta en el escenario.

—Estos chicos de hoy en día...

Risas.

—En realidad, no soy más que un cocinero de comida rápida, y solía trabajar todo el día para putos modernos que siempre andaban tecleando en sus pequeños teléfonos y mantenían conversaciones breves y muy entretenidas del tipo: «Oye, ¿y si Coldplay hiciese una versión de un tema

de Madonna?» o «¿Y si Jay-Z tocase algo de Joan Baez?». Ya sabéis, ese tipo de cosas.

—¡Riley, quiero un hijo tuyo! —cacarea una mujer.

—Señora, ¿no ha escuchado la primera canción? —responde Riley. El público se ríe.

—Bueno —dice, y se aclara la garganta—, que sepáis que hubo una persona, que de hecho ahora mismo se encuentra aquí, para la que compuse esa primera canción...

El público empieza a alzar la cabeza buscando en todas las direcciones. Me escondo detrás de Blue.

—Esa chica genial, tuvo una idea

genial. Os va a sorprender.

Inclina la cabeza hacia atrás en un gesto dramático y luego la deja caer hacia delante. Justo antes de que la barbilla le golpee el pecho, empieza a mover la cabeza adelante y atrás y puntea frenéticamente las cuerdas.

Solo lleva un instante, pero entonces la gente grita al reconocerla, seguramente imaginándose a Sandy y Danny bailando en el barco balancín de la casa de la risa al final de la película, Sandy con el pelo cardado, Danny volviéndose loco por los pantalones de cuero que ella se ha puesto.

A Ellis le encantaba todo lo que tuviese que ver con *Grease* y la veía

todo el tiempo. Y cada vez que lo hacía, decía: «¿En serio? Yo me tiraría a Kenickie, no a Danny», y cada vez, yo fingía que no lo había dicho antes, porque para eso están las amigas.

Riley me está cantando su canción.

Julie y Linus se echan a reír. Blue levanta las cejas. El público le acompaña con palmas y canta con él.

Entonces Tiger Dean entra en el escenario con un bajo y un chico grueso de mofletes caídos vestido únicamente con unos calzoncillos del Capitán América, que se cuelga un tambor y empieza a aporrearlo.

Cantan al unísono con Riley, los tres describiendo círculos alrededor del

escenario, y la canción pasa de ser una versión tipo country sugerente y perezosa a un tema animado y genial.

«Ellis tenía razón», pienso sin ponerme triste. «Le hubiese encantado esta canción, cantada así.»

Todas las personas que hay en el escenario principal del Congress se han puesto de pie. Hay teléfonos móviles en alto y los flashes se multiplican. Otras bandas suben al escenario y se suman añadiendo voces. Aparece Regan Connor, un poco avergonzada por las payasadas, pero también participa, marcando el ritmo con las botas y cantando. Julie y Linus saltan y cantan juntas. Blue se mantiene apartada. Es la

única que se da cuenta de que me vuelvo y me alejo de la zona de bastidores. Vuelve a cogerme la mano.

Miro hacia el escenario. Riley está con su gente, en su sitio.

Blue se me acerca al oído.

—¿Qué está haciendo el cereal, Charlie?

—El cereal no me está comiendo —repito hasta que me dice que puedo parar.

—Vamos —le digo. Abandonamos el *backstage* y nos abrimos camino entre los acólitos y el equipo, dejando atrás a Riley West.

Nos vamos a casa dando un rodeo.

En el avión, intento no clavarme los dedos en los muslos ni gritar, aunque estoy muy nerviosa. Mi compañera de asiento forcejea con el cinturón de seguridad.

—Ah, hola —dice—. Ya está. ¿Es la primera vez que vuelas? Necesitas un chicle. Yo me vengo arriba con el Xanax. ¿Quieres un chicle?

Rebusca en un enorme bolso de piel de color chocolate.

Niego con la cabeza ante el cuadrado rosa de chicle que me ofrece. Se quita las sandalias y mueve los dedos de los pies, se recoge el pelo con una goma y suspira.

—Hablar ayuda. Te mantiene la cabeza ocupada. ¿Dónde vas?

—A Nueva York. —Casper me dijo que hablara, así que voy a hablar—. Es la primera vez que lo visito.

—¡Oh, te va a encantar! Es absolutamente genial. ¿Qué vas a hacer allí?

Trago saliva. Tiene un rostro amable, optimista, lleno de pecas.

—Voy a trabajar para un artista como su asistente. Yo también soy artista. —

Esa última parte no suena tal mal cuando la digo en voz alta.

—¿De verdad? —pregunta, sorprendida—. Qué bueno. Yo he estado fuera visitando a mi padre unos días. —Hace como si se estrangulara—. Puaj. Padres. Son un aburrimiento, ¿verdad?

Tiene los dedos finos, llenos de anillos de vivos colores. Lleva un vestido ceñido y vaporoso y los tirantes han resbalado por sus hombros lechosos. Alrededor del cuello lleva enredado el cable de los auriculares y en su regazo hay un flamante teléfono que vibra y suena y se enciende y apaga. No le falta alimento. No le falta amor. Puede decir que sus padres son

aburridos porque no lo son. Vaya donde vaya, siempre podrá recurrir a ellos.

Puede que compre una postal para mi madre en Nueva York. Puede que consiga escribirle algo, algo breve. Puede que compre un sello. Puede que incluso le envíe un correo a Casper, solo que esta vez la llamaré Bethany. Ya veremos.

Ya no tengo botiquín. Por primera vez en mucho tiempo, me adentro en la vida de forma improvisada.

Un muchacho rellenito que hay al otro lado del pasillo se inclina hacia la chica agitando el teléfono.

—Mira esto, Shelley. Mira estos temazos.

Ella se ríe y gira el teléfono para que yo lo vea.

—Anoche fuimos a un concierto genial. Mira este tío.

Ahí está, en YouTube, rodeado por Tiger Dean y todas las bandas de Tucson, aporreando la guitarra con una enorme sonrisa, aullando un último *You're the One That I Want*.

—Ay, Dios, qué atractivo es —suspira Shelley—. Esa fue la canción más divertida. —Se vuelve hacia el chico rellenito. —Nick, ¿cuál era la otra canción, esa que era supertriste? Yo lloré un montón, ¿tú no?

Nick deja de juguetear con su ordenador portátil.

—«Tú estabas triste», o algo así —responde.

La letra resuena en mi cabeza igual que anoche mientras volvía a casa con Blue: «Estábamos perdidos en una tormenta / Las nubes se arremolinaban frente a nosotros / Tú me estabas gritando / Todo el dolor que había en tu corazón / Intenté darte / Chica Triste / Todo el amor que me quedaba / Pero cuando las cosas se ponen feas / Estoy tan vacío como los demás».

Me agarro ambas manos porque me tiemblan. Hay un aviso por los altavoces y Shelley y Nick empiezan a apagar los teléfonos y los ordenadores y los guardan.

En mis ojos comienzan a formarse unas lágrimas conforme el avión empieza a recorrer la pista cada vez más deprisa. Me inclino a buscar algo en la mochila, tirando del cinturón de seguridad.

Con manos temblorosas, saco dos pedazos de papel. Uno es la nota que Riley me puso en la mano en el concierto. La abro lentamente.

> Charlotte: Me acuerdo y me acordaba. De verdad. Cuídate.

La ha firmado con su nombre.

IRWIN DAVID BAXTER

Río y lloro a la vez. El avión levanta el morro y presiona mi cabeza contra el asiento. Estamos sentados casi al fondo y el sonido es ensordecedor: nuestra parte del avión se agita y se tambalea. Alguna gente me mira. No me importa.

No lo sientolosientolosientolosiento.

Shelley mira la nota y luego me mira a mí. Vuelve a doblar el papel y me lo aprieta en la mano mientras me toma la otra entre las suyas. Me la agarra muy fuerte. Siento fugazmente cómo Shelley toma aire y luego un ligero roce de su dedo sobre mi brazo desnudo.

—Tenía una amiga en el instituto que hacía estas cosas —susurra. Agacha la cabeza con complicidad.

—Respira —murmura—. Solo se pasa miedo un minuto, luego estaremos en el aire y todo estará bien. Una vez arriba, estamos arriba y ya no hay nada que podamos hacer, ¿sabes? Hay que resignarse. Lo más difícil es llegar hasta ahí.

Me acuerdo de Louisa y sus cuadernos, de su piel, de todas sus historias, de mi piel, de Blue, de Ellis, de todas nosotras. Soy una sucesión de estratos de historia y memoria. Shelley sigue susurrando suaves palabras en mi oído. En la otra mano llevo la otra nota, la que Mikey me dio en el concierto, la que dice:

Eleanor Vanderhaar, 209 Ridge Creek Drive, Amethyst House, Sand-point, Idaho.

Blue dijo que teníamos que elegir quién queríamos ser y no dejar que la situación nos eligiese a nosotras.

«Momentos cruciales», afirmó Felix.

Cierro los ojos y empiezo la carta que sé que escribiré en mi primera noche, no en París o Londres o Islandia, sino en Nueva York, rodeada de luces, ruido, vida e incógnitas.

Querida Ellis.

Tengo que contarte algo absolutamente angelical.

Nota de la autora

Cuando Charlie Davis ve que Louisa, su compañera de habitación, se quita la blusa, se queda asombrada: «Nunca había visto a una chica con una piel como la mía».

Hace unos años, no quería escribir esta historia.

Hace unos años, en el autobús, tomando notas para otra historia que

estaba escribiendo, levanté la vista al notar que alguien se sentaba a mi lado. Solo pensaba dedicarle una mirada superficial y volver a mis notas, pero entonces se me cortó la respiración.

Tenía la piel como la mía. Al notar que la miraba, se bajó rápidamente la manga, ocultando unas cicatrices finas y rojas.

No podéis imaginar lo mucho que deseé levantarme las mangas y decirle que me mirase, que era como ella y que no estaba sola.

Pero no lo hice. Francamente, me puso nerviosa. Después de años de llevar camisas de manga larga, de ocultar lo que me había hecho a mí

misma, albergando la esperanza de tener una vida normal, me encontré volviendo a cuando estaba tocando fondo y más sola que nunca en mi vida.

Hace años, no quería escribir la historia de mis cicatrices o contar que era una chica con cicatrices, porque si ya es bastante duro ser una chica en este mundo, imaginaos ser una chica con cicatrices en la piel en este mundo.

Dejé que la chica se bajara del autobús sin decirle una palabra y no debería haberlo hecho. Debería haberle hecho saber que aunque estaba atrapada en su momento más bajo no estaba sola.

Porque no lo está.

Se calcula que una de cada doscientas

chicas entre los trece y los diecinueve años se autolesiona. Un setenta por ciento se hace cortes. Pero es importante recordar que las estadísticas solo se extraen de aquello de lo que se informa y no incluyen el creciente porcentaje de chicos que se autolesiona. Apuesto a que conocéis a alguien que lo hace.

Una autolesión consiste en cortarse, quemarse, pincharse o cualquier otro modo de dañarse la piel como forma de superar trastornos emocionales. Puede ser resultado de varias cosas, como abusos sexuales, físicos, verbales o emocionales. Acoso escolar. Indefensión. Tristeza. Adicción.

La autolesión no es una llamada de

atención. No significa que seas una suicida: significa que estas luchando para salir de un conflicto muy peligroso en tu cabeza y en tu corazón y es el mecanismo del que te vales para superarlo. Significa que ocupas un pequeño espacio en el larguísimo y auténtico desfiladero de gente que padece depresiones o enfermedades mentales.

No está sola. La historia de Charlie Davis es la historia de dos millones de jóvenes en Estados Unidos. Y esas jóvenes crecerán, igual que yo, portando en sus cuerpos la verdad de su pasado.

Escribí la historia de Charlie Davis para las chicas que se cortan y se

queman y las que están en la calle y no tienen un lugar seguro donde pasar la noche. Escribí la historia de Charlie Davis para sus madres y padres y para sus amigos.

Charly Davis encuentra su voz y su consuelo en el dibujo. Yo encuentro el mío en la escritura. ¿Cuál es tu consuelo?, ¿lo sabes? Búscalo y no dejes de hacerlo jamás. Busca a tu gente (porque necesitas hablar), a tu tribu, busca tu razón de ser y te aseguro que el otro lado emergerá de forma lenta pero segura. Aquí no siempre es todo un camino de rosas y a veces la oscuridad puede volverse demasiado oscura, pero está llena de gente que te entiende y

risas suficientes como para suavizar los cantos y ayudarte a superar el día. Así que: adelante.

Sé absolutamente, positivamente, terriblemente angelical.

Agradecimientos

Han hecho falta nueve años y catorce borradores para que este libro llegara hasta vosotros. Puede que sea cierto que al principio solo haya habido una escritora, un bloc, un lápiz o un bolígrafo (o un ordenador o una tableta o un dictado en un *iWhatever*), pero al final hizo falta mucha gente para dar forma a una historia y convertirla en lo

que acabas de leer.

Este libro no existiría si Julie Stevenson no me hubiese dado una oportunidad (a mí y a Charlie). Gracias de todo corazón por hacer realidad mis sueños de escritora y tu comprensión cuando mi hija me robó el teléfono y lo escondió en su carrito.

Hablando de sueños de escritora: qué suerte tengo de contar con la magia editorial de Krista Marino. Hiciste que *Todas mis heridas* fuese una realidad de un modo que nunca creí posible. Gracias por creer en Charlie y por empujarme siempre tanto.

Al equipo de Random House Children's Books: Beverly Horowitz,

Monica Jean, Barbara Marcus, Stephanie O'Cain, Kim Lauber, Dominique Cimina, Felicia Frazier y Alison Impey (¡Alison, gracias por diseñar la maravillosa, estremecedora y alucinante portada!), gracias por recibirme con los brazos abiertos, por vuestro apoyo incansable y vuestro entusiasmo.

Gracias al Minnesota State Arts Board por ayudar a los artistas y escritores del Estado de Minnesota a hacer sus sueños realidad. *Todas mis heridas* la escribí con ayuda de varias becas del MSAB durante varios años, en varios sitios diferentes: en una pequeña oficina sobre el bar Trend en Saint Paul,

Minnesota, y en las bibliotecas de las universidades de Hamline y Minnesota.

Gracias también al Programa de Escritura Creativa de la Universidad de Minnesota por alimentarme como escritora durante el tiempo que pasé en el Programa MFA y como administrativa y coordinadora del programa. Recibí los ánimos constantes de Julie Schumacher, Charles Baxter, Patricia Hampl y M. J. Fitzgerald.

Los doctores Justin Cetas y Alivia Cetas me proporcionaron asesoramiento médico y divertidos mensajes a altas horas de la noche mientras revisaba el libro. Elizabeth Noll, Tom Haley y Holly Vanderhaar me animaron y

escucharon cuando divagaba y lloraba. Mis compañeros de taller en la Taos Summer Writers' Conference fueron geniales y divertidos, me ofrecieron sabios consejos y críticas certeras; gracias especialmente al director del taller, Summer Woods, que siguió animándome mucho después de que terminase nuestra estancia en el desierto. Gracias también a Marshall Yarbrough, Diana Rempe, Caitlin Reid, Nick Seeberger, Diane Natrop, Isabelle Natrop, Kira Natrop, Mikayla Natrop, Swati Avasthi, Amanda Coplin, Lygia Day Penaflor, Laura Tisdel, Joy Biles, John Munoz y Chris Wagganer, y a todos mis compañeros escritores en el Sweet

Sixteens, sobre todo a Jeff Giles por ayudarme a encontrar una salida. Y finalmente, gracias a Nikolai y a Saskia, por inundarme de amor cada día, por veinte años de paciencia, risas y platos por fregar.



vive en Tucson, Arizona, y escribe para The Writer's Almanac, una revista digital de poesía y literatura. Sus escritos se han publicado en Bellingham Review, Clackamas Literary Review y Cimarron Review, entre otras publicaciones. Todas mis heridas es su primera novela.

@kathglasgow

@misskathleenglasgow

www.kathleenglasgowbooks.com

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Girl in Pieces*

Edición en formato digital: octubre de 2016

© 2016, Kathleen Glasgow
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2016, Diego de los Santos y Ricard Gil Giner, por la traducción

Adaptación del diseño de Jennifer Heuer: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una

edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-794-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Todas mis heridas

UNO

DOS

TRES

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Créditos